

**ELIA BARCELÓ**

# DISFRACES TERRIBLES

**MISTERIOS Y SECRETOS  
EN EL BURBUJEANTE  
PARÍS DE LOS SETENTA**



Lectulandia

En los años setenta, el prestigioso cuentista argentino Raúl de la Torre, residente en París, saltó a la fama al publicar su primera novela. Su popularidad como novelista del *boom* creció con sus siguientes obras, su segundo e inesperado matrimonio y su implicación política. Todo ello lo coloca en el punto de mira de las crónicas de sociedad cuando decide descubrir públicamente su homosexualidad a cuando se conoce su suicidio de un pistoletazo. Muchos años después, el joven crítico francés Ariel Lenormand se embarca en la biografía del escritor entrevistando a quienes lo conocieron: su editor, sus amigos y, sobre todo, Amelia, su desconcertante y sofisticada primera esposa, compañera y apoyo del autor a lo largo de su vida.

**Lectulandia**

Elia Barceló

# **Disfraces terribles**

ePub r1.0  
fenikz 10.05.16

Elia Barceló, 2005  
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Time is just memory  
Mixed with desire*

*Tom waits*

Todos los personajes y circunstancias que aparecen en esta novela son producto de mi imaginación. Cualquier parecido o coincidencia con hechos o personas reales, tanto vivas como muertas, es pura coincidencia.

E. B.

## PRÓLOGO

Esta noche, en un sueño, he vuelto al departamento de la Rué de Belleville. Con el corazón saltando de alegría, ahogándome en mi propia respiración, inspiraciones rápidas y cortas que incluso en el sueño —y yo sabía que soñaba— me mareaban, dejando estrías de colores en los objetos sobre los que se posaban mis ojos, he vuelto a recorrer sus amplias habitaciones, he vuelto a abrir las puertaventanas para que entrara de nuevo aquella luz que no he recuperado ya nunca desde que lo abandonamos, aquella luz gloriosa, dorada, que convertía las estanterías llenas de libros, los papeles regados por el piso, los vasos y las botellas abandonadas sobre las mesas, en joyas rutilantes, en una fiesta de colores cálidos, atractivos: los colores de la felicidad.

Todo hablaba de una vida intensa, atrapada en un momento de reposo, pero presente, palpitante; de una vida llena de largas<sup>1</sup> noches entre amigos, a la luz de las velas; de vasos de vino tinto compartido en la penumbra fragante de humo de tabaco negro; de eternas conversaciones literarias; de risas y comentarios malintencionados; de ojos brillantes y labios húmedos; de seres que gozaban del presente despreciando el pasado, que sabían que el futuro se extendía frente a ellos como una autopista junto al mar.

¡Éramos tan jóvenes! ¿Cómo podíamos saber?

Pero yo había regresado, había recuperado mi cuerpo de entonces, mi mente de entonces, mi alegría, mi seguridad de que la vida era una fiesta que nunca terminaría. «París era una fiesta». Sí. Una fiesta incesante para los que montábamos la vida como si la vida fuera un potro bravo que sólo nosotros podríamos domar.

Yo recorría las habitaciones fijándome en minucias, en pequeños detalles de la vida cotidiana abandonados por los rincones, esperando a su dueño: un sombrero con flores de tela azul que Marita había olvidado en primavera y aún seguía junto al piano, sobre el horrendo busto de Mozart que habíamos comprado un domingo en el mercado de las Pulgas; una pipa de espuma que algún desconocido de los muchos que aparecían por nuestra casa se había dejado entre los libros del salón; un librito de poemas dedicado por el autor, abierto y aplastado en la mesa por el peso de un cenicero rebosante de colillas sin filtro.

El sol de la mañana atravesaba las botellas vacías creando lagos de sombra verde sobre el parqué, haciendo bailar las motas de polvo dorado como una lluvia de monedas de oro fino: nuestra riqueza, la única que teníamos entonces y que nos bastaba para *vivre d'amour et d'air frais*.

La puerta de nuestro dormitorio estaba entreabierta; se veía la esquina de la cama revuelta, con la colcha india cayendo en borbotones, grana, verde y oro, sobre el entarimado del piso, atrapando una de mis pantuflas turcas, indefensa entre sus suntuosos pliegues. Raúl estaría aún en la cama, con el brazo cubriéndole los ojos para protegerlos de la luz. Si abría la puerta —suave, suavemente, para que su chirrido no lo despertara—, podría verlo de nuevo como era entonces, un joven dios pagano reflejado en las profundidades del espejo de la chimenea, dormido como el fauno de Debussy.

Mi mano se apoyó en el sillón de lectura y entonces sentí el roce de la lana contra mí piel, y su perfume. Raúl se habría desnudado por el camino, como siempre, dejando su pullover abandonado en el sillón. Lo recogí como si fuera un niño dormido y lo acerqué a mi rostro para sentir su suavidad, su calor, la dulzura del color burdeos —su favorito— y su olor casi olvidado, el olor inconfundible de Raúl.

Sin decidirlo, me rodeé la cara con la lana tan tibia y la froté contra mi piel, una caricia seca, apenas unos segundos.

Aparté el pulóver sintiéndome estúpida y feliz, y entonces, al verme en el espejo que colgaba a la izquierda de la puerta del cuarto, me descubrí ensangrentada, todo el rostro cubierto de pequeñas heridas que rezumaban una sangre roja como el burdeos. Volví a mirar el pulóver que aún tenía entre las manos y se había vuelto marrón, y entre sus pliegues descubrí cientos, miles de cristales diminutos, como polvo de estrellas, que acababan de lijarme la piel convirtiéndola en un paisaje masacrado. Supe que había vuelto a soñar lo mismo que tantas otras veces y me desperté con un grito, húmeda de sudor, envejecida, sola en este piso que es mi casa desde hace tantos años, aterrorizada de tener que volver a pasar por tantas cosas que había ido olvidando.



## CAPÍTULO I

Eran ya las ocho y diez cuando André se le acercó sorteando grupos de asistentes a la presentación y le susurró al oído: «Habría que empezar, Ari».

Ari volvió a pasear la mirada por la sala, más llena de lo que se hubiera atrevido a esperar, la fijó de nuevo en la puerta de entrada y suspiró.

—Estaba esperando por si venía.

No era necesario decir a quién se refería, André lo sabía perfectamente.

—No va a venir, Ari. Vamos a empezar.

—¿Te ha dicho ella que no iba a venir? Me escribió en julio diciéndome que se iba dos meses a hacer una cura de belleza a una clínica americana y que no estaría localizable. Desde entonces no ha contestado a las cartas que empecé a mandarle cuando calculé que habría vuelto ya, ni siquiera unas líneas cuando le envié el libro terminado; pero esperaba que viniera a la presentación.

André sacudió la cabeza, impaciente, y miró el reloj de modo demostrativo. En los tres meses que llevaban sin verse, André había envejecido mucho. Ahora, por primera vez, se le notaba que tenía más de sesenta años.

—¿Estás seguro de que no viene?

—Todo lo seguro que se puede estar.

—Pero ¿qué le he hecho yo ahora, André? Cuando nos despedimos, estaba claro que era solo por dos meses. ¿Te acuerdas de que me acompañó al aeropuerto a fines de junio? Todo estaba bien entonces. Ayer, antes de salir hacia acá, la llamé a casa, pero daba una señal rara, como si se hubiera cambiado de número. ¿Tú sabes qué pasa?

André volvió a esbozar un gesto de impaciencia.

—Dímelo si lo sabes, maldita sea. No pienso empezar hasta que contestes.

—Está bien. Tú lo has querido —dijo André llevándolo de un codo hasta la mesa de lectura—. No es el momento más adecuado, pero si te empeñas...

Se sentaron ambos y poco a poco empezó a hacerse el silencio en la sala mientras la gente se iba acomodando para escuchar la lectura.

—Amelia murió el 22 de agosto. Por eso sé con toda seguridad que no va a venir —dijo André mirándolo casi fieramente a través de las gafas sin montura—. Ella no

quiso que te lo dijera. Ari tuvo la repentina sensación de que la sala desaparecía y los asistentes quedaban convertidos en fantasmas insustanciales. —Luego te daré unos papeles que dejó para ti. Me pidió que te los entregara después de la presentación del libro.

Ari asintió en silencio, tragando saliva como si necesitara una ayuda para poder tragar también la noticia que acababa de recibir.

—¿De qué murió?

—De leucemia. Cuando tú la conociste ya estaba enferma.

—Nunca me dijo nada.

Incongruentemente, André soltó una breve carcajada.

—¿No te diste cuenta de que Amelia sólo contaba lo que quería contar? Amelia podía ser una esfinge. Yo la conocí toda una vida y sé que hay cientos de cosas que nunca llegaré a entender. ¡Y mira que nunca me he privado de preguntar!

—Pero la querías —dijo Ari buscando su mirada.

André contestó sin apartar la vista:

—Con toda mi alma.

Antes de que Ari pudiera hacer una pregunta más, André se levantó y comenzó la presentación, palabras y más palabras que apenas si llegaban al cerebro de Ari, anestesiado por la noticia: «magna obra de documentación», «más de cuatro años de trabajo», «hemeroteca», «decenas de entrevistas con allegados», «construcción de un brillante mosaico», «el hombre, la obra, la sociedad de su tiempo», «extraordinaria biografía», «Raúl de la Torre, el prestipalabrador».

Como un autómata, encendió la lamparilla mientras las luces de la sala se apagaban y, mirando sin ver al público que seguía sus movimientos, se aclaró la garganta y empezó a leer para ella.

*Habían quedado citados para las diez de la mañana, pero a las diez menos cuarto Ariel Lenormand —alsaciano, cuarenta y dos años, uno ochenta de altura, setenta y seis kilos de peso, portador de gafas de lectura, divorciado sin hijos, hispanista, admirador incondicional de la obra de Raúl de la Torre— estaba ya frente a la puerta del edificio adonde tantas cartas había enviado durante los últimos meses.*

*La impaciencia no lo dejaba casi respirar, pero, forzándose a tranquilizarse, se dirigió con lentitud hacia la esquina de la calle donde creía haber visto una pequeña tienda de flores. Podía ser un buen detalle aparecer con un ramillete, y en cualquier caso le ayudaría a hacer tiempo hasta el momento de presentarse en la guarida del dragón.*

*Las informaciones que había recibido sobre la viuda de Raúl eran contradictorias, pero todas coincidían en un punto: Amelia Gayarre era una mujer de armas tomar, y su recalcitrante silencio frente a todas sus peticiones y sus cartas no hacía más que confirmar la idea. Si no hubiera sido por la*

*feliz coincidencia de que su editor francés, André Terrasse, que había sido el primer editor en Francia de la obra de Raúl, era también íntimo amigo de la viuda, no habría habido ninguna posibilidad de entrevistarla.*

*Pero André se lo había explicado con claridad: «Accede a verte una única vez. De esa entrevista dependerá que quiera seguir contestando a tus preguntas. Tú verás cómo te las arreglas, Ari. Amelia es una fuerza de la naturaleza y cuando dice que no es que no y nadie puede hacer nada».*

Mientras la florista preparaba el ramillete, Ari miró de reojo su reflejo en el escaparate. Pantalón vaquero muy nuevo, camisa azul sin corbata, americana oscura, gabardina, zapatos recién cepillados. No era ninguna estrella de cine, pero podía pasar. Llevaba todavía la corbata en el bolsillo porque en el momento de salir de la residencia de estudiantes donde la Universidad lo había alojado, no había conseguido decidir si ponérsela o no. Al fin y al cabo, tampoco era una cita amorosa. Él no era más que un académico que pretendía escribir una biografía de Raúl de la Torre, y ella era una señora anciana poseedora de mucha información potencialmente interesante. Se trataba, en la base, de una cita de negocios, con la salvedad de que él no tenía nada que ofrecer a cambio, como no fuera ese futuro libro que en su mente estaba ya tan claro y que escribiría con o sin la colaboración de la viuda.

Pero había tantos puntos oscuros... Nadie sabía mucho de su infancia; apenas había conseguido reunir información sobre su muerte; ninguno de sus entrevistados había podido aclararle las razones de su repentina militancia política y mucho menos de su sorprendente revelación...

—*Voilà, monsieur!* —la voz de la florista interrumpió sus cavilaciones el tiempo necesario para permitirle sonreír aprobadoramente, pagar y volver a la calle.

No tenía más que esa entrevista, que ni siquiera sabía cuánto podía durar, para preguntarle tantas cosas que quería saber. Y muchas de ellas eran cuestiones delicadas, muy delicadas, que seguramente no querría revelar al primer desconocido que llegara a su casa. De alguna manera tenía que arreglárselas para que le otorgara su confianza, para hacerle ver que en su caso no se trataba de una curiosidad malsana y escandalosa, sino de un interés científico, académico, encaminado a arrojar una luz definitiva sobre la vida y la obra de Raúl de la Torre, uno de los más espléndidos cuentistas, novelistas y poetas de la segunda mitad del siglo xx.

Se anudó la corbata en el portal, maldiciendo entre dientes por la falta de un espejo en el que comprobar la corrección del nudo. La garita de la portera estaba vacía y la escalera —amplia, noble— se perdía en la penumbra de los pisos superiores, también desierta. Comprobó innecesariamente el número de puerta en su agenda y subió hasta el tercero, ignorando el vetusto ascensor. Una vez frente al número siete, se regaló un minuto para tranquilizar la respiración y permitir que la manecilla de su reloj ocupara la posición exacta antes de pulsar la campanilla, que

repiqueteó desaforadamente por todo el interior.

Esperó cambiando el peso de un pie a otro, sin decidirse a llamar de nuevo, a pesar de que ya había pasado más de un minuto, pensando que las personas mayores tardan mucho más tiempo en reaccionar y que los pisos nobles de París son auténticamente desmedidos: la señora podía estar en la cocina y necesitar un par de minutos para recorrer el pasillo.

O podía haber cambiado de opinión y negarse a abrirle.

Oyó el taconeo acercándose a él a través de la puerta cerrada y se encontró de golpe agarrando el ramo como si fuera una tabla de salvación mientras en su mente aparecían imágenes y más imágenes de la persona que estaba a punto de ver por primera vez al natural y no en fotos de treinta años atrás.

La mujer que le abrió la puerta no era en absoluto como se la había imaginado, aunque en la penumbra del pasillo resultaba difícil verla realmente, ya que sólo distinguía su silueta —menuda, frágil—, junto con la media melena plateada que caía a ambos lados de su cara como una peluca de Cleopatra en negativo.

—Ariel Lenormand, *madame* —dijo tendiendo desmañadamente el ramillete al que, ahora se daba cuenta con espanto, no había liberado del papel. La mujer no hizo el mínimo gesto para cogerlo.

—*Vous êtes bien Madame de la Torre, n'est-ce pas?* —insistió él, ante su silencio.

—Yo soy Amelia Gayarre, y si usted es la persona que espero, parto de la base de que hablará usted español. ¿O es uno de esos académicos que tanto abundan que se atreven a estudiar la literatura de un país sin ser capaces de pensar en la lengua correspondiente?

—Por supuesto que no, señora, quiero decir que claro que hablo castellano.

—Con acento argentino.

—Estuve dos años en Buenos Aires. Para familiarizarme con la obra de Raúl de la Torre —añadió, sintiéndose cada vez más estúpido, plantado delante de la puerta con el ramillete en la mano envuelto en el papel de seda con el nombre de la floristería.

—Ganas de perder el tiempo. Raúl no vivió en Argentina ni dos años en toda su vida.

Ari se esforzó en producir una sonrisa, a pesar de que sentía el estómago apretado.

—Sí. Ahora lo sé.

La mujer se apartó de la puerta dándole la espalda y él dio un paso al frente, hacia el vestíbulo.

—¿Se puede saber adónde va?

Ari se quedó de piedra, pero no tuvo que contestar porque ella había cogido una chaqueta y se dirigía de nuevo hacia la puerta.

—No acostumbro a abrirle mi casa a un desconocido. Haremos la entrevista en el café de Guy.

—Pero... —se atrevió él— yo no soy un desconocido. Al menos no del todo. Me

manda André.

—André es un alma de cántaro. ¿Entiende la expresión?

Ari asintió con la cabeza, confuso y un poco ofendido:

—Verá, señora, a mí... también me habría gustado ver la casa. Al menos el salón —terminó casi apocado.

—Raúl no vivió nunca en esta casa. Aquí vivo yo. No hay nada que ver.

Como los ojos se le habían adaptado ya a la penumbra del pasillo, antes de salir Ari distinguió una foto en la pared que, de repente, le hizo olvidar toda compostura.

—¿Puedo ver esa foto? Por favor...

Amelia se hizo a un lado en silencio mientras Ari se acercaba a estudiarla. Una foto desconocida para él en la que se veía a Raúl, muy joven, encaramado a una barandilla, con el Sacré-Coeur al fondo. Como siempre que el fotógrafo lo había captado sonriendo, su sonrisa parecía iluminar el paisaje a su alrededor.

—Se la hizo al poco de llegar a París. Ahí debía de andar por los veintiocho o veintinueve años —explicó la mujer.

—¡Hay tan pocas fotos tuyas de joven!

—Públicas sí, hay pocas. Pero es que por ese entonces Raúl aún no era conocido.

—¿Tiene usted más?

—Claro.

—¿Me dejará verlas?

—Quizá. Aún no lo he decidido. ¿Bajamos?

Amelia cerró con doble vuelta, se echó la llave al bolso y empezó a bajar ágilmente los peldaños de mármol. Al salir del portal, dobló a la derecha y continuó sin mirar si él la seguía hasta un pequeño café desde el que se veía el Sena brillando como un tejido de lentejuelas al sol de la mañana. Un hombre menudo, de mandilón verde, se acercó sonriendo, preguntó a Ari qué deseaba tomar y se alejó de nuevo. Un momento más tarde depositaba un café crême y un té con limón en la mesita.

—Usted dirá —dijo Amelia mirándolo por primera vez a los ojos sin las gafas oscuras que había llevado hasta ese momento por la calle. Tenía los ojos grises, enormes y con largas pestañas pintadas. Cuarenta años atrás, esos ojos podrían haber vuelto loco a cualquier hombre.

Ari despegó su mirada de la de ella y empezó a buscar en su cartera el pequeño *dossier* que quería mostrarle para empezar: el *curriculum vitae* de Raúl de la Torre pacientemente reconstruido con todos los datos que había conseguido encontrar en los dos años que llevaba de investigación.

—Me gustaría que, para empezar, leyera este resumen, puros datos, y me dijera si hay algún error de bulto.

Amelia sacó del bolso unas gafas de lectura, suspiró, dio un sorbo a su té y empezó a leer a toda velocidad mientras, desdeñando los detalles, resumía y murmuraba algunas de las palabras con las que se iba topando:

*Nacido el 2 de agosto de 1922 en Buenos Aires, hijo de Leonardo de la Torre, diplomático, y su esposa Alida Irigoyen, pianista. Escuelas primaria y media en diferentes países a los que su padre debió trasladarse por razones profesionales. Estudios de leyes en Londres que no llegó a terminar. Escuela diplomática en París y estudio de literatura en la Sorbona. Diversos puestos en países latinoamericanos. En 1951 traslado a París como secretario de embajada. En 1956 abandona el servicio diplomático y entra como profesor asociado de literatura hispanoamericana en la Universidad de La Sorbona. A principios de 1957 publica su primer libro de poemas, *Escrito en el agua*, que pasa sin pena ni gloria. Al año siguiente aparece su primer libro de relatos, *Sacrificios a un dios desconocido*. Su nombre empieza a sonar entre la comunidad hispana de París. A fines de 1957 conoce a Amelia Gayarre, con la que contraerá matrimonio el 15 de mayo de 1959. En 1960 publica su segundo libro de cuentos, *Fantasmas del silencio*. Entre 1961 y 1963 el matrimonio se traslada a Roma por razones del trabajo de su esposa; él consigue una excedencia de su plaza universitaria y dedica esos dos años a traducir literatura francesa al español y a esbozar su primera novela. De vuelta a París, su regreso coincide con el boom de la novela latinoamericana y se publica *Amor a Roma*, que lo hará famoso en sólo unos meses.*

*Entre 1964 y 1970 publica dos poemarios, *La vida que nos mata* y *Disfraces terribles*, y un tercer volumen de relatos, *Los monstruos más dulces*, cuya primera edición se agota en tres semanas. Participa activamente en los sucesos de mayo del 68.*

*En 1973 aparece su segunda novela, *De la torre al cuadrado*, que obtiene un éxito total de público y crítica.*

*En otoño de 1976 se divorcia de Amelia Gayarre, ante la sorpresa de todos sus conocidos, y a principios de 1977 se casa con Amanda Simansky, directora literaria de la colección latinoamericana de Éditions de l'Hiver, y da comienzo a su actividad política, afiliándose al partido socialista. Aparece su libro *Vivir en cubano*, colección de poemas, relatos cortos y páginas de diario. En 1979 muere su segunda esposa en un accidente de tráfico. Ya no se volverá a casar.*

*Entre 1979 y 1984 publica dos antologías de relatos, *Mentiras cotidianas* y *El hombre del traje azul*.*

*En 1985 sorprende al mundo con la confesión de su homosexualidad y su decisión de vivir junto al hombre amado, Hervé Daladier, que muere de sida en 1989. *Cuerpos presentes*, su cuarta colección de poemas, publicada en 1987, se convierte con gran rapidez en un libro emblemático para la comunidad homosexual.*

*El 19 de noviembre de 1991 se suicida de un disparo en la cabeza. Está enterrado en el cementerio del Père-Lachaise.*

Amelia levantó los ojos del papel y se quitó las gafas, que quedaron colgando de una cadena hecha de cuentas de cristal.

—¿Y bien? —preguntó—. Eso es más o menos lo que sale en cualquier enciclopedia de la literatura del siglo xx.

—Usted sabe muy bien que la mayoría de esos datos han sido recogidos con mucha paciencia de noticias de prensa de las diferentes épocas —sonrió él.

—Para mí no hay nada nuevo.

—Es que usted es su viuda.

Amelia, que había alzado la taza, volvió a dejarla caer con estrépito:

—Ni soy su viuda ni lo he sido nunca —dijo con rabia—. Si se empeña en ponerme un nombre, soy su ex mujer, su primera esposa, pero nunca su viuda. Cuando murió, Raúl y yo llevábamos quince años divorciados. Y yo me había vuelto a casar y a divorciar de nuevo. Yo no soy viuda de nadie —volvió a ponerse las gafas de sol y se quedó mirando las aguas del Sena.

—Perdone —murmuró Ari, temiendo haber echado por tierra todas sus posibilidades de que quisiera contestarle las preguntas que llevaba preparadas.

Hubo un tenso silencio que a Ari se le hizo eterno. Ella había vuelto a ponerse las gafas de sol y jugaba con la cucharilla que no había utilizado. Las flores, aún en su papel de seda, continuaban sobre la mesa. Por hacer algo, Ari las desenvolvió y se las tendió tímidamente.

—Le había traído esto —dijo en tono conciliador.

—Siempre es mejor que le traigan a una flores en vida; después de muerta ya no se aprecian igual.

Esperando no equivocarse al reconocerlo como chiste, Ari sonrió. Ella le devolvió la sonrisa mientras se acercaba las flores a la nariz.

—¿Le ha contado alguien que mi ramo de novia estaba hecho de rosas y fresias, como éste?

Ari negó con la cabeza:

—Las he elegido porque son las que más me gustan a mí. Por eso.

—Hacía mucho que no olía una fresia. Vamos, pregúnteme algo. A eso hemos venido.

Ari inspiró profundamente, se inclinó hacia ella sobre la mesa y se lanzó como a una piscina helada:

—Hábleme de Raúl. Dígame cómo era.

Ella se echó a reír, suavemente primero, luego más y más fuerte hasta que una lágrima se escurrió por debajo de las gafas oscuras.

—¡Qué inocencia la suya, profesor! —dijo, aún ahogándose en su risa y buscando en el bolso un pañuelo de papel—. «Dígame cómo era». ¿Qué espera que le diga? ¿No ha leído sus libros? Ahí está casi todo lo que era. La parte que le importa, al menos.

—A mí me importa todo, señora Gayarre. Claro que he leído todo lo que ha

escrito y lo que otros han escrito sobre él y todos los comentarios que he podido encontrar y todas las respuestas que me han dado las personas que lo conocieron. Pero no es bastante. Aún no sé cómo era Raúl.

—Eso nunca se llega a saber, señor Lenormand. Ni siquiera viviendo una vida juntos. Yo puedo contarle cómo lo veía yo, cómo era conmigo. Tendrá que conformarse con eso.

—Por favor.

—De acuerdo.

—¿Puedo grabarlo?

Amelia dudó un momento y acabó por asentir. Él sacó una pequeña grabadora, comprobó su funcionamiento y la dejó junto a ella.

—Tiene que darse cuenta de que las personas cambian con el tiempo, de que el Raúl de quien le voy a hablar es un Raúl diferente en cada momento de su vida. Y de la mía. Verá que hay incoherencias, actos faltos de lógica, locuras inexplicables, pero es que la vida no es una novela donde quedan atados todos los cabos y donde todo avanza cohesionadamente hacia un final significativo y ya previsto por el autor. ¿Me sigue?

Ari asintió sin hablar.

—Usted intentará, no puede dejar de hacerlo, que la vida de Raúl que aparezca en su libro sea como una novela. Clara, bien trabada, comprensible. Es natural, tiene que pensar en sus lectores. Pero debe tener claro que, sin pretenderlo, estará mintiendo, porque no hay ninguna vida real que sea así.

Él trató de no demostrar su impaciencia; los prolegómenos se le estaban haciendo demasiado largos, a pesar de que la mujer se expresaba bien y de que lo que decía tenía sentido. Demasiadas veces desde el comienzo de la investigación se lo había dicho él a sí mismo; por eso le irritaba que también ella se lo recordara con esa insistencia magistral.

—Raúl era... —se quitó las gafas y se frotó las sienes, como si quisiera estimular el recuerdo o precisar la expresión—, lo he pensado muchas veces..., era... como un fuego de artificio: brillantes explosiones de color seguidas de momentos de negrura total, que no parecía total porque quedaba la huella de la luz en la retina.

—¿Quiere decir que era ciclotímico? ¿Que tenía depresiones? Ella negó con la cabeza, débilmente:

—No. O no del todo. La mayoría de los artistas son ciclotímicos, eso sí, pero no me refiero a eso. Raúl vivía su vida con toda normalidad: preparaba sus clases, corregía ejercicios, tomaba cafés con unos y con otros, estudiantes, colegas, amigos...; íbamos al cine y al teatro, invitábamos gente a casa..., nuestra casa estaba siempre llena de gente, conocidos y desconocidos..., aquello era una feria, pero nos gustaba así... ¿Qué le decía?... Sí, que todo era normal, cotidiano..., y de repente le venía una idea, se levantaba, se sentaba enfrente de su máquina de escribir y durante horas no se oía más que el golpeteo de las teclas y el rasgueo de la palanca al saltar de



línea..., tac-tac-tac-tac-tac-raaac-tae-tac-tac-tac-raaac.

Ari sonrió ante la imitación de las viejas máquinas mecánicas.

—Y antes o después dejaba de oírse el ruido: había un rato de silencio mientras releía y luego se presentaba en la cocina o en el baño, donde estuviera yo, y me tendía diez o doce folios y un lápiz rojo. Me dejaba sola y se metía en el estudio a fingir que leía un libro mientras yo devoraba sus páginas. Cuando yo entraba en el estudio, me miraba fijo, como tratando de leer en mi expresión el efecto conseguido y si mi opinión era positiva, saltaba sobre mí como un oso, me levantaba en peso y me arrastraba dando vueltas por el estudio cantando cosas incomprensibles con ese vozarrón que oían hasta los vecinos de los pisos de abajo. Después nos íbamos a tomar una copa o a cenar a cualquier sitio donde se reuniera gente conocida para que yo tuviera ocasión de decirles que Raúl acababa de escribir otra obra maestra.

—¿Le agradaba el halago, entonces?

—¿Y a quién no? Pero sí, a Raúl le gustaba oír que era un genio. Lo necesitaba inmediatamente después de terminar. Al día siguiente ya se le había pasado y regresaba a su rutina cotidiana, hasta que volvía a saltar la chispa.

—Eso lo entiendo con respecto a los relatos, o a los poemas. Pero ¿cómo hacía con las novelas? ¿Capítulo por capítulo? ¿Escena por escena?

Amelia desvió la vista buscando al camarero y con una seña pidió otro té.

—Con las novelas era diferente. Nunca me las enseñó, hasta el final. ¿Le gustan a usted las novelas?

—Son lo mejor de su obra —dijo Ari sin dudarlo un segundo—. No me malinterprete: me gustan sus relatos y sus poemas me parecen magníficos, pero las novelas son otra cosa.

Amelia sonrió:

—No se preocupe. Yo también creo que las novelas son lo mejor de su obra. ¿Cuál de las dos prefiere?

Ari empezaba a sentirse en su elemento: hablar de novelas era su vida.

—Amor a Roma me fascina. De la torre al cuadrado es también una gran obra, más pensada, más madura, pero la primera es justo eso que decía usted antes: un fuego de artificio constante, pero sin negruras intermedias. Y su estructura...

—¿Sí? —Amelia se inclinaba hacia él, pendiente de sus palabras por vez primera.

—¿Se ha dado usted cuenta de que su estructura es también un palíndromo, como su título, que se lee igual empezando por el principio o por el final? Yo lo descubrí hace poco y escribí una ponencia para el congreso internacional de Santa Barbara. Fue todo un éxito; al parecer nadie lo había visto aún —registró su sonrisa de duende—. Usted sí, ¿verdad?

—Antes que Raúl.

—Entonces no fue planeado.

—Supongo que en un nivel inconsciente sí, pero fui yo quien se empeñó en que cambiara unos cuantos detalles de la segunda parte para enfatizar el palíndromo.

—¿Colaboraba usted con él?

—Era su correctora. Su conciencia, decía él.

—Claro, usted también escribe.

Amelia hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia a su actividad:

—Poca cosa. Libros infantiles y manuales de cocina. Supongo que le habrá contado André.

Ari asintió. André no sólo le había hablado de ello, sino que le había mostrado los treinta y dos volúmenes que habían producido Amelia y él en colaboración. Eran historias de brujas malvadas, terriblemente simpáticas y a las que casi todo les salía mal. Estaban llenos de rimas, conjuros con juegos de palabras, palíndromos y anagramas. Ella escribía los textos y él los ilustraba. Estaban traducidos a diecisiete idiomas. Dos años atrás habían recibido el Premio Nacional de Literatura Infantil. Ella los firmaba con un pseudónimo curioso: Malie-Malou, la belle sorcière.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Ari, deseando llevar de nuevo la conversación al tema que le interesaba.

—¿André y yo?

—Raúl y usted.

Ella torció el gesto, como si no le gustara recordar aquellos días.

—En una cave de Saint-Germain, de las que estaban de moda en los años cincuenta. La época existencialista, ya sabe, todos vestidos de negro poniendo cara de náusea vital y fumando como locos mientras hablábamos de literatura y de filosofía sintiéndonos profundos e insondables como pozos sin caldero —poco a poco empezaba a perder el gesto agrio y Ari decidió limitarse a contestar con miradas y movimientos de cabeza para no interrumpir los recuerdos—. Me lo presentó André.

—André dice que usted se lo presentó a él en la primavera del 57 —la contradijo antes de darse cuenta de que había decidido callar.

—André tiene una memoria como un escurreverduras: sólo conserva los trozos más grandes. No. Me lo presentó él, pero es posible que estuviera borracho. En aquella época todos bebíamos mucho. Se habían conocido en una reunión universitaria. André trabajaba en la facultad de arquitectura; era arquitecto antes de dedicarse a editar libros.

—¿Y fue amor a primera vista?

Ella echó la cabeza atrás, como si fuera a soltar la carcajada, pero no produjo ningún sonido.

—Nos caímos fatal. Los dos estábamos convencidos de ser algo muy especial y por tanto los dos necesitábamos admiración y público. Por eso los dos éramos amigos de André, porque es muy buen público.

—Una pregunta, antes de que se me olvide. En los Diarios de trabajo que acaban de aparecer en España, cuando Raúl habla de usted en los primeros tiempos de su matrimonio la llama Hauteclair. ¿Se refiere a algo en concreto o es sólo un nombre inventado, uno de esos nombres entre enamorados?

Amelia pasó el dedo por el borde de la taza, como si buscara en sus recuerdos, o más bien, pensó Ari, como si hubiera encontrado el recuerdo y estuviera tratando de decidir si quería hablar de ello.

—Era un nombre entre enamorados —dijo tras casi un minuto de silencio—, pero se refería a una historia que nos gustaba a los dos y también a mi realidad de entonces. ¿Ha leído usted un relato de Barbey d’Aurevilly, creo que de los Cuentos crueles o de Las diabólicas, no recuerdo bien, que se llama *Le bonheur dans le crime*?

Él negó con la cabeza.

—La protagonista se llama Hauteclair. Es hija de un maestro de esgrima viudo que la educa como a un hombre y le enseña lo único que sabe: a manejar el florete. Yo era muy buena esgrimista; pertencí a la selección nacional de esgrima. Él me llamaba Hauteclair porque, como se dice en el relato, es «nombre de espada». A mí me gustaba que me llamara así. Luego, con los años, se fue perdiendo.

—Sí, en el segundo Diario ya no aparece.

—En el segundo Diario ya no aparezco yo. Las dos veces que dice «mi mujer» se refiere a Amanda.

—¿Cómo era Amanda? —preguntó Ari, agradecido por poder investigar en una dirección que se le hubiera antojado demasiado delicada como para plantearla en la primera entrevista.

Ella hizo un gesto de desagrado que cubrió enseguida mordiendo la rodaja de limón que flotaba en su segunda taza de té.

—Agresiva, exótica, intensamente femenina, si sabe a qué me refiero. Toda curvas, ojos rasgados, pómulos altos y risa estridente. Detestable. Han pasado casi treinta años y aún no entiendo qué pudo llevar a Raúl a casarse con ella. Y no hablo por celos. Pregúntele a André. Pregunte a quien quiera. Amanda era un bicho peligroso, una arpía de armas tomar. Cuando consiguió quedarse a Raúl, se dedicó a exhibirlo como si se hubiera comprado una pantera, y luego lo obligó a hacer números de circo, a pasar por el aro de la izquierda ilustrada. A Raúl, que no había leído un periódico en su vida y que no distinguía la izquierda de la derecha ni en los zapatos.

—¿Ha dicho «cuando consiguió quedarse a Raúl»?

—Hablaba en términos editoriales. Hasta ese momento, Raúl había publicado toda su obra con André. Los dos primeros libritos con el padre de André, antes de que él heredara la editorial y dejara la arquitectura. A partir de Amanda, se convirtió en uno de los caballos de su cuadra; uno de los mejores, por cierto.

—Y fue ella la que lo, digamos, «inició» en el pensamiento político.

—Raúl carecía de pensamiento político, antes y después de Amanda, a pesar de la escuela diplomática y el par de años que trabajó en embajadas. Todas las tonterías que dijo en público y sus visitas publicitarias a Cuba y Nicaragua y demás fueron idea de ella, para exhibirlo como intelectual comprometido, que es lo que se llevaba entonces. Y si no me cree, observe sus publicaciones. Después de la muerte de

Amanda, volvió a su estilo de siempre, a sus poemas, a sus relatos.

—Y no volvió a escribir novela.

—No —los labios de Amelia se tensaron, como si acabara de ponerle un candado a su boca.

—André me comentó en una ocasión que Raúl estaba escribiendo otra novela en sus últimos años. ¿Sabe si habría en alguna parte un manuscrito, aunque fuera incompleto?

—No lo sé, pero no lo creo.

—¿Por qué no lo cree? Si me permite la pregunta...

Amelia perdió la vista en la lejanía, en las aguas tersas del río, de donde había huido ya el centelleo.

—Yo creo que su situación vital había dejado de ser propicia para escribir novelas.

—¿Porque había perdido a «su conciencia», a usted? —insinuó Ari con suavidad.

—Entre otras cosas.

Estuvo a punto de preguntar «¿Qué otras cosas?», pero comprendió de repente que Amelia Gayarre se refería a que, en aquella época de su vida, Raúl acababa de declarar abiertamente su homosexualidad y su amor por un hombre con el que se había ido a vivir. Decidió dejar el tema para una entrevista posterior, si la había.

—Me gustaría visitar la casa en la que vivió —Amelia levantó la vista, aparentemente agradecida por el cambio de tema—. ¿Le parece posible?

—En uno de sus relatos sería posible. Llegaría uno al número 57 de la Rué de Belleville y el departamento seguiría allí, viviendo su vida de fines de los cincuenta, con su radio, su piano y sus discos de vinilo.

—¿Y ahora no?

—Derribaron el edificio para construir. El barrio no ha cambiado mucho, pero la casa desapareció para siempre.

—¿Y sus otras casas?

Amelia se encogió de hombros:

—Pregúntele a André. Yo nunca quise saber. No era asunto mío después del divorcio.

—¿No lo visitó usted nunca?

Ella negó con la cabeza, mirándolo fijamente.

—¿Ni él a usted?

—Mucho después. Después de mi divorcio. Seguimos siendo amigos, incluso viéndonos con frecuencia, siempre en casas de conocidos, en cafés..., pero la intimidad se perdió, la complicidad, el juego... Todo eso se perdió.

—Y sin embargo es usted la depositaria de su herencia. Usted tiene ahora todos los derechos de su obra.

—¿Quién los iba a tener? Soy la única superviviente.

—Está André.

—Raúl nunca se fió de los editores, ni siquiera de André. Salvo el interludio con Amanda. Sabía que conmigo su obra estaba en buenas manos.

—¿Queda algo por publicar? ¿Papeles sueltos? ¿Algún cuento que no le diera tiempo a recoger en las antologías? —preguntó Ari, tratando de no sonar tan hambriento como se sentía.

Encontrar un texto inédito de Raúl de la Torre era su sueño: abrir alguna carpeta olvidada y polvorienta y descubrir un relato desconocido del maestro. Leerlo, disfrutarlo a solas primero, editarlo después, darlo a conocer a la comunidad de amantes de Raúl con sus propias notas a pie de página.

—Es usted otro buitre. Un carroñero como todos los estudiosos de la literatura —dijo ella con naturalidad, sin ningún tipo de rencor perceptible—. ¿Cree de verdad que si existiera se lo dejaría publicar?

—Pero tal vez leerlo —se le había quedado la boca seca y tuvo que hacer un esfuerzo para completar la frase—, con mi promesa de no decírselo a nadie.

—Lo que está publicado es lo que quiso publicar en vida. Estaba a punto de firmar el contrato para los Diarios de trabajo cuando murió; por eso, después de mucho pensarlo, decidí permitir su publicación. Pero nada más.

—Entonces, ¿hay algo más?

—Relatos incompletos que no se molestó en terminar porque no llevaban a ninguna parte; alguna cosa de su juventud, muy mala, créame, le decepcionaría..., notas para poemas..., nada que valga la pena. Y haga el favor de cerrar la boca: se le acaba de poner cara de hambre y no le sienta nada bien.

—Perdone. ¿Le apetece otro té?

Amelia miró su reloj, se quitó las gafas que colgaban de la cadena y las metió en el bolso.

—No, gracias, tengo que irme ya.

—¿Tan pronto?

Ella sonrió como halagada, una sonrisa que Ari no supo interpretar.

—Yo también tengo mis obligaciones, señor Lenormand.

Se puso en pie y Ari la imitó, sin saber cómo retenerla.

—¿Puedo llamarla otro día? ¿Mañana? ¿Pasado?

—Deme su tarjeta. Lo pensaré. Si me decido, lo llamaré yo, descuide.

Ari metió la mano en el bolsillo interior de la americana. Estaba vacío. Se había olvidado de las malditas tarjetas. Empezó a buscar frenéticamente por la cartera sin ningún éxito mientras la mujer esperaba con una sonrisa entre divertida y cruel.

—Tendrían que estar aquí. Un momento, por favor, sólo un momento...

Al final, acabó por arrancar una hoja del bloc de notas y garrapateó su dirección y su teléfono sintiéndose estúpido, inadecuado, como un adolescente que trata de pasar por adulto.

Ella cogió el papelito, lo miró por encima y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Sabe que tiene una letra muy parecida a la de Raúl? Sin gafas no leo bien, pero veo el dibujo. ¡Buenos días, profesor!

Ya había llegado a la puerta de cristales cuando Ari consiguió salir de su estupor:

—¡Las flores, señora, se deja las flores!

—Quédeselas. Le perfumarán el cuarto.

Un instante después, Amelia Gayarre había desaparecido y él se había quedado solo en el café con cientos de preguntas no formuladas.

—¡Eres un infame y despreciable marica de playa!

En su despacho, André se echó hacia atrás en la silla giratoria y sonrió ante las palabras de Amelia:

—¿Porque no te dije que Ari tiene la misma sonrisa que Raúl? —le habría gustado verle la cara de bruja suspicaz que se le estaría poniendo, pero podía imaginarla.

—Lenormand no se parece en nada a Raúl.

—Salvo la sonrisa. No vas a negarlo. Es lo que me hizo contratar su primer libro. Nada más conocerlo, tuve la sensación de estar con un amigo, sencillamente porque se parecía a Raúl.

—Podías haberme avisado.

—Si te hubiera avisado, habrías creído que lo decía para picarte la curiosidad y que lo recibieras, y te habrías negado. Te conozco desde hace cuarenta años, Amelia.

—Nadie conoce a nadie.

—Palabrería. Anda, dime, ¿qué te ha parecido el chico?

—Joven.

—¡Qué original! ¿Y qué más? ¿Le vas a conceder otra entrevista?

—Hablas como si yo fuera la reina de Saba.

—Para él lo eres. Y para mí también, ya lo sabes.

—Lo pensaré.

—Tengo listos un par de dibujos para la cubierta del libro siguiente. ¿Por qué no te pasas luego, vamos a comer y los discutimos?

—Ahora tengo que hacer. Mejor quedamos para cenar.

—He invitado a Ari a cenar en casa, pero donde comen tres, comen cuatro.

—Ya veré.

—Te pondré cubierto. Si a las ocho y cuarto no has venido, lo retiro. Voy a hacer *soufflé* de cangrejo.

—¿Tu famoso *soufflé*?

—De hecho el tuyo, pero no me negarás que a mí me sale mejor.

—Dale recuerdos a Yves.

—Ven y dáselos tú. A las ocho.

Amelia colgó sin despedirse, como siempre que estaba molesta, y André apretó el

botón rojo del móvil con una sonrisa. Ari le había picado la curiosidad. Estaba seguro de que vendría. Tarde, pero vendría. Se hizo una nota para llamar a Yves, que trabajaba al lado de una excelente tienda de *delicatessen*, y pedirle que tratara de encontrar puntarelle para la ensalada.

Después de colgar, Amelia se quedó unos minutos apoyada en el pretil del río, mirando sin ver las aguas que pasaban, lentas y espesas, a sus pies. Se estaba metiendo en algo que acabaría por hacerle daño. Lo sabía. Lo sentía en algún lugar de su interior para el que no tenía nombre, en ese agujero oscuro de donde Raúl decía que salían los cuentos y las novelas cuando habían madurado bastante en las tinieblas; esa especie de sumidero donde se iban pudriendo las experiencias, los recuerdos, las frustraciones y los deseos para acabar convertidos en materia literaria y que, siempre según Raúl, estaba a la izquierda del corazón, pero un poco más abajo.

¿Qué interés podía tener André en que Lenormand escribiera un libro sobre Raúl de la Torre? Ni siquiera como editor podía haber puesto muchas esperanzas en el asunto. ¿Cuántos ejemplares esperaba vender? ¿Mil? ¿Dos mil? Eso no era nada comparado con las tiradas de sus propios libros infantiles. Y no podía tratarse del interés económico de potenciar con la biografía las ventas de sus obras, porque ella había vendido los derechos por los siguientes diez años a una gran editorial española, y André lo sabía.

Echó a andar lentamente hacia el garaje donde tenía aparcado el coche. Se había levantado un viento ligero que hacía temblar las hojas amarillas de los árboles y arrancaba alguna de tanto en tanto.

¿O era que André quería, a través del trabajo de reflexión y documentación de Lenormand, llegar a comprender al que había sido su amigo? ¿Pensaba quizá encontrar respuestas a las preguntas que siempre se hizo sobre Raúl?

¿Quería ella?

Volvió a detenerse, esta vez frente a una librería de viejo, y pasó la vista desganadamente por las antiguas ediciones, por los grabados y las cartas geográficas de otros siglos.

¿Quería ella dar respuestas? ¿O buscarlas? ¿No estaba todo mejor así, perdido en el tiempo, borrado de la memoria? ¿Qué importancia podía tener ahora llegar a enterarse de cosas como la razón que llevó a Raúl a casarse con Amanda? Sin contar con que lo que pudiera inventar Lenormand no sería más que otra hipótesis, una más de las varias que ella y André y muchos de los antiguos amigos habían barajado en aquella época. ¿Era admiración incondicional lo que había perseguido Raúl? ¿Triunfo mediático, que a Amanda le parecía fundamental y a ella siempre le había dado risa? ¿Necesidad de probarse a sí mismo una virilidad de la que cada vez dudaba más, eligiendo como compañera a una mujer que atraía las miradas de todos los hombres? ¡Qué más daba ya! Lo importante para ella era su seguridad de que Raúl nunca había querido a Amanda. En el verano del 79, en aquella conversación telefónica que podía recordar como si la tuviese grabada, Raúl le había dicho: «¿Cómo pudiste llegar a

pensar que yo la quiero, Hauteclair? No la he querido nunca». Lo demás no tenía importancia.

Llevaban cinco días en Ischia. Cinco días de un agosto brutal que volvía blanco el paisaje a las horas de sol y por las tardes hacía subir una neblina tenue que velaba el horizonte. Ni ella ni André querían confesar que habían elegido mal su lugar de vacaciones, que lo que había sido un sueño casi inalcanzable durante el invierno y había acabado haciéndose realidad era un error, un fracaso.

Capri podía haber sido mejor. Al menos tenían muchos amigos veraneando en Capri, a pesar de que hacía casi diez años que había pasado de moda; pero ésa había sido precisamente la idea al decidirse por Ischia: un paraíso ignorado, una isla perdida en el Mediterráneo en la que no conocían a nadie y nadie sabía quiénes eran. La eterna persecución de la originalidad, del paraíso perdido, del buen salvaje, pero dentro de un marco accesible, civilizado y chic.

Amelia se removió en la cama buscando el frescor de la parte opuesta. Ahora que estaba sola tenía que aprender a disfrutar de los pequeños lujos de la vida sin pareja, y el hecho de que la mitad desocupada de la cama conservara su frescor era uno de esos pequeños lujos.

Hasta el aperitivo de la cena la tarde se extendía frente a ella como un desierto sin fin, y luego vendría la noche, larga también y solitaria, porque André se había encaprichado de un tal Julien y había decidido instalarse por unos días en su hotel, al otro lado de la isla.

La mesilla de noche estaba llena de libros que no le apetecía leer, la bolsa de playa seguía tirada en la terraza a pleno sol de las tres, se había duchado dos veces y no se le ocurría qué hacer con esa tarde, esa tarde única en su vida que se iría sin remedio, vacía y estéril.

Pero era preferible estar sola a tener que soportar la cara de bobo que se le ponía a André al ver a Julien, un muchachito estúpido y arrogante que a sus diecinueve años parecía saberlo todo y no tenía más profundidad que un charco en la acera. «Pero ¿qué me importa a mí que Julien no sea inteligente? —le había dicho André durante la cena de la noche anterior—. Inteligente ya soy yo y cuando quiero estímulos mentales hablo contigo. ¿Tú te has fijado en su cuerpo? Es un puro efebo griego, Amelia, una estatua animada, ¿qué más me da a mí su cerebro?».

No entendía nada. André se había marchado con Julien, Raúl estaría en Mallorca pasando las vacaciones con Amanda y ella estaba abandonada en una cama de matrimonio en un hotel elegante de la isla de Ischia. A sus cuarenta y dos años se sentía vieja, inútil, totalmente de más.

Cuando sonó el teléfono estaba en pleno ataque de autocompasión y pensó no cogerlo. Sería André invitándola a una excursión o a compartir la cena con ellos. Habría sido mejor no contestar, pero lo hizo porque estaba harta de sentirse sola, de



sentir que a nadie le importaba su existencia.

Levantó el auricular y, por un momento, ni siquiera lo reconoció.

—¿Quién es? ¿Quién es? —repitió sobre la voz masculina que se había lanzado a hablar torrencialmente.

—Soy yo, Hauteclair, yo, Raúl.

Se sentó en la cama, desnuda y sudorosa, sintiendo cómo su cuerpo se cubría de carne de gallina que, por suerte, Raúl no podía ver. Hacía meses que no hablaba con él, desde que a raíz de su separación, él se había envuelto en un silencio impenetrable que le había negado toda posibilidad de contacto, aparte de alguna ocasión social en que se habían encontrado por casualidad y donde no habían cambiado más que algunas frases triviales.

—¿Qué pasa?

—Me estoy volviendo loco, no puedo más. Esa mujer me está matando. Tenés que ayudarme, tenés que hacer algo —su voz sonaba al borde de la histeria.

—¿Algo? ¿Qué?

—Es una arpía, una furia, me está volviendo loco.

Raúl respiraba como si hubiera estado corriendo y se repetía constantemente, en lugar de explicarle la situación.

—Pero ¿qué quieres que haga yo, si estoy en Ischia?

—Vení, Amelia. Te necesito.

Esas palabras eran como un conjuro. En los casi veinte años que se conocían, Raúl sólo había tenido que decir «Te necesito» para que ella saliera corriendo adonde fuera, a hacer lo imposible por él. Pero se había acabado. Al casarse con Amanda, él había decidido.

—¿Para qué me necesitas? —preguntó, aunque no quería saber la respuesta.

—Ni yo mismo lo sé. Pero sé que no puedo aguantar más, que si esto sigue así acabaré pegándome un tiro. Lo digo en serio.

Hubo un silencio por las dos partes hasta que él preguntó:

—¿Seguís ahí?

—Sigo aquí. Dime qué pasa.

Raúl empezó a hablar y su voz se quebró en un sollozo. Era la primera vez que Amelia lo oía llorar al teléfono, y sintió a la vez pena y una rabiosa alegría.

—Tenés que venir —dijo entre hipos que al parecer no podía controlar—. No puedo contártelo todo por teléfono. Además ella sólo ha bajado un momento al vestíbulo, va a volver enseguida y no quiero que me oiga hablando con vos. Lo digo en serio: si no venís, me mato. Sería una manera de acabar.

—Raúl, no digas más tonterías. Si de verdad es necesario que vaya, iré, pero no sé qué piensas que puedo hacer yo. Si ya no la quieres, díselo y pide el divorcio. O habla con tu abogado si no quieres hablar con ella. Haz la maleta y márchate.

—No puedo, Amelia.

—¿Cómo que no puedes? Conmigo sí que pudiste. Claro que a mí ya no me

querías y a ella sí.

Raúl tuvo como una respiración corta y rápida.

—¿Quererla? ¿Has dicho quererla?

—¿Vos crees que yo la he querido alguna vez?

Ella no contestó. Él siguió hablando:

—¿Cómo pudiste llegar a pensar que yo la quiero, Hauteclair? No la he querido nunca y mucho menos desde que se ha convertido en mi guardiana, en la celadora de la cárcel que es ahora mi vida.

No podía creer lo que estaba diciendo Raúl y a la vez quería creerlo. No había nada en el mundo que quisiera creer con tanta intensidad.

—Vení a verme y te lo explicaré. Nos iremos juntos de aquí. Me equivoqué. Me equivoqué en tantas cosas..., pero creo que ya no tengo miedo. Vení a verme y te lo contaré todo. Con vos me atrevo a enfrentar lo que sea. No sabes cuánto he sufrido hasta ahora.

Amelia se encogió en la cama, como si la hubiera golpeado. Él había sufrido. Él, que había triunfado como escritor, que la había abandonado cuando dejó de serle útil, que la reclamaba cuando no conseguía librarse solo de una situación.

—Sé que vos también habés sufrido. Hauteclair —dijo él con la voz suave, con la voz grave de sus caricias verbales que siempre funcionaba con ella—. Por mi culpa. Y te pido perdón. Todo ha sido un gran error. Vení, por favor, líbrame de ella y podremos volver a estar juntos. Lo comprenderás, ahora estoy seguro.

—No podré llegar antes de mañana —contestó ella, y su voz le sonó extraña a sí misma.

—Esperaré. Sabiendo que venís, tendré la fuerza de esperar.

—Dame la dirección del hotel y prométeme que no harás ninguna tontería. Llegaré lo antes que pueda.

Raúl le dio la dirección, el teléfono y el número de cuarto antes de añadir:

—Te lo prometo. Te esperaré hasta que llegues. ¡Dios mío, ya vuelve, tengo que colgar! No me falles, Amelia.

Cuando dejó de oír su voz, por un momento tuvo la sensación de haberlo soñado todo, uno de esos sueños pesadillescos de la hora de la siesta; pero el papel con la dirección estaba en la mesita y todo su cuerpo seguía cubierto de carne de gallina, como si el calor de agosto se hubiera convertido en un frío invernal.

Se levantó, metió un par de cosas en una bolsa y dejó dicho en recepción que si llamaba el señor André Terrasse, ella se había ido de excursión por la zona y aún no sabía seguro si volvería al día siguiente o al otro. Condujo hasta el puerto en su coche alquilado, tomó el primer *ferry* para Nápoles y empezó a hacer planes para llegar desde Roma a Mallorca del modo más rápido posible.

André le abrió la puerta con el delantal puesto y un cucharón de madera en la mano;

le colgó la chaqueta en una percha de la entrada y lo hizo pasar directamente a la cocina donde le sirvió la primera copa de tinto. Se agachó a comprobar la temperatura del horno, trasteó unos instantes por los diversos cacharros que ocupaban la encimera y se sentó frente a él a la gran mesa de la cocina, con otra copa de vino.

—Venga, no te hagas el estrecho, cuéntame cómo ha ido la entrevista.

Ari se acababa de echar un puñado de cacahuetes a la boca y contestó con la boca llena:

—Creo que bien.

—¿Cómo que crees?

—No sé, esa mujer me confunde. No me ha dejado entrar en su casa, nos hemos ido a un café...

—El café de Guy.

—Ése. Luego me ha soltado un rollo filosófico sobre la imposibilidad de reconstruir una vida en una biografía, como si yo fuera imbécil, y cuando ha decidido que se había acabado la entrevista, me ha dejado allí plantado y me ha dicho que me quede con las flores que le había llevado. Para que me perfumen la habitación.

—¿Le habías llevado flores? ¡Qué caballero!

—Déjate de guasas. Pensé que sería un detalle. Y lo gracioso es que le han gustado, porque al parecer eran las mismas de su ramo de novia, pero luego no se las ha querido llevar. Al final me ha pedido mi tarjeta, por si se decide a llamarme para otra entrevista, y resulta que me las había dejado en casa: le he tenido que garabatear mis señas en un papel.

—Y después de todos esos desastres, ¿aún dices que te ha ido bien?

Ari se echó a reír:

—Soy de un optimismo imbatible. Pero, en serio, de verdad creo que ha ido bien. Al menos me ha dado una buena frase para el libro.

—A ver.

—Al preguntarle cómo era Raúl me ha dicho que era como un fuego de artificio.

André tomó un sorbo de vino, se levantó y se puso a mezclar el contenido de un cuenco.

—Sí. Es una buena frase.

—Explosiones de color con periodos de negrura total.

—¿Ha dicho «negrura total»?

Ari asintió con la cabeza.

—Exagera.

—No sé. Ha añadido algo..., algo así como que no se notaba mucho porque las explosiones de color quedaban grabadas en la retina durante un tiempo.

—Amelia y Raúl eran tal para cual, pura palabrería altisonante.

—¿Tú no lo veías así?

—Para mí era como una especie de niño grande, un tipo encantador de puertas afuera, con un enorme talento narrativo y que no servía para nada más.

—¿De puertas afuera?

André asintió con la mirada perdida mientras tomaba otro sorbo de vino:

—Los que lo conocíamos bien sabíamos que podía ser colérico, depresivo, tacaño, obcecado..., lo que no le quita un ápice de grandeza como escritor, evidentemente.

—Nunca me lo habías dicho.

—Suponía que Raúl te interesa sólo como escritor.

—Yo quiero comprenderlo.

—¿Y quién no, querido? Uno siempre quiere comprender a los seres que le rodean, pero siempre es en vano. A veces no se comprende uno ni a sí mismo...

—Me ha dicho que Amanda era una furia, una bruja...

—No lo creo. Amelia nunca hubiera usado la palabra bruja. Para ella, y para mí, sólo tiene connotaciones positivas.

—Algo así, en todo caso.

—¿Lo ves? Has hablado con Amelia hace apenas unas horas y, sin embargo, lo que me estás contando ya es una desviación de lo que te ha dicho. ¿Cómo quieres reconstruir la vida y el carácter de alguien a quien sólo conoces de segunda y tercera mano?

—¿Tú no quieres que escriba el libro?

—Sí. Me limito a advertirte de los peligros —se puso en pie, sonriente, al oír la llave en la cerradura—. Ahí viene Yves; a ver si ha conseguido las puntarelle y me pongo a hacer la salsa de anchoas.

Yves, un hombre grande y atractivo, de unos cincuenta años, entró en la cocina cargado con un par de bolsas, le dio un beso a André, le estrechó la mano a Ari y se sentó a la mesa después de haberse servido una tónica.

—¿Ya estáis otra vez hablando del libro? —preguntó—. Si molesto, lo decís y me voy al salón.

—Tú nunca molestas, cielo —André le pasó la mano por el pelo, rubio y fuerte—. Gracias por traer todas esas delicias.

—¿Qué delicias?, ¿a ver? —Ari se levantó y empezó a hurgar en las bolsas que había traído Yves reprochándose a sí mismo, como siempre, ese principio de incomodidad que sentía cuando veía a dos hombres haciéndose carantoñas, especialmente cuando ya no se trataba precisamente de dos jovencitos.

—¿Va a venir Amelia? —preguntó Yves.

Ari se giró hacia ellos, estupefacto.

—No me habías dicho nada.

—Es que no es seguro —contestó André mientras se apartaba de la mesa y empezaba a buscar el frasco de anchoas en el inmenso frigorífico de dos puertas—. Pero creo que quiere conocerte mejor. ¿Qué has hecho en toda la tarde? ¿Pasar a limpio las notas de la entrevista?

—He estado en la hemeroteca, buscando.

—¿Qué buscas? —preguntó Yves.

—Hay muchos puntos oscuros en la biografía. Necesito saber más de la relación de Raúl con su padre, y quiero saber por qué en sus relatos aparece tantas veces el personaje de la madre, mientras que en las novelas no hay nada que recuerde el tema; está también la cuestión de su repentino divorcio y la boda con Amanda; después la famosa confesión de homosexualidad; y de algún modo tengo que conseguir información sobre ese Hervé que parece haber sido el amor de su vida; y, por supuesto, sobre su suicidio.

—¿Y eso piensas encontrarlo en una hemeroteca?

André se había enfrascado en la preparación de la salsa y se limitaba a oír la conversación de los otros, como si hablaran de algo que él ignoraba.

—Si ya apenas quedan testigos de la época y si ninguno de los testigos presenciales quiere contarme al menos su versión, no tengo más remedio que buscar artículos de prensa, entrevistas, lo que sea. Necesito entenderlo yo para poder contarlo y que lo entiendan sus lectores.

André siguió en silencio, tarareando suavemente una canción que había estado de moda unos meses atrás.

—¿Por qué te interesa tanto una persona que no conociste y que no tiene ninguna relación contigo, Ari? —Yves preguntaba con toda ingenuidad porque, a pesar de llevar más de diez años viviendo con un editor especializado en biografías y ensayos filológicos, aún no acababa de entender la necesidad de analizar novelas y vidas de autores.

Ari le echó una mirada tratando de decidir si la pregunta merecía una respuesta seria o era simplemente un comentario hecho al desgaire, como podía haberle preguntado él a Yves, que era patólogo, cómo podía interesarse por las vísceras degeneradas de cadáveres desconocidos. Vio que se trataba realmente de una pregunta y trató de contestarla con seriedad:

—Mira, yo me he pasado varios años de mi vida leyendo la obra de Raúl porque; sencillamente, me fascina. Poco a poco uno se va dando cuenta de ciertas constantes, de elementos que aparecen con regularidad, de temas o personajes o incluso formulaciones que se dan en una época pero no en otra..., y sin poderlo evitar empiezas a hacerte preguntas y a darles respuestas partiendo de los elementos de los que dispones. Cuantos más tienes, mejor puedes entender. Entonces buscas algo que confirme tus hipótesis. Por ejemplo, no tienes idea de cuántos artículos hay sobre la homosexualidad de Raúl que tratan de demostrar cómo ya aparece claramente indicada desde sus primeros textos. Sencillamente porque a partir de 1985, con su confesión pública, todo el mundo se entera de ello y la mayor parte de los estudiosos considera que hay que reanalizar sus textos desde ese punto de vista. Pero es una barbaridad, es un puro prejuicio. Si no lo hubiera hecho público, nadie se habría dado cuenta, simplemente porque en sus textos no aparece. No, hasta Cuerpos presentes.

—En eso te doy la razón —intervino André de pronto—. Raúl mismo no lo supo

hasta después de los cincuenta años. Puedo dar fe.

—¿Ah, sí? —preguntó Yves con picardía.

—No seas malpensado —André amenazó a Yves con el cucharón con el que removía la salsa—. Yo nunca intenté nada. Lo digo porque se pasó años incordiándome con lo de las mujeres, burlándose de mis amantes, trayéndome direcciones de médicos que, según él, eran capaces de curar ciertas «desviaciones».

—¿Y tú nunca te diste cuenta de que él...?

—Desde siempre. Desde la primera vez que lo vi, y ya va haciendo tiempo. Pero comprende que a una persona como Raúl no se le podía decir sin más ni más: «Queridísimo, tú eres tan pluma como yo, mal que te pese». Eso habría acabado con nuestra amistad.

—¿Y Amelia...?

—Ni idea. De eso no hemos hablado jamás. Yo siempre me pregunté, es comprensible, ¿no?, cómo les iría en la cama, porque para mí estaba clarísimo que él se dejaba admirar y querer por todas las mujeres que le salían al paso, incluso llegó a tener una fama nada despreciable de donjuán latino, pero yo sabía que a él no le iba, y sin embargo Amelia y él vivieron juntos durante casi veinte años. Y ella nunca insinuó nada. Si no estaba satisfecha, lo disimulaba muy bien. Aparte de que tenía sus amantes. Todo el mundo los tenía en los años sesenta. Si no, no era uno moderno, abierto y todo lo demás.

—¡Menuda suerte la vuestra! —suspiró Yves desde el rincón donde se había instalado con los cacahuetes—. A mí ya me tocaron en gran parte los tiempos del sida. Como a ti, Ari.

—Nunca lo había pensado.

—Pues piénsalo. Mira cualquier película de los sesenta y los setenta —Yves era un cinéfilo empedernido—. Diez minutos de metraje, se conocen el chico y la chica, y tres minutos después hay una escena de cama. Igual que ahora se van a cenar, antes se iban al catre. Imagínate, una época con anticonceptivos y sin sida. ¡El paraíso para hombres y mujeres!

—Pero antes tenías que posar de heterosexual y ahora puedes vivir con André y besarlo en la plaza de la Concordia si se te antoja, y no pasa nada.

—¡Huy, Dios mío! ¡No faltaba más! ¡Ese tipo de expansiones en público! —dijo André aflautando la voz.

Los tres se rieron, alzaron las copas y bebieron juntos sin brindar por nada en concreto.

—Venga, chicos, vosotros a poner la mesa, el *soufflé* son diez o doce minutos. Lo he calculado a propósito para que salga del horno cuando llegue Amelia, a pesar de que llegará media hora tarde.

Yves y Ari se fueron al comedor, dejando a André con sus fogones y sus recuerdos.

Eran las dos y diez de la madrugada. En el tocadiscos sonaba una pieza de Satchmo y la sala estaba casi en completa oscuridad. Sólo unas velas medio consumidas aquí y allá iluminaban los lomos de los libros y arrancaban destellos de color a los discos esparcidos por el suelo. Amelia dormía profundamente en el sofá, tapada con, una manta azul de la que se escapaban sus largos cabellos recién teñidos con henna.

Raúl estaba reclinado en la alfombra, apoyado en el sofá donde dormía ella, con una copa de tinto sobre el estómago y los ojos entrecerrados. Llevaba una camisa india abierta hasta el ombligo y unos pantalones negros de campana con un cinturón enorme de hebilla de plata. El pelo le llegaba casi hasta los hombros y desde hacía unos meses se había dejado una barba que no acababa de darle aspecto de profeta, como a casi todo el mundo, sino que lo hacía parecer más bien un mosquetero, un Aramis refinado y ambiguo.

André, tumbado en la alfombra, llevaba el ritmo de la música con un pie descalzo que de vez en cuando tropezaba con la pierna de Raúl y les arrancaba una sonrisa a ambos.

La fiesta había sido como todas, divertida y caótica. El olor de la marihuana aún flotaba en el aire, a pesar de las ventanas abiertas y de la brisa que recorría la habitación levantando los visillos blancos como en las películas de miedo. Se habían quedado solos en el piso de André cuando los demás habían decidido pasarse aún por otra fiesta que daba Maurice.

—¿Cigarrillo? —preguntó André incorporándose sobre un codo para alcanzar la cajetilla.

Raúl aceptó con un gruñido, sin abrir los ojos.

André encendió los dos a la vez, se quitó uno de la boca y se arrastró hacia Raúl. Le falló el brazo que lo sostenía y la copa que hacía equilibrios sobre el estómago de Raúl se le derramó encima, haciéndole soltar una risotada a André, que empezó a echarle servilletas de papel tratando de arreglar el estropicio.

—Dale, da igual, estaba ya tibio —murmuró Raúl agarrando la mano de André para llegar al cigarrillo encendido.

Con los ojos entrecerrados se miraron unos segundos. La mano derecha de Raúl sostenía aún la copa volcada; la izquierda se cerraba sobre la derecha de André, cuya izquierda reposaba casi sin peso sobre el bajo vientre húmedo de vino.

André inclinó la cabeza, apartó las servilletas mojadas y pasó la lengua delicadamente por la piel de Raúl, a lo largo de la tenue línea de vello que, desde el ombligo, se perdía en el interior de los pantalones.

La mano de Raúl se tensó contra la suya y André se alzó de nuevo y acercó los labios a los de su amigo. Fue sólo un instante. Un instante brevísimo y eterno en el que sus lenguas se rozaron apenas, húmedas y calientes. Entonces acabó el disco, y el silencio, arañado por la aguja que rascaba el surco, se abatió sobre los dos como un paño mojado.

—Habrás que despertar a Amelia —dijo Raúl incorporándose—. Debe de ser

tardísimo.

Dio una larga calada al cigarrillo, se puso en pie y se despezó como un gato. André se levantó también y se acercó a Raúl, que miraba la calle desierta. Le pasó un brazo por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

Raúl se soltó sin brusquedad, alejándose de él. Desde la cocina le llegó su voz:  
—Estoy muerto de sed, André. Necesito agua. Pedinos un taxi, anda.

Momentos después bajaban las escaleras, Amelia apoyada en Raúl como una niña enferma, alejándose.

Le imagino dando vueltas en la cama buscando un acomodo que se le escapa cuando parece estar a su alcance, volviendo una y otra vez a las palabras pronunciadas, a las informaciones voluntariamente ofrecidas, a los otros datos mínimos, involuntarios, subrayados quizá por el tono de la voz, por la mirada, por la manera de retorcer una servilleta entre los dedos crispados mientras los otros hablan de cosas sin importancia aparente y, hasta cierto punto, le tengo lástima porque sé que nunca conseguirá lo que se propone, que con la mejor y la más científica de las intenciones, construirá una mentira que quizá le baste para justificar el tiempo invertido en ella, aunque todos los demás actores de la farsa sepamos que nunca fue de esa manera.

Ahora se incorpora quizá en la cama revuelta, enciende la lamparilla y se acerca tropezando al escritorio donde están esparcidos los papeles, las notas que ha ido tomando a lo largo de los meses, para comprobar una fecha que no casa o la existencia de un nombre que ha aparecido en la conversación y no acaba de sonarle.

Acaso piensa también si habrá una segunda oportunidad, si la viuda —porque en su mente sigo siendo la viuda— le concederá una segunda entrevista, si estará dispuesta a compartir recuerdos tantas veces falseados, interpretados, corregidos y aumentados como las nuevas ediciones de los diccionarios que van quedando obsoletos. Y si la hay, ¿qué puede preguntar que no sea un insulto que le cierre las puertas a otras oportunidades? ¿Piensa de verdad preguntarle a la viuda por qué nunca tuvieron hijos, si su relación a lo largo de esos veinte años de matrimonio fue como de hermanos o si estuvo basada en algún tipo de práctica sexual de la que nunca se habla delante de extraños?

¿Va a preguntarle cómo y cuándo, con qué palabras exactas le dijo que había descubierto su atracción por los hombres?, ¿cómo le explicó que sus años de vida marital habían sido un engaño? ¿O piensa limitarse a cuestiones más neutras, literarias, asépticas?

Pero eso no interesa tanto a los lectores de una biografía. Todo lector es un *voyeur*, un mirón que, aunque nunca se atrevería a espiar por el ojo de una cerradura o a escuchar tras la puerta cerrada, deriva su placer de asistir a conversaciones privadas, a actos íntimos de lujuria, de crueldad, de vergüenza o de sangre. Y todo investigador, aunque sea literario, es un detective, un *private eye*, como dicen en esas



novelas americanas que han comprendido lo que se oculta en la base de toda investigación: *the eye*, el ojo que observa y registra y recuerda.

A mí me parece, Ariel, que esta noche usted era eso: el ojo, el oído atento a registrar todo lo que estaba pasando; esperando, casi sin atreverse a intervenir, que la conversación derivara hacia nuestro pasado común, hacia Raúl, esa figura que en su mente adquiere proporciones de gigante, de genio indiscutible a quien todo le está permitido, y que no fue más que un hombre que compartió nuestras vidas, transformándolas a su paso, como todos hacemos con las vidas de los seres que nos rodean.

Me ha pedido esta mañana que le hable de Raúl, del Raúl que fue mi amigo, mi marido, mi cómplice; del Raúl que escribió los textos que le han fascinado, del Raúl infantil dominado por su madre, del Raúl soberbio frente a sus admiradores, del Raúl que me abandonó por una mujer despreciable y volvió a abandonarme por un hombre quizá mejor que yo, del Raúl que acabó pegándose un tiro en la sien el 24 de noviembre de 1991.

Y tengo que confesar, humildemente, que no sé por dónde empezar; que ni siquiera sé si quiero empezar.

Pero la noche es larga, lo único despierto en esta casa es la pantalla de mi ordenador y sus preguntas han revuelto de tal manera mis recuerdos que quizá la mejor forma de hacer que vuelvan a posarse en el fondo de mí misma sea ir sacándolos poco a poco, con cuidado, como un arqueólogo paciente que despeja un fragmento de urna acariciándolo con un cepillo de cerdas suaves.

Un recuerdo. Aquí tiene un recuerdo que le ofrezco como una flor para su herbario, como esas otras flores que usted me ofreció esta mañana y yo no quise aceptar.

Raúl tiene treinta y cinco años, pero parece mucho más joven; es alto y flaco y, montado en la Vespa que acaba de comprarse, parece un espantapájaros bueno, como el de El Mago de Oz. También, como él, está convencido de no tener corazón, pero, al contrario que la figura del cuento, piensa que no lo necesita. Viste pantalón negro —ancho, de pinzas—, camisa blanca sin corbata y americana de franela a cuadritos grises. Ropa de viejo, pienso yo entonces, porque todos mis amigos visten de negro uniforme y llevan gafas de pasta que les dan un aire intelectual del que Raúl carece, a pesar de que ya ha publicado un libro de poemas y está trabajando en su primera colección de relatos, cosa que yo aún no sé, pero que no me habría impresionado mucho porque los relatos no son nada serio comparados con las novelas y los ensayos filosóficos que amamos en la época.

El francés de Raúl es deplorable para haber salido de la academia diplomática y, al conocernos, pasamos enseguida al español, el argentino que yo encuentro dulzón y provinciano, acostumbrada como estoy al acento de mi familia vasca. André nos presenta en una cave cuyo nombre no recuerdo, diciendo que su padre acaba de publicar el primer libro de Raúl. De mí dice que soy una gran lectora. «Devoradora

de libros —precisa, y añade con la mala intención que le caracteriza—: Y de otras cosas».

«¿Me habés leído?», pregunta Raúl. Y la sola formulación de la pregunta me lo hace antipático ya en el primer momento, de modo que le digo que no, que yo no leo poesía, y me reintegro al grupo de mis amigos que beben ginebra pura y hablan de Marcuse. André y Raúl se acodan en la barra y al cabo de un minuto están rodeados de chicas de mi edad que se ríen como gallinas, entrecerrando los ojos bordeados de negro.

Paso junto a ellos, cuidando de no mirarlos, y Raúl me agarra de la muñeca y me susurra al oído sobre el sonido de la trompeta que llena el local:

—Si me sacas de aquí, te juro no leerte nunca un poema mío.

Los ojos chispean divertidos, pero la súplica es real. Asiento con la cabeza, vuelvo al grupo, recojo mi chaqueta y, dejándonos a André en la barra, subimos las escaleras hacia la calle. Hace un frío húmedo y nuestro aliento nos envuelve como niebla. Los oídos nos zumban aún en el relativo silencio del exterior. Encendemos un cigarrillo sin hablar. Nos miramos a los ojos y, de repente, sin nada que lo justifique, nos echamos a reír a la vez.

—¿Me aceptas un café o te parece poco *á la page*?

Ignoro la ironía, digo que sí y caminamos rápido hacia el café más cercano, casi desierto a esa hora. Ya me he dado cuenta de que, a pesar de todo, el tipo me gusta, pero no lo confesaría ni bajo tortura. Tomamos dos cafés crême y empezamos a hablar de nosotros: él trabaja desde hace poco en la Universidad, en la cátedra de Literatura; yo estudio Filosofía y trabajo en la Dirección General de Bellas Artes, un buen puesto que me ha conseguido un colega de mi padre.

Descubrimos que tenemos el mismo sentido del humor, ligeramente absurdo, algo torcido, con un punto de crueldad para los que no tienen nuestra rapidez ni nuestro ingenio.

—Sos una mujer notable —me dice con el segundo café—. O más bien una muchacha notable. ¿Cuántos años tenes: diecinueve, veinte?

—Veintitrés —miento sin parpadear.

—Casi los mismos que yo —responde, antes de que ambos soltemos la carcajada. Al salir del café caminamos de vuelta a la cave, me señala la Vespa y pregunta:

—¿Te atreves?

Cualquier otra formulación habría recibido una negativa. Me siento perfectamente adulta, no tengo necesidad de que el caballero de turno me acompañe a casa y se empeñe en cobrarse en el portal o un par de pisos más arriba la molestia de haberme llevado al departamento que comparto con dos compañeras de clase. Pero ese «¿Te atreves?» me obliga prácticamente a contestar que sí.

Dudo por un segundo si sentarme en la moto a mujeriegas, que es lo que hacen la mayor parte de las chicas que conozco, y me decido instantáneamente por montar a horcajadas, aunque sé que se puede interpretar como un deseo de pegarme más a él.

Raúl no hace ningún comentario cuando lo abraza por la cintura para sujetarme. Siento sus costillas bajo el estómago plano, a pesar del chaquetón que lleva encima de la americana.

Llegamos a casa helados y por un momento me planteo invitarlo a subir, pero no quiero que piense que me ha engatusado como a las estúpidas que lo rodeaban en la cave, así que me bajo de la moto y saco la llave sin decir palabra.

—¿Dónde comes a mediodía? —pregunta él.

—Cuando estoy bien de dinero en La Poule d’Or, al lado de la facultad.

—¿Me aceptas que te invite mañana ahí? ¿Sobre las doce?

—A la una. Antes no puedo.

—Hecho. ¡Hasta mañana!

No me abraza, no me da un beso en la mejilla, ni siquiera me tiende la mano, como hacen los más tímidos. Con un movimiento de cabeza se despide, da la vuelta a la moto y se aleja calle arriba como un espantapájaros demasiado largo para la Vespa.

A las siete y diez de la mañana lo despertó el ruido de las duchas y los portazos de los estudiantes que se preparaban para acudir a sus clases. Primero pensó en darse la vuelta y seguir durmiendo hasta las nueve, pero enseguida se dio cuenta de que no tenía auténtica necesidad de dormir y que lo único que lo empujaba a arrebujarse entre las mantas era el cansancio, el tedio de tener que ponerse otra vez a trabajar con sus notas, tratando de formarse una idea lo bastante clara de uno cualquiera de los episodios de la vida de Raúl para poder empezar la redacción de un capítulo; de modo que, suspirando, se levantó, se echó la bata por encima y decidió empezar por lo más fácil: escribir un resumen de la conversación de la noche anterior, antes de que todo lo que aún le rondaba por la cabeza desapareciera o se confundiera con otras cosas que había leído al correr de los años.

Todas las entrevistas que había hecho estaban grabadas y pulcramente rotuladas en decenas de minicasetes; las más de ellas ya transcritas. Pero no puede uno poner una grabadora encima de la mesa en una cena informal, a pesar de que en esa cena se habían dicho, como él esperaba, montones de cosas interesantes para su investigación.

Suspiró de nuevo, se sirvió un vaso de zumo de naranja y, antes incluso de darse la ducha fría ritual, se sentó a su escritorio, encendió el flexo y el ordenador y empezó a organizar sus recuerdos.

La conversación de sobremesa, con muy poco esfuerzo por su parte, había derivado enseguida hacia la editorial de André, hacia cómo había abandonado la arquitectura para quedarse con el negocio que su padre había fundado en la época de entreguerras.

«Eran los años de la libertad y la fantasía al poder —había dicho André, acunando entre sus manos una enorme copa de coñac—. Casi todos mis amigos eran escritores

o aspirantes a escritor; todos venían a hablar conmigo para que les presentara a mi padre con la esperanza de ver por fin publicados sus libros. A mí me fastidiaba y me halagaba a partes iguales porque, por un lado, me gustaba su compañía y alguno de ellos era realmente bueno, y, por otro lado, yo no tenía absolutamente nada que decir en el asunto. Incluso cuando alguien me parecía extraordinario, como Raúl, no podía hacer más que conseguir que mi padre le pasara su manuscrito a alguno de sus lectores. Lo que él dijera iba a misa y lo que yo pudiera añadir no se tenía en cuenta porque, al fin y al cabo, yo era arquitecto, no editor. Así que, cuando mi padre murió inesperadamente, de un infarto que lo dejó seco en unos minutos, y yo tuve que elegir entre vender la editorial o quedármela, me la quedé. Aunque sólo fuera para ser el jefe y tener la última palabra en la selección de las obras».

«Lo raro es que, publicando a tus amigos, lograras sobrevivir», comentó Yves mientras servía otra ronda. Coñac para André, *bourbon* para Ari, *gin- tonic* para Amelia y para él.

André se rió, orgulloso y satisfecho:

«Porque mis amigos eran excelentes escritores y porque tuve la inmensa suerte de que acababa de estallar el *boom* latinoamericano. Yo fui el primero en olerlo en Francia, aunque otras editoriales se me adelantaron con el lanzamiento de Vargas Llosa y más tarde de García Márquez. Pero fui yo quien publicó Amor a Roma».

«Lo mejor de Raúl —comentó Ari, tratando de mantener la conversación en el tema que le interesaba—. ¿Cuándo te la ofreció?». André volvió a reírse y le lanzó un guiño a Amelia:

«No me la ofreció. Se la saqué yo, a tirones casi. ¿Verdad, Amelia?». Amelia, con la sonrisa de esfinge que había mantenido hasta entonces, asintió con la cabeza y bebió un sorbo de su vaso, en silencio.

«¿Nunca te lo he contado? Fue genial. Raúl y Amelia acababan de volver de Roma, cargados de ideas, de proyectos, felices como un par de cachorros. Yo quedé con Raúl en mi despacho para explicarle un poco cómo iban las cosas con sus libros, sobre todo el último, *Fantasmas del silencio*, que, sorprendentemente, se estaba vendiendo muy bien para ser un librito de relatos. Pero mi intención era más sibilina, claro —sonrió con la mirada perdida, como si estuviera viendo una película que se proyectara sólo para él—. Le hablé de lo que ya empezaba a llamarse *boom* latinoamericano, y le pregunté si no se animaría con una novela. Primero me contestó con evasivas: que si él era sobre todo poeta y cuentista, que si nunca se había planteado una obra de tanta envergadura, que si los tiempos no estaban para novelas..., memeces. Entonces le enseñé Rayuela, un novelón recién aparecido de un escritor argentino casi desconocido, pero con una trayectoria similar a la de Raúl. Mira, le dije, este tipo también se había dedicado casi únicamente al relato y ahora se descuelga con una novela que va a arrasar. ¿Tú no podrías hacer algo así?».

«¿Cómo sabías tú que Rayuela iba a arrasar?», preguntó Ari.

André se tocó la aleta de la nariz con el dedo índice:

«La situación estaba madura para ese tipo de novela. La gente se había hartado de neorrealismo, de existencialismo, de angustia vital. Había llegado el momento de la pirueta, de lo lúdico, de lo experimental. El tiempo me dio la razón, ya lo has visto».

«¿Y Raúl?». «A eso iba —gesticuló en dirección a Yves para que le acercara el plato de galletitas danesas—. Empezó, ya te digo, con las memeces de siempre, pero poco a poco se lanzó a contarme ideas sueltas que se le habían ocurrido durante su estancia en Roma. Los dos habían estado trabajando en proyectos de novelas, pero Amelia nunca llegó a terminar la suya».

«Es que yo, a diferencia de Raúl, trabajaba a jornada completa», intervino Amelia.

»El caso es que, allí mismo, delante de mis ojos y de mis orejas, que no daban crédito a lo que oían, en unos minutos, en menos de media hora, Raúl me explicó la novela que le rondaba por la cabeza. Y no sólo eso, sino que, a la vez, me mostró toda una poética que era casi un camino coincidente con el de Cortázar, pero más ligero, más aéreo, más grácil. Porque Rayuela es original, sí, pero es pesada en muchas partes, hay que luchar contra ella, como en un combate de boxeo, hay que ganársela..., mientras que Amor a Roma es puro aire dorado: leve, transparente, chispeante, divertida, y a la vez profunda, reflexiva sin ser amarga. ¿Qué te voy a decir a ti de cómo es Amor a Roma? Y me la contó allí, en mi despacho, improvisando según hablaba, excitándose cada vez más con sus propias palabras, como si me estuviera contando una novela que ya había leído y no una que pensara escribir. Me fascinó. Le di un anticipo esa misma semana y fijamos un plazo de seis meses para que la escribiera. Apenas cuatro meses después la tenía en la mesa —suspiró entrecerrando los ojos y tomó un sorbo de coñac regodeándose en su sabor, como si le colmara por completo—. Raúl podía ser insoportable, pero era un genio, amigo. Eso tiene que quedar claro en tu libro».

Hubo un silencio largo, pero no incómodo, como si cada uno de los presentes se encontrara a gusto en sus propios pensamientos.

«¿Recuerda usted qué le dijo al volver de su entrevista con André, Amelia?», preguntó Ari con timidez.

Ella negó con la cabeza, despacio. La decepción debió de reflejarse en la cara de Ari porque Amelia añadió:

«No es que no lo recuerde. Es que no me dijo nada. No hablamos del asunto hasta varias semanas después. Me invitó a cenar en un sitio muy caro y muy elegante y al final de la cena me dijo que era un regalo de su anticipo por la novela que iba a escribir».

«Y allí se la contó».

Ella volvió a negar:

«No. No supe nada de Amor a Roma hasta que la tuvo terminada. Entonces se fue un fin de semana para que yo pudiera leérmela con tranquilidad y para no tener que pasearse por el piso como un tigre enjaulado hasta que le diera mi opinión».

De repente, sin mediar más palabras, Amelia se puso en pie, disculpándose con André por lo tarde que se había hecho, y pidió a Yves que le llamara un taxi. Todos se levantaron y Ari, al ver que Yves se pasaba la mano por los ojos mientras telefoneaba, comprendió que, efectivamente, era hora de marcharse y se despidió también.

Había vuelto a pie, una caminata de casi cuarenta y cinco minutos que lo había dejado demasiado agotado para ponerse a escribir la conversación al llegar a su cuarto; se había metido en la cama y se había dormido casi de inmediato.

Ahora que había hecho un resumen de lo que André le había contado la noche anterior, cruzó las manos detrás de la nuca y se quedó mirando al techo preguntándose por qué habría cortado Amelia la conversación de un modo tan brusco. ¿Sólo porque se había hecho muy tarde o por algo más?

Tratando de ponerse en su lugar, pensó cómo se sentiría él si tuviera que escuchar una y otra vez la misma anécdota archiconocida, si no estaría hasta las narices de oír constantemente lo genial que había sido su esposo, como si lo único que contara en el mundo fuera Raúl y su única justificación vital, haber compartido su vida durante un par de décadas.

Realmente era un fastidio que Amelia no se comportara como la viuda de escritor que él se había imaginado: una mujer dedicada en cuerpo y alma a guardar su recuerdo, a custodiar sus papeles, a hablar largo y tendido con cualquiera que se interesara por él, a enseñarle fotos, contarle anécdotas, acompañarlo en su trabajo arqueológico como un último servicio al hombre del que aún estaba enamorada, incluso diez años después de su muerte.

Pero Amelia no era así. Tenía su vida, una vida marcada por el éxito personal; su propia obra, aunque no fuera comparable con la de Raúl, y, sobre todo, una especie de resquemor frente a todo lo que tuviera que ver con él, como si con su muerte hubiera cerrado con doble vuelta de llave una puerta que nunca más pensaba abrir. Como si nunca lo hubiese querido.

Me he preguntado muchas veces qué significa querer a otra persona. Me lo pregunto ahora porque sé que, antes o después, con esas palabras o con otras, usted va a plantearme esa cuestión; si le cuento algunos episodios de nuestra vida común, usted me mirará horrorizado con esos ojos tan azules y me preguntará: «Pero ¿usted quiso a Raúl?». Y sí, claro que lo quise. ¿Cómo iba a vivir veinte años con alguien a quien no quería? Pero ¿qué significa eso realmente?

El día que comimos juntos por primera vez en La Poule d'Or empecé a quererlo, a sentir ese tirón en el estómago al verlo aparecer entre las mesas haciendo gestos de disculpa por su retraso, a notar que mis ojos se imantaban y giraban siempre en su dirección cuando estábamos con un grupo de amigos, a desear que, cuando sonaba el timbre de la puerta, fuera él diciéndome que venía a buscarme para dar un paseo en la

Vespa, a sentir mi cuerpo como electrizado cuando nuestras manos se rozaban sobre la barra del bar, a imaginar un futuro común, un despertar en la misma cama, un desayuno compartido. Pero ¿era eso amor? ¿O sólo enamoramiento: esa alteración química que nos trastorna durante unos meses y desaparece casi de un momento a otro hasta el punto de obligarnos a sentir vergüenza por lo mismo que antes nos hacía temblar?

Sé que lo quise el día de nuestra boda, cuando lo vi llegar, tarde como siempre, con la corbata ladeada y el pelo cayéndole sobre los ojos, cuando estrechó la mano de mi padre con su sonrisa de buen chico disculpándose por habernos hecho esperar en el Ayuntamiento, cuando le guiñó el ojo a André mientras me abrazaba y me entregaba el ramo de novia que se había encargado de recoger: rosas blancas y fresias amarillas, el perfume de la felicidad.

Y lo quise cuando, por la noche, en el tren que nos llevaba a Marsella, me dijo sonriente, después de echar una mirada a las literas: «Hauteclaire, ¿te importa que empecemos nuestra vida marital cuando lleguemos a un hotel en condiciones? Yo ya no tengo edad de hacer números de circo».

Después lo seguí queriendo, enamorada, fascinada, sin acabar de creerme la suerte que representaba haber encontrado a Raúl; pero entonces no era ya sólo amor. Era necesidad. Necesidad absoluta, imperiosa, de verlo, de estar con él, de saber que nos pertenecíamos, que teníamos derecho a estar juntos. Era adicción. Una adicción que tardé años en sacudirme, que me arrastraba hacia él incluso cuando ya sabía que me estaba matando, que estaba destrozándome la vida y cerrándome las puertas a otras posibilidades de ser feliz. Una adicción que incluso ahora, años después de su muerte, me ataca algunas veces dejándome débil y avergonzada.

Él era mi amigo, mi confidente, mi cómplice, mi hermano del alma, mi otro yo.

Cuando, ya en Túnez, lo miraba cabalgando a pleno sol, a lomos de un dromedario, con el shesh arrollado a la cabeza y las gafas de sol, algo en mí se diluía de felicidad y me obligaba a sonreír como una tonta. Día y noche sonriendo.

«¿Sabes que sonreís dormida?», me dijo al cabo de un par de días, también él sonriente.

Hace mucho que yo no he sonreído así, porque hace mucho que en mis sueños no hay nada tan hermoso como lo que había entonces; porque hace mucho que no tengo veinte años y me acabo de casar con Raúl.

Si entonces me hubieran dicho que acabaría matándolo, no lo habría podido creer.

## CAPÍTULO 2

En el primer Diario de trabajo, Raúl hablaba de su fascinación por el barrio de Saint-Sulpice, con sus librerías de viejo y su apertura al jardín de Luxemburgo, con sus porterías oscuras y señoriales y su mezcla de habitantes: señoras burguesas venidas a menos, estudiantes extranjeros, pequeños artesanos, viejos sacerdotes que husmeaban, como hormigas, en las librerías teológicas en busca de antiguos volúmenes a precio de saldo. Contaba que le gustaba perderse en sus calles por las mañanas, jugando con el sol y las sombras, parándose de vez en cuando con la vista levantada a las alturas de sus casas elegantes; que se divertía siguiendo a alguien hasta verlo entrar en un portal, en un café, en una tintorería, para luego cambiar de víctima y seguir paseando lentamente hasta salir al parque, sentarse en un banco frente al estanque a ver jugar a los niños con sus barcos de vela y anotar en su cuaderno las pequeñas cosas que le hubieran llamado la atención.

Nada más levantarse, Ari había ido a una librería de Saint-Germain donde hacía ya dos semanas había encargado un libro que no acababa de llegar, y, al salir, recordó las páginas de Raúl sobre Saint-Sulpice y, aprovechando la cercanía, se dejó llevar por el impulso. Hacía una mañana clara y fresca y lo último que le apetecía era meterse otra vez en una hemeroteca a seguir leyendo noticias de treinta años atrás; pero lo que a Raúl le parecía una actividad relacionada con su trabajo —la observación de la realidad, la agudización de las percepciones— a él le creaba un vago sentimiento de culpabilidad. Estaba en París financiado por una fundación alemana que había elegido el suyo entre varias decenas de proyectos de distintas especialidades humanísticas y, aunque nadie le iba a pedir cuentas día por día del tiempo y el esfuerzo invertido, se sentía oscuramente culpable paseando sin rumbo por un barrio de París a la hora en que toda la población trabajadora se dedica a sus tareas.

Él, ahora, no sentía la fascinación que había estado dispuesto a compartir con Raúl leyendo sus Diarios. El barrio le parecía gris, uniforme, indiferenciado, como si en lugar de estar en el centro de París estuviera en una pequeña ciudad de provincias sin mucho interés, uno de esos lugares a los que a veces lo llevaban los congresos de su especialidad y de los que estaba deseando salir apenas transcurridos dos días de su



llegada. Ni siquiera los anticuarios y las librerías de viejo le llamaban particularmente la atención porque él siempre se había dedicado al siglo xx y lo que de momento se ofrecía a sus ojos eran mamotretos polvorientos sin ningún interés para su investigación.

En el interior de una tienda, una muchacha joven, rubia y muy delgada, trabajaba frente a la pantalla de un ordenador. Tenía algo de etéreo y, por ello, de incongruente, como si una dama elfa o un hada irlandesa estuviera realizando un vulgar trabajo humano.

Se quedó unos minutos mirándola trabajar, admirando su nariz fina, su cabello casi blanco recogido en un moño flojo que dejaba ver sus orejas sin pendientes, su largo cuello surgiendo como el tallo de una flor de un jersey de color malva; calculando cuántos años podría tener, inventando una historia que explicara por qué trabajaba en una librería de segunda mano. No era su tipo en absoluto; todas las mujeres a las que había estado ligado eran morenas, sensuales, de aire mediterráneo, pero hacía tantos meses que no tenía una relación con una mujer que, últimamente, se descubría mirando e imaginando como un adolescente o como alguien que hace una dieta y se ve de pronto frente al escaparate de una pastelería, tratando de recordar los sabores y las texturas ya casi olvidados.

La muchacha levantó la vista y su mirada era tan fría que lo hizo retirarse un par de pasos, mientras ensayaba una sonrisa conciliadora que no consiguió dulcificar su expresión. Echó a andar a buen paso para sacudirse la mirada gélida que aún sentía pegada al cuerpo, venciendo la tentación de volver la cabeza por miedo a verla en el quicio de la puerta rodeándose el cuerpo con los brazos largos y huesudos, mirándolo con la cara de asco que se dedica a los viejos verdes y a los *voyeurs*.

Sin decidirlo, se metió en la siguiente librería que le salió al paso y que, a aquella hora, estaba vacía y como abandonada con su olor a polvo viejo y su silencio. Sonó una campanilla al entrar él, pero cuando ya su eco se había apagado, no había salido nadie a preguntar qué se le ofrecía, de modo que hizo una inspiración profunda y se dedicó a husmear por los cajones de libros de saldo mientras notaba cómo se iba tranquilizando.

La gente se estaba volviendo rara, y más en París. ¿Qué le habría costado a aquella chica devolverle la sonrisa? Habría sido un gesto amable por ambas partes, un signo de que la vida era agradable y civilizada, una pequeña muestra de reconocimiento entre humanos que les hubiera hecho la mañana más luminosa. Y, sin embargo, lo único que había merecido su sonrisa era una mirada gélida, un aviso de que no quería establecer contacto con un desconocido, de que pensaba lo peor de un hombre que se había limitado a mirarla a través de un cristal.

Volvió a sonar la campanilla y entró un sacerdote anciano pero aún recio, con una sotana negra que se irisaba bajo los rayos de sol, polvorientas estrías de luz en la penumbra de la librería. Se saludaron con una inclinación de cabeza y, mientras el recién llegado se perdía entre las estanterías del fondo, Ari se dio la vuelta hacia el

escaparate y empezó a mirar una caja de libros dispares que aún no llevaban precio. Eran casi todo novelas de los años cincuenta y sesenta en ediciones baratas, irremediablemente feas en comparación con los libros de bolsillo que se editaban ahora, y precisamente eso, su fealdad, hizo que Ari las mirara con ternura. Como tantas veces le sucedía, los libros viejos, no antiguos sino simplemente viejos, despertaban en él una ternura imprecisa, una pequeña angustia por lo inexorable del paso del tiempo. Esos libros habían sido un símbolo de lo más actual de la civilización europea en una época de optimismo y fe en el progreso que ahora parecía lejana e ingenua. Sus diseñadores se habían esforzado en hacerlos distintos, impactantes, modernos cuando ser moderno era lo mejor que se podía ser, y sus autores habrían estado orgullosos de la presentación de sus obras, como Raúl con la portada de la primera edición de *Amor a Roma*, un libro de tapas de papel acartonado de un negro parduzco cruzado por trazos azules como brochazos dados al azar y las letras rojas destacándose por encima como la zeta del Zorro.

Ya a punto de dejar la caja, antes de volver el penúltimo libro, supo lo que había encontrado. Le puso la mano encima sin poderlo evitar, cerró los ojos un instante y giró la cabeza como un ladrón de grandes almacenes a punto de meterse en la chaqueta el objeto que piensa llevarse. El cura seguía mirando las estanterías y el librero aún no había aparecido. Le dio la vuelta lentamente, casi con mimo, sabiendo lo que iba a ver y sin poder creérselo todavía: la portada blanca, satinada, la torre roja en primer plano, a la izquierda, la reina negra mucho más pequeña, a la derecha, arriba; el cuadrado en el centro, con un dos muy pequeño en su ángulo superior. El nombre debajo del cuadrado: Raúl de la Torre; el título arriba: *De la torre al cuadrado*. La primera edición en lengua española. No hacía falta que abriera el libro para ver el *copyright*: *Éditions de la Terre*, 1973. Había encontrado una primera edición, una primera edición que se suponía auténticamente inencontrable y que estaba allí, frente a sus ojos, en medio de cinco o seis kilos de libros sin ningún valor. Él sólo había visto la primera edición en casa de André, que la guardaba como oro en paño, con su dedicatoria personal en la letra elegante y decidida de Raúl. Y ahora ésta, delante mismo de sus ojos, entre sus manos temblorosas.

Sería carísima, impagable. Si el librero tenía una mínima idea de su negocio, el precio sería muy superior al que él podía permitirse. Sintió que se le aceleraba el pulso. Estaba prácticamente solo. No tenía más que metérselo en el bolsillo interior de la gabardina, seguir curioseando un rato, comprar cualquier cosa como desagravio por el robo y salir de allí directamente a su cuarto, a contemplar su tesoro.

Podría intentar comprarlo, por supuesto, pero si preguntaba el precio y no podía pagarlo, el librero estaría avisado y no le quitaría la vista de encima la próxima vez que entrara en su tienda, mientras que si se lo metía en el bolsillo... Aquellos libros debían de ser una adquisición reciente, aún no tenían el precio puesto en un cartón como los de las otras cajas; quizá ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo que tenía. Podía limitarse a preguntar, al desgaire, cuánto valían las novelas de la caja, dando

por sentado que todas tenían el mismo precio. Si el librero no sabía exactamente lo que tenía allí y veía la posibilidad de vender diez o quince novelas de golpe, quizá le hiciera un precio global. Ahora estaba hablando con el sacerdote, acompañándolo en su búsqueda, hablando en voz baja y riéndose de vez en cuando con suavidad, como alguien que ha encontrado el secreto de la vida plácida entre sus libros polvorientos. Si era un hombre que amaba los libros, entendería que él necesitara tener ése, que necesitaba que tuviera un precio que él pudiera pagar.

El sacerdote parecía haber encontrado lo que buscaba y ahora los dos hombres se habían sentado a la mesa del fondo como dispuestos a embarcarse en una larga discusión, ya que el librero acababa de ofrecerle una tisana al cura. Antes de que volviera a desaparecer en el interior de la tienda con la tetera en la mano, Ari preguntó sin ser consciente de haberlo decidido:

—¿Puede decirme lo que valen los libros de esta caja, por favor?

Se mordió los labios de inmediato. Ya estaba hecho. Ya no podía volverse atrás.

El librero dio un par de pasos en su dirección para ver de qué caja se trataba. Entrecerró los ojos hasta que las cejas pobladas chocaron con la montura de las gafas.

—Sobre los cuarenta o cincuenta francos. Los más gordos a sesenta.

Ari estuvo a punto de soltar la carcajada. ¡Aquel hombre estaba dispuesto a venderlos al peso!

—Yo no trabajo con ese tipo de libros, ¿sabe? Esto es una librería teológica. Me los ha bajado una vecina hace un rato, de la herencia de un familiar. Si se lleva la caja, se los pongo a treinta. Una ganga. Piénselo.

Le dio la espalda y se dirigió a la trastienda, con la tetera. Ari se puso a contar los libros con rapidez. Había unos treinta. Menos de mil francos. Tenía razón el librero: era una ganga, a pesar de que ninguna de las otras novelas le importaba nada. Esperó la vuelta del hombre cambiando su peso de un pie a otro, haciendo esfuerzos porque no se le notara la impaciencia que sentía.

—Ya lo he pensado —dijo en cuanto lo vio aparecer—. Me los quedo. Pero ahora no me los puedo llevar todos: voy sin coche. Si le parece, se los pago y paso otro día a recogerlos.

Pagó en metálico, guardó la factura en la cartera —«Libros varios», había escrito el librero— y comentó como sin darle importancia:

—Éste me lo llevo ya.

—Como quiera —dijo el hombre, sin echarle siquiera una mirada—. Tengo abierto de diez a una y de cuatro a ocho; puede pasar en cualquier momento a llevarse la caja. Se la guardaré en la trastienda.

Se despidió de los dos hombres y salió de la librería con la sensación de haber timado al propietario luchando con una sensación de triunfo que no recordaba haber experimentado en su vida. Tenía una primera edición de Raúl de la Torre; una primera edición nueva, por lo que parecía. Las tapas estaban brillantes y lisas, el lomo daba la impresión de no haber sufrido los típicos desperfectos debidos a la lectura.

Fuera quien fuera el que había comprado aquel libro en los años setenta, estaba claro que nunca lo había leído. ¿Cómo era posible comprarse *De la torre al cuadrado* cuando aún era una novedad comentada por las revistas literarias y no haberlo leído siquiera una vez?

Caminó sin darse cuenta de hacia dónde iba hasta que se encontró en la esquina de la Rué de Vaugirard con la Rué d'Assas, delante del Institut Catholique de Paris, donde hacía unos años había asistido a un congreso. Recordó el pequeño patio tranquilo, cruzó el portón y entró. No había nadie a esa hora; todos los bancos estaban vacíos, así que eligió uno al sol, resguardado del vientecillo fresco, se sentó y, antes de abrir el libro, volvió a acariciarlo con toda la sensualidad de una vida dedicada a la literatura y los objetos que la custodian. Lo abrió por la mitad —maravilloso crujido de libro nuevo— y, con los ojos cerrados, lo acercó a la nariz. Olor a nuevo, a papel y tinta vírgenes, a pesar de los años. Las tapas satinadas. Su suavidad en las yemas de los dedos.

Desde la foto en la parte de atrás, Raúl le sonreía insinuante, con barba ya pero aún sin gafas, invitándolo a leer, a perderse en el laberinto que había creado para compartirlo con un lector ideal que era él, ahora, casi treinta años después de esa fotografía, en un mundo que, por propia voluntad, Raúl no había llegado a conocer. Si no se hubiera suicidado, sería posible que aún estuviera vivo. Cumpliría ochenta años el 5 de agosto. Otros escritores habían llegado a los ochenta, a los noventa incluso. Pero Raúl no había cumplido los setenta. Se había despedido del mundo cuando aún estaba fuerte y sano, cuando aún tenía tantas historias que contar, cuando se rumoreaba que estaba escribiendo su tercera novela, definitivamente perdida para sus fieles lectores.

Ari abrió el libro por la primera página, dispuesto a regalarse de nuevo el primer párrafo que conocía de memoria, pero que nunca había leído en una primera edición.

La letra de Raúl, no la letra impresa, sino la suya, de puño y letra, a pluma, en tinta negra, lo sobresaltó de tal manera que durante unos segundos ni siquiera fue capaz de descifrar las palabras. Era un ejemplar dedicado.

*A Aimée, que me ha descubierto un mundo que yo sólo podía intuir. Con mi infinito amor y mi agradecimiento eterno: Con el terror que se siente hacia lo sagrado.*

*Raúl*

Cerró de nuevo los ojos mientras un escalofrío le recorría los músculos contraídos. Acababa de descubrir una pieza ignorada en el rompecabezas de la vida de Raúl de la Torre; una pieza que, si la suerte estaba de su lado, le llevaría a otra y ésa a otra más, hasta quizá descubrir toda la verdad de su existencia.

La musiquilla del móvil le hizo dar un salto en el banco. El número era

desconocido y estuvo a punto de no contestar, pero la inercia pudo más:

—Lenormand.

—Buenos días, profesor —la voz era inconfundible—. ¿Llamo en mal momento?

—No, por Dios, señora Gayarre. Dígame.

—Estoy casualmente por la zona de la Ópera y he pensado que quizá tuviese tiempo de acompañarme a comer algo ligero dentro de, digamos, una hora.

—Encantado. ¿Dónde nos vemos?

—¿Conoce el Café de la Paix? Fue durante muchos años el café favorito de Raúl, por aquello que se decía de que era le *carrefour du monde*. Siempre tan cosmopolita, Raúl —la risa era suave y maliciosa, como invitándolo a compartir la ironía.

—¿Nos vemos allí a las doce, entonces?

—Si no le estropea algún plan.

—Me parece perfecto.

—Entonces hasta pronto.

Amelia colgó sin darle ocasión de añadir nada más, como en las películas americanas, y al pulsar la tecla para colgar él también, se dio cuenta de que durante el intercambio de frases había estado conteniendo la respiración.

El botones paseó la vista por la terraza, después de que la búsqueda en el comedor se hubiera revelado infructuosa. El señor De la Torre había dejado dicho en recepción que si se recibía una llamada telefónica para él, quería que lo avisaran discretamente, sin gritar su nombre, así que cuando lo localizó, sentado a una mesita bajo una sombrilla, acompañado por su esposa, empezó a hacerle señas perentorias junto con el inequívoco gesto de telefonar, hasta que el escritor comprendió el mensaje, dejó la servilleta en la mesa y empezó a cruzar la terraza en dirección a él metiéndose una mano en el bolsillo del pantalón blanco.

—Una llamada para el señor en la cabina tres.

La propina cambió de manos y el novelista se encerró en la cabina, junto al mostrador de recepción.

Salió al cabo de unos minutos con una sonrisa en los labios: la conversación debía de haber ido como esperaba. Con las manos en los bolsillos, pasó por su lado, le hizo un saludo con la cabeza y volvió a la terraza.

—El café de este hotel me obliga a ir constantemente al baño —comentó al sentarse.

Amanda lo miró a través de sus enormes gafas de sol:

—Si no tomaras café con zumo de naranja...

—Es que me gustan las dos cosas.

—Pero te dan acidez y luego no estás de humor para trabajar.

—Es que estoy de vacaciones, mujer.

—Un intelectual nunca está de vacaciones. Eso es para los tenderos y las

secretarias.

—¿Y tú?

—Yo me ocupo de que tu cuerpo descanse. *Mens sana in corpore sano*, ¿recuerdas?

—Considerando las veces que me lo repites, sería extraño que lo hubiera olvidado.

Hablaban en francés, a pesar de que ella era polaca y él argentino, pero él no hablaba su lengua y ella, aunque leía bien el español, nunca había adquirido fluidez de palabra.

—¿Terminarás hoy el texto que les prometimos a los de Combate?

Él se encogió de hombros y perdió la vista en el horizonte del mar, brillante como un espejo, más allá de las buganvillas que trepaban por la baranda de la terraza.

—Quizá. La verdad es que no estoy de humor. Se me ha ocurrido una idea para un relato.

—Déjala madurar y ponte a ello después del artículo. Los compañeros lo esperan como agua de mayo.

Raúl la miró y, por un instante, sus labios se contrajeron de repugnancia. En los días que llevaban en Mallorca, su piel, ya morena de los baños de sol que tomaba en la terraza del apartamento de París, se había convertido en una superficie de cuero, tensada sobre los huesos de los altos pómulos. Los labios violentamente rojos, las gafas oscuras y el sombrero de paja le daban el aspecto de una muñeca vudú. Pero, al parecer, no era eso lo que veían los hombres de las otras mesas, que la seguían con los ojos cuando pasaba ondeando las caderas bajo los *shorts* tejanos que descubrían unas piernas que los altos tacones hacían aún más largas.

Hubo un silencio mientras cada uno se concentraba en acabar su desayuno. Luego encendieron un cigarrillo y, como siempre desde que habían llegado, Amanda sacó el cuaderno de su bolso de paja, tachó un par de líneas, añadió otras y anunció: «Hoy comemos con los Whitmore; después yo he quedado para un partido de tenis y tú podrías aprovechar para terminar el famoso texto. Para cenar nos vemos en Deiá con Mister Knight, ya sabes, el de Nueva York, porque a uno o a otro, al que más pague, por supuesto, le voy a vender los derechos de tu próxima novela para el mercado anglosajón y la traducción de todo lo anterior».

—¿Lo has hablado con André?

—¡Qué remedio! Firmaste por diez años. Pero Amor a Roma ya está libre y para De la torre al cuadrado tenemos que darle su parte; aunque le interesa, descuida. Nunca debiste entregarte a una editorial como la de André, pequeña, provinciana y sin ningún concepto de *marketing*.

—Es mi amigo y me gusta cómo me tratan en su casa.

—No te valoran, Raúl. En cuanto cierre unos cuantos tratos más, verás lo que es tratarte bien, como te mereces.

—Estoy cansado, Amanda. Me estás exhibiendo como a un mono de feria.

Ella apretó los labios.

—Te estoy colocando en el lugar que te corresponde y tú ni siquiera me lo agradeces. Te estoy convirtiendo en lo que tienes que ser, en un escritor concienciado, comprometido, y a la vez en un triunfador.

—Yo nunca he querido ser eso —dijo él con una mueca casi infantil.

—Tú nunca has sabido lo que te conviene. Por eso me necesitas.

Él guardó silencio y bajó la cabeza, mirando fijamente las migas del panecillo esparcidas sobre el mantel blanco.

—¿O preferirías prescindir de mí y que todo el mundo se entere de quién es realmente Raúl de la Torre? —preguntó Amanda adelantando el cuerpo y bajando la voz.

Raúl negó con la cabeza.

—Tenemos un trato —consiguió decir él por fin.

—No lo olvides. Anda, ya que no te apetece tomar el sol, sube al cuarto y haz algo de provecho. Yo bajo un rato a la playa y nos vemos a la una para los aperitivos con los Whitmore —le dio una palmadita en el brazo y se levantó, ondulante como una serpiente—. Ya sabes, querido, *chi non lavora non fa l'amore*. ¡Hasta luego!

Raúl se quedó bajo la sombrilla viéndola alejarse, seguida de las miradas de todos los hombres. Se puso las gafas de sol y decidió fumarse otro cigarrillo antes de subir a la habitación. Amelia ya había llegado a Mallorca; con un poco de suerte, a media tarde estaría con él, y entonces... No quería pensar en lo que pasaría entonces. De alguna manera se arreglarían las cosas. Lo que estaba claro es que él no podía seguir así y que la única persona que podía sacarlo de aquella absurda situación en la que se había metido era Hauteclair. Tendría que tener paciencia durante unas horas. Luego todo se solucionaría.

—Bueno —dijo Amelia, apenas se hubo sentado Ari enfrente de ella—, ¿de qué quiere que hablemos?

Le había costado un poco encontrarla porque no estaba en la terraza, como él había supuesto, sino en una de las salas interiores, en una mesa un poco apartada, junto a una ventana por la que se veía la plaza de la Ópera. Llevaba un traje sastre color burdeos y un pañuelo al cuello granate y gris plata, como la melena que le caía recta a ambos lados de la cara. Ya no era una mujer joven, pero era aún innegablemente atractiva.

—De lo que usted quiera contarme. Todo me interesa, casi todo me sirve.

—¿No se va a quitar la gabardina?

Ari estuvo a punto de sonrojarse, pero logró sobreponerse, se la quitó y la dejó cuidadosamente doblada sobre la silla contigua. No quería arriesgarse a colgarla en el perchero y que alguien le robara el tesoro que llevaba en el bolsillo interior y que aún no había decidido si mostrar a la mujer o no.

—Cuando Raúl se instaló en París definitivamente, ya había pasado varias temporadas aquí y éste era su café predilecto, el más famoso de los años cincuenta.

Para los turistas —añadió con una sonrisa picara—. Luego se fue dando cuenta de que los intelectuales y artistas de uno u otro bando preferían sitios como La Coupole, Aux Deux Magots y demás, y dejó de venir. Pero a mí aún me gusta éste.

—Usted siempre consigue convertir a Raúl en un esnob insoportable —comentó Ari, casi molesto.

—Raúl era un esnob insoportable, querido, como casi todos los sudamericanos europeizantes, o quizá como casi todos los argentinos. Es comprensible. Todos habían sido educados para creer que su propio país no tenía nada que darles, que sus auténticas raíces estaban en Europa y que ellos eran una especie de europeos desposeídos de lo que les correspondía por derecho. Y en el caso de Raúl era todavía peor, porque él nunca llegó a vivir realmente en su país. En Argentina habría sido un desarraigado y en Francia no era más que un sudamericano como muchos otros. Quizá si hubiese cambiado de lengua, habría acabado por ser un escritor francés, pero escribiendo en español no tenía más remedio que arrastrar su estigma, lo que, por otra parte, también le dio unos dividendos de los que no habría disfrutado de no ser un autor latinoamericano.

—Pero él es el único cuyas novelas suceden en Europa y tratan la realidad europea, no la americana. Todos los otros grandes de su época hablan de sus propios países y nos presentan una especie de mitología americana, todos menos él.

—Porque él se veía a sí mismo como europeo, ya le digo. Y porque para hacer literatura de una realidad hay que conocerla. Raúl no había estado en la Pampa en toda su vida, ni en el norte del país, ni casi en Buenos Aires, descontando unas cortas estancias.

—Pero hablaba argentino.

—Claro. ¿No le suena lo de la lengua materna? Su madre era argentina, y para un niño criado en media docena de países, no hay lengua más segura que la que habla su madre. Pero la exageraba, como les pasa a tantos argentinos en el extranjero, que acaban hablando una ficción porteña literaria.

—¿Qué relación tenía con sus padres?

—Su padre murió antes de que yo conociera a Raúl. Siempre me habló de él con afecto, pero más bien como si se tratara de un tío favorito, un familiar simpático que no se entromete mucho en la vida de uno y le hace regalos de vez en cuando. Parece que era un *ladies'man*, como dicen los ingleses, siempre tan elegantes. Un mujeriego, vaya, dicho en castizo.

—¿Y su madre?

Ella inspiró profundamente, como si supiera que era una pregunta que antes o después tendría que contestar y estuviera preparándose para hacerlo:

—Alida era una mujer muy... especial.

—¿En qué sentido?

—En todos. En su juventud había sido, por lo que dicen, una excelente pianista de concierto. Luego se casó y se dedicó a ser una excelente esposa de joven diplomático.



Después pasó a ser una excelente madre profesional, y cuando Raúl dejó de necesitarla constantemente y su marido empezó a ser visto con otras mujeres, se separó de él, se negó a concederle el divorcio, se instaló definitivamente en Buenos Aires, en la casa que había sido de sus padres, y se convirtió en una excelente señora de clase alta entregada a la música clásica y a la caridad. Todos los años hacía un viaje a Europa, casi siempre a Madrid, y dedicaba dos semanas a su hijo. Religiosamente. Conciertos, museos, exposiciones, comidas..., la panoplia completa.

—¿Y usted?

—Yo no existía para Alida.

—¿Por qué?

—Supongo que la respuesta más simple es porque ninguna mujer era lo bastante buena para su hijo, pero lo que de verdad no soportaba era la relación de complicidad que nos unía a Raúl y a mí, lo mucho que nos reíamos juntos, lo de que uno comenzara una frase y el otro la terminara. En las contadas ocasiones en que estuvimos juntos, quedó claro que nunca podríamos formar no ya una familia, sino un simple trío. Siempre éramos dos parejas: o Raúl y Alida o Raúl y yo. El pobre no podía con las dos a la vez y al final acabé decidiendo que quince días al año no eran un precio excesivo, considerando que el resto del tiempo Alida nos dejaba en paz. Yo solía pasar ese tiempo con mi padre y, a su muerte, con André, si en esos momentos no estaba profundamente enamorado de alguien.

—Su padre era también diplomático, ¿verdad?

—¿Mi padre? No. Se exilió de España cuando la Guerra Civil y gracias a los contactos de su partido en Francia consiguió un buen empleo en el Ministerio de Cultura. Más adelante, después de la segunda guerra, se naturalizó francés y pudo entrar como funcionario. Podríamos decir que hizo carrera y me colocó a mí, que a pesar de haber nacido en San Sebastián también era francesa, por mi madre.

—¿Su madre era francesa?

—Sí, de Nantes. Por eso eligieron Francia en lugar de México como país de exilio. Pero ella murió poco después de la liberación de París. Yo apenas la recuerdo. Hasta que conocí a Raúl, mi padre fue toda mi vida. ¿Y si pudiéramos algo de comer?

Ari desconectó la grabadora y estudiaron el menú, él echándole una rápida ojeada, Amelia con gafas y parsimonia.

—Uno es lo que come, señor Lenormand. ¿Nunca se lo han dicho? Elegir una comida es tan importante como elegir un libro. A propósito, dígame, ¿qué está leyendo ahora? ¿Algo que pueda recomendarme?

Ari sonrió:

—De la torre al cuadrado.

Ella le devolvió la sonrisa:

—¿Otra vez? Es usted insaciable.

El camarero interrumpió cortésmente la conversación para tomar nota: *magret* de pato con croquetas de patata y unos *blinis* con espárragos y salmón ahumado.

—De todas maneras se la recomiendo —continuó él—. Es una novela excelente, se mire por donde se mire.

Amelia volvió a esbozar la sonrisa maliciosa:

—He oído que una profesora de aquí, de la Universidad de Nanterre, está preparando un trabajo en el que estudia la novela desde el punto de vista de la escritura femenina.

—¿Quéee?

—Ya sabe, si Raúl era un homosexual confeso, poseía indudablemente una sensibilidad femenina y, poseyéndola, sería posible rastrear las pistas de esa sensibilidad en su forma de escribir, mucho antes de su confesión pública.

—¡Gilipollices! —se le escapó—. Perdón, quería decir estupideces.

Ella se echó a reír:

—Para ser un académico alemán, tiene usted un refrescante sentido de la propiedad lingüística, aunque no se pueda decir lo mismo de su corrección política. Pero sí, estamos de acuerdo. La muchacha quería entrevistarme, me envió su concepto y me negué después de leerlo. Si va a escribir una barbaridad de ese tipo, al menos que no cuente con mi legitimación.

—Hay que estar realmente mal de la cabeza para sostener esa tesis que ni siquiera es aceptable en obras realmente escritas por mujeres.

—¿Usted no cree en *l'écriture féminine*, profesor?

—Si eso significa introspección, narración en primera persona, escritura verborreica y temas «de mujer», no, lo siento, no me lo creo. La literatura está llena de mujeres que escriben como hombres y de hombres que escriben como mujeres. ¿Qué pensaba Raúl de esto?

—En vida de Raúl aún no estaba tan de moda, pero habría estado de acuerdo con nosotros. Un buen escritor, como un buen actor, puede ponerse en la piel de quien más le convenga.

—Pero él nunca quiso ser mujer, ¿no es cierto?

Amelia lo miró muy seria, como si se estuvieran metiendo en un terreno peligroso:

—Jamás. Si Raúl hubiera sido religioso, habría rezado como los antiguos judíos: «Gracias te doy, Señor, por no haberme hecho nacer como mujer». Cosa perfectamente sensata, por otra parte. Él siempre estuvo satisfecho con su sexo, con su cuerpo, con su aspecto.

—¿Era verdad lo de su fama de donjuán? —se atrevió Ari.

Ella sacudió la cabeza, impaciente.

—Raúl era guapo, eso no se puede negar, está en todas sus fotos. Y tenía encanto, carisma, como prefiera llamarlo. Si además añade que, a partir de cierto momento, también era famoso y poeta, es natural que estuviera siempre rodeado de mujeres. Él se dejaba admirar, repartía migajas de su encanto, besaba manos, decía cosas como «linda» y «mi amor», y las tenía embelesadas con él y furiosas conmigo. Nunca me

afectó.

—¿Y los hombres? —preguntó, casi esperando una palabra brusca o incluso una bofetada que no llegó.

—Los hombres también caían rendidos ante su simpatía. Por no hablar de los jóvenes poetas que lo llamaban «maestro» y lo invitaban a tomar y a las lecturas de sus poemas en esos antros underground que estaban tan de moda. Si alguno llegó a enamorarse de él, no lo sé. A todos los efectos, y hasta que encontró a Hervé, Raúl siempre fue perfectamente heterosexual y, mientras estuvimos casados, escrupulosamente fiel.

Ari pensó en el libro que ocultaba en la gabardina, con su misteriosa dedicatoria a Aimée y, por un segundo, estuvo a punto de hacerle la pregunta que le asomaba a los labios, pero entonces llegó el camarero y los pocos minutos de pausa fueron suficientes para decidirlo a callar por el momento.

—¿Cómo firmaba sus libros? —preguntó cuando el camarero se hubo retirado.

—Con su nombre, claro —contestó Amelia, mirándolo como si se hubiera vuelto bobo.

Él sacudió la cabeza:

—No, me refiero a si solía hacer dedicatorias personales, unas líneas pensadas ex profeso para la persona que recibía el libro, o si, simplemente, firmaba con su nombre.

Amelia lo pensó un momento mientras masticaba la cabeza de un grueso espárrago que sostenía entre los dedos de la mano izquierda.

—Solía firmar «De la Torre» o «Raúl de la Torre» para los desconocidos; «Raúl» a secas, para los conocidos y, en el colmo de la intimidad, escribía el nombre de la persona y el suyo. «Para André —pongamos por caso—, de Raúl», y la fecha. Eso era todo. Al menos mientras estuvo conmigo. Cuando se casó con Amanda, ella estaba a su lado en las firmas y hacía de intermediaria entre él y el público. Era ridículo. ¡Quién sabe! Igual lo obligó a firmar: «Al compañero André, del compañero Raúl».

Tuvo una risa seca, sin humor, y dio un mordisco al espárrago.

—¿Para ella tenía también un nombre de enamorados, como Hauteclair para usted?

—No. Amanda siempre fue Amanda, sin más. Tampoco le duró tanto.

—¿Cómo murió?

Amelia contestó sin expresión, como si su rostro se hubiera convertido en una máscara de teatro griego:

—En un accidente de circulación, en Mallorca, en el verano del 79.

—¿Chocó con otro coche?

—Al parecer le fallaron los frenos del coche que había alquilado.

—¿Y Raúl?

—Se había quedado en el hotel, trabajando. Eso lo salvó. Ella iba a jugar un partido de tenis, por lo que recuerdo. Su coche cayó por un acantilado y les costó casi

dos días recuperar el cadáver.

—¿Estaba usted allí?

Amelia negó con la cabeza, sin abandonar su expresión vacía.

—Yo estaba de vacaciones en Ischia, con André. El hotel donde se alojaban organizó el traslado del cadáver. Raúl nos llamó, ya desde París, para informarnos de lo sucedido y pedirnos que fuéramos al entierro. Supongo que pensaba que no iba a ir nadie y no se veía capaz de soportarlo solo.

Se pasó la mano por la frente, como si quisiera quitarse algo pegajoso que se le hubiera enganchado en el pelo.

—Fue espantoso. Un verano de calor brutal, el entierro a las tres de la tarde, como las corridas de toros, diez o doce personas que apenas se conocían entre sí reunidas como para asegurarse de que Amanda estuviera realmente muerta y enterrada. Ni una sola lágrima, ni una sola flor, porque ella siempre había dicho que no quería participar en ese tipo de comedias burguesas. Sin misa, sin cura. Su jefe, un pobre hombre que, por lo que se contaba, temblaba al verla llegar a la editorial, dijo un par de frases desvaídas sobre cuánto la íbamos a echar de menos, y de repente se había acabado todo. La gente se escurrió entre los árboles cuando aún no habían cubierto la tumba y sólo quedamos André, Raúl y yo, estremecidos de asco. Incluso un canario tiene un entierro más digno cuando ha vivido en una familia decente. Espantoso, ya le digo. Pregúntele a André, si quiere saber más. A mí no me gusta recordar aquella escena. ¿Quiere que tomemos postre? A Raúl le gustaban las *îles flottantes* como las hacen aquí.

—¿Y qué pasó después? —insistió Ari, después de pedir el postre.

—Nada —dijo Amelia, casi agresiva—. Que Amanda siguió muerta y nosotros seguimos viviendo.

—Pero Raúl no volvió con usted.

—¿Por qué iba a volver? Ya estábamos divorciados.

—Sin embargo, un par de años después, parece que hubo un intento de reconciliación. Por parte de él —se apresuró a añadir.

—¿Quién le ha contado eso? ¿André?

Ari asintió, sintiéndose algo culpable por haber traicionado la confianza de uno de sus testigos principales. Amelia contestó con lentitud, como si de repente estuviera profundamente agotada:

—Raúl no estaba hecho para vivir solo. Amanda había muerto, su madre había muerto. No me tenía más que a mí, pero por algo que nunca he sido capaz de comprender, nuestra complicidad había desaparecido. Quedaba un cariño, claro, un poso de afecto, una cantidad enorme de recuerdos compartidos... Hubo un tímido acercamiento, una relación intermitente que no era buena para ninguno de los dos. Pasamos algunas temporadas juntos, pero al final conseguí separar lo que ya estaba roto de todas formas y me casé con John. Raúl no me lo perdonó nunca. Era la primera vez que una mujer lo dejaba, ¿comprende? Que lo dejaba por otro. Creo que

no consiguió superarlo en la vida. Llegó a reprochármelo incluso después de estar viviendo con Hervé; que lo hubiera abandonado cuando me necesitaba, que hubiera puesto mi egoísmo por encima de su amor..., paparruchas de niño mimado. ¡Ah, les îles flotantes!

El camarero acababa de depositar dos cuencos de cristal en los que, sobre una fina crema de un color amarillo claro, flotaban diminutas islas blancas doradas por arriba. Comieron durante unos minutos en silencio, hasta que Amelia dejó la cuchara y continuó con vehemencia:

—Pero yo no quiero que usted diga todo esto en su libro, ¿comprende? Yo le cuento a usted estas cosas porque me dejo llevar y porque hace tanto tiempo que no hablo con nadie de Raúl, pero me niego a que todo el mundo se entere porque, aunque todo lo que le cuento sea verdad, no es la verdad. Y no quiero que nadie piense que Raúl fue un mal marido o un niño mimado, o un marica reprimido o un cobarde que acabó suicidándose para no tener que volver a estar solo. ¡No quiero! ¿Me oye? Usted no lo conoció, ni sabe cómo era, ni lo vio nunca reír entre amigos o llorar con una película o hincharse de orgullo cuando acababa un cuento o salir de la ducha con el pelo mojado sobre los ojos, cantando con su voz de trueno... —se le quebró la voz y cerró fuerte los ojos para no llorar.

—Perdone, Amelia —dijo Ari poniendo su mano sobre la de la mujer, que temblaba encima del mantel blanco—. Cuando tenga la primera versión del libro, se la haré llegar. No publicaré nada que usted no quiera, se lo prometo.

Amelia abrió los ojos, brillantes de lágrimas, los alzó hacia él y le dio un ligero apretón de manos.

Ya en el metro, Amelia apoyó la frente contra la barra de metal para notar su frescor y apretó los dientes, insultándose en voz baja, como si rezara. Se había dejado arrastrar como una imbécil. Había estado a punto de echarse a llorar delante de un desconocido por cosas que se había jurado que no la afectarían nunca más. Cosas que habían sucedido tantos años atrás que deberían haberse convertido en imágenes imprecisas sin ninguna relación con su vida, cosas que durante mucho tiempo le habían quemado el alma hasta que, poco a poco, había conseguido irse desgajando de ellas, perdonándose las, quitándole importancia a las culpas que una vez creyó sólo suyas para irlas repartiendo equitativamente entre todos los actores de la farsa.

Un mes atrás podría haber jurado que ya no sentía más que un vago afecto por Raúl, que todo lo que un día la hizo sufrir y desesperarse reposaba ya, inocuo, en lo más profundo de su recuerdo, que había conseguido librarse de su fantasma y de todos los otros fantasmas que durante años y años la habían acosado, a pesar del divorcio, de su nuevo matrimonio, de su segundo divorcio, del trabajo —activo y agotador— que le supuso superar la muerte de Raúl.

Y ahora, de pronto, todo acudía de nuevo: los recuerdos, los sueños, la presencia

quemante de Raúl en su vida cotidiana. Ya no podría librarse de ello en lo que le quedaba de vida. Si la otra vez había tardado más de diez años en salir a flote, ¿cuánto tardaría ahora que todo afloraba de nuevo a la superficie? No tenía tanto tiempo: nunca lo conseguiría. Llegaría el momento de la muerte sin haber podido recuperar la paz, y entonces ¿qué? ¿Qué habría después de esta vida para el que muere obsesionado por sus asuntos no resueltos, para el que muere consumido de remordimientos por lo que hizo, por lo que no hizo, por lo que podría haber hecho?

Ella nunca había creído en un dios paternal que premia y castiga, pero creía en el ser humano, en su fuerza, en su voluntad, en su deseo. Y las tres cosas podían muy bien durar hasta después de la vida material, hasta después de que el espíritu se desligara del cuerpo que lo había sujetado a este mundo, como parecía ser el caso de los célebres fantasmas de mujeres emparedadas, de caballeros decapitados, de oscuras venganzas familiares.

Miró su reflejo en el cristal de la ventanilla y apartó de nuevo la vista, con disgusto. Sin darse cuenta, sin saber cómo, se había convertido en una vieja, en lo que de modo supuestamente caritativo había dado en llamarse «una señora mayor», pero ella no se sentía ni mayor, ni señora. Ella, por dentro, cuando no se miraba en un espejo y no la veía nadie, seguía siendo la misma muchacha de sus recuerdos, una muchacha llena de energía, siempre dispuesta a trabajar, a bailar, a batirse con su florete, a cabalgar por el Bois de Boulogne, a hacer el amor durante horas hasta sentirse agotada, renovada y feliz.

Sin embargo ahora, como confirmación de sus temores, un hombre de la edad de Lenormand se levantó de su asiento para cedérselo y ella se dejó caer con un suspiro, agradecida a su pesar por el descanso que suponía para sus piernas y su espalda. ¿Cómo era posible que lo mejor de su vida hubiera pasado ya? ¿Cómo podía ser que ella, Amelia, Hauteclair, estuviera agotada después de una simple mañana en la ciudad y una comida agradable?

Por la tensión nerviosa, se dijo. Por la constante incertidumbre de no saber qué me va a preguntar y qué voy a contestarle, porque el muchacho me recuerda a Raúl y hace tanto tiempo que no hablo con él.

Sintió que los ojos se le volvían a llenar de lágrimas «como a una vieja con el grifo flojo», pensó, y se puso las gafas de sol. Ahora se iría a casa y se pondría a escribir cualquier cosa, imágenes del pasado, recuerdos, nostalgias. La escritura como exorcismo contra los demonios del tiempo que se fue.

Llegamos a Roma una mañana gris de primavera, destemplados por el cansancio y la falta de sueño, y al salir de la estación a la plaza de Termini, pensé que nunca había visto una ciudad tan fea. Enormes bandadas de pájaros volaban como nubes oscuras sobre nuestras cabezas, los edificios tenían un color sucio, agrisado, la calzada estaba llena de coches que pitaban, nuestras maletas pesaban como si estuvieran llenas de

piedras y el hombre que tenía que haber venido a recibirnos no estaba.

Arrastramos el equipaje hasta la cola de los taxis, esperamos más de veinte minutos y, después de discutir el precio con el taxista, conseguimos acomodarnos con los ojos cerrados y la cabeza hueca.

—¡Animo, Hauteclair! Lo hemos conseguido —dijo Raúl, tomándome la mano abandonada sobre el asiento.

Abrí los ojos para ver los suyos —chispeantes, divertidos— y de repente pensé que no podía haber en el mundo una mujer más afortunada que yo, a pesar del cansancio, de la luz grisácea, del ruido que llenaba las calles.

Minutos después el taxista nos depositaba en el Piazzale Fiaminio, a unos metros de la gigantesca verja de Villa Borghese:

—A donde ustedes van son apenas unos pasos cruzando una de las plazas más bellas de Roma —nos dijo—. No me puedo acercar más.

Nos explicó cómo llegar a la dirección que nos habían dado y se marchó, dejándonos a la entrada de la Piazza del Popólo.

Fue entonces cuando, de golpe y para siempre, sucumbimos a la fascinación de Roma, en el mismo momento en que, con todo el equipaje a nuestros pies, echamos la primera mirada a la gloria de la Ciudad Eterna: el obelisco frente a nosotros, iluminado por un único rayo de sol, como un reflector de teatro, las dos iglesias, las tres calles, el Pincio a la izquierda; el Tíber, fuera de nuestra vista; a la derecha y en la distancia, la cúpula de San Pedro.

Nos abrazamos en silencio y al cabo de unos minutos echamos a andar hacia Via Margutta, que iba a ser nuestra dirección durante los dos años siguientes; el mismo edificio, propiedad de la Academia de Bellas Artes, donde filmaron Vacaciones en Roma, con Audrey Hepburn y Gregory Peck, enfrente de la casa de Federico Fellini y Giulietta Massina.

Roma, la Roma que nosotros conocimos y amamos a principios de los años sesenta, está toda ahí, en esa primera novela: las noches de Via Véneto, los locales del Trastevere, los paseos entre las ruinas, las reuniones de artistas y escritores en las casas más chic de la Via del Babuino, las recepciones de embajadas de todo el mundo, las excursiones a Tivoli, a Calcatta, a Villa Adriana, a los Castelli Romani... La vida era más dulce que en París, más intensa, más joven, más llena de pasión. La vida era una cantera inagotable de la que extraer novelas, relatos, poemas, canciones, pinturas..., porque Roma tiene un alma inmortal con la que nosotros entramos en sintonía.

Raúl no se cansaba de recorrer sus calles, sus iglesias, sus cafés. Cuando yo volvía a casa aún era de día y me lo encontraba esperándome impaciente para llevarme a descubrir todo lo que él había visto ya, para volverlo a ver a través de mis ojos. Y luego, por la noche, siempre había una fiesta, un estreno de cine o de teatro, un debate, una exposición. Éramos incansables, infinitos, eternos, y nuestro amor era como una luz de mediodía, cálida y sin sombras.

Durante dos años nos llenábamos sin límite durante el día y nos vaciábamos por la noche sobre el papel. Escribíamos como posesos, conscientes de vivir a dos pasos de donde estuvo Shelley, de donde murió Keats, del café Greco donde tantos otros escritores habían afilado sus plumas antes de que nosotros viniéramos a recibir el regalo de la vida romana.

Hicimos muchos amigos, muchos ahora ya muertos, otros perdidos en el tiempo y la distancia. Nos reuníamos por las tardes en la Casina Valadier, sobre el Pincio: conversaciones interminables, punteadas de risas, al caer el sol, ante unas tazas de té.

La última vez que volví a Roma, la Casina Valadier ya no existía. Sigue ahí el edificio, una simple ruina de lo que alguna vez fue hermoso y pulsante, pero ahora ya no hay música ni té, ni puede uno sentarse detrás de los cristales a ver ponerse el sol tras la cúpula de San Pietro. Me alegro de que Raúl no haya llegado a ver la ruina de aquella casa, ni la mía. Si está aún en alguna parte, sea donde sea, me alegra saber que aún me recuerda como fui entonces, sin otra imagen que empañe aquellos días.

Pero no, me engaño a mí misma. Hay muchas imágenes posteriores, de cuando toda aquella felicidad romana empezó a parecer un simple sueño compartido que nunca llegamos a vivir, muchos recuerdos dolorosos y sombríos, muchos errores irreparables negados y suprimidos a fuerza de voluntad. No se puede vivir siempre arrastrando una culpa, y por eso nos la ocultamos a nosotros mismos hasta que se difumina en nuestro interior, hasta que viene alguien y, como un niño con un palito, empieza a hurgar en lo que tanto trabajo nos ha costado enterrar en el jardín trasero.

Cuando se hubo marchado Amelia, después de la comida, Ari pidió un café, sacó De la torre al cuadrado y leyó el primer capítulo tratando de concentrarse en lo que ya se sabía de memoria, intentando disfrutar del placer único de estar leyendo una primera edición, pero su cerebro no colaboraba. Mientras sus ojos recorrían las líneas, su mente volvía una y otra vez a la misteriosa dedicatoria y a la librería donde podía tratar de informarse sobre el propietario del libro. En todo el tiempo que llevaba dedicado a la investigación nunca se había topado con el nombre de Aimée y, por lo que le acababa de contar Amelia, Raúl le había sido fiel durante todos sus años de matrimonio, aunque, ¿cómo puede nadie estar seguro de la fidelidad de su pareja? Y ¿cómo podía él estar seguro de que Amelia le hubiera dicho la verdad?

Cerró la novela, sacó el móvil y marcó el número de André.

—Tengo una pregunta que quizá puedas contestar —dijo, después de los primeros saludos.

—Me pillas en mal momento.

—Es algo rápido.

—Venga.

—¿Tú sabes de alguien en la vida de Raúl, sobre la época de la primera publicación de su segunda novela, que se llamara Aimée?



—Chico, así, de pronto, lo único que se me ocurre es una actriz famosa en la época que se llamaba Anouk Aimée, pero no me suena en relación con Raúl. ¿De dónde lo has sacado?

—Ya te contaré, no quiero entretenerme más, pero si se te ocurre algo, llámame.

—¿Has vuelto a ver a Amelia?

—Acabamos de comer juntos.

—Estupendo. Vas por buen camino. Te aseguro que ella es la fuente principal. Raúl era incapaz de guardarse nada y su confidente era Amelia, incluso después del divorcio.

—Entonces ¿tú no crees a Raúl capaz de tener un secreto, digamos, oscuro?

Le llegó la risa de André:

—¿Oscuro? ¿Raúl? Lo más oscuro que había en su vida era su orientación sexual y lo publicó en todos los periódicos.

—Supongo que tienes razón.

—Llámame dentro de un rato y quedamos para cenar mañana o pasado, ¿vale?

Colgó con la sensación imprecisa de que André no conocía a Raúl tan bien como él pensaba, porque la dedicatoria de ese libro era real y, al parecer, nunca había comentado con su mejor amigo la existencia de esa mujer a quien había regalado la primera edición de su novela. ¿Lo sabría Amelia? Tendría que preguntárselo, pero le parecía poco delicado ahora que empezaban a llevarse bien. Trataría de informarse primero en otras fuentes.

Se levantó, pagó la cuenta y se metió en el metro de nuevo en dirección a Saint-Sulpice porque de repente se le había ocurrido que si la vecina que le había vendido la caja al librero terminaba de recoger lo que quedara de la herencia familiar y se marchaba a su casa, no la encontraría jamás, y ésa era la única pista de la que disponía para encontrar a Aimée.

Cuando llegó, el hombre estaba abriendo la librería y, si le extrañó ver aparecer a su cliente de la mañana, no lo demostró más que con una sonrisa de reconocimiento.

—Su caja sigue aquí, no se preocupe —le dijo.

—No, aún no me la puedo llevar. Sigo sin coche. Lo que quería era saber si podía ponerme en contacto con esa vecina que le dejó los libros.

El librero abocinó los labios y empezó a darse golpecitos con el índice, en silencio:

—Espere a ver si me acuerdo. Era una muchacha joven, así, de su edad —Ari sonrió al oírse llamar muchacho—. Yo no la había visto nunca, pero me explicó que estaba recogiendo cosas de un familiar, aquí mismo, en el número diecisiete, no sé en qué piso, y que no quería quedarse con los libros. Lo siento. Ni sé el nombre ni mucho más de lo que le he dicho. Tendrá que ver usted mismo en la casa.

—¿Y hace mucho de eso?

—Ayer mismo. Pero no sé si habrá terminado ya. Pregúntele a la portera.

Ari se despidió del librero y entró al número diecisiete, un portal oscuro con una

garita encristalada donde una mujer estaba viendo un culebrón en un televisor diminuto.

—¡Buenas tardes!

La mujer hizo un gesto con la mano, sin volverse, y Ari tuvo que esperar aún dos minutos hasta que llegó la pausa de la publicidad.

—¿Qué hay?

—Estoy buscando a una... mujer, como de mi edad, que está en este edificio recogiendo el piso de un pariente suyo. No sé cómo se llama, lo siento.

—Entonces, ¿para qué la busca, si no la conoce?

Ari intentó tener paciencia y no sulfurarse por la pregunta ni por el tono.

—Tengo interés en comprar algunas cosas que ella parece que quiere vender.

—¡Ah, bueno! Si es por eso, supongo que se alegrará de verlo. La pobre ya no sabe qué hacer con tanto trasto viejo. Suba al quinto, es el piso C.

—¿Está ella?

—Si no ha salido por el tejado, tiene que estar, porque yo no me he movido de aquí en todo el día. ¡Oiga! —le gritó cuando ya se había dado la vuelta, después de darle las gracias por su ayuda—. El ascensor no funciona.

Ari subió a pie los cinco pisos pasando la mano por la baranda, de madera labrada al principio, de madera sin más después, y luego simplemente de metal, imaginando sin poderlo evitar, que también Raúl habría tocado esa misma baranda cuando viniera a traerle el ejemplar a Aimée, quizá muchas otras veces, al venir a visitarla aquí, al barrio de Saint-Sulpice que tanto le gustaba..., ¿quizá por eso?, ¿porque aquí vivía Aimée? Era una posibilidad.

Pulsó el timbre, pero no registró ningún sonido y supuso que quizá habían cortado la luz, de modo que acabó llamando con los nudillos varias veces hasta que oyó una voz femenina y luego el golpeteo de unos zuecos sobre piso de madera.

—¿Sí?

La mujer que le había abierto debía de andar por los treinta y tantos, pero iba vestida como si fuera mucho más joven, con unos vaqueros medio rotos y una camiseta gris con una inscripción casi totalmente borrada de una universidad americana. Llevaba el pelo recogido con una pinza y ni rastro de maquillaje.

—Acabo de comprarle al librero de abajo la caja que usted le había dejado y me gustaría saber si hay más cosas que me puedan interesar.

—Por mí, si se lo lleva todo, fenomenal. ¿Le gustan los muebles viejos?

Ari negó con la cabeza y la sonrisa de la mujer palideció.

—No, gracias. Me interesan los libros y también quisiera saber algo sobre su dueña.

—¿Qué dueña? ¿Yo?

—No, bueno, yo me refería a la anterior dueña del piso. Su... ¿abuela?

—El piso era de mi tío Armand, pero esto siempre estaba lleno de gente que vivía largas temporadas aquí. ¿No quiere pasar?

Ari se presentó, frente a una tal muestra de confianza:

—Ariel Lenormand.

Ella le estrechó la mano y la retiró de inmediato:

—Perdone. Debe de estar llena de polvo. Solange Laroche. Pase, pase. No se moleste en limpiarse los zapatos —añadió al ver que Ari se restregaba las suelas en el felpudo—. El tío Armand nunca fue muy aseado y ahora que estoy de mudanza, puede imaginarse...

—¿Se va a quedar a vivir aquí?

—Sí —la sonrisa llenaba todo su rostro—. Sé que suena fatal porque parece que me alegro de la muerte de mi tío, pero es que estoy harta de vivir en Versalles y trabajar en París, y ahora que he heredado un piso en el centro, casi no me lo puedo creer.

Después de recorrer un largo pasillo oscuro, llegaron a una sala casi vacía donde aún sobrevivía un enorme sofá granate con un asiento lleno de bultos y de manchas.

—Siéntese, póngase cómodo.

Ella se sentó en el suelo, a sus pies, y Ari se sintió tan incómodo que acabó por sentarse frente a ella, también en el piso.

—Verá, estoy haciendo un trabajo de investigación literaria sobre Raúl de la Torre, un escritor argentino, y en uno de los libros que he comprado hoy, había una dedicatoria del autor a una mujer llamada Aimée. Por eso yo suponía que se trataba de la dueña de este piso.

Ella lo pensó un momento con la cabeza ladeada:

—No. No conozco a nadie que se llame así, pero ya le digo, mi tío tenía muchísimos amigos y, como el piso es grande, con mucha frecuencia le prestaba una habitación a quien la necesitara. ¿De qué fecha es la dedicatoria?

—No lleva fecha, pero debe de ser de cuando apareció el libro, más o menos, sobre el año 73 o 74.

—¡Pero de eso hace casi treinta años!

—Pues sí. Usted debía de ser una niña.

Ella sonrió:

—Si lo dice para hacerme más joven, no se moleste. Yo era efectivamente una niña entonces; nací en el sesenta y cinco. Y además, tampoco sé mucho de él porque a mis padres no les gustaba que me relacionara con el tío Armand. Era una especie de bohemio, ¿comprende? «Ni oficio ni beneficio», como decía mi padre.

—¿Y de qué vivía?

—De trabajos sueltos y, cuando podía, de su música. Era saxofonista y en las temporadas buenas llegó a tocar con gente importante, a hacer giras y eso. En las temporadas malas daba clases particulares y creo que incluso llegó a tocar en el metro. Pero lo mismo eran mentiras de mis padres, nunca se sabe.

—Entonces, ¿no le suena ninguna Aimée?

—Lo siento. Para nada.

Se puso en pie de golpe, como si se le hubiera ocurrido algo:

—Espere. Tengo en algún sitio un montón de agendas antiguas. A lo mejor aparece ahí su nombre. ¿No sabe el apellido?

—La dedicatoria parece bastante personal y sólo pone Aimée.

Volvió de su exploración por otro cuarto con los brazos llenos de libritos de distintos colores y tamaños:

—Este hombre no debió de tirar nada en toda su vida. Hay una de 1966.

Se acuclilló frente a él y las dejó en el suelo, a su lado.

—Puede ir mirándolas. Si no le importa, yo sigo en la cocina. Hay algunas cosas que me pueden servir.

—¿No prefiere que me vaya a un café y vuelva luego?

Ella sacudió la cabeza:

—No creo que vaya a asesinarme por la espalda. Aquí no hay nada de valor.

—Pero soy un perfecto desconocido.

—No se haga ilusiones. Nadie es perfecto. Además, sé cuidarme. Soy cinturón negro de judo.

Desapareció en la cocina dejándolo solo y Ari empezó a organizar las agendas por fechas. Debía de tener razón Solange, Armand nunca había tirado nada porque, una vez en orden, las agendas cubrían el periodo entre 1965 y 1999.

Eligió 1973 y 1974 y empezó a mirar en los nombres que empezaban por «A», pero pronto se dio cuenta de que Armand los había clasificado por apellidos y él no tenía más que un nombre de pila. Tardaría más de lo que había supuesto en mirar todos los nombres, pero al fin y al cabo era su trabajo, aunque esta vez lo hiciera en el suelo y tuviera que contentarse con la luz que entraba por la estrecha puerta del balcón.

Desde la cocina le llegaba la voz de Solange cantando una canción apenas reconocible de tan desafinada que, sin embargo, le daba una sensación de bienestar, de felicidad doméstica. Paseó la vista por la salita, por las paredes donde los cuadros ahora inexistentes habían dejado su marca, como un recuerdo de los tiempos en que aquel piso era un lugar lleno de vida donde se reunían músicos y escritores. Aquella habitación tenía encanto, a pesar de su desolación presente. Trató de imaginársela como habría sido en los tiempos en que Raúl la llenaba con su presencia; era la primera vez que estaba en una casa donde hubiera estado él y, aunque nunca se había considerado mitómano, sentía una especie de respeto frente a aquellas paredes que habrían recogido los ecos de su voz, frente a aquel sofá destartado donde quizá se hubiera tumbado alguna vez a leer o a escuchar la música de su amigo Armand.

Aunque todo podía ser una fabricación de su mente. Era perfectamente posible que Raúl nunca hubiera estado allí, que se hubieran conocido en algún local de *jazz* y aquel libro dedicado a Aimée —quizá una de las amigas de Armand— fuera sólo un libro sin importancia para su destinataria que había acabado perdido en las estanterías del músico cuando Aimée, después de una temporada en el piso, se marchó a vivir a

otra parte. Pero si para ella no había tenido importancia, estaba claro que para Raúl sí. Nadie escribe ese tipo de dedicatoria a una conocida casual. Y él tenía que averiguar de qué se trataba.

Al cabo de un rato había leído todos los nombres de las dos agendas sin encontrar una sola Aimée; había dos Alines, una Anne, una Amélie y una Annemarie. Una de las Alines y Amélie en la «A», sin más indicación, como si fueran íntimas amigas cuyo apellido no fuera necesario anotar. Ahora tendría que mirar, de todas formas, las otras agendas, tanto la parte de los nombres y las direcciones como las citas anotadas a lo largo de los años por si, tal vez, se diera el caso de encontrar una pista firme que le permitiera asegurar que Armand había conocido a Raúl, que se habían visto en varias ocasiones, que habían sido amigos. Tendría que pedirle a Solange que le dejara llevarse las agendas para devolvérselas más tarde, cuando se hubiera asegurado de haber leído cualquier cosa que pudiera ser relevante. Sería maravilloso abrir una página del año setenta y tres y leer algo como: «Con Raúl, a las cinco en el Café de la Faix», pero no quería hacerse demasiadas ilusiones.

Se le acababa de ocurrir que, buscando nombres que empezaran por «A», no había mirado si Armand tenía anotado el teléfono de Raúl, y ya iba a empezar a buscarlo, acercándose al balcón para que la tenue luz del crepúsculo iluminara las páginas, cuando entró Solange limpiándose las manos en un trapo:

—¿Ha encontrado algo?

Él negó con la cabeza:

—Aún no.

—Es usted un optimista, por lo que veo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el «aún». Pero como han cortado la corriente eléctrica, lo mejor será dejarlo por hoy, ¿no le parece?

—¿Puedo volver mañana?

—No, lo siento.

Ari se quedó de piedra. Solange le había parecido dispuesta a darle toda clase de facilidades para su investigación. Ella debió de notarlo porque añadió apresuradamente:

—Mañana yo tampoco vengo. Tengo turno.

—¿Es usted enfermera o algo así?

—No, recepcionista en un hotel del centro. Pero si quiere llevarse las agendas, puede quedárselas. A mí no me sirven para nada, de todas formas las iba a tirar.

—Muchas gracias. Para mí pueden ser muy importantes. Y si encontrara alguna cosa más de este estilo, algo que me sirviera en mi investigación, le agradecería que me llamara —dijo tendiéndole una tarjeta que esta vez sí se había acordado de meter en el bolsillo de la americana.

—Es que todavía no me he enterado muy bien de lo que está buscando.

—Si tiene un rato todavía y le apetece, podríamos tomar algo en un café de por

aquí. Así podría explicarle lo que hago y darle las gracias otra vez por su ayuda.

Ella lo miró de arriba abajo, una mirada distante, como calculando los riesgos.

—Si cree que es un intento barato de ligue, podemos dejarlo también. Usted tendrá cosas que hacer —añadió, tratando de salir con cierta gracia de una situación que, de repente, se había vuelto incómoda en la penumbra de la salita.

—No, no tengo nada importante que hacer y sí me gustaría tomarme algo con usted. Perdona, es la costumbre de rehusar las invitaciones de los clientes. Si me espera un momento, me pongo presentable. Busque un poco y encontrará alguna bolsa de plástico donde meter las agendas.

Al cabo de unos minutos volvió con un vestido de florecitas y una rebeca de lana azul; se había peinado la melena castaña y llevaba los labios pintados. Por un momento, Ari apenas la reconoció.

—Qué cambio, ¿eh? —dijo ella—. Ya casi parezco humana.

Bajaron la escalera cuidando de no tropezar en los escalones desgastados y, ya en la calle, les sorprendió la luz del atardecer que suavizaba los contornos de las cosas cotidianas, dándoles un aura entre dorada y rojiza.

Solange estiró los brazos por encima de la cabeza y le sonrió:

—No me puedo creer que este vaya a ser ahora mi barrio, mi casa.

—¿Le gusta Saint-Sulpice?

—Si usted viviera donde he vivido yo los últimos años, se daría cuenta de lo que significa para mí. Pero, claro, uno nunca sabe lo que significa algo para otra persona.

—¿Lo dice por experiencia?

Caminaban con rapidez, lo que hizo pensar a Ari que Solange sabía adónde se dirigían.

—Hasta cierto punto. Yo, normalmente, soy un ser muy empático. Casi sin querer, soy capaz de ponerme en la piel de otro. Lo que pasa es que no siempre acierto, claro, y a veces hago o no hago cosas apoyándome en lo que he creído entender y me equivoco.

—Bueno, eso nos pasa un poco a todos.

Ella lo miró con un punto de curiosidad:

—No crea. Hay montones de personas que van por la vida como rompehielos, sin preocuparse para nada del punto de vista del prójimo, sin mirar nada más que su propio interés o sus propios deseos en cada momento. Y lo peor es que les va bastante bien.

—Y su tío ¿de qué tipo era?

—Creo que de estos últimos. Pero no me haga mucho caso porque pueden ser las ideas que me pasaron mis padres. Ya le digo que mi relación con Armand fue siempre distante, salvo un par de años en la adolescencia en que me empecé en tratarlo, más que nada como reacción.

—¿Y le gustó?

—Me convenció para siempre de que la vida bohemia no es lo mío y de que no

quiero llegar a los cincuenta años haciendo como que tengo veinte, que es lo que hacía él. Imagínese que ha muerto a punto de cumplir los cincuenta y seis en un accidente de ala delta, que es un deporte para gente joven y fuerte. Al parecer lo inició un amigo suyo y no se atrevió a confesar que él ya no estaba para esos trotes. A todo esto, ¿adónde vamos?

Ari se quedó parado en la acera:

—¿No lo sabe usted?

Ella negó con la cabeza.

—Yo pensaba que me llevaba a algún lugar que conoce. Como íbamos tan rápido...

—Perdone. Es mi forma normal de andar. ¿Le parece aquí mismo? —señaló un *bistro* al otro lado de la calle.

Se instalaron dentro y pidieron dos cervezas. Luego Solange se acodó en la mesa, mirándolo de frente:

—A ver, cuénteme.

Cuando Ari le hubo explicado su proyecto y el estado actual de su investigación, ella pidió otra ronda, precisando: «Ésta la pago yo», y comentó:

—Es raro que Armand nunca me nombrara a Raúl, siendo un escritor importante. A él le encantaba presumir de sus amigos en cuanto alcanzaban una mínima celebridad. Claro que si sólo se relacionaron durante unos meses, pongamos por caso, podría ser que no hubiera llegado a enterarse de su fama.

—No, no es posible. Raúl era ya reconocido como uno de los grandes en la época de la publicación de su segunda novela.

—Pero como mi tío no sabía español...

—¿Ah, no? Y entonces, ¿por qué demonios le regaló un ejemplar en castellano en lugar de darle uno en francés?

—Está usted confundiendo las cosas. Raúl se lo regaló a Aimée. Que estuviera entre los libros de mi tío es otra historia.

—Sí, tiene razón. El libro no ha sido leído nunca. Podría jurarlo.

—Pues tendrá que encontrar a Aimée y preguntarle a ella. Mi tío tenía amigos de todas las edades, pero si tenían más o menos la misma, ella debería de andar entre los cincuenta y los sesenta. Podría poner un anuncio en el periódico.

Ari se echó a reír:

—¿Diciendo qué? ¿«Investigador literario busca a una mujer llamada Aimée, a quien Raúl de la Torre dedicó un ejemplar de su segunda novela en el año 1973»?

—A mí me suena bien.

—¿Usted contestaría?

—Según. ¿Puede decirme lo que pone en la famosa dedicatoria, o es secreto de sumario?

Ari sacó el libro con cierta renuencia, le mostró la dedicatoria y se la tradujo. Ella lanzó un silbido:

—Eran amantes —concluyó—. Estoy segura. Y además no es ningún cumplido para la mujer de Raúl porque de esas líneas se desprende que lo que ha sentido por Aimée, o gracias a ella, no tiene comparación con lo que había conocido hasta la fecha.

—¿No puede referirse..., qué sé yo..., al mundo del *jazz*, o a un deporte o incluso a una religión o una secta? —Ari la miraba fijamente, como esperando de ella una información precisa.

—No sé. ¿Era religioso?

—Creo que no. Pero tendré que preguntarle a Amelia si tuvo una especie de crisis religiosa, de conversión o algo similar.

—¿Y por qué no le pregunta si sabe algo de Aimée?

—Quizá lo haga más adelante, pero tengo miedo de meter la pata, de ofenderla en algo y que se niegue a seguir contestando a mis preguntas.

—Yo creo que después de treinta años, ya no puede tener mucha importancia. Aparte de que en aquella época se llevaba el amor libre; mi tío no se cansaba de repetirlo y de añorarlo —echó una mirada al reloj de pared y se levantó—. Perdome, tengo que irme. Si se me ocurre algo más, lo llamo, ¿está bien?

—Sería estupendo —contestó Ari, poniéndose también de pie—. ¿No prefiere que la llame yo?

—No. Lo prefiero así.

—¿Y si se me ocurre algo que quiera saber?

—Pásese por el piso. A lo mejor incluso me puede echar una mano con cosas como correr muebles o clavar algún clavo.

—Será un placer —mintió Ari, que era más bien torpe en cuestiones de bricolaje.

Salieron juntos hacia el metro y, una vez abajo, se separaron en el laberinto: ella hacia el piso de Versalles del que pronto saldría para ocupar el de su tío Armand, y él de vuelta a su habitación, donde lo esperaba el estudio de treinta y cuatro años de agendas.

Amelia llegó al Hotel de las Gaviotas al filo de las dos, bajo un sol que se estrellaba despiadadamente contra el mar y las rocas y creaba espejismos danzantes en el asfalto de la carretera; el aire de la marcha, cargado del perfume de los pinos y los olivos achicharrados bajo la canícula, le alborotaba el pelo suelto y vibraba con la monótona repetición del canto de las cigarras. El mundo estaba desierto, como si todos los seres pensantes se hubieran refugiado en sus casas para escapar del fuego que el cielo derramaba sobre la tierra.

Sentía la cabeza ligera por la falta de sueño y los ojos arenosos, a pesar de las gotas que se había comprado en una farmacia y de las gafas oscuras que los protegían. Llevaba casi veinticuatro horas de viaje, desde que la llamada de Raúl la había puesto en marcha como a un juguete de cuerda, y apenas podía recordar



vagamente el tiempo transcurrido entre la conversación telefónica y el momento presente: la llegada del avión a Barcelona en mitad de la madrugada, las horas pasadas en un hotel cercano al aeropuerto, dando vueltas en la cama, confiando en que hubiera una plaza libre en el vuelo del día siguiente, el tiempo inútil, como de goma, hasta que una azafata la había informado con su sonrisa profesional de que probablemente conseguiría salir para Mallorca en el avión de las once, los trámites para alquilar el coche, la búsqueda de información sobre cómo llegar al hotel, la advertencia de que no se molestara, que el hotel estaba lleno hasta los topes desde hacía meses, la carretera como una cinta sin fin extendiéndose frente al parabrisas y, por fin, el camino arbolado, la frescura de la sombra de los pinos, el edificio blanco haciéndole guiños entre las ramas en cada vuelta del sendero, los destellos de las buganvillas que cubrían la fachada como salpicaduras de sangre fresca.

Aparcó con un suspiro de alivio y se quedó allí unos minutos, a la sombra, como idiotizada, notando las gotas de sudor deslizarse entre sus pechos hacia el vientre, sin saber qué haría ahora, de dónde sacaría las fuerzas para salir del coche, cruzar el vestíbulo, preguntar por los señores De la Torre y esperar hasta que bajaran a reunirse con ella, sin salir antes huyendo de lo que ahora le parecía una de las estupideces más grandes que había cometido en la vida.

Se imaginó por un momento la sonrisa despreciativa de Amanda, la sonrisa cobarde de Raúl un paso más atrás, las miradas previas a las primeras palabras, ¿cuáles? ¿Con qué palabras se presentaba una ex esposa en mitad de las vacaciones de la nueva pareja para decirle a la esposa actual que había venido a salvar al marido traidor de sus garras de fiera? Era ridículo. Si al menos pudiera hablar primero con Raúl, convencerlo de que aquello era asunto suyo y de nadie más, ayudarlo a reunir el valor suficiente para romper por sí mismo con Amanda, como había hecho con ella el 3 de noviembre de 1976, dos años, seis meses y cuatro días atrás... ¿Cómo lo habría conseguido Amanda? ¿Con qué palabras habría puesto en marcha los pobres resortes combativos de Raúl para llevarlo a presentarse ante ella y decirle que quería el divorcio, así, sin peleas, sin discusiones, sin que realmente viniera a cuento?

—¿Sabes, Hauteclaire? —le había dicho—. No vamos a tener más remedio que separarnos.

Y ella había pensado que era una broma de las suyas, de las que evidenciaban su felicidad, como cuando le decía que tanta armonía no podía ser sana, que se estaba convirtiendo en un hombre feliz y eso, según todos los filósofos, era imposible.

Pero no había sonreído. Se había quedado allí, en medio del salón de la Rué de Belleville, con la cabeza gacha, el pelo cayéndole sobre los ojos, una puntera arañando la alfombra, como un niño que le confiesa a la maestra que no ha hecho los deberes. Se había quedado allí durante media eternidad hasta que ella había preguntado casi sin voz: «¿Lo dices en serio?», y había visto sus ojos por un instante fugaz llenos de lágrimas y su cabeza agitándose en silencio en una afirmación.

«¿Hay otra mujer?», había preguntado ella por fin. Él había vuelto a asentir, sin

palabras. «¿La conozco?». Otra afirmación silenciosa. «¿Tan importante es?». Él había alzado la vista, como sorprendido, o herido, o insultado, nunca había sido capaz de descifrar aquella expresión del hombre que era prácticamente su hermano gemelo. «No —había dicho a media voz—, o sí; no puedo explicarlo. En cierto sentido..., de alguna manera..., es importante». Cocteau. Había citado a Cocteau en un momento como aquél.

Ése era uno de sus chistes compartidos. «Dime su nombre», había pedido ella. «Amanda», había acabado por susurrar él.

Luego se había dado la vuelta y se había encerrado en el baño, hasta que ella no pudo resistir más y se fue, dando un portazo, a contárselo a André, a pedirle explicaciones a un amigo porque no podía pedírselas a su pareja. Desde aquel momento en adelante, siempre se había encontrado con una barrera de silencio, como si una campana de cristal blindado pero invisible hubiera cubierto a Raúl separándolo de ella para siempre, negándole incluso la posibilidad de la comunicación, de las palabras airadas o dolidas, de los reproches, de los ruegos. Había sido condenada al ostracismo más feroz sin una explicación, sin ser consciente de ninguna culpa.

En el proceso de divorcio, de común acuerdo, Raúl le cedió todo lo que había sido de los dos, salvo los libros y los discos que ella no se sintió capaz de quedarse porque sabía que él estaría perdido sin ellos. «Quédatelo todo, Hauteclair —le había dicho el día que, frente a sus abogados, habían establecido el reparto de bienes—, para el futuro». Como si hubiera un futuro sin él, como si ella pudiera seguir viviendo en el departamento que habían compartido durante tantos años, como si fuera a releer los mismos libros que habían comentado juntos, a oír la misma música con la que habían bailado, a recibir a los mismos amigos que llenaban la casa cuando ellos eran la pareja más mágica del mundo.

Y ahora ella, como una idiota, estaba en el aparcamiento de un hotel en mitad de una isla —de otra isla que ella no había elegido— porque la voz de su amo se había dignado llamarla y pronunciar el conjuro: «Te necesito, Hauteclair».

Recogió el bolso del asiento de al lado, salió del coche y miró hacia arriba, hacia las ventanas abiertas del hotel. Tenía la piel cubierta de sudor y la carne de gallina. Nadie. Todo el mundo estaría durmiendo la siesta. Sin esforzarse, podía ver a Amanda desnuda en la cama, como ella había estado el día anterior en Ischia, con los ojos cerrados y un ventilador girando perezosamente encima de su cuerpo moreno y endurecido por las cremas, la gimnasia y los masajes. Amanda, extendiendo el brazo flaco y nervudo hacia Raúl: «¿Me traes un vaso de agua con hielo, *chéri*?». Siempre lo llamaba *chéri*, al menos en público. Imaginaba el teléfono sonando sobre la mesilla, la voz del recepcionista diciendo que una señora deseaba verlos, sí, inmediatamente, estaba esperando en el *hall*; Amanda frunciendo el entrecejo, dirigiendo a Raúl la mirada más negra y ominosa: «¿Una señora?, ¿ahora?, ¿tú sabes de qué habla este tipo?», y Raúl retirándose al baño, negando con la cabeza, tratando de parecer sorprendido e inocente, tratando de borrarse, de desaparecer, la mejor

defensa es no estar ahí: el lema de Raúl.

Se retiró la melena con las dos manos y uno de sus pendientes de clip cayó al suelo, rodó por el asfalto y se perdió bajo un coche cercano, dos sitios más allá, un descapotable amarillo, rompiendo las imágenes que le nacían detrás de los ojos abiertos. Se agachó y empezó a buscar en la relativa oscuridad hasta que le pareció ver un brillo al otro lado. Dio la vuelta al coche, volvió a agacharse y empezó a tratar de alcanzarlo con la mano tendida sabiendo que no lo conseguiría a menos que usara algo más largo que su propio brazo, de modo que regresó a su coche, abrió el maletero y empezó a buscar algo que pudiera servirle entre las escasas herramientas que llevaba para caso de pinchazo, hasta que se decidió por el gato y una llave inglesa.

Un minuto después tenía el pendiente en la mano, había guardado las herramientas y volvía a la situación de partida: sudada, nerviosa, vacía y con un miedo que se confundía con una sensación de triunfo inminente, de revancha tanto tiempo aplazada. Podía conseguirlo o no, pero le iba a dar a Amanda una sorpresa desagradable.

En ese momento, cuando ya había dado el primer paso hacia la entrada del hotel, la presencia de un hombre junto a las escaleras la detuvo de nuevo. Aunque aún era joven, iba vestido con pantalones negros y una guayabera blanca de esas que ella siempre había asociado a los mañosos latinoamericanos de las películas. Sacó el espejo del bolso, se secó la cara con un pañuelo de papel y se pintó los labios mientras, por encima del borde del espejo, controlaba los movimientos del hombre, que parecía esperar a alguien. Unos segundos después, lo vio hacer un gesto de reconocimiento y dirigirse hacia una mujer alta y delgada, violentamente pelirroja, vestida para jugar al tenis.

La reconoció de inmediato y, por un momento, no supo qué hacer. Cuando se dio cuenta de lo que había decidido, se encontró agachada junto a su coche, como una niña jugando al escondite. Para disimular de alguna manera la absurda situación en que sus reflejos la habían metido, volvió a quitarse el pendiente y lo tiró al suelo para poder fingir que lo estaba buscando.

Las voces se acercaban, pero hablaban en una lengua desconocida para ella, polaco tal vez, o ruso. Amanda subió al descapotable, sin registrar su presencia, y el otro hombre se dirigió a un pequeño Seat azul, aparcado unos metros más allá.

Sin saber qué estaba haciendo, se encontró metida en su coche de alquiler, girando la llave en el contacto en el momento en que el descapotable enfilaba el camino de salida siguiendo al Seat. Pensó fugazmente que quizá sólo trataba de asegurarse de que Amanda fuera realmente a jugar al tenis, lo que le daría un mínimo de una hora para hablar con Raúl sin miedo a intromisiones intempestivas; pero ese pensamiento se enredaba obsesivamente con una sensación de inminencia, como si estuviera a punto de ver algo que le daría palanca para librarlo de ella. Si la sorprendía con un amante..., quizá... Pero Raúl no era celoso, no lo había sido

nunca, ni siquiera teniendo motivos. Los seres como Raúl no pueden ser celosos porque eso implicaría reconocer que existe en el mundo alguien mejor que ellos mismos.

Al principio los dejó alejarse unos cientos de metros para que su persecución no resultara tan obvia, y poco después su coche ya no era capaz de acortar la distancia. El Seat debía de estar trucado para alcanzar aquella velocidad que al descapotable de Amanda no le costaba ningún trabajo igualar.

La carretera trepaba por un acantilado deshaciéndose en curvas y revueltas que la forzaban a reducir la marcha mientras los otros dos coches se perdían delante de ella, apareciendo ocasionalmente en las curvas de más arriba. No daba la impresión de que se dirigieran a ninguna pista de tenis, al menos a ninguna pública. La única posibilidad era que pensaran jugar una partida en alguno de los pocos chalés construidos sobre el acantilado, pero la velocidad que llevaban no parecía indicar que fueran a llegar pronto.

Trataba de relajarse en los pocos tramos rectos de la carretera y desengañar las manos del volante, sin perder de vista a sus perseguidos; luego, cuando volvían las curvas, lo olvidaba todo para conducir con cuidado y no salirse de su carril. Habría dado cualquier cosa por un cigarrillo, pero no se sentía capaz de distraerse los pocos segundos que necesitaría para encenderlo. Ya tendría tiempo después, cuando pararan en algún lado y ella pudiera descansar y emprender el regreso.

Oyó el ruido antes de que sus ojos registraran nada anormal. Un horrendo chillido de gomas, un tremendo golpe de metal contra metal y una serie de chasquidos extraños en el aire caliente punteado de cigarras, hasta que, a su derecha, vio pasar como una alucinación el descapotable amarillo en su caída hacia el mar que centelleaba abajo, muy abajo. Luego un ruido de agua y roca, como una ola gigante que rompiera contra los escollos. Y de nuevo el silencio.

Siguió conduciendo como electrizada para llegar al punto donde el coche de Amanda había comenzado su carrera final, pero cuando llegó y vio las marcas de los neumáticos y el quitamiedos roto, siguió conduciendo hasta que la carretera rebasó el punto de altura máxima y empezó a bajar hacia el otro lado. Entonces vio al Seat azul dando la vuelta en un corto tramo recto, se cruzó con él y siguió adelante, hasta alcanzar de nuevo el nivel del mar y la entrada de un chalé que le permitía hacer maniobras y regresar por donde había venido.

Cuando llegó de nuevo al lugar del accidente, el Seat azul estaba parado y el hombre de la guayabera empezaba a bajar por las rocas en un intento, supuso, de prestar ayuda a Amanda. Por un momento pensó en parar también y tratar de hacer algo, pero el miedo pudo más. ¿Qué iba a hacer ella allí, cuando nadie sabía que estaba en Mallorca? ¿Qué ayuda podía prestar a alguien que se había despeñado por cincuenta metros de roca para caer sobre los escollos? Ya estaba el hombre con el que iba a jugar al tenis. Ella sólo podía buscar una cabina de teléfonos e informar a la policía de tráfico. Más no podía hacer, era lo único sensato. Y después tendría que

volver al hotel, buscar a Raúl y decirle que su mujer acababa de matarse en un accidente, que sus problemas se habían acabado.

Poco antes de llegar al hotel, se desvió hacia una estación de servicio y llamó a la policía desde una cabina, sin dar su nombre, diciendo que un coche se había despeñado en la carretera de Sa Calobra y que ya había allí alguien que estaba tratando de ayudar al conductor del descapotable, que se dieran prisa en acudir por si aún estaban a tiempo de salvarlo.

Cuando colgó, se quedó dentro de la cabina, con la frente apoyada en el cristal y la mano temblándole como electrizada, sintiendo las gotas de sudor resbalarle por los flancos, por el pecho, desde la frente hacia los ojos, dándose cuenta de que ella seguía viva mientras que Amanda...

Sacó un papelito del bolso y marcó el número del hotel con dedos torpes. Se equivocó dos veces y tuvo que volver a empezar. Cuando por fin consiguió comunicar y le contestaron, no reconoció su propia voz al preguntar por Raúl de la Torre. Le dijeron que esperara. Un minuto, dos. El timbre sonando en el cuarto vacío, llegando al baño, llenando las paredes de la habitación, extendiéndose por la terraza.

«No lo cogen, lo siento. Me parece que la señora ha salido a jugar al tenis y el señor debe de haber bajado a la playa. ¿Quiere dejar un mensaje?». Una voz masculina, amable, impersonal. Una voz que no sabía que Amanda estaba muerta dentro de su descapotable amarillo y Raúl detestaba la playa.

«Gracias. Llamaré más tarde».

Se pasó el brazo húmedo por la frente mojada y se chupó los labios, que se le habían quedado secos, como de cartón. Podría ir al hotel y buscarlo ella misma. O seguir conduciendo hasta Palma y llamar más tarde, para saber si Raúl ya se había enterado de lo sucedido y si quería tenerla a su lado. O marcharse sigilosamente, como había venido, y hacer la llamada mucho más tarde, por la noche o al día siguiente, inventando alguna excusa para su retraso, dejando que fuera Raúl quien la informara de lo que había pasado. O volver a Ischia directamente, sin llamadas, sin explicaciones.

Desde la cabina, a las afueras de un pueblerino, veía un letrero: «Pensión Sol y Mar». Una casa de dos plantas con persianas azules, echadas contra el calor. Dentro habría una cama estrecha y fresca, con cabezal de hierro, un lavabo o una palangana con su jarro blanco, un remanso de paz en medio del calor, de la locura.

Pero tendría que dar su nombre, su pasaporte, dejar constancia de su presencia en un lugar donde no debía estar. Aunque ya lo había hecho al comprar los billetes de avión y al alquilar el coche. ¡Qué más daba! Podría descansar. Podría esperar y hacer la llamada más tarde.

Detrás de los cristales de la cabina vio pasar a una pareja de la guardia civil de carretera, en sus motos relucientes, a toda velocidad. Pronto se oiría también la sirena de la ambulancia y toda la zona se llenaría de comentarios, de gente hablando de la mujer extranjera muerta en el descapotable.

Ya no quería quedarse allí. Volvió al coche y enfiló la carretera de Palma. Quizá más adelante podría parar en algún pueblo y sentarse en la plaza a tomar una horchata, a esperar el momento de hablar con Raúl.

## CAPÍTULO 3

Después de dos días de trabajo intenso con las agendas de Armand, Ari había llegado a un par de conclusiones que no le llevaban demasiado lejos: el nombre de Raúl no aparecía en ninguna de las listas telefónicas, aunque en la primavera del 75 había encontrado una anotación que decía: «Mauriee me ha presentado a Raúl de la Torre»; el nombre de Aimée no aparecía en absoluto, ni en los números de teléfono ni en las citas de Armand; Aline, Amélie, Mandy y Maurice pasaban de una agenda a otra, siempre sin apellido, desde los primeros años de la década de los setenta; Aline y Maurice seguían vigentes a mediados de los ochenta, mientras que Amélie y Mandy se perdían. La primera desaparecía en la agenda correspondiente a 1976 y el segundo en la de 1979.

De todo ello, y hasta la fecha, Ari había sacado en conclusión que Raúl nunca debió de mantener una relación estrecha con Armand, ya que su nombre no volvía a aparecer en ninguna de las agendas, y que éste debía de saber que era una persona importante si se había molestado en anotar la fecha exacta en la que se lo presentaron. Decidió intentar ponerse en contacto con Aline y con Mauriee en los números de teléfono más recientes, con la esperanza de que siguieran viviendo en la misma casa y estuvieran de acuerdo en concederle una entrevista en la que él les pediría información que pudiera llevarle a averiguar algo sobre la misteriosa Aimée. Más que eso, que no era casi nada, no había. Solange no lo había llamado, Amelia tampoco, y la única llamada que había recibido era de André, citándolo para esa misma noche en un restaurante —que casualmente se encontraba también en Saint-Sulpice— llamado L'Abbaye; así que, con bastante alivio por haber terminado una parte de su trabajo, a pesar de que no había dado el fruto apetecido, se cambió de ropa, se metió el cuaderno de notas en un bolsillo por si había ocasión de consultarlo con André, y salió a la calle, a un frío atardecer que ya se había convertido en noche sin que él, desde su cuarto, se hubiese dado cuenta. El invierno se acercaba a toda velocidad; el aire ya viciado de la ciudad estaba empezando a llenarse con el olor del humo de las calefacciones y la mayor parte de la gente con la que se cruzaba había abandonado las chaquetas de cuero de otoño por los largos abrigos de colores oscuros, apenas aligerados por bufandas y gorros más alegres. Maldijo su costumbre de ponerse la

gabardina y decidió sustituirla por el abrigo la próxima vez que saliera a la calle.

El metro estaba a rebosar de gente agotada que volvía a casa después de la jornada laboral, mezclada con otros más animosos que, vestidos con más elegancia, se dirigían a cenas o a funciones de teatro. Consiguió un resquicio junto a la puerta y se dejó aplastar por todas partes, con la esperanza, que se reveló ilusoria, de que el vagón se fuera vaciando antes de llegar a su destino. Desde la boca del metro, por fortuna, eran sólo un par de manzanas hasta el restaurante, oscuro y bohemio, que lo recibió con una vaharada de calor y olor a carne asada. Yves y André ocupaban ya una mesa, no muy lejos de la puerta, y lo esperaban con una jarra de vino tinto.

Le decepcionó darse cuenta de que Amelia no estaba, ya que, sin saber por qué, había asumido que siempre se la iba a encontrar en las cenas organizadas por André, pero antes de que tuviera tiempo de preguntar por ella, se le adelantó el editor:

—Amelia no tenía ganas de salir a la calle con este frío, pero me ha dicho que si no se nos hace muy tarde, nos invita después a un coñac en su casa. ¿Te apetece?

—¡No me va a apetecer! Estoy deseando ver su casa por dentro, a pesar de que, según ella, no hay nada interesante porque Raúl nunca vivió allí.

—¿Eso te ha dicho?

—¿No es verdad?

—En parte, sí. Raúl sólo pasó allí sus últimos dos o tres meses, antes de...

—¿Su suicidio? —terminó Ari.

André asintió con la cabeza y bebió un sorbo de su copa de vidrio verde.

—Fue allí, en casa de Amelia, donde se pegó el tiro que lo mató. Lo encontró ella.

—¡Joder! —murmuró Ari—. Menuda faena.

—Muy propia de Raúl, en mi opinión —intervino Yves—. No se iba a arriesgar a suicidarse en su propio piso y a que sólo lo encontrara la asistenta una semana después. O, mucho peor, a que nadie notara su falta durante un mes y tuvieran que echar la puerta abajo cuando los vecinos dieran parte del olor que salía del piso.

—Yves, por Dios —cortó André con un gesto de la mano y una mueca de asco—. Ya sé que para ti eso de los cadáveres podridos es el pan de cada día, pero estamos a punto de cenar.

—Vale, me callo.

Se giró hacia el camarero jovencito de ojos sombreados de kohl que acababa de aparecer a su lado y pidió para los tres, sin consultar con nadie.

—*Tout de suite, mon chou* —contestó el muchacho con un mohín más propio de una damisela del siglo XIX que de un camarero del XXI.

—Oye —preguntó Ari lanzando la vista alrededor—, ¿no me habréis traído a un sitio de esos...?

Los dos soltaron la carcajada:

—Aquí todo el personal, el dueño y la mayor parte de la clientela está compuesta por perversos homosexuales del tipo, digamos, más exhibicionista. Súfrelo con



paciencia. Sirven las mejores chuletas de cordero de todo París —explicó André—. A ver, cuéntanos, ¿qué tal va el trabajo?

Ari, olvidando el ambiente que los rodeaba, se lanzó a contarles la aventura del hallazgo de la primera edición de la novela, su conversación con Solange y los escasos resultados del estudio de las agendas de Armand.

—¿Conocías tú al tal Armand? —preguntó Yves a André.

—No me suena de nada.

—En la agenda dice que se lo presentó Maurice, que debía de ser uno de sus mejores amigos porque sale constantemente en su lista de teléfonos, siempre sin apellido —contribuyó Ari.

—Podría ser Maurice Laqueur. Un tipo que fue amigo nuestro hace como treinta años, muy aficionado al *jazz* y al que le perdí la pista hace siglos —dijo André.

—Espera —Ari sacó el cuaderno donde anotaba todos los datos de importancia —, a lo mejor te suena el número de teléfono.

Yves se echó a reír:

—André se sabe el de mi despacho y el de Amelia. Yo creo que ni siquiera sería capaz de darte su propio número de móvil.

—Muy gracioso, querido. Y por desgracia, muy cierto. Pero lo puedo mirar mañana en agendas antiguas. La única que de verdad tiene memoria para los números es Amelia; puedes preguntárselo después. A lo mejor aún recuerda algo de Maurice; Raúl y ella fueron mucho a-conciertos de *jazz* en una época. Es posible que conocieran a Armand de cuando tocaba en algún conjunto.

—Pero Aimée seguro que no te suena.

—Seguro. Y si realmente fue importante para Raúl, me sonaría. Era incapaz de callarse nada. Era como un niño: los secretos le venían grandes y se le salían por la boca en cuanto la abría.

—Entonces, ¿cómo te explicas tú esta dedicatoria? —Ari le tendió el cuaderno abierto por una hoja donde había fotocopiado y pegado las líneas de Raúl a Aimée.

André fijó la vista en el cuaderno y no dijo palabra en varios minutos, mientras Yves y Ari lo miraban expectantes.

—No puede ser —dijo por fin, humedeciéndose los labios, que se le habían quedado secos.

—Pero es su letra, ¿no?

—Es su letra. La he visto cientos, miles de veces. Es su letra, pero no puede ser. Una experiencia de esa intensidad lo habría llevado directamente a mi casa a cualquier hora del día o de la noche. No es posible que le ocurriera algo así y no nos lo contara a mí o a Amelia.

—Hombre, que no se lo contara a Amelia es comprensible —intervino Yves—. Sería tanto como decirle que habían terminado.

—¿Tú crees? —André lo miraba fijamente, como si en lo que acababa de decir hubiera algo que les afectara a ambos.

Yves debió de sentir lo mismo que Ari porque sonrió, como quitándole importancia al asunto en un intento claro de tranquilizar a André.

—No sé, chico, pero si un día vienes y me dices que acabas de sentir con alguien que no soy yo algo como lo que se desprende de esa dedicatoria, yo creo que me marcharía sin más, que lo entendería como un final. Mientras que si no sé nada...

—Lo notarías —atajó André, con total convicción—. No es posible tener una experiencia así, fíjate que Raúl la califica de «sagrada» y él era ateo, y que no te lo note la persona que comparte tu vida.

—A lo mejor ella lo notó y eso los llevó a distanciarse. Si no me equivoco, eso fue poco antes de su divorcio, ¿no, Ari? —preguntó Yves.

Ari se encogió de hombros:

—La dedicatoria no lleva fecha. Pudo regalarle el libro nada más aparecer en librerías o bien uno o dos años después.

—Entonces le habría regalado la tercera o cuarta edición —dijo Yves.

André negó con la cabeza:

—Si esa mujer era tan importante para él, le regalaría una primera edición de los ejemplares que tenía guardados, así que la fecha de publicación de la novela no nos aporta datos.

Los interrumpió la llegada del camarero maquillado que, bajo la mirada burlona de sus amigos, se dedicó a coquetear descaradamente con Ari mientras les servía los dos a moelle que había pedido Yves.

—¿Qué rayos es esto? —preguntó Ari mirando suspicazmente lo que tenía en el plato.

—Huesos de pierna de ternera con tuétano, cocidos al horno, con un toque de mantequilla con ajo. Una auténtica tentación que sólo se puede uno permitir de cuando en cuando. Por lo de la grasa —explicó Yves—. Deliciosos.

—¿No tenéis miedo de las vacas locas?

—Locos ya estamos nosotros. Anda, cómetelo. Prueba al menos.

Mientras ellos hablaban de comida, André seguía mirando un punto distante, como alelado, ajeno a lo que había en su plato y a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

—Estaba pensando —dijo por fin, como si respondiera a una pregunta que nadie había formulado— si cabría dentro de lo posible que Aimée fuera Amanda.

Los dos se quedaron mirándolo sin expresión.

—Es probable que no, por supuesto —continuó André—, pero si a Amelia se pasó años llamándola Hauteclaire y luego se lo cambió a Stassin, ¿no sería posible que a Amanda, al principio de su relación, cuando aún era ilícita, la llamara Aimée? Un nombre secreto entre enamorados y una manera de que nadie se enterara de su relación por el momento. ¿No os parece posible?

Ari se pellizcó el labio inferior, como siempre que tenía que reflexionar, mientras paseaba por la boca la cucharada de tuétano que se había decidido a probar.

—Podría ser —dijo por fin—. Si no me equivoco, todo el mundo se llevó una gran sorpresa cuando Raúl se divorció de Amelia. O sea, que casi nadie sabía de su relación con Amanda, ¿me equivoco?

—Yo me quedé de pasta cuando vino Amelia a mi casa a decírmelo. Bueno, más bien a insultarme por no haberla preparado para lo que Raúl acababa de decirle. Pero es que yo no lo sabía. Es decir, sí los había visto muy juntos, cuchicheándose al oído, en cócteles y presentaciones de libros, pero siempre había supuesto que Amanda quería que Raúl se fuera a su editorial. Nunca pensé que era algo privado, amoroso. A Raúl se le notaba, por debajo de la cortesía, una especie de miedo o de repugnancia hacia Amanda, por eso jamás se me pasó por la cabeza que pudieran estar liados.

—Entonces —preguntó Ari, a sabiendas de que nadie podía proporcionarle una respuesta—, ¿qué narices le dio Amanda para hacerle escribir esa dedicatoria, separarse de Amelia y casarse con ella?

Hubo un silencio de varios minutos que les sirvió para terminar el plato y pensar en diferentes posibilidades.

—¿Sadomaso? —propuso Yves, con una media sonrisa perversa.

—¡Hala, animal! —Ari se echó a reír. André siguió serio, dándole empujoncitos al hueso de su plato con el tenedor, hasta que alzó los ojos para mirar a sus amigos.

—Es una idea —dijo por fin, lentamente.

—¿Tú crees? —preguntó Ari—. ¿En serio?

André levantó las manos como para rendirse:

—¡Y yo qué sé, muchacho! Hay cosas, incluso de los mejores amigos, de las que uno nunca sabe nada. Y si vamos a eso, Amanda tenía una pinta de domina que no se le acababa. De hecho debía de estar impactante con un bikini de cuero y botas de tacón alto hasta medio muslo. ¿Nunca has visto una foto suya?

Ari negó sin hablar.

—Buscaré por mi leonera. A lo mejor sale alguna de cuando no teníamos más remedio que relacionarnos. Ya te diré si la encuentro.

Llegaron las chuletas de cordero, pero Ari, al ver acercarse al muchachito, se levantó con toda rapidez y se fue al lavabo. Al volver, ya estaban solos de nuevo y se sentó, aliviado de no haber tenido que sufrir las atenciones que, en unos segundos, le habían hecho comprender a las mujeres que se quejaban de acoso sexual.

—He estado pensando —comenzó de nuevo André— que hay algo que habla en contra de que Aimée fuera Amanda.

—¿Qué? —preguntaron los dos a la vez.

—Que Amanda jamás se habría dejado una primera edición dedicada en casa de nadie. La habría guardado en la caja fuerte para poder venderla en su vejez.

Esta vez no hubo risas porque ambos se dieron cuenta de que André hablaba perfectamente en serio.

Amelia los oyó llegar mucho antes de que tocaran el timbre porque había estado esperándolos en silencio, tumbada en el sofá frente al fuego de la chimenea, preguntándose sí había hecho bien en invitarlos a su casa. Una parte de ella deseaba llegar a establecer una relación amistosa con Lenormand, guiarlo en su investigación, enseñarle las cosas que aún guardaba y ver brillar sus ojos. Otra parte la avisaba del peligro y la llevaba a alejarse de él, a no llamarlo durante días, a contestar a sus preguntas con evasivas y medias verdades, tratando de crear una figura creíble, que casara con el resto de la información que estaba recopilando y ocultara los aspectos menos agradables.

Había veces en que tenía miedo de hablar demasiado, pero en otras ocasiones era casi una terapia tener de nuevo la ocasión de narrar a Raúl, presentarlo a unos ojos que no lo habían conocido, pintarlo con amor y detalle para que su figura se desplegara, viva y fresca, frente a los futuros lectores de la biografía de Ariel Lenormand.

Abrió la puerta en el mismo momento en que los tres hombres alcanzaban el descansillo y les ofreció las mejillas para los tres besos de rigor.

—Parece que venís helados —comentó, mientras les tendía las perchas para que colgaran los abrigos.

—Has hecho muy bien en no salir. Espero que tengas fuego y coñac —dijo André precediéndolos por el pasillo hacia el salón.

—Como siempre, querido. Amelia tiene de todo —contestó ella, casi coqueta.

Ari se quedó parado en la puerta mirando extasiado el enorme espacio donde destacaba la chimenea con el fuego encendido, el trío de sofás frente a él y, a la derecha, un precioso mirador redondo con vidrieras de colores de dibujo floral. En unos segundos se había fijado también en las hermosas alfombras, las altas estanterías llenas de libros y los cuadros que cubrían las paredes libres.

—¡Qué maravilla! —se le escapó.

—De día, desde el mirador, se ve el Sena, casi como si uno estuviera en la popa de un barco —dijo Amelia, haciéndole gestos para que se acercara a mirar por los cristales, a pesar de la oscuridad.

—Esta habitación es increíble. No me extraña que haya preferido quedarse en casa.

—Sí, toda la casa es muy bonita. John no sólo tenía mucho dinero, sino también buen gusto. Aunque hay que decir que este piso lo elegí yo. Él hubiera preferido una villa en las afueras, con jardín, invernadero y esos símbolos de estatus, pero yo siempre he sido una mujer urbana y, aunque me habría apetecido tener un sitio propio para mi caballo y salir a cabalgar todos los días, no me gustaba la idea de tener que conducir cada vez que quisiera venir al centro.

—¿Tiene usted un caballo?

—No. Ya no. Pero lo tuve durante muchos años. De hecho tuve tres, uno después de otro: Carnavalito, Bucentauro y Belerofonte.

Ellos hablaban junto a la mesa redonda del mirador mientras Yves y André se habían instalado en un sofá y estaban sirviendo las bebidas.

—¿Cabalgaban juntos, usted y Raúl?

—No, por Dios. Raúl era un negado total. No le iban ni los caballos ni los coches. Ni siquiera tenía carné de conducir. Lo único que tuvo en la vida fue una Vespa. En Roma nos compramos un Quinientos, una *Cinquecento*, pero lo llevaba yo.

—Amelia —preguntó André desde el sofá—, ¿te acuerdas de un tipo de hace una pila de años que se llamaba Maurice Laqueur?

Ella dio unos pasos en dirección a la chimenea:

—¿Un tipo que daba fiestas para músicos y que conocía todo el ambiente de *jazz*?

—Ése.

—Hace siglos que no sé nada de él.

—¿Conociste a un amigo suyo llamado Armand, que era saxofonista sin grupo fijo?

—Supongo que sí. ¡He conocido a tanta gente en la vida! ¿Qué pasa? ¿Se ha muerto?

—¡Cómo eres, mujer! —dijo André, a la vez que Ari contestaba:

—Pues sí. Armand, digo. Hace un par de semanas.

—Descanse en paz. Es un alivio que no me acuerde de él. ¿Me pones un *gin- tonic*, Yves?

André, a espaldas de Amelia, hizo una mueca de exasperación dirigida a Ari, antes de insistir:

—Es que Ari ha encontrado, por pura casualidad, entre las cosas de su herencia, un libro de Raúl dedicado a una tal Aimée, y está tratando de saber si Armand y Aimée eran amigos suyos.

—Ni idea —dijo displicentemente, dejándose caer en un sofá frente a ellos—. ¿De qué época hablamos?

—Sobre el setenta y pico.

—Si el pico es grande, yo ya no soy la fuente correcta. Habría que preguntarle a la dulce Amanda, que Dios tenga donde se merece.

Ari se acercó al sofá donde estaba reclinada Amelia y le mostró unos números de teléfono sin nombres.

—¿Reconoce alguno de estos números?

Amelia dio un bufido, se sentó, dejó el *gin- tonic*, buscó las gafas de lectura por la mesa, se las puso y le quitó el cuaderno de las manos:

—Es usted incansable. Ni a estas horas de la noche consigue relajarse y mantener una conversación intrascendente. A ver. Este de aquí podría ser el del tal Mauricio del que hablábamos antes, al menos sé que era un número que marcábamos con frecuencia para conciertos y cosas así, pero podría ser de cualquier otro amigo de la

época. Estos dos no me suenan de nada. Y este último es el nuestro.

—¿Cómo? —preguntó Ari con la garganta contraída.

—El nuestro. El mío y de Raúl de la Rué de Belleville. ¿De dónde lo ha sacado?

—De la agenda de Armand.

—El muerto desconocido.

Ari asintió con la cabeza.

—Sería un amigo de Raúl. A mí no me suena nada. ¿Alguien quiere unas galletitas saladas o un pedazo de pastel de queso?

Yves y André aceptaron con alegría casi infantil y Amelia desapareció en la cocina.

—Te has quedado como lelo, muchacho —comentó Yves.

—Es que ese número estaba en la agenda de Armand bajo el nombre de Amélie. Sin apellidos.

«¿Sabes que ahora le ha dado por patearse el barrio de Saint-Sulpice por las mañanas?», había preguntado André, como al desgaire, mirándola de reojo para apreciar su reacción. «Algo tiene que hacer el pobre por las mañanas —había contestado ella—. Como por las tardes tiene clase y ahora sólo escribe después de ponerse el sol, los paseos matutinos lo mantienen en forma y le dan ideas. ¿O estás tratando de decirme algo?». «No, mujer, ¡eres de un suspicaz!».

Y no era cierto. Ella nunca había sido suspicaz; seguramente porque nunca le había hecho falta, ya que Raúl le contaba todo lo que hacía, lo que pensaba, las conversaciones que había mantenido con colegas y conocidos, tanto y con tanto detalle que a veces resultaba agobiante y, cuando se daba cuenta, Raúl llevaba hablando diez minutos sin que ella pudiera recordar más que alguna palabra suelta de lo que le había contado.

Sin embargo, lo de Saint-Sulpice le sonaba. En algún desayuno de la semana anterior le había comentado que se encontraba a gusto paseando por el barrio, que un día la llevaría a ver todo lo que había descubierto en sus vagabundeos; pero la pregunta de André se le clavaba entre los ojos surgiendo a través de otros pensamientos mientras trabajaba. ¿Qué había querido insinuar? ¿Que Raúl se estaba obsesionando con algo? ¿Que tenía citas clandestinas? ¿Que había algo, fuera lo que fuera, que ella debería saber y, sin embargo, ignoraba?

Le había preguntado a Raúl un par de días después, y Raúl, entusiasmado y obediente, le había hablado de un barrio que era como un pueblecillo anclado en el corazón de París. «Igual que el nuestro, entonces», había dicho ella. «Es posible —había sido su respuesta—, pero tiene algo especial que no sé definir». «Pues piénsalo, porque, siendo escritor, indescriptible no debería estar en tu vocabulario». Él se había reído y se había retirado al estudio, a enfrentarse con la máquina, con una mirada satisfecha y secreta.

Luego habían ido pasando los días, suaves, hermosos como siempre, aunque la idea de averiguar por sí misma qué había en ese barrio para Raúl había empegado a perseguirla, hasta que más de una semana después el azar le había proporcionado una ocasión perfecta. Había tenido que ir a entrevistarse con un anticuario que acababa de conseguir un cuadro que podía proceder del robo de un pequeño museo de provincias, y su jefe la había mandado a verlo con sus propios ojos y, caso de ser necesario, arreglar el traslado del cuadro para que pudiera ser examinado por los especialistas del Ministerio.

A las diez de la mañana estaba libre del encargo, y había decidido regalarse una hora de asueto en un café antes de volver a su despacho, cuando vio pasar a Raúl por la acera de enfrente. Pensó primero en salir a la calle, darle la sorpresa y compartir con él el café y el rato libre, pero algo en la expresión de su cara, en la rapidez con que caminaba, tan distinta de la marcha de paseo que ella le conocía de Roma, le hizo desistir.

Ver a su marido sin que él supiera que lo estaba mirando era un raro placer; hacía años que no había tenido ocasión de verlo así, de lejos, como si no lo conociera y Raúl fuera simplemente un hombre atractivo que lleva una vida que nos es extraña y sobre la que podemos especular. Aún tenía el pelo húmedo de la ducha y ya iba vestido de primavera, con vaqueros beis y la cazadora de ante claro abierta sobre una camisa rosada que le había regalado ella. Un hombre guapo que parecía mucho más joven de lo que era. Un desconocido para las mujeres que le sonreían al pasar, pero que ella conocía centímetro a centímetro: su cuerpo, su piel, su olor, su ropa interior, sus lunares, sus manías, sus palabras.

Pasó sin detenerse frente al café desde donde ella lo miraba, sin que nada le avisara de que estaba siendo observado, contemplado, admirado por su propia esposa. Pasó bajo sus ojos y, casi fuera ya del punto último donde aún podía verlo, se detuvo en un puesto de flores, compró un ramo de narcisos y siguió caminando a buen paso.

Eso la decidió. Dejó un billete sobre la mesa y salió a la calle cuidando de no acercarse demasiado para que no la detectara. Se sentía estúpida y despreciable a partes iguales, pero la curiosidad era un acicate invencible. Lo más probable era que la cosa no tuviera ninguna importancia, pero tenía que saber adónde se dirigía, qué pensaba hacer con las flores que acababa de comprar. Podía ir a visitar a algún conocido al hospital; podía incluso ir al cementerio, aunque Raúl odiaba todo lo que tuviera que ver con la muerte; podía haberlas comprado para ella, para entregárselas a mediodía, cuando volviera a casa para una comida rápida. Pero el porqué era lo de menos: lo importante era saber adónde iba con aquel paso casi apresurado que no le permitía detenerse a mirar un escaparate o a contemplar las fachadas más artísticas de los edificios.

Lo siguió hasta el número 17 de la Rué Bonaparte, y allí, para su consternación, lo vio detenerse, sujetar el ramo bajo el brazo para alisarse el pelo con las dos manos, hacer una inspiración profunda y perderse en la oscuridad del portal.

Se quedó clavada en la acera opuesta, esperando sin saber qué, mirando hacia arriba, hacia la larga fila de ventanas y balcones que le devolvían la mirada, impasibles, sin un visillo que se agitara, una hoja que se abriera, una mano apartando una cortina. El portal se había tragado a Raúl y era un portal desconocido para ella.

Cruzó la calle, entró en el vestíbulo y empezó a leer los nombres de los inquilinos en los buzones del correo esperando reconocer alguno, pero todos eran apellidos vulgares sin ningún significado para ella. Cinco pisos, tres apartamentos en cada uno, quince nombres.

—¿Buscaba a alguien? —preguntó una portera con cara de pocos amigos, aunque el evidente respeto que sentía por una señora tan bien vestida como ella evitaba la grosería.

—Tengo que entrevistarme con el doctor Mazevet —improvisó—, pero no estoy segura de tener bien el número de la calle.

—Aquí no vive ningún doctor. A lo mejor es el número trece; ahí hay una consulta, pero no sé bien de qué.

—Gracias. Miraré a ver.

Salió de nuevo a la calle, cruzó la acera y miró otra vez hacia arriba. Nada había cambiado. ¿Qué esperaba? ¿Que toda la fachada del edificio cambiara de pronto porque Raúl acababa de entrar allí? Se giró hacia el escaparate de una librería de segunda mano para decidir qué hacer a continuación cuando, reflejada en los cristales de la tienda, vio por un segundo a una mujer alta y pelirroja que entraba en el portal del que ella acababa de salir. Cuando se volvió, la mujer ya había desaparecido en el vestíbulo de la casa, pero le había parecido reconocerla. Podía tratarse de la directora literaria de *Éditions de l'Hiver*, la polaca agresiva que estaba empeñada en que Raúl abandonara a André para pasarse con ellos. Incluso unas semanas atrás, en un cóctel, había intentado convencerla de que hablara con Raúl y le explicara qué era lo que realmente le convenía. Le había caído mal nada más verla, pero a Raúl le había pasado igual y no había el menor peligro.

Sin embargo, si realmente era ella, ¿qué hacía a media mañana precisamente en esa casa donde acababa de entrar Raúl con un ramo de flores?

Volvió al portal y se detuvo apenas entrar, porque la portera había empezado a fregar el vestíbulo. Olía fuerte a humedad y a lejía.

—Perdone otra vez. Me ha parecido ver entrar en la casa a una conocida mía. Una mujer alta, pelirroja, de nombre extranjero.

—Yo no la he visto —dijo la mujer—, estaba llenando el cubo en el patio, pero puede ser la amiga del señor Armand, el músico.

Viene bastante. Bueno, ella y otros cien más. El piso siempre está hecho una feria y el ruido que arman con sus fiestas..., ¿para qué voy a contarle?, pero como tiene el piso en propiedad, no hay nada que hacer. Si fuera inquilino, ya lo habrían echado. ¿Va a subir?

—¿Quién? ¿Yo?



—Lo digo para que pase ahora, antes de que friegue ese trozo.

—No, no, muchas gracias, tengo que hacer.

No volvió a casa hasta tarde: Raúl, con sus limitados conocimientos culinarios, acababa de preparar la cena. Hablaron, como siempre, de cómo les había ido el día.

—¿Qué has hecho tú? —preguntó Amelia, después de haber resumido su entrevista con el anticuario y los pocos detalles dignos de mención del resto de la jornada.

—Poca cosa. Una clase por la tarde, un rato en el Luxemburgo, un café con un par de estudiantes que se interesan por la literatura argentina y de vuelta a casa, a hacerle algo de comer a mi mujer, como buen calzonazos que soy.

Ella apretó los labios, dispuesta a no permitir que saliera la pregunta que estaba deseando hacer.

—¡Ah! —añadió él—, y esta mañana fui a visitar a un pibe que está enfermo de gripe. Casi se echa a llorar al ver las flores, pobre tipo.

El alivio de Amelia fue tan grande que, por un instante, estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Lo conozco? —preguntó.

—Quizá te hayas fijado en él. Un tal Armand. Estaba de saxofonista con el David Hope Quartet, pero ha pillado una gripe tan mala que han tenido que seguir la *tournee* sin él. Por eso fui a verlo, porque me comentó Maurice que estaba medio deprimido. ¿Y a qué no sabes quién había ido también a visitarlo?

Ella se encogió de hombros sintiendo un alivio que la llenaba como un fluido caliente.

—La furia pelirroja de la editorial que me quiere comprar. Parece que son amigos.

—Y te ha vuelto a insistir.

—Elemental, mi querido Watson.

—¿Y tú le has dicho...?

—Que ese tipo de decisiones transcendentales las toma mi mujer.

Ésa fue la última vez que Amelia oyó hablar de Armand. De Amanda todavía tendría mucho que oír en el futuro próximo.

Ari había pasado la mañana en el centro informático de la Universidad contestando el correo electrónico, y su humor había ido ensombreciéndose como el tiempo. Un colega de Marburgo le recordaba que le quedaban dos semanas para entregar el artículo que había prometido para el libro conmemorativo del profesor Wallinger, cosa que había olvidado por completo. Por no acordarse, ni siquiera se acordaba claramente del título provisional que había dado y ahora resultaba que o lo entregaba en dos semanas o tenía que escribirle disculpándose y explicándole por qué no podía contar con él. Dos estudiantes querían saber si ya había corregido los trabajos que le habían dado a final de septiembre, antes de que saliera hacia París, y él ni siquiera

sabía dónde había puesto los malditos trabajos. La secretaria de su departamento le pedía los títulos definitivos de las clases que pensaba dar en el semestre de invierno, cuando se reincorporara a su puesto, cosa en la que no había malgastado un solo pensamiento desde que estaba en París. Y lo peor, lo peor de todo, Rebecca le comunicaba en un mensaje de cuatro líneas que se casaba el doce de diciembre y que comprendía que no pudiera desplazarse hasta Munich para asistir a la boda. Su ex mujer se casaba de nuevo y le decía elegantemente que no tenía ningún interés en volver a verlo y que no le hacía ninguna falta su presencia.

No es que esperara una reconciliación, pero no podía creerse que en los meses que llevaban divorciados Rebecca hubiera encontrado a alguien con quien sustituirlo. Incluso se le había ocurrido invitarla a venir por Navidad y tratar de llegar a una relación civilizada y amistosa. Ahora la Navidad se le presentaba ominosamente cercana y vacía y, aunque él nunca había sido especialmente sentimental, de repente tenía la sensación de que pasar precisamente esas fiestas a merced de la gentileza de Yves y André, las únicas dos personas que conocía en la ciudad, era una terrible crueldad que algún dios desconocido le infligía por culpas no especificadas, como si su interés por los muertos lo alejara justicieramente del contacto con los vivos.

Escribió un corto *mail* asegurándole al colega de Marburgo que en el plazo fijado le entregaría el artículo, evitando citar el título; contestó a los estudiantes pidiéndoles un poco de paciencia y comprometiéndose a contestarles en una semana, y por último tecleó un par de líneas a Brigitte, la secretaria, prometiéndole darle los temas antes del viernes. A Rebecca no le contestó porque, obviamente, su participación de boda no esperaba respuesta.

Cuando salió a la calle con la prisa de un convicto en libertad condicional, se dio cuenta de que llovía a mares y él se había dejado el paraguas en casa, así que se subió las solapas del abrigo y se resignó a mojarse hasta el café donde había decidido instalarse a hacer las llamadas que tenía pendientes. Si alguna de ellas se revelaba propicia, dedicaría el resto de la tarde a la entrevista con Aline o con Maurice.

Tomó un café crême y un cruasán, a pesar de que era casi la hora del almuerzo, y se permitió leer el periódico mientras comía, aunque, como le pasaba últimamente, no conseguía concentrarse en lo que estaba leyendo y su cerebro daba vueltas y más vueltas a la posible formulación de sus preguntas iniciales, caso de que uno de los dos contestara al teléfono, de modo que acabó por plegar el diario y marcar sin más dilación el número de Maurice, el mismo que Amelia había reconocido de treinta años atrás. Nada más marcarlo, un aviso musical le dejó bien claro que aquel número ya no existía. Colgó y se quedó un rato mirando caer la lluvia a través de los cristales empañados. De pronto le vino una idea, se levantó, fue a la anticuada cabina de teléfonos que ocupaba la esquina junto a los lavabos y volvió a su mesa con la guía de teléfonos. De Aline no sabía más que el nombre, pero de Maurice tenía la posibilidad de un apellido: Laqueur.

Había cerca de dos docenas de Laqueurs en la guía, pero sólo cuatro con «M»

como inicial del nombre. En los cuatro saltaba inmediatamente un contestador automático. Después de oír el primer mensaje, colgó, escribió en un papel lo que pensaba decir y volvió a marcar:

«Soy el profesor Ariel Lenormand. Estoy buscando a una persona llamada Maurice Laqueur para entrevistarla en relación con una investigación literaria referente a la vida del escritor Raúl de la Torre. Si es usted la persona que busco, le agradecería que se pusiera en contacto conmigo en el siguiente teléfono».

Después de dejar cuatro mensajes iguales, probó el número de Aline que aparecía en la última agenda de Armand y, cuando ya estaba a punto de soltar de nuevo la cantinela de la investigación literaria, una voz de mujer le contestó:

—*Allô!*

Lo cogió tan desprevenido que, por un momento, no se le ocurrió qué decir.

—*Allô!* —repitió la voz femenina—. ¿Eres tú, mamá? No oigo nada.

—Buenos días, señora. ¿Puedo hablar con Aline, por favor?

—¿La madre o la hija?

Buena pregunta. ¿La madre o la hija?

—La madre —se arriesgó. Si era amiga de Armand y aparecía en agendas de los años setenta, no podía ser la hija.

—Pues lo siento, no está.

—Gracias, llamaré más tarde.

—No, no, quiero decir que no está, que se ha ido de vacaciones. No volverá hasta mediados de diciembre. Pero yo soy su hija. Si quiere decirme algo a mí, yo estoy en contacto con ella.

—Es un poco complicado, señora. Verá, estoy haciendo una investigación...

—¿Es usted detective privado?

—No, señora. Soy profesor universitario y estoy escribiendo la biografía de un poeta argentino que vivió aquí, en París. Creo que su madre lo conoció. A él y a otros amigos de su entorno. Por eso llamaba, porque me gustaría entrevistarla, preguntarle lo que recuerde de aquellos tiempos.

—¡Qué lástima! A mí madre le encantaría, pero ya le digo... Si usted aún está en París por Navidad, entonces ella ya habrá vuelto.

—Sí. Voy a quedarme todo el curso. La llamaré más adelante, si me permite. ¿Puede darme su apellido?

—¿De mi madre? Halbout. Aline Halbout. Le diré que ha llamado.

Se despidió dando las gracias y cortó la comunicación. Otro callejón sin salida. Otra vez a esperar que alguien quisiera ponerse en contacto con él. Estaba empezando a estar harto de ocupar siempre el lugar del pedigüeño, de depender de gente a la que la biografía de Raúl no le importaba un pimiento para poder seguir avanzando.

Aunque, bien pensado, con lo que tenía era más que suficiente para ponerse a escribir. Si quería ser sincero consigo mismo, tenía que confesarse que todo el asunto de Armand y Aimée y los otros le interesaba por pura curiosidad personal; quizá

también por rigor académico, por un prurito de no dejar nada sin intentar, pero sobre todo porque él, Ariel Lenormand, quería saber. Igual que los comisarios de policía de las películas americanas, los lobos solitarios que no se dan por satisfechos hasta que han conseguido averiguar cómo fue realmente, aunque no beneficie a nadie, ni siquiera a ellos mismos.

Ya había decidido marcharse a su cuarto y empezar de una vez a esbozar el primer capítulo cuando la musiquilla de su móvil lo hizo volver a sentarse a la mesa.

—Lenormand.

—Soy Solange. ¿Molesto?

—Su llamada es un regalo del cielo. Estaba a punto de encerrarme en mi cuarto a trabajar y así, con un poco de suerte, me libro por hoy.

Ella se rió:

—No puedo prometerle tanto. Es sólo que me he acordado de que la semana pasada metí en los cajones de un mueble unos álbumes de fotos y unos cargadores de diapositivas de viajes y he pensado que quizá le resultaran interesantes.

—Estupendo. ¿Quiere que me pase por su piso?

—Ésa es la cuestión, que ya no están en mi piso. Son unos muebles que recogieron los chicos del GAJ.

—¿Del qué?

—Es una asociación promovida por el Ayuntamiento para ayudar a los jóvenes a salir de la drogodependencia. Cuando ya están curados o van por buen camino, les dan la posibilidad de trabajar ahí. Recogen gratis muebles y trastos viejos, los llevan a un almacén central y luego los venden baratos, pero en la base todo es ganancia.

—¿Y usted cree que las fotos seguirán allí?

—Seguro. Tienen también una sección de fotos viejas, diapositivas, películas caseras, cosas así. Un amigo mío, que es director artístico, encuentra siempre material que le sirve para las películas en las que trabaja.

—¿Podría darme la dirección?

—La dirección no la sé, pero sé ir. Si está libre esta tarde, podría llevarlo. Luego, si no es mucha molestia, usted podría acompañarme a Ikea y ayudarme a llevar hasta casa la cama que me voy a comprar.

—Encantado. ¿Cuándo nos vemos? Yo estoy libre.

—Dígame dónde está y paso a recogerlo.

Le explicó cómo llegar, pidió otro café y hasta que llegó Solange estuvo pensando si el asunto de la cama sería una insinuación o no.

Como cuando lea esto su libro ya habrá sido publicado, yo ya no estaré para contestar sus preguntas y todo habrá dejado de tener importancia para mí, le brindo otra estampa para su colección. No sé si es aún demasiado temprano para ofrecerle esta escena de la vida en común de Amelia y Raúl, de Raúl y Amelia —que tanto montaron— durante más de veinte años, pero si alguna ventaja tiene el vicio de la escritura compulsiva y solitaria es que siempre se puede destruir lo escrito, siempre

es posible entregar al fuego, o al inocente contenedor de papel de la esquina más próxima, los arrebatos pasionales traídos por las soledades nocturnas en esta casa que tanto le ha impresionado y en la que el fantasma de Raúl, a pesar de todo lo que yo le haya dicho, sigue paseando de tanto en tanto.

Pero ahora le invito a visitar otro piso mucho más modesto y sencillo en una ciudad mucho menos pagada de sí misma, pero más bella, más segura de su opulencia y de su encanto, como una cortesana ya madura que confía en su experiencia y en el poder de su sonrisa por encima de minucias como la perfección de su piel o la turgencia de sus curvas.

Estamos en Roma, como puede imaginar, amigo mío, en la Roma burguesa de Via Margutta, escondida como una joya entre la colina del Pincio y la hermosura barroca de la Piazza del Popólo, recatada y recoleta pero vibrante de vida y de sueños por realizar.

Nuestro piso, un palomar apenas, estaba en la última planta, y sus ventanas daban a poniente. Cuando nos sentábamos a escribir, por las tardes, toda la sala se veía envuelta en una luz de oro rojo, como el manto de púrpura de un emperador, como una tostada cubierta de mermelada de frambuesa.

Raúl está sentado, sin camisa, frente a su máquina de escribir, una vieja Remington enorme y negra, con una e defectuosa. Yo estoy al otro lado de la mesa, casi desnuda también, porque el calor es una cosa sólida que apenas se puede respirar, a pesar de las ventanas abiertas por las que penetran los sonidos de los coches y los gritos de las gaviotas que pescan en el Tíber. Yo tengo veinticinco años, Raúl está a punto de cumplir los cuarenta, pero no se le nota, parece apenas un muchacho de mi edad. Entre los dos hay una jarra de cristal llena de hielo y un plato con rodajas de limón que mordisqueamos en las pausas. Es nuestro cuarto mes en Roma y, ahora que nos hemos adaptado a la nueva vida mediterránea, todas las vivencias de los últimos meses han fermentado en nuestro interior y pugnan por encontrar una salida al mundo. Raúl escribe poemas y relatos ininterrumpidamente, casi con furia, como si le brotaran sin saber cómo y tuviera que arrancárselos de dentro a tirones, a golpes rabiosos de máquina de escribir. De vez en cuando levanta la cabeza, me mira y me sonrío. Y sigue escribiendo.

Yo he empezado una novela que fluye como el agua, que no da absolutamente ningún trabajo porque todo está ahí, a mi alrededor, al alcance de mi vista. Si detengo las manos que golpean las teclas, la novela sigue recorriéndome como un río subterráneo, juntando sus ramas muertas, sus hojas arrastradas, sus larvas de libélula, sus peces de colores tropicales, esperando en la oscuridad de mi interior —en ese lado oscuro del corazón, a la izquierda y un poco más abajo— a que vuelva a posarlas sobre un teclado para seguir corriendo irrefrenable, espumoso, seguro.

A veces nuestras pausas coinciden, nos miramos, sonreímos, compartimos en silencio una rodaja de limón, un sorbo de agua helada, y volvemos al trabajo que no es trabajo, que es el placer ilimitado de sentirse instrumento de otra voluntad

desconocida que te dicta las palabras exactas, las palabras precisas que el lector completará con las tuyas cuando el libro esté acabado.

Si tuviera que elegir, entre todos los momentos hermosos de mi vida, uno solo que llevarme a lo desconocido, al mundo de después, elegiría ese atardecer de verano en que el milagro de estar vivo y ser capaz de crear era patente.

El calor nos envuelve en una burbuja traslúcida y, cuando mucho después, la luz se va volviendo azul y las sombras invaden la habitación, nos miramos de nuevo, sorprendidos de no poder distinguir nuestras propias manos sobre el teclado de la máquina, nos damos una ducha fría que nos hace gritar y sacudirnos y, cogidos de la mano, caminamos lentamente hasta el Trastevere, cruzando por el Ara Pacis en dirección a la Isola Tiberina, riéndonos de pura felicidad.

Dos años después, septiembre de 1963, estamos de nuevo en París. Raúl ha terminado dos libros de poemas y uno de relatos. Yo tengo escrita mi novela. Apenas puedo esperar para ir a ver a André y enseñarle lo que he hecho. Quiero sorprenderlo, quiero que me mire por una vez con la misma expresión alucinada con la que mira a Raúl cada vez que le enseña uno de sus cuentos, pero primero tengo que volver a mi puesto de trabajo, ponerme al día, reintegrarme a la rutina de París, que ahora, después de Roma y su luz dorada, me parece una ciudad triste y gris, llena de funcionarios, burócratas y burgueses convencidos de su propia importancia.

Raúl se me adelanta porque en septiembre aún no hay clases en la Universidad. Le hago prometer que me guardará el secreto, que no dirá una sola palabra de mi novela hasta que estemos los tres juntos. Sé que no es muy probable que lo consiga porque ya entonces lo conozco bien, y sé que hay cosas que no puede evitar, pero no me importa porque sé también que André no creará el milagro hasta que lo lea con sus propios ojos.

Cuando regresa de verse con André, sé que algo ha pasado pero no soy capaz de saber qué es. Raúl esquiva mi mirada, su gentileza raya en servilismo, habla por los codos sin dejarme intervenir en su monólogo. Al final le digo: «Se lo has contado, ¿verdad?», y algo en su interior parece relajarse, como si hubiera estado conteniendo la respiración y ahora, por fin, pudiera inspirar de nuevo. Se da cuenta de que no me he enfadado. Me sonrío, me abraza. «Lo arreglaré, te lo prometo», me dice. «No hay nada que arreglar», le contesto. Porque aún no sé lo que ha hecho.

Lo de la cama no había sido ninguna insinuación. Lo comprendió definitivamente cuando se vio en la caja de la escalera, medio aplastado por el peso de un colchón gigante, mientras Solange abría las tres cerraduras de la puerta. Dejaron el colchón en mitad de la sala, sin más luz que la que entraba desde el descansillo, y ella fue a la cocina a buscar una lámpara de *camping* que dejó encendida en el suelo. Luego volvieron a bajar para traer el cabezal y el somier y una vez más para otro montón de trastos que había comprado, aprovechándose de tener ayuda masculina y, por tanto,

presumiblemente fuerte. En el último viaje subieron también los dos álbumes y los cinco cargadores de diapositivas que tanto les había costado conseguir.

Habían vagado durante más de una hora por el gigantesco almacén de la GAJ preguntándole a todos los empleados hasta encontrar al que había recogido los muebles de casa de Solange, pero cuando habían conseguido encontrar el horrendo aparador en cuyos cajones debían de estar las fotos, se habían dado cuenta de que alguien muy consciente de sus tareas de organización las había sacado ya y posiblemente las habría depositado en la sección de fotos, así que habían tenido que buscar entre pilas y pilas de álbumes de todas las épocas y, si al final habían tenido éxito, era sobre todo porque Solange tenía una buena memoria visual y había reconocido los álbumes y los cargadores que habían sido de su tío.

Después habían tratado de llevárselos sin más, pero se habían encontrado con la desagradable sorpresa de que, ahora que habían pasado a ser propiedad de la GAJ, tenían que pagar el precio estándar si querían llevárselos: cincuenta francos por álbum, treinta por cargador.

Ari se había resignado a hacer otra inversión y había acabado pagando ciento cincuenta francos por todo el lote, lo que, según el melenas que los había atendido, era una auténtica ganga y ya podían darse por satisfechos con una rebaja de tal envergadura.

Cuando lo hubieron subido todo, Solange se dejó caer en el colchón, aún envuelto en el plástico protector, y Ari se tiró sobre el sofá de los bultos y las manchas.

—Estoy hecho polvo —comentó.

—Claro, como su trabajo consiste en estar sentado en bibliotecas y archivos, cualquier pequeño esfuerzo le agota. Pero es una vergüenza que un hombre de su edad esté tan mal de forma.

—Tengo cuarenta y dos años —protestó Ari, como si eso lo explicara todo.

—Y yo treinta y seis. He hecho lo mismo que usted y me siento capaz de arrancar árboles.

—Yo no. Yo de lo único que me siento capaz es de ir a tomar una cerveza y un bocadillo y meterme en la cama hasta mañana.

—¿No tiene curiosidad por ver las fotos? Las diapositivas no las podemos ver con esta luz y sin electricidad, pero las fotos, si nos acercamos a la lámpara...

Ari sintió rebullir la curiosidad en su interior, a pesar del cansancio. Ella fue a buscar la lámpara y él acercó los dos álbumes. Se sentaron en el borde del colchón y Solange se puso uno en el regazo, sobre las piernas cruzadas.

—¡Tachan! —anunció—. ¡Empieza la función!

La primera foto mostraba a un joven delante de una puerta que podía ser la de la casa donde estaban ahora. Al pie se leía: «¡Por fin libre! Mayo 1966». Llevaba el pelo cortado a lo Beatle y vestía un chaquetón tipo militar de los que estaban de moda en la época sobre una camisa de dibujo psicodélico que en la foto en blanco y negro no podía desplegar sus mil colores.

—Éste era Armand a los... veinte años, más o menos —comentó Solange—. Debió de hacérsela cuando se independizó de los abuelos. Era guapísimo, ¿verdad? Si no fuera por el pelo y la ropa..., pero era la moda de entonces.

Siguieron pasando hojas, fijándose en los rostros jóvenes que aparecían en fiestas, en grupos posando con conciencia de estar siendo immortalizados: Ari tratando de descubrir en alguno de ellos la figura juvenil de Raúl, Solange tratando de reconocer a alguien. Las fechas avanzaban: 1969, 1971, 1973...

En algunas fotos se veía a Armand con su saxofón, tocando solo o en grupo. Mientras tanto, el pelo le llegaba a los hombros y las facciones habían perdido parte de la suavidad juvenil para hacerse más masculinas, más angulosas. Tenía razón Solange, Armand había sido un hombre muy atractivo.

—Es tristísimo —comentó ella—. No conozco a nadie.

En una foto a todo color aparecía Armand, con garitas redondas azules, chaleco de piel y medallón con el símbolo de la paz, haciendo la uve con los dedos de la mano izquierda mientras con la derecha abrazaba a una muchacha de larga melena rizada y pelirroja que vestía un vestido azul bordado a la moda *hippie*, llevaba grandes gafas sin montura con cristales de color de rosa y sonreía agresivamente a la cámara. El pie de foto rezaba: «Mandy y yo en Ibiza. Primavera 1971».

Así que Mandy, el nombre correspondiente a ese número que pasaba de agenda en agenda hasta desaparecer en la correspondiente a 1980, era una mujer, no un hombre como él había pensado.

Luego venían varias fotos de grupo: unos disciplinadamente en dos filas, como un equipo de fútbol; otras más caóticas, mostrando jóvenes sentados en la hierba de algún parque, medio desnudos, como sacados del rodaje de Hair.

—Tuvieron que ser bonitos aquellos años —comentó Solange, nostálgica.

—No sé. Yo estaba entonces en plena pubertad y claro que me habría hecho ilusión poder ir al concierto de la isla de Whight o a Ibiza con un grupo de amigos, pero no era más que un crío y lo único que podía permitirme era comprar discos y soñar.

—¿Toca algún instrumento?

—La guitarra, pero bastante mal. ¿Y usted?

—En el tiempo que estuve viendo a Armand empecé con el saxofón, más que nada para fastidiar a mis padres, pero no tenía talento. Me aburrí y lo dejé.

—¿Él era bueno?

—Sí. Muy bueno. El problema era que no tenía el menor sentido de la disciplina ni de la responsabilidad. Se comprometía con un grupo y tocaba con ellos, pero si una noche se acostaba muy borracho, al día siguiente dormía y se le olvidaba que tenía que aparecer por el club a una hora concreta. La mayoría de los músicos acababan por echarlo. De todas formas, no era hombre para cumplir compromisos: nunca tuvo un trabajo estable, las parejas no le duraban nada, se entusiasmaba con lo que fuera durante unas semanas y luego lo abandonaba sin un pensamiento. Creo que lo único



firme de su vida fue el saxofón. De hecho es lo único suyo que no he tenido el valor de vender, aunque a mí no me hace ninguna falta.

Ari se pasó la mano por los ojos:

—Vamos a dejarlo por hoy, Solange. Mañana, con buena luz, las examinaré todas, y luego, si encuentro alguna donde esté Raúl, le preguntaré si reconoce a alguien más en la foto. ¿Puedo llevármelas a casa?

—Son tuyas. Las ha pagado. ¿No se acuerda? Le debe de estar saliendo carísima la investigación. Primero los libros, ahora las fotos...

—Tengo una buena dotación para gastos, no se preocupe. Puedo incluso invitar a cenar a una entrevistada.

Ella se puso de pie, se estiró y cogió la lámpara para devolverla a la cocina.

—De acuerdo. Si quiere, podemos ir a uno de los restaurantes favoritos de Armand. Está muy cerca de aquí. Se llama L'Abbaye.

—¡No, por Dios!

—¿Lo conoce? —preguntó Solange, volviéndose hacia él con una medio sonrisa. La luz de la lámpara iluminaba sólo parte de su rostro con un resplandor amarillento, dejando el resto en sombras; parecía un cuadro de Caravaggio. Habría podido quedarse mirándola durante horas, pero ella esperaba una respuesta:

—Me llevaron hace poco unos amigos y creo que, por el momento, ya he comido bastante cordero.

—Entonces vamos a La Ferme Saint-Germain. Comida sencilla y casera a buen precio. Luego, ya que tengo el coche, lo acerco a casa.

Amanda acababa de marcharse con su agresiva minifalda blanca de jugar al tenis después de recomendarle de nuevo que se dejara de perezas y se pusiera de una maldita vez a escribir el artículo para *Combate*. La comida con los Whitmore había sido agónica, aunque, por fortuna, Amanda y el editor inglés monopolizaron casi enteramente la conversación, y él había podido encerrarse en un artístico mutismo punteado de gruñidos y sonrisas ocasionales, entreverado de comentarios intrascendentes dirigidos a la señora Whitmore, que se aburría tanto como él y estaba obviamente deseando que terminara el almuerzo para retirarse a su habitación.

Ahora tenía, con un poco de suerte, dos horas a su disposición que pensaba dedicar a no hacer absolutamente nada, a pesar de lo que le diría Amanda al volver y darse cuenta de que el artículo seguía guardado en algún recoveco de su mente. Pero ahora no era capaz de concentrarse: Amelia estaba al llegar y tenía cosas más importantes en las que pensar. Había tomado la decisión de poner las cartas boca arriba frente a Hauteclair y entregarse a ella como había hecho siempre. Ella sabría qué hacer. Lo salvaría. No se le ocurría cómo, pero estaba seguro de que esa misma noche las cosas habrían cambiado para mejor.

Le habría gustado darse una ducha, pero no se atrevía a meterse en el baño y

correr el riesgo de que Amelia llegara en ese mismo momento y tuviera que esperar. Amanda no tardaría más de dos horas en volver y para entonces todo debía estar decidido. Pensó por un instante en hacer la maleta y marcharse con Amelia en cuanto llegara, pero, con su optimismo de siempre, imaginó una posibilidad más atractiva: que fuera Amanda la que tuviera que hacer las maletas y él pudiera quedarse allí la semana que aún les faltaba, pero ahora con Hauteclair, con la única mujer en el mundo que lo comprendía y sabría qué hacer para ayudarlo.

Caminaba por el cuarto como un prisionero esperando la sentencia, sin poderse sentar de puro nerviosismo, sin poder concentrarse para leer, sintiendo el calor aplastante de la tarde de agosto y el sudor que le resbalaba por el cuerpo. El aire acondicionado del hotel seguía sin funcionar, a pesar de que les habían prometido que esa misma tarde estaría arreglado. Cada vez que oía un motor, se acercaba a la ventana y espiaba, oculto por los visillos blancos. Así vio llegar un Seat azul conducido por un hombre joven de guayabera blanca que, al pasar junto al coche que había alquilado Amanda, le dio una palmada al capó, sonriendo para si mismo. Raúl dejó caer la cortina de nuevo y volvió a su paseo por el cuarto. ¿Por qué tardaba tanto Amelia? ¿No había llegado ya a Palma cuando lo había llamado en el desayuno? ¿O le había dicho que estaba a punto de salir para Palma? No podía recordarlo con claridad. Lo único que recordaba era su sensación de alivio al saber que ya se encontraba cerca, que pronto estaría con él. Pero no acababa de llegar. ¿Y si había tenido un pinchazo? ¿O un golpe? Pero no, Amelia era buena conductora y además era la única mujer que conocía que entendía de mecánica, la única que podía llevar el coche al garaje y quedarse un cuarto de hora hablando con el hombre del taller, explicándole exactamente qué le pasaba al coche y cómo esperaba que lo arreglaran, cuando se trataba de una avería de consideración. Las pequeñas podía repararlas sola. Si hubiera pinchado, habrían sido apenas diez minutos de retraso, descontando que hubiera pasado por un taller a que le arreglaran el neumático para llevar siempre en buen estado el de recambio. Ahora le fastidiaba el retraso, pero cosas como ésa eran las que lo hacían confiar ciegamente en Ame-Ka. Era alegre, ocurrente, tan loca como él para las fiestas y los amigos, pero increíblemente sensata y práctica para las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Amelia nunca se olvidaba de pagar las facturas, de presentar la declaración de Hacienda dentro del plazo, de llamar a quien fuera necesario cuando se estropeaba un grifo o el televisor empezaba a hacer rayas. Pero lo hacía todo con la mano izquierda, como si no le costara el menor esfuerzo, mientras con la derecha se dedicaba a la parte satisfactoria de la vida: a cocinar para los amigos, a organizar fiestas y presentaciones, a arreglar excursiones, a comprar regalos de cumpleaños, a no confundir las fechas de estrenos teatrales, debuts de músicos que les interesaban, *vernissages* de amigos pintores..., todo lo que Amanda llevaba a cabo con su tensa mueca de luchadora, recordándole constantemente lo que hacía por él; mientras que Amelia lo hacía sonriendo, quitándole importancia, participando con él de todo lo bueno que podía ofrecer la vida.

Oyó otro motor y volvió de nuevo a la ventana. Esta vez era un Seiscientos amarillo y eso lo retuvo allí, medio oculto por el visillo, porque un Seiscientos era un coche muy propio de Amelia.

Pero había aparcado cerca del descapotable que Amanda se había empeñado en alquilar y no se bajaba nadie. Tal vez no fuera ella. España parecía estar llena de aquellos cochecitos, redondos como aceitunas: era parte del milagro franquista, como le había parecido oír en alguna parte. Todos los españoles podían ahora optar a su Seiscientos y su parcelita.

Se abrió la portezuela y estuvo a punto de gritar de alegría. Era ella.

Llevaba un vestido de verano, amarillo como el coche, aunque más pálido, y unas grandes gafas oscuras. La vio mirar hacia arriba, paseando la vista por las ventanas del hotel, como tratando de adivinar cuál sería la suya, y de repente se sintió feliz. Hacía mucho tiempo que no la veía y, todavía mejor, ahora la estaba viendo sin que ella lo supiera. Había adelgazado más de lo que le convenía, pero seguía siendo una mujer atractiva, vibrante, cargada de una energía positiva que se contagiaba a quien estuviera cerca de ella. Tenía ganas de reír de alegría.

Soltó el visillo, cogió el suéter blanco que había dejado sobre el respaldo del sillón y dudó un instante; hacía demasiado calor, de modo que fue al armario y sacó una camisa de manga corta de tela ligera, se la puso y, aún abotonándola, volvió a la ventana.

Al principio creyó que Amelia ya había entrado en el hotel porque de momento no la vio como unos instantes atrás, de pie junto al coche, pero enseguida se dio cuenta de que estaba agachada bajo el descapotable de Amanda. ¿Qué narices estaba haciendo? Tenía algún tipo de herramienta a su lado y se estiraba por debajo del chasis como si quisiera alcanzar algo que él no podía ver.

Sintió un escalofrío por la espalda. No entendía nada. ¿Por qué no se dejaba de tonterías y entraba de una vez a buscarlo? ¿Qué rayos se le había perdido allí debajo?

En ese momento sonó el teléfono y no tuvo más remedio que apartarse de la ventana y contestar. Quizá había visto mal y no era Amelia la que se agachaba junto al coche. Si lo llamaban de recepción sería para decirle que tenía visita.

—¿Sí?

—Señor De la Torre, su esposa me ha pedido que lo llame a las tres menos cuarto, por si se hubiera dormido. Me ha dado un mensaje: «Recuerda que has prometido entregar ese artículo».

Raúl apretó los dientes:

—¿Eso es todo?

—Sí, señor. Disculpe. Yo no he hecho más que darle el mensaje.

—Sí, por supuesto. Descuide. Gracias.

Podría estrangular a Amanda con sus propias manos. ¡Ponerlo así en ridículo delante de todo el personal del hotel!

Oyó dos motores casi a la vez, y, por puro automatismo, volvió a la ventana. El

Seat azul desaparecía por el camino, seguido de Amanda en el descapotable y, unos segundos después, del Seiscientos amarillo de Amelia. ¿Se habían vuelto todos locos? ¿Cómo era posible que Amanda, que se había marchado hacía más de media hora, estuviese aún en el hotel? ¿Por qué estaba siguiendo al hombre del Seat azul y, mucho más extraño, por qué Amelia los estaba siguiendo a los dos? ¿Podía ser que en el tiempo que él había estado hablando con el recepcionista las dos mujeres se hubieran encontrado en el aparcamiento y hubieran decidido marcharse a otra parte para hablar sin que él estuviera presente? ¿Y qué había estado haciendo Amelia debajo del descapotable?

Sintió que acabaría por volverse loco si seguía allí, agarrado a los visillos como un pulpo en la playa, y decidió salir de la habitación y marcharse a algún sitio donde hubiera sombra y se pudiera respirar. Cruzó el vestíbulo bajo la mirada, que a él se le antojó reprobadora, del recepcionista, y se marchó por la puerta trasera en dirección al jardín.

Ari guardó el último cargador de diapositivas con un suspiro de satisfacción: había valido la pena. No era ninguna revelación trascendental, pero al menos ahora tenía la prueba de que Armand y Raúl habían sido amigos, aunque sólo hubiera sido durante un tiempo, y todo hacía pensar que investigando en la misma línea, a través de los otros amigos de Raúl, podría tal vez llegar a saber más de la elusiva Aimée, que debía de haber pertenecido también al círculo de Armand. Se le había ocurrido la idea de que Aimée podría ser también un nombre artístico, si era, por ejemplo, cantante o actriz; pero eso era algo que sólo podría comprobar a través de las entrevistas con Aline y con Maurice, si lo encontraba.

De momento, tenía una foto de 1976, posiblemente de la primavera, a juzgar por cómo iban vestidos, en la que se veía a Armand y a Raúl, quizá en el salón del piso de la Rué Bonaparte. Armand tocando el saxofón de perfil detrás de Raúl, que, sentado a una mesa frente a una máquina de escribir, ponía una cara de concentración totalmente falsa. El pie de foto rezaba: «La pareja perfecta: la música y la poesía». La estantería del fondo estaba cubierta de discos, algunos libros y una foto enorme de Louis Armstrong, que quedaba a la derecha de la imagen, como si formara parte de aquel dúo convirtiéndolo en trío.

Tendría que enseñarle la foto a Amelia porque cabía dentro de lo posible que hubiera sido tomada en el piso que ella y Raúl compartían en la Rué de Belleville: era generalmente conocida la adoración que Raúl había sentido por Satchmo, y por eso podía ser que el marco de la foto no fuera el apartamento de Armand, sino el de Raúl. En cualquier caso esa foto entraría en las páginas ilustradas de su libro: era de las pocas que no tendría que comprar de un archivo a precio abusivo, ni mendigar de su dueño.

También había otra foto de grupo en la que se reconocía a Raúl, de pie, al fondo a la izquierda, rodeado de gente desconocida para Ari, pasando el brazo por encima del hombro de Armand, todos mirando a la cámara como bobos. Armand debía de haber

sido muy alto, porque Raúl medía uno noventa y sus cabezas estaban casi al mismo nivel. Ésa también tendría que enseñarla: a Amelia, a André, a Solange y a los otros entrevistados por si había suerte y alguien reconocía a alguno de los integrantes del grupo.

La otra prueba que había encontrado de la amistad de los dos hombres, y que de momento no pensaba mostrar a nadie, era una diapositiva en la que se veía a Armand y a Raúl, muy sonrientes, cada uno con un brazo sobre los hombros del otro, en la plaza de San Marcos de Venecia, rodeados de palomas. Todo el cargador era de fotos venecianas con los típicos motivos: San Marcos, Santa María della Salute, San Giorgio, el puente del Rialto, el puente de los suspiros, el palacio ducal, pero sin protagonistas humanos. Sólo esa foto indicaba que habían estado juntos en Venecia, pero ni en los marcos de las diapositivas ni en la caja del cargador había encontrado ninguna indicación de fecha, aunque, por el aspecto de los dos, se podía deducir que era la misma primavera del 76.

Tendría que enterarse de que había ido a hacer Raúl a Venecia, porque era algo que no aparecía ni en sus relatos, ni en sus novelas, ni en sus Diarios de trabajo.

Ari recogió el proyector, los álbumes y los cargadores, cruzó las manos detrás de la cabeza y se quedó un rato así, mirando el techo, sintiéndose contento y a la vez un poco absurdo por su alegría. Aquello se estaba convirtiendo en el cuento de nunca acabar, porque la persecución de datos se iba atomizando lentamente y cada vez prestaba más atención a detalles ínfimos que seguramente ni siquiera valdría la pena utilizar en la biografía o, caso de utilizarlos, no darían más que un par de líneas de texto o una nota a pie de página. Algo como: «En la primavera de 1976 Raúl de la Torre hizo amistad con un saxofonista llamado Armand Laroche, que lo introdujo en el ambiente jazzístico del París de la época y con el que hizo una excursión a Venecia, probablemente a principios de verano». ¿Y qué? Lo único que serviría para algo sería poder añadir: «A través de Laroche, Raúl conoció a una mujer llamada Aimée a quien dirigió una tórrida dedicatoria en una primera edición de su segunda novela y que estaba destinada a convertirse en...», ¿en qué? Si fuera «en su segunda esposa», tendría sentido; si fuera la que lo introdujo en algún tipo de secta, o de misterio, también sería utilizable. Pero así..., ¿qué sabía él de lo que significó Aimée para Raúl, de lo que le mostró, de la revelación que, al parecer, tuvo lugar junto a ella o a través de ella? Alguien tenía que saberlo. No era posible que a Raúl le hubiese sucedido algo como lo que la dedicatoria dejaba traslucir y no se hubiera enterado nadie. Incluso si él no se lo había contado a sus amigos, cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho ella; pero si ella se había dejado aquella novela dedicada en casa de Armand, eso significaba que para ella no había sido nada trascendental y, consecuentemente, era posible que no se lo hubiera contado a nadie y que él nunca llegara a averiguarlo.

Nadie se iba a enterar de su fracaso, por supuesto. El año 76 habían pasado suficientes cosas importantes en la vida de Raúl como para que no se notara la

ausencia de Aimée, que, de todos modos, nadie hasta ese momento había descubierto. No se le podía echar en cara el que su investigación no hubiese dado frutos. Pero no estaba satisfecho porque algo le decía que si se esforzaba un poco más podría descubrir algo que nadie conocía, algo que le permitiría ver más claro en el carácter de Raúl, en su vida, en su decisión de abandonar a Amelia apenas unos meses más tarde.

## CAPÍTULO 4

Después de varios días sin noticias de Amelia, ella lo llamó para proponerle un paseo por el Luxemburgo, y en ese momento casi le molestó la idea porque por fin había conseguido ponerse a escribir un primer capítulo, que no era cronológicamente el primero, ya que había decidido empezar por la llegada de Raúl a París, aprovechando que podría visitar todos los lugares donde él había estado, todos los monumentos y algunos de los locales que habían impresionado tantos años atrás a un Raúl aún muy joven y sin conciencia concreta de lo que llegaría a ser. Pero no se podía despreciar una invitación de Amelia, de modo que se resignó a abandonar su trabajo apenas empezado y marcharse a pasar frío al parque para tratar de extraer más información de su fuente número uno. De su única fuente, ya que ninguno de los Laqueurs se había puesto en contacto con él y aún faltaban un par de semanas hasta que Aline volviera de sus vacaciones.

Metió en la mochila las fotografías que pensaba enseñarle y escribió una lista de temas que le parecían prioritarios, si había ocasión de llevar el diálogo hasta ellos: ¿quién era Aimée?, ¿qué relación tenían Aimée y Armand?, ¿cuándo fue Raúl a Venecia y por qué?, ¿por qué tenía Armand en su agenda el número de teléfono de Amelia?, ¿por qué se casó con Amanda?, ¿cómo conoció a Hervé?, ¿cómo murió?

La lista podría haber sido mucho más larga, pero las primeras preguntas eran importantes para tratar de cerrar el capítulo correspondiente al año 76 y las dos últimas para intentar echar alguna luz sobre los últimos años de la vida de Raúl, un tema al que ni siquiera se habían acercado todavía.

El día era frío pero soleado, y en el Luxemburgo, frente al estanque, había decenas de niños haciendo navegar sus barquitos, bajo la mirada distraída de madres y canguros de todas las nacionalidades imaginables. Amelia estaba sentada en un banco un poco alejado de los que rodeaban el estanque y contemplaba la escena a través de sus gafas oscuras con un ligero rictus de desagrado.

—No parece que le divierta mucho lo que ve —comentó Ari después de los saludos.

—Nunca me han gustado estas escenas de felicidad doméstica, pero Raúl venía mucho aquí a ver a los niños. He pensado que a usted le gustaría seguirle los pasos.

—¿Le gustaban los niños a Raúl?

—Teóricamente, sí.

—¿Me lo va a explicar o es otro acertijo que tengo que resolver solo?

Ella le dedicó una sonrisa que se borró enseguida:

—Como a todos los niños grandes, a Raúl le gustaban sus congéneres. Se llevaba bien con ellos: era una especie de tío favorito para todas las personas pequeñas. En cuestión de cinco minutos, lo adoraban, y luego le costaba bastante quitárselos de encima, pero cuando, después de una tarde pasada entre amigos con hijos, volvíamos a casa, siempre decía: «Qué alivio no tener que traérselos».

—¿Y a usted no le gustan?

—No mucho, la verdad. No dejan pensar.

—Sin embargo, usted ha escrito treinta y dos libros infantiles.

—Porque no escribo para niños, sino para personas que aún no son adultas, que aún no tienen derechos. Es muy diferente. Yo no trato de educarlos, ni de inculcarles ningún tipo de moral. Supongo que no habrá leído ninguno de nuestros libros, pero si lo hace, se dará cuenta de que todos ellos tratan sobre el poder y la falta de poder. Yo, en mis textos, intento compensar a los niños de su impotencia a través de historias divertidas e inverosímiles en las que son ellos los que tienen la sartén por el mango, para variar. En ese sentido sí me identifico con ellos.

—¿Usted? —la sorpresa era genuina—. Usted me parece la mujer más fuerte e independiente que he conocido.

—Me ha costado mucho llegar a serlo. Me he pasado toda la vida dependiendo de alguien, siempre de un hombre: mi padre, Raúl, John, André, hasta cierto punto..., el fantasma de Raúl.

—¿Su fantasma?

Ella se echó a reír ante la expresión de Ari:

—No veo visiones ni me he vuelto loca. Quería decir simplemente que la muerte de alguien que ha marcado nuestra vida no significa que ese alguien deje de marcarla. Siempre queda algo: su recuerdo, si prefiere ese término, su aura, su fantasma, su emanación..., lo que sea. Yo casi había conseguido librarme de ello, hasta que llegó usted con sus preguntas y todo volvió a empezar.

—Lo siento —murmuró Ari.

—Mentira. No lo siente usted un pelo. Si pudiera, me exprimiría como a un limón hasta sacar todo lo que llevo dentro. Esa cara de culpable lo delata. ¿Qué quiere saber hoy?

Ari estuvo tentado de sacar su cuaderno de notas, pero de repente se sintió como el teniente Colombo, haciendo como que estudiaba algo que se sabía de memoria, y renunció.

—Muchas cosas. Por qué no tuvieron hijos, por ejemplo, ya que hablábamos de niños.

—Porque Raúl era estéril a raíz de unas paperas mal curadas. A él a veces le



entristecía. A mí nunca me importó. Vamos a movernos un poco, me estoy quedando helada a pesar del sol.

—Pero ustedes... —comenzó Ari, aprovechando el momento en que se levantaban para no tener que mirarla a la cara—, quiero decir..., su relación era... ¿normal?

—A veces parece usted sacado de una novela del XIX. ¿Me está preguntando si follábamos?

Ari sintió que enrojecía violentamente sin poder evitarlo, así que sacó el pañuelo del bolsillo y fingió sonarse mientras se cubría la cara.

—Pues sí. Aunque le parezca extraño, nuestras relaciones sexuales eran bastante satisfactorias para ambas partes. Quizá no muy convencionales, lo admito. Teníamos nuestros juegos, como todas las parejas, nuestras preferencias y fantasías, pero si Raúl hubiera sido capaz de engendrar, habríamos tenido hijos. No sería el primer caso de un homosexual casado y con descendencia.

—No..., claro.

—Además, yo siempre he defendido la idea de que los seres humanos civilizados somos bisexuales, ya que nuestro interés al entregarnos a cualquier tipo de juego sexual es precisamente el juego, no la reproducción. Cuando uno se acuesta con otro o con otra, lo que busca es placer y el placer es piel, contacto, calor, humedad..., independientemente de lo que la naturaleza le haya puesto a uno entre las piernas. ¿No le parece? —lo miró un momento y captó su expresión perpleja—. No. Está claro que no se lo parece. ¿Está escandalizado?

Ari sacudió la cabeza en una negativa muy poco convincente. Ella siguió hablando con toda naturalidad:

—Ya me dijo André que es usted un heterosexual incorregible. Pero sus gustos en esa materia no son asunto mío. Sólo trataba de explicarle cómo lo veo yo.

—Pero en ese caso, usted no debió de sorprenderse con la supuesta revelación de Raúl.

—Yo me sorprendí más que nadie, porque Raúl nunca estuvo de acuerdo conmigo. Además de que en aquella época se trataba más bien de una postura ideológica sólo exteriorizada en algunos troteos con amigas en las típicas fiestas de madrugada cuando una ya no sabe muy bien lo que hace. Raúl lo encontraba gracioso pero nunca estuvo dispuesto a imitarme, al menos que yo sepa.

—¿Ni siquiera con mujeres?

—¿Otra vez? Ya creo que le dije que Raúl era un hombre fiel, por educación y por convicción. Además, así se ahorraba muchos problemas. Y ya ve, cuando entró otra mujer en su vida, se separó de mí y se casó con ella. Todo legal.

—Amelia, ¿por qué se casó con Amanda?

La mujer inspiró hondo y siguió paseando de cara al sol, con los ojos cerrados tras las gafas oscuras.

—Nunca lo supe. Quizá pueda usted averiguarlo. Es una de esas preguntas que

siempre me hice y nunca pude responder.

—¿Le suena a usted el nombre de Aimée?

—En absoluto. ¿Debería sonarme?

—Estaba en la agenda de Armand, en la misma página que su número de teléfono, con su nombre en francés: Amélie —mintió Ari, para no tener que hablarle de la dedicatoria.

—No me explico que el tal Armand tuviera mi número de teléfono, porque nunca fuimos amigos. Ni siquiera me acuerdo de su cara.

Para Ari era evidente que Amelia acababa de mentirle: lo más probable era que Armand hubiera sido uno de esos amantes que, según André, había tenido en abundancia durante los años setenta, y que no quisiera hablar de ello. Quizá hubiera sido incluso algo más que un amante ocasional; tal vez por eso ella prefería no hablar de algo que aún le afectaba. Pero en la base daba igual porque lo que a él le interesaba era la vida de Raúl, no la de Amelia, de modo que sacó la foto sin más preguntas, atento sin embargo a la reacción de ella, que no fue la esperada.

—¿Quiere verla? —Ari le mostró la foto de Raúl y Armand con el saxofón y la máquina de escribir—. Éste era Armand.

Amelia la cogió, se quitó las gafas de sol y la estudió durante unos segundos.

—¡Qué cara de bobo tenía aquí Raúl! No conocía esta foto, pero el tipo sí me suena.

Las manos de Amelia seguían firmes, la voz no le había temblado. Si Armand había sido algo para ella, debía de haberlo superado por completo.

—¿Sabría decir dónde está tomada? ¿Es en su casa?

—En la nuestra, no. Nosotros también teníamos muchos discos, pero estaban en la parte de abajo de la estantería. Y esta máquina no es de Raúl; él escribió muchos años en la Remington vieja que heredó de su padre y luego en una portátil, una Brother verde que nos compramos a la vez; la mía era roja.

Ari le enseñó la otra foto:

—¿Reconoce a alguien en este grupo?

Amelia tardó más esta vez y se sentó en un banco de la alameda de castaños ya casi pelados para mirarla con atención.

—Raúl, Armand, eso ya lo sabe; este de la derecha debe de ser Maurice, del que hablábamos la otra noche, y la mujer del centro, en la primera fila, la que tiene en el hombro la mano de Armand, es Amanda. A los otros no los conozco.

—¿Ésta es Amanda? —preguntó, sorprendido.

De alguna manera, por lo que había oído de boca de todos los que la conocieron, se había hecho la idea de que Amanda debía de ser una especie de diosa nórdica. Sin embargo, la imagen que mostraba la foto era la de una mujer de rostro afilado y sonrisa cruel con el pelo enroscado en la coronilla, como un castillo de arena.

—La misma.

—A mí no me parece nada extraordinario.

—A mí tampoco, pero me temo que estamos en minoría. Los hombres la adoraban, incluso al principio, cuando era una muerta de hambre, flacucha y poca cosa, que no tenía nada más que su melena roja.

—Entonces, ¿qué tenía?

Amelia se encogió de hombros.

—Supongo que hacía que los hombres que ella elegía se sintieran importantes. Pero no era sólo eso, porque los que no la conocían también se volvían a mirarla. Creo que nunca lo entenderé.

—¿No es Hervé ninguno de éstos? —preguntó Ari, viendo que ella no iba a decir nada más.

Amelia buscó su mirada. Sus ojos eran extrañamente inocentes y húmedos sin la protección de las gafas:

—Usted sabe muy bien que faltaban casi diez años para que conociera a Hervé. Por esa época creo que ni siquiera había nacido, o su madre lo traería aquí a tomar el sol en el cochecito.

No. No me haga caso. Por entonces, Hervé debía de tener ocho o nueve años.

Hubo un silencio que Amelia empleó en volver a ponerse las gafas y estirarse los guantes de piel negra.

—Cuando Raúl se enamoró de él, Hervé tenía veinte años y él sesenta y tres —añadió en voz muy baja.

—Nunca me había dado cuenta de que fuera tan mayor.

—Casi la misma edad que tengo yo ahora. Pero él nunca lo pareció. ¿Me imagina usted a mí, ahora, yéndome a vivir con un muchachito de veinte años? —preguntó después de una pausa.

—¿Sinceramente?

Ella asintió sin hablar.

—No —dijo Ari, muy serio.

—Gracias.

La conversación había llegado de nuevo a un callejón sin salida que podría haber estado lleno de palabras si Amelia hubiera decidido decir en voz alta todo lo que estaba pensando.

—Le invito a un café —dijo poniéndose de pie—. Si aún tiene tiempo que perder conmigo.

—Hablar con usted es la actividad más productiva de mi jornada.

—No mienta. Me ha dicho André que ha empezado a escribir.

Ari hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia al asunto.

—Sí, he empezado, pero sólo porque tengo la impresión de que mis investigaciones me están llevando a detalles sin peso real, cada vez más pequeños, en los que me empecino como si fueran fundamentales. Por eso he pensado que al escribir volveré a recuperar una visión de conjunto y me daré cuenta de que hay cosas que, aunque sean interesantes para mí, no son más que minucias que no llevan a

ninguna parte.

—Me parece una decisión correcta, aunque son precisamente esas minucias, la suma de esas minucias, lo que hace una vida.

—¿Le gustaba Venecia a Raúl?

—¡Hablando de minucias! —se echó a reír suavemente—. No. De hecho ni a él ni a mí. No estuvimos más que una vez, en la temporada que pasamos en Roma, pero a los dos nos pareció una ciudad muy sobrevalorada. Espantosamente cursi en su parte turística y decrepita en la real. Nunca quisimos volver porque es mucho más hermoso soñar con Venecia que estar allí. Como casi todo en la vida.

—Eso significaría que es más hermosa mi idea del libro que el libro que tendré terminado el año que viene por estas fechas.

—No lo dude un instante.

—¿Le pasa a usted con todos sus libros?

—Menos con uno —dijo sin haberlo pensado, y se mordió los labios un segundo antes de añadir que con su novela romana no le había pasado, que el sueño y el libro habían sido uno solo desde la primera palabra hasta la última. Pero él no tenía por qué saber.

—¿Con cuál?

—No tiene importancia. Usted no los conoce. ¿Le parece bien aquí mismo? —dijo, señalando un café que ocupaba toda la esquina de la calle que subía hacia el Panteón.

Entraron y el calor, por contraste con el frío exterior, les pareció excesivo, como si acabaran de penetrar en una sauna. Las gafas de Amelia se empañaron de inmediato dejándola ciega durante unos segundos.

Cuando abrió los ojos le costó un momento angustioso darse cuenta de dónde se encontraba. Frente a ella había unos pinos como siluetas recortadas en cartulina negra contra un fondo de cielo color melocotón donde ya había aparecido la primera estrella, que brillaba como la del Belén, pero sin cola.

Le dolía todo el cuerpo y le quemaban los ojos; tenía la garganta seca y se le habían agrietado los labios, como si hubiera atravesado el desierto a pleno sol, y además tenía un dolor de cabeza, de esos que se instalan en las sienes y hacen sentir los latidos del corazón como en una herida abierta, para transformarse en pinchazos con cada movimiento. Estaba en Mallorca y se había quedado dormida en el coche, en el minúsculo Seiscientos que había alquilado para ir a ayudar a Raúl.

Trató de bajar del coche para estirar las piernas y tuvo que hacerlo con cuidado de convaleciente porque se le había dormido la derecha, la que había estado debajo todas las horas que llevaba dormida en el reducido habitáculo. Cuando lo consiguió por fin, levantó los brazos por encima de la cabeza y estiró todo el cuerpo, a pesar de los pinchazos en las sienes, agradecida por la ligera brisa que corría en el pinar donde

había metido el coche a media tarde para concederse un descanso que se había estirado hasta lo grotesco, ya que, al mirar el reloj, se dio cuenta de que habían pasado casi seis horas.

Ahora tendría que buscar una cabina, llamar a Raúl y ver cómo estaba la situación, cosa que por una parte le horrorizaba, pero que por otra le permitiría ver el final de una situación absurda y trágica.

Volvió a subir al coche y condujo hasta el pueblo más cercano, paró en un bar, se bebió casi medio litro de agua mineral de un solo trago, se tomó dos aspirinas y, antes de darse más tiempo, marcó el número del hotel en la cabina del bar, que, a esas horas, estaba empezando a llenarse de gente que venía a tomar el primer aperitivo de la noche.

—Quisiera hablar con don Raúl de la Torre —pidió al recepcionista en cuanto contestaron al teléfono—. Habitación 507.

—Lo siento, señora, pero no va a ser posible —la voz al otro lado sonaba respetuosa, comedida, seria—. Don Raúl ha dado orden de que no se le pasen llamadas.

—Don Raúl está esperando esta llamada. Haga el favor de decirle que soy Amelia.

—Disculpe un momento.

El recepcionista dejó la línea abierta. Desde el hotel de Raúl le llegaban voces apagadas y algún entrechocar de vasos, lejanos, como si vinieran de otro planeta. Amelia se preguntó dónde estaría Raúl. ¿En su cuarto? ¿En algún salón, hablando con la policía?

—¿Señora? Le paso con don Raúl.

Amelia inspiró hondo, esperando la voz que le indicaría cómo se encontraba mucho mejor que las palabras que eligiera.

—Pero ¿estás loca? ¿Cómo se te ocurre llamarme aquí?

Amelia parpadeó violentamente. De todas las primeras frases posibles, dadas las circunstancias, ésa era la única con la que no había contado.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¡No te hagas la loca, Amelia! Sabes perfectamente lo que pasa, che. —Raúl respiraba pesadamente, como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

—Explícamelo, que yo lo entienda.

—Amanda ha tenido un accidente. Está muerta. Encontraron su coche hace unas horas. A ella aún no pudieron sacarla. Se cayó por un acantilado y no hay camino para bajar.

Estuvo a punto de decir que ella había visto al hombre del Seat azul bajando por entre las rocas, pero se mordió los labios y no dijo nada.

—Pero..., pero... ¿cómo ha sido?

—Ya te dije. Un accidente. Parece que le fallaron los frenos porque apenas hay marcas de frenada en el asfalto. No sabrán más hasta que no investiguen el coche.

—¿Quieres que vaya?

—¡No! —fue casi un grito—. ¿Cómo se te ocurre una cosa así?

—Pensé que podías necesitarme.

—Vos estás en Ischia, ¿no? Te llamaré mañana, pasado, cuando pueda.

—Raúl, estás tan raro..., ¿qué pasa? ¿No estás solo? ¿No puedes hablar?

—No, no es eso —su voz se quebró en una especie de sollozo que le costó casi un minuto dominar—. Yo quería librarme de ella, sí, claro que quería..., pero no de este modo. Así no, ¿me entendés? Así no...

—Claro que te entiendo, Raúl; comprendo perfectamente lo que debes de sentir, pero no es culpa de nadie.

Ahora Raúl se echó a reír descontroladamente, entre hipos que podían ser sollozos o risotadas.

—Nunca pensé que fueras tan cínica —consiguió decir por fin.

—No te entiendo, Raúl, y creo que tú tampoco te entiendes. Necesitas un baño y un tranquilizante. Si quieres voy y me encargo de todo, como siempre.

—¡No! —volvió a gritar—. No quiero que te encargues de nada más. Yo me basto.

—Raúl —dijo Amelia dulcificando la voz, como si tuviera que calmar a un niño pequeño—, soy yo, cariño, Amelia, Hauteclair.

Hubo un largo silencio, como si Raúl tuviera que recordar quién era Amelia.

—Ya no —dijo en voz baja y lenta—. Ya no sos sólo Hauteclair; ahora sos Stassin.

—Es la misma, tonto. Hauteclair de Stassin, una de tus figuras literarias favoritas.

—Pero yo he descubierto que no soy Savigny. No puedo. Lo siento —hablaba espaciando las frases como si goteara—. Te llamaré cuando pueda.

—¡Raúl! —gritó Amelia, alarmada al darse cuenta de que pensaba colgar—. ¡Maldita sea! He venido desde Italia porque tú me llamaste.

—No. Estás en Italia. Créeme. Es mejor así. Mejor para vos. Para todos. Ya te llamaré.

Aún estaba intentando comprender lo que le acababa de decir, cuando oyó el clac del teléfono al colgar.

¿Qué había querido decirle con lo de «yo no soy Savigny»? ¿Quién diablos era Savigny? ¿Y por qué se había empeñado en cambiarle el nombre, en llamarla ahora por el apellido de aquella heroína que apenas recordaba? ¿Por qué no quería verla e insistía en que no había venido a Mallorca, en que seguía en Ischia? ¿Qué estaba tratando de hacer?

Salió del pasillo donde estaban la cabina y los lavabos, se sentó a una mesa y pidió más agua mineral y una ensalada, tratando de decidir qué hacer a continuación. Estaba mareada, tenía calor, le seguía doliendo la cabeza y no conseguía ni pensar con claridad, ni recordar exactamente la conversación que acababan de mantener. Era

todo como una película surrealista: diálogos supuestamente profundos que se le escapaban, rostros congestionados que aparecían en su campo visual y se deshacían de nuevo entre carcajadas, tintineo de cubiertos y voces agudas, olores de fritura que le cerraban el estómago causándole náuseas.

Se levantó, dejó el dinero junto al vaso de agua y, sin esperar la ensalada, se lanzó a la calle dispuesta a volver al aeropuerto y tomar el primer avión que saliera para Roma o para Nápoles.

—André —preguntó Ari, sirviéndose un coñac—, Amelia me dijo que después de la muerte de Amanda, ¿recuerdas que me contaste que Raúl intentó un acercamiento?, la cosa no volvió a funcionar entre ellos porque se había perdido la chispa, la complicidad..., que todo había cambiado. ¿Sabes tú qué pasó?

André había estado asintiendo con la cabeza hasta la última pregunta de Ari, pero al oírla, dejó de asentir y enarcó las cejas.

—Me lo he preguntado siempre y nunca he podido decidir ni siquiera cuándo exactamente empezó a cambiar. Cuando Raúl se casó con Amanda, ante el estupor de todos los que lo queríamos, nuestra relación se resintió. Piensa que no sólo se trataba de que hubiera abandonado a su mujer, que era mi mejor amiga, sin ningún tipo de explicaciones, ni a ella ni a mí; sino que también profesionalmente fue un golpe muy duro, porque Amanda se lo llevó a su editorial. Juraría que no nos vimos durante meses, y luego, poco a poco, como coincidíamos en tantos sitios, volvimos a relacionarnos con una cierta distancia, como con una timidez repentina. Con Amelia yo diría que le iba mejor que conmigo. Aún se les veía reír juntos en las presentaciones de libros y en los vernissages, aunque luego cada cual se fuera por su lado al acabar el acto, y daba la impresión —al menos desde fuera— de que se seguían queriendo como siempre, aunque a él se le notaba avergonzado. Creo que fue en el entierro de Amanda cuando noté por primera vez que había pasado algo. Y te vas a reír, porque el indicio es bastante tonto: yo creí notar algo cuando, después del entierro, nos fuimos a un bar a tomar una cerveza los tres juntos y solos por primera vez en lo menos dos años, y oí a Raúl llamarla Stassin, en lugar de Hauteclair, que era el nombre que siempre usaba en la intimidad.

»No sé explicártelo mejor, pero supe en ese momento que algo se había roto entre ellos y que Amelia lo sabía, porque no se sorprendió como yo, ni hizo el mínimo comentario al respecto. Y otra cosa que me llamó la atención fue que Raúl, más flaco que nunca y con unas ojeras que le llegaban a media cara, dijo varias veces, pero de verdad varias veces, que pedía al Dios en quien no creía que lo salvara de los buenos amigos y de la gente que decía quererlo. Fue espantoso. Como si de alguna manera nos echara la culpa de la muerte de Amanda, sabiendo todos como sabíamos que era lo mejor que le había podido pasar a él; como si nos reprochara no estar más tristes o no sentirnos culpables como se sentía él.

»Meses más tarde, en una conversación que tuvimos ya sin Amelia, al preguntarle yo me contestó con una de esas frases crípticas más propias de ella que de él; algo así como que los dioses a veces te conceden el deseo más oscuro de tu corazón y te condenan a cargar con la culpa de por vida. Yo supuse, claro, que se trataba de que él habría deseado infinidad de veces que Amanda se matara en alguno de esos coches deportivos que tanto le gustaban y ahora se sentía culpable de que su deseo se hubiese realizado.

—Y cuando se mató, ¿vosotros dónde estabais?

—¿Amelia y yo? En Ischia. Unas vacaciones totalmente delirantes entre matrimonios jubilados y señoras gordas que habían ido a tomar las aguas, que habrían sido aburridas a morir si no fuera porque me encontré a un muchachito, cuyo nombre ya no recuerdo, que me rescató del tedio durante unos días. Para Amelia debió de ser mucho peor, claro, porque en esa época aún no había superado lo de Raúl y además se negaba a acompañarnos a las excursiones. Creo recordar que al final se fue un par de días sola por ahí, supongo que a Capri, o a Nápoles o a la Costiera amalfitana. El caso es que cuando la llamó Raúl con la noticia, yo ya había vuelto de mi cana al aire con el Adonis, lo recogimos todo en un vuelo y nos vinimos a París, bastante aliviados de que se hubieran suspendido las vacaciones.

—¿Cómo encontraste a Raúl?

—Ya te digo: pálido, flaco y con ojeras, como si llevara días sin dormir. Y preocupadísimo porque...

—¿Porque...?

—Es que le prometí entonces no decírselo a nadie. Y hasta ahora he cumplido.

Ari dejó estirarse el silencio, sintiéndose totalmente sucio por usar un truco tan barato pero que solía dar resultados. Si hubiera contestado cualquier cosa, un «Lo comprendo», un «Como quieras», André se habría callado, igual que si lo hubiera presionado; pero así, dejando simplemente un vacío, André, antes o después, tendría que llenarlo de palabras, como efectivamente estaba a punto de hacer.

—No sé. Supongo que ya no tiene importancia —dijo, pasándose la mano por la frente—. Raúl me contó que la policía había descubierto que lo de Amanda no había sido exactamente un accidente.

Ari se inclinó hacia André, sujetando la copa con las dos manos, sin hablar.

—No lo recuerdo con claridad. No sé si era que le habían vaciado el líquido de frenos o que habían dejado el cable casi cortado..., algo así, como de película. Y que en aquella época las investigaciones aún seguían abiertas, que parecía que tenían claro que Raúl no había podido ser porque tenía coartada para todo el día y además se habían informado de que no tenía ni idea de mecánica, que ni siquiera tenía carné de conducir.

Entonces comprendí que tuviera esa pinta al volver de Mallorca: no era sólo que se hubiera matado Amanda en un simple accidente, sino que él, al menos durante un tiempo, había sido sospechoso de haberla asesinado.



—Pero eso ¿cuándo te lo contó?

—Ya no me acuerdo, Ari. ¿Cómo me voy a acordar, si hace más de veinte años de calendario? Supongo que en la conversación de la que te hablaba, la que mantuvimos meses después, los dos solos.

—¿Amelia lo sabía?

—Ni idea. Pero supongo que no, porque habría empañado su imagen de Raúl y eso era algo que él no se podía permitir. La necesitaba demasiado.

—Y sin embargo no intentó volver con ella una vez muerta Amanda, sino mucho más tarde.

—Tal vez tenía miedo de que ella se lo notara. Tal vez era verdad que la había asesinado, aunque no tuviera ni idea de mecánica y la policía no hubiera encontrado ninguna pista.

Ari estaba casi escandalizado:

—¿Tú lo crees capaz?

André se encogió de hombros y le dio un sorbo a su coñac.

—¿Qué sabe uno de lo que otro es capaz? ¿Qué sabe uno de lo que uno mismo es capaz? A lo mejor, entre el calor y el cansancio, y lo harto que estaba de ella, se le cruzaron los cables y entonces hizo una estupidez que lamentaría todo el resto de su vida y que nunca tuvo el valor de confesarle a nadie. Quizá por eso mismo empezó a culpar veladamente a Amelia cuando estaba con gente, para que nadie pudiera pensar que lo había hecho él.

—¡Pero yo tengo que saberlo! Yo tengo que saber qué voy a decir en el libro y tiene que ser la verdad.

André sonrió cansinamente:

—¿Aún crees en la verdad, muchacho? ¿Qué más da? Cuenta los hechos: su divorcio de Amelia, su matrimonio con Amanda, el accidente y el periodo en que, muy lentamente, fue rehaciendo su vida hasta que encontró a Hervé y decidió salir del armario. Eso es suficientemente explosivo para que los lectores te sigan. El resto no son más que especulaciones entre amigos. El resto, al fin y al cabo, no le importa a nadie.

Imagino ahora el capítulo de su libro dedicado a la creación de Amor a Roma, porque no puede por menos de dedicarle un capítulo a esa brillante página en la vida de Raúl: su primera novela, la obra que lo lanzó a la fama, que le hizo colocarse entre los recién llegados autores latinoamericanos que conquistaban el mundo a mediados de los años sesenta con su desparpajo, con su punta de salvajismo en los temas y su falta de respeto por las convenciones literarias más arraigadas, con su nueva mirada barroquizante, llena de hermosas supersticiones bárbaras aclimatadas a las tierras más frías de esta Europa nuestra tan civilizada y tan *blasée*.

André se lo ha contado ya, yo misma estaba delante. Y se lo habrá contado

mientras tanto en otro par de ocasiones, con más detenimiento, con más alharaca. Lo conozco bien, pobre André, haciendo toda la vida de escucha y confidente, de admirador incondicional, y elevado ahora por la magia de su biografía de Raúl al grado de testigo presencial, de hagiógrafo, de evangelista casi —y perdone la blasfemia—. Aunque no he estado presente en esas otras conversaciones, he oído tantas veces la historia que podría narrarla en detalle sin miedo a equivocarme, pero no voy a hacerlo por temor a caer en la redundancia. Lo que le voy a contar es lo que André no sabe, no ha sabido nunca porque nunca me sentí con fuerzas de hacer lo que hubiese sido necesario para que me creyera.

Venga conmigo. Atrás en el tiempo, hasta una soleada mañana de septiembre —¿por qué no iba a ser soleada, si la estoy creando ahora exclusivamente para usted?— en la que Raúl, que aún no había empezado sus clases en la Sorbona, fue a visitar a André a nuestro regreso de Roma.

Llegó silbando a la editorial, como siempre, con las manos en los bolsillos del pantalón de tergal y la vista perdida en alguna cornisa adornada con hojas de acanto; saludó efusivamente a Adeline, una secretaria que André había heredado de su padre, con la editorial, y entró directamente al despacho, a pesar de que André estaba al teléfono y tuvo que contentarse con una sonrisa esplendorosa y un saludo con los ojos hasta que quedó libre para el rápido abrazo de oso que Raúl le dispensaba cuando hacía tiempo que no se veían.

Pidieron café a Adeline y pasaron casi una hora cotilleando sobre los conocidos de París y de Roma, riéndose mucho, ignorando el timbre del teléfono que sonaba en la mesa, desgañitándose como si sonara en el corazón del desierto para quedar mudo al cabo de ocho o diez timbrazos y volver a sonar de nuevo a los pocos minutos.

Cuando se acabó el café y la hora empezó a parecer propicia para las primeras cervezas, antes de bajar al bistro, André le enseñó las cifras de ventas de Fantasmas del silencio y estuvieron un rato congratulándose el uno al otro con lo que parecía que, al fin y al cabo y sin que nadie lo hubiera podido imaginar, iba a ser un pequeño negocio, considerando que iban por la tercera edición de un librito bastante extraño escrito por un autor casi totalmente desconocido. André debió de cargar las tintas en su ya habitual e hiperbólica capacidad de adulación, y entonces fue cuando Raúl empezó a resbalarse por la limosa orilla que lo llevaría al pantano de donde ya nunca fue capaz de salir.

He oído la versión de André; oí hace tiempo y muchas veces la versión de Raúl y, como un biógrafo —como usted, sin ir más lejos—, de las dos saco la mía, que quizá sólo difiera en un par de detalles de la de ellos, pero, como pronto verá, se trata de detalles de una cierta importancia.

Raúl estaba admirando una novela particularmente curiosa de otro argentino afincado en París, oyendo con una sola oreja, como solía hacer cuando algo sólo le interesaba marginalmente, la información que André le estaba proporcionando sobre su compatriota, un tal Julio Cortázar, a quien entonces ni Raúl ni yo conocíamos, y

mientras pasaba las hojas del libro hacia atrás y hacia adelante, preguntándose quién sería aquel tipo que había tenido tan loca idea y quién sería el loco del editor que había decidido presentarlo al público, André le preguntó a bocajarro:

—¿Tú no podrías hacer una cosa así, Raúl?

—¿Así? ¿Querés decir como un rompecabezas, como un modelo para armar?

—No, no, eso ya lo ha hecho él. Quiero decir una cosa que sea como lo que haces en los cuentos, pero en novela; algo que resulte nuevo, original, que rompa las normas, que nunca se haya hecho.

—¿Como el Don Quijote? —preguntó él, alzando una ceja en ese gesto tan suyo.

—Sí, pero para los años sesenta. O para los setenta, si lo prefieres. Algo impactante —André lo miraba a la expectativa, seguro de que conseguiría algo.

—Que solo entiendan los críticos —apuntó Raúl.

—No. Que tampoco lo entiendan los críticos, pero que le guste a todo el mundo, especialmente a los jóvenes.

—Yo nunca he hecho novela. No me veo capaz de pasarme meses y meses sobre lo mismo. Lo mío son los momentos fulgurantes de donde salen los cuentos y los poemas. Una novela es trabajo, André.

—Piénsala como si fuera un relato. Piensa en qué podrías decir si quisieras decir cosas, sin límite de páginas. ¿De qué hablarías?

Raúl se quedó un rato en silencio, recordando los meses pasados en el palomar de la Via Margutta. No sabía qué decir. Todo lo que necesitaba escribir lo había escrito ya en veinte relatos y un par de docenas de poemas. André lo miraba dándole ánimos, poniendo esa cara que él pone cuando está seguro de que si te exprime un poco más acabarás dando jugo, como un limón. Raúl no podía fracasar ante André: podía decirle que hacer una novela era trabajo, todo el mundo conocía su proverbial pereza, pero no podía decirle que no se le ocurría nada. Eso habría hecho mucho daño a su dignidad. Así que empezó a hablar, sin sabor todavía adónde se dirigía.

—Habría de tipos y minas en Roma. De la Casina Valadier, del Trastevere, de las callejas junto a Campo del Fiori, de las noches de luna en el Colosseo..., de los gatos..., de los pisos de estudiantes y las terrazas de Via Véneto...

—Sí. Ése es el ambiente. ¿Y el tema? ¿De qué hablarías?

—Del amor..., quizá. Y de la inmortalidad.

—Sí.

—Y habría viejos que verían por otros ojos la luz dorada de los jóvenes y se agarrarían a la vida para devorar los últimos momentos, como fieras.

—Sí. Sigue, sigue. ¿Quién narraría?

Raúl se había puesto de pie y sus ojos se habían perdido de repente más allá de la ventana del despacho de André. Los dos ojos perdidos en sus órbitas, arriba a la derecha, recordando la novela que narraba.

—Muchas voces. Habría muchas voces. El lector se perdería primero entre tantas voces y luego se sentiría feliz y arropado al darse cuenta de que quien habla es la

ciudad, es Roma.

Empezó a pasear arriba y abajo del despacho mientras hablaba, moviendo las manos, subrayando aspectos, contándose a sí mismo lo que veía, deslizándose cada vez más, sin darse cuenta, olvidando que no estaba solo, que hablaba para alguien y que ese alguien era su editor.

—Es más que Roma, de hecho, porque muchos personajes vienen de otros países; es Europa la que habla y establece un diálogo con América, con la América latina de la civilización europea que aún tiene algo de barbarie en el fondo. Y es el deseo de alcanzar esa barbarie, pero no para civilizarla, sino para entregarse a ella, como a un culto dionisiaco recién recuperado, como en el punto de inflexión entre el Barroco y el primer Neoclasicismo, ¿entendés? Todos son gentes que saben que la vida es apariencia, que todo es efímero..., y a la vez saben que si no es ahora, no será nunca, porque la alternativa es la simetría, el equilibrio, el estúpido decoro de una vida infinitamente reglamentada y aburrida. Es como un juego entre lo apolíneo y lo dionisiaco, como un paseo en el alambre entre el *ubi sunt* y el *carpe diem*, ¿lo entendés, André?

André asentía con la cabeza, sin atreverse a pronunciar una palabra que pudiera romper el flujo mágico del discurso de Raúl.

—Y todos los personajes tendrían palíndromos por nombre: Anna, Ava, Otto..., ¡qué se yo! Porque lo importante es que el principio es como el final, ése es el toque..., es lo que buscas, ¿no? Que haya algo diferente. Toda la novela es un palíndromo.

—Sí, Raúl —dijo André al ver que seguía con la mirada perdida, en silencio—. Eso es. Eso es lo que buscamos. Escribe esa novela. Ya la tienes, ¿no te das cuenta? Es sólo escribirla. Ya la tienes.

Raúl se sacudió de pronto, como si acabara de despertarse de un sueño.

—No. No la tengo.

André esbozó su sonrisa de suficiencia:

—Apostaría a que ya tienes algunos fragmentos escritos. ¿Me equivoco? Ni siquiera un genio como tú es capaz de improvisar así, sin más, sin haber pensado mucho en ello, sin haber escrito unas cuantas páginas.

Raúl sonrió, halagado:

—Sí, hay unas páginas —concedió—. Pero las tiene Amelia.

Ésa debió ser la única intromisión de su conciencia, un segundo apenas.

—¿No puedo leerlas?

—Aún no. Espera. Veré qué se puede hacer.

—¿Sabes ya cómo se llama? —preguntó André, ansioso.

—Tenemos Somos o no somos o Amor a Roma. Los dos son palíndromos.

—Amor a Roma. Suena mejor.

—El otro tiene más sentido.

—Ya lo pensaremos. Espera aquí un momento.

André entró en tromba al despacho de Adeline, que ya estaba a punto de hacer su pausa del almuerzo, y volvió un par de minutos después con una cuartilla mecanografiada:

—Firma esto. Es un precontrato por Amor a Roma. ¿Te parece bien el anticipo? Te advierto que no te puedo dar más, pero lo superaremos con creces si todo sale como yo espero.

Quiero pensar que le tembló la pluma en la mano al firmarlo, pero nunca lo he creído realmente. En aquellos momentos, Raúl estaba convencido de su propia genialidad y su trazo fue firme, como siempre, victorioso, resuelto. Su firma quedó estampada bajo las mayúsculas AUTOR, junto a la de André, EDITOR.

Yo siempre he creído que, en ese momento, Raúl aún no se había dado cuenta cabal de que la novela que acababa de contarle —que acababa de venderle— a André era la mía, la novela que yo había escrito en nuestros dos años en Roma.

Ari volvió de la librería deseando meterse bajo la ducha para entrar en calor, acomodarse en la cama con una taza de café y ponerse a leer el libro que acababa de comprar. Después de la última conversación con André, le había quedado claro que tenía la posibilidad de hallar una pista, quizá importante, leyendo el relato de Barbey d'Aurevilly que al parecer había inspirado a Raúl el nombre amoroso que le dedicaba a Amelia en los primeros tiempos y que después, incomprensiblemente para todos, cambió por su apellido, a la muerte de Amanda.

Sabía que tendría que dedicar también unas horas a seguir escribiendo el artículo que había prometido entregar y que había empezado ya, pero no se sentía con ánimos, porque cualquier cosa que no se refiriera directamente a la biografía de Raúl le parecía una pérdida de tiempo.

Puso la cafetera en marcha, se desnudó y se metió en la ducha con un agua que habría servido para escaldar cangrejos. El invierno había llegado casi de repente y París se había convertido en una ciudad inhóspita, fría y gris, donde todo el mundo andaba con la cabeza gacha y el cuerpo oculto bajo varias capas de tejidos de colores oscuros, la famosa elegancia parisina que, con una total falta de lógica, dictaba que los meses menos luminosos del año tuvieran que ser acompañados de marrones, negros y grises, en lugar de rojos y amarillos que habrían podido poner un toque de color al paisaje urbano, como se hacía en los países del Norte.

Arropado en el albornoz y con una taza gigante de café con leche al alcance de la mano, se dejó caer en la cama y empezó a leer el relato del que le había hablado Amelia: *Le bonheur dans le crime*, La felicidad en el crimen.

La historia comenzaba en los primeros años del siglo XIX, en el Jardín des Plantes de París, el parque que, todavía hoy, alberga el zoológico. Dos caballeros burgueses observan una escena que les llama la atención: una pareja elegante de alrededor de cuarenta años pasea junto a las jaulas de las fieras. Ambos son altos, altivos, bellos, y

la multitud se aparta, admirada, a su paso, hasta que se detienen frente a la fiera más hermosa del parque: una pantera negra traída de Java.

La mujer, también vestida de negro, se queda mirando fijamente a la pantera hasta que es ésta la que baja la vista, y entonces la dama desabrocha lentamente los doce botones de su guante violeta, mete la mano entre los barrotes y, con el guante, azota las fauces de la fiera que en ese momento salta y se lo traga, mientras la mano se retira, intacta. El caballero que acompaña a la dama, después de llamarla «loca» con un cálido acento, le besa apasionadamente la mano y el brazo descubiertos y, dándose la vuelta, ignorando a la gente que murmura, se retiran despacio por la alameda, aún cogidos de las manos y mirándose a los ojos, hasta un coche de caballos que los espera a la salida.

Los dos hombres que han presenciado la escena comentan lo que han visto y uno de ellos, que resulta ser el médico de la pareja, comienza a contarle al otro la historia de esos «seres superiores», el conde y la condesa de Savigny.

Entonces sonó el teléfono y, por un segundo, Ari pensó en limitarse a dejarlo sonar y devolver la llamada más tarde, cuando hubiera terminado de leer el relato, pero podía ser Amelia y a Amelia no se la debía hacer esperar, así que se incorporó, estiró el brazo evitando derramar la taza de café y consiguió cogerlo al cuarto o quinto timbrado.

La voz que preguntaba por el profesor Lenormand era masculina y desconocida.

—Buenas tardes, profesor. Le habla Michel Laqueur. Soy hijo de Maurice Laqueur. Dejó usted un mensaje en mi contestador hace un par de días.

—Claro, dígame —contestó, sentándose bien derecho en la cama y echando una mirada a su alrededor para localizar algo con lo que escribir, de hacerse necesario.

—Verá, he tardado un poco en ponerme en contacto con usted porque tenía que consultar primero con mi padre, ¿comprende?

—Sí, sí, por supuesto.

—Está de acuerdo en recibirlo para una entrevista.

—¡Estupendo!

—No se alegre tan pronto, profesor. Verá, es que mi padre..., no es que sea tan viejo, pero...

—¿Sí? —animó Ari.

—Pues verá, el caso es que mi padre vive desde hace un par de meses en una... residencia para personas de la tercera edad y, aunque él está de acuerdo en hablar con usted, yo no sé si..., vamos, si le va a servir de mucho.

—¿Está tratando de decirme que las facultades mentales de su padre...? —dejó la frase sin terminar porque de pronto no se le ocurría cómo formular lo que estaba pensando sin que resultara insultante.

—No. Bueno, no siempre. Está... un poco distraído, ¿comprende? Tiene ciertas lagunas de memoria. Verá, yo fui a visitarlo ayer y le hablé de usted..., le voy a ser sincero..., le hablé de usted para animarlo un poco, para mostrarle que aún hay gente

que se interesa por él y por su vida. La verdad es que no pensaba que se lo tomara en serio, pero parece que le ha hecho mucha ilusión y por eso le llamo. Pero quería avisarle de que..., ya me entiende. Es un principio de demencia senil.

—Pero ¿cuántos años tiene su padre? —Setenta y seis.

Tres menos de los que tendría Raúl, calculó Ari automáticamente.

—Me encantaría visitar a su padre, señor Laqueur. —Bien, muy bien. Sólo quería prevenirle de que puede darse el caso de que no recuerde mucho o de que recuerde cosas que nunca sucedieron así. Hace poco, hablando conmigo, se inventó una hermana que nunca tuvo y no hubo forma de convencerlo de que yo sólo tengo tíos varones. Pero, como tantas veces pasa, parece que cuanto más antiguo es el recuerdo, más claro se conserva en su mente.

—¿Cuándo podría visitarlo?

—Cuando quiera. Todos los días de dos a cinco es hora de visita. ¿Tiene algo para apuntar?

Ari se levantó, fue hasta la mesa y cogió el rotulador rojo con el que el día antes había estado corrigiendo los trabajos de sus estudiantes, apuntó la dirección que le daba Laqueur y preguntó cómo llegar hasta allí.

Antes de colgar, hizo una última pregunta:

—Disculpe, ¿usted no sabrá nada del escritor que me interesa, Raúl de la Torre? Quiero decir, que cabe en lo posible que su padre, cuando aún estaba..., ah..., en plena posesión de sus facultades, le hubiera hablado de él, de su amistad, de amigos comunes de la época...

—Alguna vez lo nombraba, sí. Sobre todo cuando su suicidio, hará..., no sé..., diez o doce años. —¿Recuerda algo en concreto?

—Sólo recuerdo que estaba muy orgulloso de haber sido amigo suyo y que al parecer nunca tuvo suerte con las mujeres. Decía algo así como que una estuvo a punto de matarlo y la otra lo mató por fin. Supongo que no lo decía en sentido literal.

—Muchas gracias, señor Laqueur. Me ha ayudado usted mucho.

—Eso espero, profesor. Mucha suerte con la entrevista. Ojalá consiga sacar algo en limpio. ¡Ah!, y llévele bombones de licor. Le encantan.

Los años no habían sido caritativos con Maurice Laqueur. El hombre que lo miraba desde el otro lado de la mesa apenas si conservaba algún parecido con el que mostraban las fotos de los álbumes de Armand. Tenía totalmente blanco el poco pelo que le quedaba, las cejas grises e hirsutas y unas grandes bolsas rojizas bajo los ojos; su sonrisa dejaba ver una espléndida dentadura postiza que, de haberle sido vendida en una zapatería, se habría dicho que no era de su número. Iba vestido con una camisa a cuadritos abrochada hasta el último botón, una chaqueta de punto marrón, muy gastada, y unos pantalones de pana gruesa que le quedaban grandes. Los pies iban embutidos en unas enormes zapatillas naranja con cabeza de jirafa.

—Regalo de los nietos —dijo al seguir la mirada de Ari—. Son horribles, ya lo sé, pero calientes. Y aquí a nadie le importa la moda.

Los ojos del viejo, de un color azul desteñido y acuoso, chispeaban, y a Ari le costó un esfuerzo recordarse a sí mismo que, según su hijo, no tenía la cabeza muy firme sobre los hombros. A él le parecía absolutamente lúcido.

—A ver, dígame, ¿qué quiere saber?

Ari le mostró unas cuantas fotografías de grupo:

—Dígame si reconoce a alguien.

Laqueur sacó unas gafas de lectura del bolsillo de la chaqueta y estudió las fotos con calma.

—A todos. Pero no sé si me acordaré de los nombres. A ver...

Ari sacó las fotocopias que había hecho de las fotos y empezó a apuntar los nombres que decía Laqueur, un nombre encima de cada cabeza, como en los iconos bizantinos.

—Armand. Raúl, Anne, Mirielle, Jean Paul (éste era percusionista, muy bueno), Mandy, Robert y Aline.

—¿Quién era Aline, esta del pelo cardado?

—Sí. Tenía una voz preciosa y cantaba a veces con ellos en algún club, pero se echó novio pronto y a él no le gustaba que se exhibiera en público, así que lo dejó.

—¿Eran todos gente del jazz?

—Casi todos. Todos de la barra de Armand. A él sólo le gustaba la gente que sabía hacer cosas y, sobre todo, los músicos. —¿Usted también era músico?

Laqueur se echó a reír, una risa de viejo, sincopada y larga. Los ancianos que, en grupos de tres o cuatro, estaban sentados por los alrededores los miraron con expresión de reproche, como si alguien se hubiera reído en un funeral.

—No. Pero yo le arreglaba muchos contratos, yo ponía en contacto a la gente cuando les faltaba un bajista o un buen trompeta..., esas cosas. Y le hacía propaganda por ahí: hacía correr la voz de dónde y cuándo iban a tocar. A mí me necesitaba. Yo le presenté a Raúl, por ejemplo.

—Y a Amelia —añadió Ari.

El viejo se le quedó mirando con picardía, una ceja alzada y el otro ojo casi cerrado.

—¿Por qué a Amelia?

—No sé. Tengo la impresión de que siempre iban juntos a todas partes.

—No. No a todas partes. Eran muy cómplices, es cierto, pero cada uno tenía su vida.

—Entonces, ¿Amelia no formaba parte del grupo? Laqueur negó con la cabeza.

—Sin embargo, Armand tenía en su agenda el número de ella, con su nombre en francés: Amélie.

—Pero no tenía el de Raúl, supongo. —¿Cómo lo sabe?

Volvió de nuevo el alzamiento de ceja, seguido de un guiño:



—Porque Raúl era muy cuidadoso con su reputación.

—No le sigo.

El viejo destapó parsimoniosamente la caja de bombones que le había traído Ari y se la tendió. Ari negó con la cabeza y él, con un encogimiento de hombros, se dedicó a observar los distintos modelos, antes de elegir uno y metérselo en la boca con una sonrisa de satisfacción.

—En esa época, Raúl acababa de alcanzar la fama: su nombre era ya conocido en los círculos intelectuales, escribía para varias revistas, habían empezado a entrevistarle y a preguntarle su opinión sobre los temas más variados. El ambiente en el que nosotros nos movíamos no era muy recomendable para una celebridad intelectual. Era..., ¿cómo describirlo?..., demasiado lumpen... Mucho alcohol..., drogas..., horarios caóticos... Raúl era un buen burgués, atraído por nuestro ambiente como una polilla a una llama. Se acercaba, revoloteaba cada vez más cerca, pero no quería quemarse. Cuando se asustaba, se volvía durante un tiempo a su propio mundo, con Amelia, con André, con la gente fina y *comme il faut*. Cuando no aguantaba más, venía de nuevo.

—¿Se podría decir que era un ambiente de extrema izquierda?

Laqueur se echó a reír otra vez, hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Se los secó con el dorso de la mano y se metió otro bombón en la boca.

—Entonces casi todo el mundo decía que era de extrema izquierda. Incluso Raúl, cuando lo pescó Mandy.

—¿Cómo fue? ¿Usted lo sabe?

Por la expresión divertida del viejo cruzó de repente como una nube y Ari tuvo la sensación de que se alejaba de él, como si se adentrara por un camino solitario y privado. La luz grisácea de la tarde atravesaba los grandes ventanales y se derramaba por el salón sin crear sombras, haciendo un efecto bidimensional, convirtiendo la profusión de plantas naturales en un escenario de papel pintado y el rostro de Laqueur en una máscara plana. Pasaron dos bombones hasta que contestó.

—Mandy siempre había sido una loca. Había venido de Polonia, creo, en uno de esos movimientos migratorios de la época, sin nada más que un bolso de tela y su melena roja. Durante un par de años fue una especie de musa underground. Te la encontrabas en todas partes, a todas horas, con todo el mundo. Estaba como un tren, ya se habrá dado cuenta por las fotos.

Ari sonrió ante la expresión, que hacía siglos que no había oído, y asintió para animarlo.

—No hacía nada concreto, iba y venía; nadie sabía de qué vivía, ni dónde, ni con quién. Había mucha gente así entonces, ¿recuerda? Luego, de repente, cambió de peinado, de ropa y de actitud, y entró a trabajar en la editorial. En nada de tiempo era directora literaria para la colección latinoamericana y empezó a llamarse Amanda. Entonces fue cuando empezó a reclutar intelectuales.

—¿Reclutar?

—Para la causa —dijo en voz muy baja pero decidida, como si fuera evidente.

—¿Para qué causa?

El viejo dirigió la vista hacia arriba y la paseó medio minuto por el techo; luego hizo un gesto discreto, con las manos en el regazo, como indicando que había alguien escuchando la conversación.

—La causa. Ya sabe.

—Perdone, pero no acabo de entender lo que me está diciendo.

—¿Le parece que salgamos un momento al jardín?

—Está lloviendo.

Ari estaba perplejo. La conversación, que había sido enteramente normal, estaba empezando a tomar tintes poco tranquilizadores.

—Pero podría fumarme un cigarrillo bajo la pérgola. Aquí dentro no dejan.

Le lanzó una mirada que pretendía ser significativa y se levantó trabajosamente. Ari lo imitó y siguió a Laqueur que, despacio, arrastrando las jirafas sobre el suelo de linóleo verde, fue acercándose al mostrador de recepción agarrando la caja de bombones. Dos enfermeras jóvenes, una subida en una larga escalera y la otra sosteniéndola, colgaban guirnaldas navideñas en el vestíbulo. Pasaron junto a ellas, ambos en silencio, seguidos por varios pares de ojos ancianos, hasta que llegaron a la puerta de entrada, que se abrió con un suspiro neumático.

Se sentaron en el banco que había bajo la pérgola y Laqueur sonrió, satisfecho.

—Aquí no nos oye nadie. Pero habrá que darse prisa o nos quedaremos helados.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo que debía de llevar semanas allí, a juzgar por su aspecto, se encendió un cigarrillo, sin ofrecerle a Ari, y continuó hablando como si no se hubiera interrumpido:

—Ellos le pagaban y ella buscaba víctimas adecuadas, gente de relieve que estuviera dispuesta a hacer propaganda en público, ¿entiende?

—Lo siento. No sé de qué me habla.

Laqueur acercó la boca a la oreja de Ari. Olía a viejo, al coñac de los bombones y al Gauloises que se estaba fumando. Ari tuvo que hacer un esfuerzo físico para no apartarse de él.

—Los comunistas, amigo mío. A mediados de los setenta ya casi no quedaba nadie que defendiera en público la revolución cubana, por ponerle un ejemplo —susurró.

—¿Los comunistas? ¿Me está diciendo que Amanda era una agente comunista?

—¡Shhh! Yo lo sé porque también lo intentó conmigo, más discretamente, claro. Conmigo fue..., ¿cómo lo llamaban?..., un acercamiento. Supongo que le interesaba ver si a través de mí podía acercarse a los que de verdad le interesaban, como era el caso de Raúl.

—Pero Raúl nunca tuvo auténtica conciencia política. Al menos es lo que dice su mujer.

—Tiene razón. Es sencillamente absurdo imaginarse a Raúl de comunista

militante.

—Sin embargo, durante unos años, es indudable que lo fue.

—De boquilla, amigo mío. No le quedaba más remedio. Amanda lo tenía bien cogido por las pelotas —subrayó sus palabras con un gesto casi obsceno, cerrando el puño como para agarrar un objeto invisible.

—¿Cómo?

Laqueur se encogió de hombros y mostró las palmas hacia arriba, en obvia confesión de ignorancia, mientras el cigarrillo seguía colgando de su labio.

—A cambio de algo que él quería, supongo. Ya le he dicho que Amanda era una mujer... muy notable —hizo un gesto obvio con los pulgares abombando el pecho—. Al menos fue lo que me ofreció a mí.

Ari recordó la conversación con Yves y André en el restaurante, cuando medio en broma habían barajado la posibilidad de que Amanda fuera una domina y Raúl hubiera descubierto con ella los placeres del sadomasoquismo. Sin embargo era algo que no le convencía, que no conseguía identificar con él.

—¿Y usted cree que Raúl se hizo públicamente comunista a cambio de llevársela al catre?

—¡Pse! La verdad es que no creo. A Raúl nunca le gustó Amanda. No me pregunte cómo lo sé: son cosas que se notan.

—¿Entonces?

Hubo un largo silencio que Laqueur acabó rompiendo con una sola palabra dicha en voz tan baja que durante un segundo Ari pensó que no la había entendido:

—Chantaje.

—¿Chantaje? ¿Lo dice en serio?

—Es lo único que se me ocurrió entonces y lo único que se me ocurre ahora.

—Pero ¿qué clase de chantaje? ¿Con qué?

—Con algo que Amelia no sabía y que Raúl no quería que supiera, evidentemente.

—Pero unos meses más tarde se divorció de ella para casarse con Amanda. No parece lógico.

—Entonces sería con algo que nadie debía saber, no sólo Amelia. ¿Nos vamos dentro? Me estoy helando.

—¿Había alguien más en su grupo que supiera... todo eso que me ha contado? —preguntó Ari, tratando de no parecer tan desconfiado como se sentía.

—No se fía de mí, ¿verdad? Mi hijo debe de haberle dicho que estoy gagá.

—No, no, en absoluto —mintió Ari, esperando que no se le notara demasiado—. Es que todo investigador debe asegurarse de sus fuentes y contrastarlas.

—Armand lo sabía, por supuesto. Él y Amanda eran íntimos. Pregúntele a él.

En ese momento Ari se dio cuenta de que Laqueur no estaba informado de la muerte de Armand y no supo si decírselo. Decidió no hacerlo: el viejo estaba demasiado cerca de su propia muerte como para recibir ese tipo de noticias.

—Los otros no creo que supieran nada. No eran bastante importantes y no creo que tengan muchos recuerdos claros de aquella época. Si yo me acuerdo es porque fue la única vez en mi vida en que una mujer de bandera se interesó por mí.

—¿Con éxito? —sonrió Ari.

—¡Figúrese! Le presenté a Raúl, que era lo que ella quería.

## CAPÍTULO 5

André salió un momento de la cocina, echó una mirada circular por el salón, cambió una sonrisa con Yves, que estaba encendiendo las velas de la mesa, y suspiró con satisfacción:

—Para ser patólogo, tienes un sentido estético incomprensible, querido. El centro de mesa te ha quedado divino.

—Muchas gracias. Son ya demasiadas Navidades de verte arrugar la nariz ante mi elección, y este año he decidido ir a lo seguro y encargarlo todo en blanco, para que no te sulfures.

—Sí, he de confesar que siento debilidad por las camelias.

—Como la Dama —Yves terminó de encender las velas blancas que flotaban en dos cuencos de plata sobre el mantel de brocado blanco, se acercó a la esquina de las bebidas y volvió con dos altas copas de champán; le entregó una a André y las chocaron con un tintineo—. Por nosotros y el futuro.

—Por suerte aún no ha venido Ari; si no, tendríamos que brindar también por el pasado —comentó André, socarrón.

—¿A quién le importa el pasado? —Yves puso la mano en la nuca de André y lo besó en los labios—. ¿Qué menú tenemos, chef?

—Sorpresa. Y hablando del menú, tengo que volver a los fogones. Deben de estar a punto de llegar. Encárgate tú y no los dejes acercarse a la cocina, ¿de acuerdo?

En ese momento sonó el timbre y André desapareció a toda prisa tras las puertas batientes mientras Yves iba a abrir. Aún no había terminado de colgar el abrigo de Ari cuando volvió a sonar el timbre.

—Increíble —comentó Yves—, nuestra hermosa bruja llega puntual. Debes de ser una buena influencia en su vida, Ari.

—¿Bruja?

—Malie-Malou, la *belle sorcière*, así es como firma sus libros infantiles, ¿no lo sabías?

Ari asintió y, dejando a Yves en el vestíbulo esperando a Amelia, entró al salón para poner sus regalos bajo el árbol de Navidad.

El salón había adquirido esa noche un aspecto mágico: decenas de velas lo

iluminaban suavemente, el fuego estaba encendido en la chimenea y el árbol —un ejemplar inmenso de abeto alpino— rutilaba enojado con estrellas y bolas del color del hielo. La decoración navideña, en tonos blancos y platas, contrastaba agradablemente con las alfombras rojizas y los sofás de un azul profundo. Era como una estampa de un libro de cuentos infantiles y, por un momento, Ari se sintió de nuevo niño, aunque en su casa nunca habían tenido un ambiente tan refinado.

Al oír la voz de Amelia en el recibidor, se apresuró a dejar sus paquetes debajo del árbol y se volvió para saludarla. Se había puesto un vestido largo, de color marfil, con una chaquetilla tipo bolero del mismo tono y unos pendientes finos que le llegaban casi hasta los hombros.

—Está usted preciosa, Amelia —y no era sólo un cumplido de circunstancias, lo estaba realmente. Cada vez que la veía pensaba en lo hermosa que debía de haber sido en su juventud, si ahora que ya había cumplido los sesenta seguía produciéndole esa sensación en el estómago, ese azoramiento incomprensible que lo llevaba a apartar la vista enseguida para que ella no lo sorprendiera mirándola embobado.

Ella le contestó con una sonrisa:

—Por eso me gusta reunirme con hombres: porque siempre le hacen a una algún cumplido.

—Le juro que soy sincero.

—Yo también. ¡A ver!, ¿dónde está el cocinero? —preguntó Amelia, agradeciendo con la cabeza la copa que le acababa de traer Yves.

—Ni se te ocurra acercarte por la cocina. Lo tenemos prohibido.

—Mucho mejor. Cuénteme —dijo volviéndose hacia Ari—, ¿cómo va el libro?

—Avanzando. Tengo ya dos capítulos, Los menos difíciles, claro.

—No sabía yo que hubiera en la vida de una persona capítulos fáciles y difíciles.

—Los hay, se lo aseguro. De unos tengo suficiente información (ésos son los fáciles) y de otros apenas consigo comprender las concatenaciones de sucesos, ésos son los difíciles.

—Pero, muchacho, ¿qué quiere usted comprender? Las vidas son como son; no hay nada que comprender.

—¿Y si lo dejamos? —sugirió Yves—. Es Nochebuena, queridos míos, no hay por qué hablar de trabajo, aunque, si os hace ilusión, puedo contaros la autopsia que he hecho esta tarde.

Los dos hicieron los esperables ruidos de asco, que coincidieron con la entrada triunfal de André con una bandeja de *hors d'oeuvres*.

Hora y media más tarde, sentados de nuevo en los sofás, frente al fuego, André decidió que, a pesar de que aún no eran las doce, ya podían empezar a abrir los regalos. Yves le había comprado a André un batín de seda negra y un juego de cuchillos de cocina; André había elegido una camisa de seda italiana y un vale por un fin de semana romántico en Chenonceau; los dos le habían regalado a Amelia un juego de camisón y bata de color lavanda, de satén, con encajes crema, y para Ari,

André había elegido una corbata «porque estoy harto de verte con esas monstruosidades que te cuelgas al cuello cuando quieres parecer elegante», e Yves un libro recién aparecido: Moscú y su política cultural en el Occidente europeo en la segunda mitad del siglo xx.

Ari les dio a Yves y a André dos paquetes gemelos que contenían un juego de estilográfica y bolígrafo.

—Ya sé que no es muy original, pero es que no se me ocurría nada, aparte de libros. Y regalar libros a un editor me parecía como lo de llevar búhos a Atenas —se disculpó.

Al cabo de unos momentos, cuando se hubieron acallado las exclamaciones y los agradecimientos de unos y de otros, Amelia se puso en pie, buscó detrás del árbol la bolsa que había depositado nada más llegar, y entregó a sus dos amigos un paquete plano que, una vez desembalado, los dejó sin habla.

—¿Es... —balbuceó André, cuando pudo hablar de nuevo—, es...?

—No me digas que no lo reconoces.

Era un cuadro de tamaño mediano, de estilo impresionista, que representaba unos barquitos en un río cabrilleante de luz.

—¿Es el Sisley? ¿Tu Sisley? —André tenía los ojos desencajados detrás de las gafas.

Ella asintió con la cabeza, seria.

—Sé que siempre os ha gustado y, como yo no voy a vivir eternamente y no somos familia, es difícil dejároslo en herencia. El certificado de donación y los documentos de propiedad están aquí —dijo tendiéndoles un sobre grande—. Todo legal.

—Pero..., pero..., Amelia, por Dios —Yves estaba casi ofendido—. Los regalos que nos hacemos son tonterías con buena intención. Esto vale una fortuna.

—Sois mis únicos amigos. Quiero que sea vuestro y no se hable más. Pero si os separáis, tenéis que prometerme que lo donaréis al Musée d'Orsay.

—¡Amarrados de por vida por un maldito cuadro! —exclamó André en su mejor voz bufonesca, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Y a usted, Ari, también le he traído una pequeñez. Aquí tiene —le tendió un paquetito cerrado con un lazo de plata—. Me habría gustado regalarle la pluma de Raúl, pero él no escribió a pluma en su vida. Las que tenía era las que le regalaban a él, pero jamás las usó. Siempre escribió a máquina o a lápiz para sus anotaciones. Le he traído lo más personal de lo que conservo. Pensé que le haría ilusión.

Ari abrió el paquete con manos temblorosas y se mordió los labios. En la caja, forrada de terciopelo negro, había un reloj de pulsera de oro, un modelo antiguo.

—Siempre fue un esnob —añadió con una sonrisa—; ya se lo he dicho muchas veces. En cuanto empezó a ganar dinero, se compró un Rolex. Lo llevó toda su vida. Como no tuvimos hijos, no tengo a quién dárselo y dudo que haya alguien en el mundo que lo aprecie más que usted. ¡Y a ver si cerráis la boca! No os podéis

imaginar la cara de tontos que se os ha puesto a todos. ¿Quién me sirve otra copa?

Yves se precipitó a rellenar su copa de champán mientras André se acercaba a Ari para admirar el reloj:

—Hacía siglos que no lo había visto —comentó.

—Claro —dijo Amelia—, yo nunca me pondría un reloj de caballero de ese tipo. A ver, Ari, ¿no me ha traído nada? ¿Dónde está mi regalo de Navidad?

—Me da vergüenza, Amelia. Yo no sabía qué tipo de regalos se hacen ustedes. Lo mío no es más que una tontería.

—Si lo ha comprado para mí, es mío y soy yo quien decide si es una tontería. Y no se crea que esto pasa todos los años. Esta vez es una Navidad especial.

—¿Por qué? —preguntó Yves—. ¿Porque es la primera Navidad del nuevo milenio?

Ella quedó un momento en silencio y enseguida sonrió, aprobadora:

—Exactamente. Veo que eres de los pocos que saben que el nuevo milenio ha empezado en el 2001 y no en el 2000. ¿Ari? —dijo tendiendo la mano hacia él. En su muñeca brillaba una fina pulsera de diamantes.

Ari le alcanzó un pequeño paquete de forma cúbica. Amelia lo destapó lentamente, como si disfrutara de la tensión que subía cada vez más. Dentro de la caja había un pisapapeles de cristal azul intenso, con unas pequeñas burbujas atrapadas en su centro y unas finísimas volutas de un tono violáceo.

Amelia hizo una profunda inspiración y lo sostuvo frente a sus ojos, contra la luz:

—¿Cómo ha sabido que adoro los pisapapeles? —preguntó en voz baja—. ¿Se lo has dicho tú, André?

—Juro que soy inocente —se defendió él.

—Y ¿cómo ha sabido que éste es el color de mi alma, profesor? ¿Tan transparente soy?

—¿Le gusta? —preguntó Ari, encantado.

—Le doy las gracias de todo corazón, querido Ari.

—¿Me concederá más entrevistas? —preguntó, tratando de romper la tensión—. Para eso lo he comprado, ¿sabe?

—Me temo que no podré negarme —tomó un sorbo de su copa y puso la otra mano sobre el pisapapeles que reposaba en su regazo—. ¿Y si pusierais el cuadro ahí enfrente? A ver cómo queda.

Yves y André despejaron la repisa de encima de la chimenea y colocaron el Sisley contra el espejo, para que se viera bien desde el sofá. Mientras ellos estaban ocupados, Amelia se inclinó hacia Ari y le tendió un sobre de color marfil:

—Éste es su segundo regalo. No estaba segura de ir a dárselo, pero ahora lo estoy. Léalo más tarde, cuando esté solo.

Cuando Yves y André se giraron hacia ellos, después de haber colocado el cuadro, el sobre había desaparecido en el bolsillo interior de la americana de Ari.



Cuando volví a casa, hace un rato, después de nuestro paseo por el Luxemburgo y del café de después, estuve dándole vueltas al tema —a uno de los temas— que tratamos en esas pocas horas: ese tema que usted casi no se atrevía a tocar pero que le interesa, vaya si le interesa, como a todos los conocidos y desconocidos que hayan tenido alguna ocasión de relacionarse con Raúl y conmigo, aunque sólo sea a través de la literatura: la falta de hijos, atribuida sin duda a la falta de relaciones sexuales. Porque, después de su confesión pública, ¿cómo no pensar que nuestros veinte años de matrimonio fueron una farsa o, al menos, una de esas relaciones extrañas, fraternales, o, mucho peor, maternofiliales de las que tan llena está la historia de la literatura?

Hoy le he dicho —para escandalizarlo, ésa es la verdad; me gusta tanto ver su rostro luchando por no descomponerse, por no enrojecer ante mis provocaciones— que Raúl y yo llevábamos una vida marital absolutamente convencional. De hecho, creo recordar que le he dicho que «follábamos», sabiendo que para usted es casi un insulto imaginarse a Raúl comprometido en una situación tan espantosamente vulgar, tanto que lo iguala con cualquier descargador de camiones semianalfabeto.

Y no le he mentado. O al menos no del todo.

Recordará que, cuando yo me casé con Raúl, era prácticamente una niña sin ningún tipo de experiencia en ese tipo de menesteres. Me las daba de adulta y de blasée, por supuesto, pero mis relaciones anteriores se habían limitado a simples besuqueos en la escalera después de los toqueteos de rigor en el cine, siempre rodeada de suficientes personas como para defenderme del galán de turno en caso de que la situación se hiciera insostenible para mí. Así que, cuando nos casamos, yo esperaba de Raúl —que al fin y al cabo me llevaba quince años— que fuera él quien me introdujese en los, llamémoslos, misterios de la existencia. Y no quedé defraudada. Raúl era un buen amante, caballeroso y tierno, con grandes dosis de sentido del humor —cosa perfectamente compatible con el sexo, a pesar de que tantos lo dudan—, aunque muy ocasional y —eso pensaba yo entonces— muy poco pasional. Para serle sincera, le diré que sólo me hice una idea de la pasión que habitaba en el que había sido mi marido durante tantos años cuando lo vi mirar a Hervé. Y que en aquel momento eso me destrozó.

Pero durante nuestros primeros años, en París, en Roma y otra vez en París, nos ayudamos mutuamente a explorar nuestra sensualidad, nuestra capacidad recíproca de darnos placer y risas y sueños. Luego, ¿para qué voy a ocultarlo?, la vida cotidiana nos fue puliendo como pareja y, aunque yo seguía deseándolo como al principio, él se iba convirtiendo más en mi amigo que en mi amante. Nunca me negaba su cuerpo, pero lo que me había entregado definitivamente era su alma y el único problema consistía en que, para mí, muchas veces no era bastante, pero me avergonzaba tener que pedirle lo que consideraba que era un derecho natural que él debería sentir con tanta intensidad como yo. Nunca se me pasó por la cabeza que no se sintiera atraído por las mujeres. Su fidelidad me parecía una más de sus buenas cualidades y nunca pensé que se debiera a otra cosa que a su amor por mí y su miedo a perderme.

A finales de los años sesenta, cuando los sucesos de la Universidad, empecé a tener relaciones con otros hombres: siempre esporádicas, siempre episódicas. Para mí era motivo de orgullo no acopiarme nunca dos veces con el mismo y, aunque jamás lo hablamos, él sabía que si pasábamos meses sin tener una relación sexual, era porque yo satisfacía en otra parte mis necesidades. Y él me estaba agradecido, o al menos era la interpretación que yo le daba a su ternura repentina cuando me metía en la cama a su lado y le daba las buenas noches con un beso en la mejilla antes de enredar mis pies en los suyos para que me los calentara para dormir, sin insinuarle nada más. Entonces él me abrazaba por detrás, me apretaba fuerte contra su cuerpo y me besaba suavemente la oreja: «Dormí, Hauteclair, mi pequeña».

En cierta ocasión tuve que ir a Munich, a acompañar unos cuadros que el Louvre había prestado a la Neue Pinakothek para una retrospectiva, y una tarde que estaba libre, paseando por el centro, encontré una tienda de Beate Uhse, que en esa época aún se llamaba de higiene conyugal. Entré, después de dudarlo un momento, y lo que vi allí me iluminó. Era la primera vez que veía juguetes sexuales y no sabía para qué podían servir la mayor parte de aquellas cosas que, excepto las más obvias, habrían necesitado de alguien con más experiencia que yo, o simplemente con más imaginación erótica; pero tuve la suerte de que la tienda estuviera desierta y de que la muchacha que la atendía fuera simpática y hablara francés. Cuando sus conocimientos lingüísticos no llegaban, se limitaba a explicarme con gestos absolutamente desinhibidos cómo podían usarse todos aquellos objetos y cómo su uso podía aumentar la diversión y el placer de la pareja.

Piense que hablamos de una época en la que no existían los aparatos de vídeo, en la que, si uno quería ver una película no ya pornográfica, sino simplemente erótica, tenía que ir a cines especializados a mezclarse con toda clase de gentes poco recomendables; que ni siquiera era posible comprar lencería atractiva en tiendas normales —aunque en París podría haber acudido a algunos de los negocios que surtían ya entonces a las artistas de cabaré y a las prostitutas de cierta categoría, pero era algo a lo que nunca me hubiera rebajado en aquella época—. Hablo de cuando todos los juguetes que ofrecía aquella tienda en la que yo me encontraba eran, para una parte de la población, adminículos satánicos con los que uno se condenaba directamente al infierno por toda la eternidad, y para otros, objetos burgueses que, alejándose de la naturalidad del sexo, servían para pervertir una relación espontánea y simple convirtiéndola en algo materialista y desnaturalizado.

Pasé allí cerca de dos horas, probándome lencería y eligiendo objetos con los que tentar a Raúl, pensando en ofrecerle algo desconocido para ambos. Meses más tarde, en París, fuimos incluso a ver una película pornográfica que escogimos a ciegas y que ahora sé que debía de ser de las más atrevidas porque mostraba también relaciones homosexuales, tanto entre hombres como entre mujeres. Al volver a casa, la excitación de Raúl era muy superior a la que yo conocía de otras veces, incluso a la que sentía cuando usábamos nuestros nuevos juguetes, pero entonces no comprendí

que seguramente se debía a las escenas homosexuales que había visto un par de horas antes y que debían de seguir apareciéndosele tras los ojos cerrados mientras me abrazaba a mí o disfrutaba de mis recientemente aprendidos conocimientos en el arte de la felación o de la penetración anal, posibilitada por los artefactos alemanes que, después de una inicial perplejidad, habían acabado por gustarle incluso más que a mí, que los había elegido.

Fueron buenos tiempos aquéllos. Incluso dejé de encontrarme con otros hombres porque, ahora que mis necesidades puramente sexuales estaban cubiertas, Raúl era todo lo que quería en el mundo. Hasta que apareció Amanda y todo se vino abajo.

No podría decir con precisión cuándo empezó a desintegrarse nuestra felicidad, nuestros juegos secretos, nuestras orgías privadas, sólo para dos; pero sé que por entonces Raúl había entrado en contacto con los músicos de *jazz* y también con Amanda y, a pesar de que nunca he podido imaginarme qué vio en ella o qué pudo ella darle que no tuviera conmigo, es evidente que encontró algo tan intenso que lo hizo apartarse de mí para siempre.

No creo que usted llegue nunca a explicar satisfactoriamente lo que ocurrió, pero leeré con atención el capítulo dedicado a esta época buscando algo que nunca supe y que me acosará hasta el mismo día de mi muerte.

Quizá usted, ahora, al leer esto en un presente en el que yo ya no estaré, se preguntará por qué no le conté todas estas cosas cuando tuve ocasión de hacerlo, cuando aún nos encontrábamos y hablábamos de Raúl. No sé qué contestarle. Me gusta hacerlo así porque, en la base, es hablar conmigo misma, y aún puedo decidir no entregarle estos papeles y dejarlo en la ignorancia, en esa inocencia suya que tanto me gusta. Si ha conseguido leer hasta aquí es que por fin, de alguna manera, se lo ha ganado y he decidido hacerle partícipe de algunos momentos de mi vida. No me pida más. Esto es todo lo que he podido darle.

El taxi los llevaba por las calles de París, iluminadas como para una fiesta, y Raúl, sonriente aunque algo tenso, comentaba al pasar los edificios más deslumbrantes mientras le apretaba la mano como si temiera perderla en un laberinto. Amelia lo miraba, curiosa, tratando de adivinar bajo la cascada de palabras adónde iban o qué estaban celebrando. Raúl se había limitado a mandarla a la peluquería, nada más llegar a casa —él ya le había pedido hora con la peluquera—, y a extender sobre la cama un vestido de cóctel demasiado elegante para la mayor parte de las situaciones de la vida que solían llevar y que le debía de haber costado una fortuna.

—Es una sorpresa, Hauteclaire. Seguime la corriente.

Y ella se la había seguido porque le encantaban las sorpresas y porque era tan raro que Raúl consiguiera sorprenderla de verdad. El pobre era tan transparente, tan infantil, que la mayor parte de las sorpresas que había creído darle en la vida habían tenido que ir acompañadas de un pequeño fingimiento por su parte para que él no

notara que ella ya había adivinado lo que iba a suceder. Pero en esta ocasión era distinto: ni era su cumpleaños, ni su aniversario de boda, ni había sucedido nada que justificara una celebración en aquel anochecer de otoño. Estaba el asunto de su proyecto de novela, por supuesto: Raúl llevaba desde fines de septiembre misteriosamente encerrado con su máquina y lo único que había conseguido sacarle era que estaba pensando en serio en escribir una novela, la primera novela de su vida, después de tantos relatos y tantos poemas. Era posible que por fin la idea se hubiera concretado en su cerebro o que hubiese conseguido escribir un primer capítulo y hubiera decidido celebrarlo por todo lo alto. Pero en ese caso lo normal habría sido que le hubiese enseñado las páginas que tuviera y que no se hubiera animado a una celebración hasta saber qué pensaba ella de sus esfuerzos.

Podría ser también... —el pensamiento le cortó la respiración por un segundo—, podría ser que Raúl, que no era capaz de callarse nada, le hubiese hablado a André seriamente de su novela, de la que ella había escrito en Roma. Podría ser, incluso, que le hubiera llevado el manuscrito a escondidas de ella, ya que le había pedido semanas atrás, muy solemnemente, que retrasara aún un tiempo el momento de enseñarle a André su Amor a Roma. Y en ese caso, podría ser que André —apenas se atrevía a pensarlo— estuviera dispuesto a publicársela y que ahora fueran a encontrarse con él en algún restaurante de categoría —tenía que ser de categoría para ir vestidos así— para que él le dijera que estaba encantado con su manuscrito y que estaba seguro de que iba a ser un gran éxito. ¿Podría ser?

Apenas conseguía dominar su impaciencia por saber y, para calmarse y no preguntarle inmediatamente a Raúl y estropearle la sorpresa, empezó a especular, guiada por el recorrido del taxi, sobre cuál sería el restaurante elegido. Acababan de dejar atrás la plaza de la Concordia y empezaban a remontar los Campos Elíseos. El único restaurante de lujo que se le ocurría en esa zona era La Maison du Caviar, pero no creía que su primera novela, por buena que fuera, mereciera una cena de esa categoría. Muy pocas cosas, por debajo del Premio Nobel, justificarían una cosa así.

Raúl seguía charlando incesantemente y le hizo gracia pensar en cuántos jóvenes latinoamericanos estarían pendientes de sus palabras si tuvieran ocasión de oírlo hablar sólo para ellos, mientras que ella, perdida en sus propios pensamientos, apenas si registraba las anécdotas que Raúl desgranaba como si le hubieran dado cuerda.

A la altura del Rond Point, el taxi se desvió a la derecha, hacia la avenida Montaigne en dirección a la Place de l'Alma, y la perspectiva de La Maison du Caviar se evaporó. Esta vez parecía que Raúl sí había conseguido sorprenderla, y empezó a disfrutar la situación con alegría infantil. La silueta iluminada de la torre Eiffel se destacaba nítida sobre el cielo color canela mientras cruzaban el puente de l'Alma en dirección al Campo de Marte. ¿Adónde rayos iban? No había ningún restaurante que ella conociera por esa zona. Aunque si realmente iban a encontrarse con André, no era probable que ella lo adivinara, porque uno de los pasatiempos favoritos del editor era descubrir restaurantes desconocidos para sus amistades.

Unos minutos más tarde, el taxi se detenía al pie de la torre Eiffel, y Raúl, con toda caballerosidad, le tendía la mano para bajar.

—¿Adónde vamos? —preguntó por fin.

—La curiosidad mató al gato. Seguime y ya.

Tomaron el ascensor hasta el primer piso bajo las miradas curiosas de una docena de turistas que se apretujaban con ellos en la cabina y debían de encontrarlos cómicos con aquellas ropas tan elegantes: Raúl de traje oscuro y corbata y ella con su nuevo vestido negro de cóctel y un chal de color rosado, también nuevo.

La ligera brisa que soplaba al pie de la torre era un vientecillo fuerte en el primer piso, pero no tuvieron que soportarlo durante mucho tiempo porque Raúl, precediéndola, le abrió la puerta del mejor restaurante panorámico de París: el Jules Verne. Podían haber subido directamente al restaurante por el ascensor privado, pero Raúl había querido prolongar la sorpresa unos minutos más.

En ese ambiente, su vestido ya no era excesivo. Las otras parejas que ocupaban las mesas iban arregladas del mismo modo y se integraban con gracia en el marco de maderas nobles, manteles de damasco blanco y velas encendidas.

—Tenemos una reserva para dos a nombre de De la Tour —le dijo Raúl al *maître* antes de que ella pudiera abrir la boca de nuevo para preguntar.

De la Torre era casi imposible de pronunciar para los franceses, igual de difícil que Gayarre, y hacía tiempo que habían decidido hacer todas las reservas telefónicas con la traducción del apellido de Raúl.

—¿No viene André? —preguntó Amelia, mientras seguían al *maître* hasta su mesa.

—¿Por qué iba a venir André?

—No sé por qué me figuraba que se trataba de una..., digamos..., velada literaria —contestó, tratando de no desvelar mucho de lo que había estado pensando.

—Lo es, lo es, Hauteclair. En la base todas nuestras veladas son literarias, ¿no es cierto? —le sonrió mientras la miraba acomodarse en la silla que el *maître* había apartado respetuosamente para ella.

Todas las luces de la ciudad se extendían como un regalo frente a sus ojos.

—Bueno... —dijo ella en cuanto terminaron de elegir el menú y los vinos— ¿me vas a decir qué celebramos?

—Aún no —contestó Raúl, doblando y desdoblando la punta de su servilleta almidonada en un tic del que, al parecer, no era consciente—. Primero la cena. Tu carta no llevaba precios porque sos una dama, pero esto es tan caro que se merece que lo disfrutemos sin preocuparnos de nada más por el momento.

—Pero es una buena noticia, ¿no?

—Por supuesto que es una buena noticia —dijo Raúl, besándole la mano—. Mientras estemos juntos, todas las noticias que nos afecten serán buenas noticias.

Se miraron a los ojos unos segundos, aún con las manos unidas.

—¿Sabes, Hauteclair? —dijo entonces Raúl, en voz muy baja—, vos sos lo

mejor que me ha pasado en la vida y te quería dar las gracias por todo lo que sos para mí.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y los desvió hacia el exterior. Todas las luces de la ciudad brillaron estriadas como cometas.

—Vos también me querés a mí, ¿verdad? —insistió él.

—Más que a nada en el mundo —contestó Amelia con la garganta contraída. En ese momento habría dado cualquier cosa por conservar a Raúl para el resto de su vida; así, con esa mirada brillante, con esa mano tibia que acariciaba la suya. Ningún sacrificio habría sido excesivo. Y él lo sabía.

—Verás, Hauteclair —dijo él mucho después, cuando habían terminado el postre y estaban tomando la aromática *grappa di Nebbiolo di Barolo* a la que se habían aficionado en Roma—, se trata de Amor a Roma.

A Amelia se le encendió la mirada instantáneamente mientras un puño caliente aferraba su estómago:

—¿Sí?

—Te dije que le hablé algo de ella a André, ¿recordás?

Ella asintió con la cabeza y agarró el vaso con las dos manos antes de llevárselo a la boca para que Raúl no se diera cuenta de que estaba temblando.

—Me preguntó si yo no sería capaz de hacer una novela distinta, original, impactante; algo que nunca se hubiera hecho. Le dije que yo no soy novelista, que no lo he probado nunca, que no es lo mío..., pero siguió insistiendo, vos lo conoces. No se me ocurría nada... Así, de momento, no se me venía nada a la mente, salvo Amor a Roma. Así que le hablé de ella.

Hizo una pausa, como esperando que Amelia lo comprendiera sin tener que añadir nada más.

—¿Y él? —preguntó Amelia por fin.

—Se entusiasmó con la idea de la que le hablé. Que era la tuya y a la vez no lo era, ¿comprendes?

Ella siguió esperando que continuara. Raúl se movía en la silla, como si su temperatura se estuviera elevando por momentos y cada vez le resultara más incómoda.

—Le prometí escribir una novela de ese corte.

—La que has estado escribiendo todas estas semanas.

—Sí, ésa —se bebió la grappa de un solo trago y se pasó la servilleta por los labios secos—. Pero no lo consigo. No soy novelista, Hauteclair. No lo conseguiré.

—Claro que lo conseguirás —contestó Amelia, decidida—. Una novela de esas características es como muchos cuentos imbricados. Tú eres cuentista: tienes una imaginación prodigiosa, un estilo magnífico, una gracia innata para crear personajes con un par de frases. Si yo he conseguido escribir Amor a Roma, ¿cómo no lo vas a conseguir tú?

Él siguió cabeceando.

—Es cuestión de disciplina, Raúl, de trabajo constante, de poner en la página lo que le contaste a André.

—Es que yo le conté Amor a Roma y ahora tengo que escribir algo que sea igual de bueno, pero distinto.

—¿Le contaste Amor a Roma? —la voz de Amelia se había vuelto fría, como si sólo en ese momento acabara de darse cuenta de lo que le estaba tratando de decir Raúl.

Él asintió sin palabras, con su sonrisa torcida de chico culpable que quiere pedir perdón sin tener que rebajarse mucho, confiando en su simpatía.

—¿Sin decirle que la he escrito yo?

Él volvió a asentir y su sonrisa se amplió un poco más, como si tratara de hacerlo pasar por una travesura perdonable:

—Es que de momento me quedé en blanco y empecé a narrar sin más.

—Podemos decírselo ahora.

—No. No podemos —la sonrisa se había esfumado sin dejar rastro en su cara, cada vez más pálida.

—¿Por qué no?

—Porque ya la he firmado, Amelia. Porque ese vestido y esta cena los hemos pagado con el anticipo por Amor a Roma.

Amelia lo miró fijamente unos segundos, como intentando darle tiempo para que pudiera decirle que no era verdad, que todo era una broma, que André sabía que la novela era de ella y quería publicarla.

Al cabo de un momento, dejó la servilleta, se levantó sobre unas piernas que se le habían vuelto de goma y llegó al lavabo apenas a tiempo de vomitar toda la maravillosa cena que acababa de tomar.

Cuando volvió a la mesa, le temblaba todo el cuerpo y la piel se le había puesto fría y húmeda, como la de una rana.

—A ver si lo he entendido —dijo, mirando a Raúl fijamente—. ¿Me estás pidiendo que te deje Amor a Roma para que la publiques como tuya, con tu nombre?

Él bajó la cabeza:

—Lo siento, Hauteclair. Tenés que creerme. Lo siento tanto. No te lo pediría si hubiera otra solución, pero André ya ha empezado a hacer confidencias por ahí, a la crítica, a la prensa, ya sabes. Amor a Roma ya está empezando a sonar. Todo el mundo la espera. Y yo estoy vacío. Yo nunca sería capaz de escribir una cosa así. Vos sos la única que lo sabe.

Amelia inclinó la cabeza sobre el pecho antes de desviarla hacia fuera, hacia las luces de la ciudad extendida a sus pies.

—No sé qué hacer, Hauteclair. Lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no soy capaz. Tu novela se atraviesa en todo lo que pienso, en todo lo que se me ocurre. Es demasiado fuerte, demasiado buena. Yo nunca llegaría a eso.

Ella no contestó. Siguió mirando las luces, extrañamente vacía, como si no sólo

hubiera vomitado la cena, sino todos los sentimientos que hasta unos minutos atrás existían en su interior.

—Te necesito, Amelia. Hauteclair. Mi espada, mi amazona valiente. Te necesito.

Su voz era cálida. Había lágrimas en sus ojos: lo descubrió al alzar la vista y fijarla en su marido.

—Te compensaré. Te lo compensaré todo si haces esto por mí. Por mi amor.

Volvieron a casa en silencio, cogidos de la mano, y, una vez en la cama, Raúl la amó con una pasión desconocida, arrolladura, furiosa.

Después, en la oscuridad, con los ojos cerrados, a través de las lágrimas, Amelia dijo:

—Tengo que retrabajarla. Se me han ocurrido algunos retoques que la harán todavía mejor. Necesito un mes.

Él enterró su cabeza en el pelo de ella, suelto y húmedo de sudor:

—Te querré toda mi vida —susurró.

El sobre de Amelia le quemaba en el bolsillo, pero no quiso abrirlo en el taxi que lo llevaba a su cuarto. Fuera lo que fuera, quería leer su contenido con calma y a solas, sin nadie que pudiera ver su reacción. Podía tratarse de un texto inédito de Raúl y eso se merecía una atmósfera especial, solemne, reverente.

Lo abrió con dedos temblorosos bajo la única luz de sunexo de trabajo. No era un cuento de Raúl. Eran apenas unas líneas en la caligrafía enérgica e inclinada de Amelia:

*Querido Ari,*

*Le invito el día 28 de diciembre a una velada muy especial, una velada rauliana. Si decide aceptar, nos encontraremos a las ocho en punto de la tarde al pie de la torre Eiffel. Venga solo y no contraiga otros compromisos pava esa noche*

*Amelia*

*PS: La corbata es imprescindible.*

Un regalo. Ella le había dicho que era un regalo. ¿Iba a contarle por fin todo lo que necesitaba saber? ¿Pensaba entregarle algún manuscrito inédito? ¿Qué había decidido darle ahora? Le había dicho que no estaba segura de querer darle ese segundo regalo pero que ahora, después del pisapapeles, lo estaba.

Aunque sólo faltaban dos días para saberlo, la impaciencia ya apenas lo dejaba respirar.

En ese momento, un trino del móvil le anunció que acababa de recibir un



mensaje.

*¡Feliz Navidad, Ari! ¿Le apetece venir a una fiesta en mi piso nuevo el día 31, a partir de las nueve? Me encantaría que viniera. Solange.*

Dos invitaciones de dos mujeres totalmente distintas, pero por fortuna no para el mismo día. Si hubieran coincidido, habría tenido que elegir y la decisión habría estado clara: Amelia. Solange era agradable y de su edad, pero Amelia tenía las claves de un misterio por resolver y eso era lo más importante de su vida por el momento.

Se metió en la cama sabiendo que no conseguiría dormir y empezó a dar vueltas tanto físicas como mentales. El rostro de Amanda, sólo conocido por las fotografías, se le aparecía superpuesto al de Amelia, y las frases que había oído de unos y otros cruzaban por la oscuridad como mensajes de un salvapantallas de ordenador: «Era un bicho», «Estaba como un tren», «Sería una domina perfecta», «Una mujer de bandera», «Una agente soviética», «Una arpía», «Mandy y yo en Ibiza. 1971», «Nadie sabía de qué vivía», «Se acostaba con todo el mundo», «Era directora literaria», «Nunca comprendimos por qué Raúl se casó con ella».

Él acabaría por saberlo, sentía a veces la comprensión al alcance de su entendimiento, sabía que antes o después, de alguna manera, todo quedaría enfocado y por fin entendería lo que los más allegados a Raúl nunca habían logrado comprender. Con eso quedaría cerrado el capítulo y podría después pasar a la época de Hervé, a la confesión pública de Raúl y luego a su suicidio. Y el libro estaría acabado. Podría escribir el último párrafo y descansar con la certeza de que había conseguido iluminar las zonas de sombra y comprender por fin qué clase de hombre había sido el que fue capaz de escribir Amor a Roma y De la torre al cuadrado, entre tantas otras maravillas.

Al despertarse, todas sus seguridades de la noche anterior se habían evaporado, igual que sus sueños. Tenía una ligera resaca, la boca desértica, los ojos irritados y una inexplicable sensación de vacío en su interior, como si durante la noche se hubiera convertido en un ser inmaterial, en un fantasma, a pesar del malestar que sentía y que le decía bien a las claras que seguía teniendo un cuerpo que lo ataba a la tierra.

Ahora, de repente, sabía que había sido un error embarcarse en la imposible empresa de escribir la biografía de una persona que aún tenía amigos vivos, gente que lo recordaba, cada cual a su manera, y a través de los cuales tenía que acceder a las informaciones necesarias. Él no estaba hecho para eso; él se había pasado la vida analizando textos, reuniendo material impreso en el que se contenía todo lo que se sabía de algo o de alguien. Su corpus de investigación siempre había estado limitado a letra sobre papel y, en las mejores ocasiones, siempre había podido llegar a un punto en el que le constaba que todo lo que había sobre el tema de su interés estaba

pulcramente archivado en sus carpetas y fichas. Con frecuencia había lagunas, obviamente, pero eran lagunas irrellenables, vacíos que podían dejarse en blanco con buena conciencia porque, sencillamente, la información se había perdido.

Sin embargo ahora las lagunas podrían dejar de serlo si encontraba a la persona adecuada, o si alguna de las personas que le proporcionaban información decidía contarle todo lo que sabía de un asunto, en lugar de mentir, omitir o censurar por su cuenta.

Mientras se tomaba un zumo de naranja —¡menudo desayuno navideño!, pensó fugazmente— repasaba por encima las informaciones que había obtenido a través de Amelia meneando la cabeza. ¡Era tan poco! Apenas detalles sin importancia, manías, prejuicios, cosas que no tenía manera de comprobar por otros conductos y que apenas si servirían para darle un poco más de color a su biografía. Lo que estaba haciendo era un *curriculum vitae* ampliado de un escritor y él no quería eso: lo que él quería era enseñar a los lectores cómo había sido Raúl, el hombre, cómo había sido su vida, qué le había llevado a tomar ciertas decisiones, cómo habían influido esas decisiones en su vida subsiguiente y en su obra, y ahora, más que nunca, tenía la sensación de estar a años luz de lo que se había propuesto. Mucho peor: la investigación de la vida de Raúl lo estaba alejando de su propia vida. Hacía meses que todos sus actos y todos sus pensamientos iban encaminados a la búsqueda de información, a la comprensión de la vida de otra persona, relegando la suya a un olvido que, aunque parecía temporal, podía acabar convirtiéndose en definitivo. ¿Cuánto tiempo hacía que no salía con una mujer por el mero placer de estar con ella?, ¿cuánto que no había ido a una película que le interesara ver, sin pensar en si era algo que le hubiera gustado a Raúl?, ¿cuánto que no llamaba a alguno de sus pocos amigos para charlar un rato?

De hecho era el momento apropiado para coger el teléfono y, con el pretexto de felicitar la Navidad, ponerse un poco al día con Martin, con Rainer, con Mareike... Ni siquiera había llamado a sus padres la noche antes, ahora se le hacía cuesta arriba la conversación, los reproches de su madre por no haber ido a casa por Navidad, los monosílabos de su padre, que nunca había entendido que hubiera elegido una carrera tan absurda y tan poco práctica, los comentarios jocosos de su hermano sobre la boda de Rebecca, su ex mujer, que él siempre había creído inadecuada para Ari a pesar de que el matrimonio hubiera durado siete años.

Sintiéndose totalmente culpable y muy aliviado por la ocurrencia, escribió un sms en su móvil felicitando la Navidad a la gente de casa y lo envió. Así no podrían decirle que no se había acordado de ellos, pero tampoco les daba la posibilidad de bajarle aún más los ánimos. Y en cualquier caso, si de verdad querían hablar con él, también podían llamar ellos. El cable del teléfono tiene dos extremos, como decía su madre cuando se sentía culpable por no haber llamado a alguien y quería echarle las culpas al otro.

Apenas acababa de formular el pensamiento cuando el móvil se puso a cantar sobre la mesa, sobresaltándolo. Era un número desconocido. Por suerte no era su

familia, dispuesta a ponerlo verde por enviar un mensaje en lugar de llamar. Contestó:  
—¿Profesor? —dijo una voz de mujer mayor—. Soy Aline Halbout. Mi hija me ha dicho que quería usted hablar conmigo. Tendría que haberlo llamado antes, pero con todos los preparativos de la Navidad se me pasó. Me acabo de acordar y por eso lo llamo.

Por un segundo, Ari se quedó en blanco, hasta que recordó que Aline era una de las antiguas amigas de Armand, la que, según Maurice, tenía una voz estupenda y dejó de cantar por prohibición de su marido.

—No se preocupe, señora. Muchas gracias por llamar. ¿Estaría usted dispuesta a concederme una entrevista?

—¿Me puede explicar un poco de qué se trata?

—Por supuesto. Verá: estoy realizando una investigación para escribir un libro sobre la vida de Raúl de la Torre, el escritor argentino, y a través de unas agendas y unas fotos propiedad de Armand Laroche, la he localizado a usted y me gustaría hacerle unas preguntas sobre la segunda mitad de la década de los setenta.

—¡Huy, Dios mío! De eso hace casi treinta años. No estoy muy segura de recordar nada de entonces.

—También he localizado a Maurice Laqueur y él ha recordado bastantes cosas.

—¡Maurice! ¡Cuánto tiempo sin saber de él! ¿Cómo está?

—Bastante bien. Ahora está en una residencia de la tercera edad, pero se conserva muy bien y aún recuerda aquellos tiempos.

—¡Pobre Maurice! Dele recuerdos míos si lo vuelve a ver.

—¿Podemos encontrarnos entonces, señora?

La mujer dudó un momento:

—¿Querría usted venir a mi casa?

—Iré a donde usted me indique, por supuesto.

—Es que no sé...

—Si lo prefiere, podemos vernos en algún café. No quiero molestar.

—Sí. Un café estaría bien. ¿En el centro?

—¿Le gusta La Coupole, en Montparnasse?

—Sí, ése me va bien. El metro me deja justo al lado. ¿Cuándo le parece?

—Cuando usted diga.

—¿Le va bien mañana, a eso de las tres de la tarde? Es que hoy, siendo el día de Navidad..., preferiría dejarlo para mañana o pasado.

—Estoy a sus órdenes.

—Entonces, pasado mañana a las tres en La Coupole.

—El día 27, a las tres, ¿es eso?

—Sí. Allí estaré. ¿Cómo lo reconozco?

—¿Qué tal si llevo un libro de Raúl de la Torre?

—Mejor lleve una revista femenina. El Madame-Actualité, por ejemplo. Hombres con libros habrá muchos, pero hombres con una revista de mujer es menos probable.

Se despidieron y Ari colgó con una sonrisa. Estaba seguro de que a André y a Yves les haría muchísima gracia la idea de Aline.

Raúl de la Torre es un hombre alto, de hombros anchos y sonrisa franca. Tiene un encanto juvenil que confunde al verlo porque uno conoce la fecha de su nacimiento —1922— y no se espera ver aparecer a un hombre joven cuando la cita era con un caballero de sesenta y tres años; pero en esto, como en muchas otras cosas, Raúl engaña.

Su apretón de manos es fuerte, su mirada directa, su voz de bajo, atronadora, aunque trata de mantenerla en los límites civilizados que exige el bar del Hotel Crillon, donde nos encontramos para esta entrevista.

—Supongo que puede imaginar cuál va a ser mi primera pregunta, señor De la Torre —comienzo.

Suelta una carcajada poderosa que reverbera en los vidrios de la barra:

—¿Tiene que ver con mi compañero, por casualidad? —pregunta con una sonrisa.

Asiento con la cabeza y él continúa, sin dar la impresión de sentirse molesto por esa intromisión en su vida privada:

—Ya imaginaba lo que iba a pasar cuando decidí hacer pública mi relación con Hervé. Podría, contestarle que se trata de un asunto privado (intimo, incluso), pero sé que es muy difícil separar la vida privada del ámbito profesional en una persona semipública, como lo soy yo ahora, y la verdad es que yo nunca he marcado grandes separaciones entre mi vida y mi trabajo. De hecho, son una misma cosa. Hervé es la persona que amo y eso ha tenido una influencia obvia en mi modo de vivir y de pensar, en mi trabajo.

—¿Va a tener repercusiones en su obra futura?

—Por supuesto. No es posible enamorarse perdidamente, como me ha sucedido a mí, y que eso no tenga repercusiones en la obra de uno. De hecho, ya he comenzado a escribir un nuevo libro de poemas que se llamará probablemente *Cuerpos presentes*.

—¿Poemas de amor homosexual?

Raúl me mira divertido, alza una ceja y espera a que baje la mirada. Lo consigue a los pocos segundos.

—Poemas de amor y ya. ¿Qué diferencia hay?

—¿Se arrepiente ahora de sus dos matrimonios, digamos, convencionales? —insisto.

—¿Por qué iba a arrepentirme? De mi primera esposa, Amelia Gayarre, estuve tan enamorado como lo estoy ahora de Hervé. Mi matrimonio con Amanda Simansky obedeció a otras razones, pero no veo motivo para arrepentirme de nada.

—¿Puede decirme cuál fue la reacción de su ex esposa al conocer la noticia? A nuestras lectoras les interesará.

—Amelia es una mujer inteligente y de mentalidad abierta. Seguimos siendo

buenos amigos y lo único que le preocupa es mi felicidad. Como a mí la de ella. Ella se volvió a casar hace unos tres años y yo le deseé toda la buena suerte del mundo.

—¿Podemos esperar pronto otra novela?

Raúl mueve la cabeza negativamente, como si lo lamentara:

—Me temo que mis días como novelista han pasado ya. Acabo de publicar un nuevo libro de relatos, *El hombre del traje azul*, y hace sólo unos meses que apareció la colección *Mentiras cotidianas*. Estoy muy avanzado en *Cuerpos presentes*. Colaboro habitualmente con diarios y revistas. No puedo hacer más. Quizá más adelante, pero de momento no hay proyecto de novela.

—Sin embargo, a pesar de que usted es también cuentista y poeta, su auténtica fama se la debe a sus dos grandes novelas.

—El público reacciona como mejor le parece.

—Y la crítica.

—Sí, también la crítica. Por desgracia hay todavía muchos críticos que piensan, a pesar de Borges, que escribir cuentos no es una ocupación seria, que sólo una novela merece su atención.

—¿Por qué sólo ha escrito dos novelas en veinte años?

Vuelve a reírse con esa risa contagiosa, que me obliga a acompañarlo.

—Porque soy un perezoso, no se lo diga a nadie. Porque escribir una novela lleva muchísimo trabajo y yo soy un entusiasta de la vida: siempre hay cosas que me apetecen más que sentarme a escribir. Cuando vivía con Amelia, ella me empujaba, me obligaba casi, pero, por fortuna, Hervé tiene otras cosas en la cabeza.

—Hay quien dice que la diferencia de edad entre ustedes es excesiva.

—Es exactamente de cuarenta y tres años. Es un hecho irrefutable. ¡Ya me gustaría a mí haber nacido treinta años más tarde! Pero es desear lo imposible y, si he tenido la suerte de encontrar en mi camino a la pareja ideal, aunque con esa diferencia de edad, no iba a cerrar los ojos y dejarlo pasar, ¿no cree? Tengo la impresión de que si se tratara de una mujer de veinte años, a nadie le resultaría tan difícil de comprender.

—¿Me permite una pregunta personal?

—¿Más aún? —sonríe ante mi afirmación—. Dele, pregunte. Lo más que puede pasar es que no se la conteste.

—¿Le costó mucho confesarse a sí mismo y confesar en público su orientación sexual?

Esta vez se pone serio, cruza y descruza las piernas, se las rodea con los brazos, vuelve a abrirlos y se enciende un cigarrillo con gran parsimonia mientras piensa la respuesta, sin mirarme.

—Sí —contesta por fin, acompañando la palabra de una bocanada de humo—, mucho. ¿Para qué vamos a engañarnos? Yo ya tenía una imagen hecha, tanto para mí mismo como para la opinión pública. Tenía incluso una cierta fama de *latin lover*, aunque no estuviera basada en ningún hecho concreto. Un hombre de mi

generación..., oriundo de Argentina, que es un país muy de hombres..., después de dos matrimonios..., en fin, no fue fácil. Si me hubiera pillado más joven, es probable que nunca me hubiera atrevido. Pero llegó el momento en que me tuve que plantear a mí mismo que no podía seguir viviendo una mentira de ese tamaño sólo por no empañar mi imagen. Además de que yo sentía que le debía a Hervé ese respeto, que no podía ocultar nuestra relación como si fuera algo vergonzoso. Por eso me decidí, aunque él nunca me lo hubiera pedido.

—¿Ya quién se lo comunicó primero?

—A mi ex esposa, Amelia, y a mi buen amigo André Terrasse, mi primer editor.

—¿Cuál fue su reacción?

Raúl volvió a sonreír mientras cruzaba las manos detrás de la cabeza, perdiendo la vista en el techo de estucos floridos.

—Ya me lo ha preguntado antes, pero, en fin... Amelia se quedó de piedra. Creo que es la primera vez que he logrado sorprenderla en toda mi vida. André lo tomó con mucha naturalidad.

—¿Se lo esperaba, acaso?

—No tengo la más remota idea de lo que André pudiera esperar de mí.

—Perdone mi ignorancia, pero ¿la homosexualidad no es algo que se siente desde siempre?

—En mi caso, no. No sé decirle más.

—Es decir, que sus dos matrimonios no obedecieron a la necesidad de mostrar una fachada irreprochable o de negarse a sí mismo su auténtica orientación sexual.

—Exactamente.

—Para terminar, señor De la Torre, ¿qué le aconsejaría a un joven escritor que estuviera en su situación ahora? ¿Que confesase su homosexualidad o que siguiera viviendo una imagen pública distinta de la privada?

—Que haga lo que mejor le parezca. Hoy en día todo el mundo le da demasiada importancia a ese tipo de cosas, como si cambiara en algo una persona por enamorarse de un hombre o de una mujer. Un escritor debe escribir y se le debe juzgar por lo que escribe, no por sus gustos y manías privadas.

—¿Ni siquiera por su filiación ideológica?

—Por supuesto que no. Un escritor es, ante todo, un artista. Cuando expresa opiniones políticas lo hace como hombre, no como artista.

—Hace tiempo que no se le oye tomar partido en público por la revolución cubana y otras cuestiones similares.

—De ese tipo de temas prefiero no hablar en estos momentos.

Respetamos su deseo y, una vez terminada la entrevista, nos dedicamos a cuestiones más ligeras mientras nuestro fotógrafo saca las fotos para ilustrarla. Raúl de la Torre, siempre complaciente, obedece al profesional que lo retrata y luego nos invita a una copa antes de separarnos. ¡Gracias, maestro!

«Raúl de la Torre, un hombre valiente»  
Entrevista a Raúl de la Torre por Monique Michaut.  
Madame-Actualité, septiembre de 1985.

A las tres menos cuarto del día 27, Ari estaba en La Coupole con un ejemplar bien visible de Madame-Actualité que lo hacía sentirse absolutamente estúpido, aunque trataba de convencerse a sí mismo de que había muchas razones para que un hombre llevara una revista femenina. Un clavel en la solapa habría sido todavía más llamativo y, sin embargo, se lo habría puesto si no hubiera habido otra manera de darse a conocer a la mujer que había accedido a entrevistarse con él y que de momento parecía no haber llegado. Casi todas las mesas estaban ocupadas por extranjeros, turistas de la época navideña que consideraban necesario haber pasado por La Coupole en su viaje a París, la mayoría aún terminando un almuerzo tardío, rodeados de planos y guías de la ciudad junto a las inevitables cámaras fotográficas. La gente parecía tener arraigadísima la idea de que lo que no quedaba debidamente documentado en fotografías no había sucedido. Y lo curioso era que, desde su punto de vista de investigador, era realmente así. Si él no hubiera encontrado la diapositiva que mostraba a Raúl con Armand en Venecia, nunca habría estado seguro de que ese viaje había tenido lugar, mientras que así, a pesar de que ninguno de sus testigos había hablado de esa escapada primaveral, a él le constaba que Raúl había visitado Venecia con su amigo el saxofonista. Lo que no decía la foto —porque las fotos tienen sus limitaciones— era por qué había ido, para qué, qué había significado para él aquel viaje.

Dejó la revista sobre la mesa, pidió un café crème y se dispuso a esperar, confiando en que Aline cumpliera su palabra. ¿Qué preguntas quería hacerle? De hecho, no había nada sobre lo que quisiera consultarla, salvo el extraño asunto que Maurice Laqueur le había susurrado bajo la pérgola de la residencia de ancianos y que casi le daba vergüenza mencionar. Se trataba, sobre todo, de dejarla hablar de los viejos tiempos esperando que alguno de sus recuerdos le sirviera de algo, que le confirmara algo que suponía, que le abriera quizá un nuevo camino de investigación.

A pesar de que el día estaba frío y gris, una señora mayor se instaló en una mesita de la terraza y, durante unos segundos, Ari no supo si levantarse y acercarse a ella o esperar a que fuera la mujer la que empezara a buscarlo. Pero no parecía tener la intención de moverse de su mesa. Había sacado un libro, se había envuelto bien en la bufanda roja y sólo había levantado los ojos para hacerle el pedido al camarero. No daba la sensación de estar citada con nadie, a juzgar por la tranquilidad con la que leía, sin mirar a su alrededor. Decidió que no debía de ser ella y siguió en su mesa, controlando las dos posibles entradas al local.

A las tres y siete minutos entraron dos mujeres, obviamente madre e hija, mirando a todos lados. Los ojos de la más joven se posaron un momento en la revista, subieron hasta la cara de Ari, que seguía expectante, y se desviaron hacia su madre.

Se acercaron juntas a su mesa, mientras él se ponía de pie.

—¿Profesor Lenormand? —era la misma voz que le había hablado al teléfono.

—Siéntense, por favor. ¿Qué quieren tomar?

—Yo nada —dijo la hija—. Tengo que irme enseguida a hacer unos recados.

Ari pensó que la hija había venido a acompañar a la madre para asegurarse de que el profesor que la iba a entrevistar fuera una persona de confianza. Ahora parecía que se había convencido, por su aspecto, de que su madre no corría peligro con él, y estaba dispuesta a dejarlos solos durante un rato.

—Yo tomaré un café —dijo la madre—. Julie, hija, no te olvides de que a las cuatro tenemos que estar en casa de los Duval. Te espero aquí.

Otra maniobra para asegurarse la retirada; lo mismo que hacía él cuando no tenía muchas ganas de dedicarle una tarde completa a alguien.

—¿O cree usted que nos hará falta más tiempo? —añadió, dirigiéndose a Ari.

—No quiero estropear sus planes, *madame* Halbout. Tres cuartos de hora serán suficientes.

Cuando se quedaron solos y el camarero hubo traído el café, Aline Halbout se acomodó en la silla y lo miró fijamente, casi como si esperara que le hiciera preguntas de examen.

—¿Era usted amiga de Armand Laroche, *madame*'í? —preguntó Ari, después de pedir y obtener su permiso para grabar la conversación.

—Durante dos o tres años, a mediados de los setenta creo que fue, nos veíamos mucho, sí. Yo cantaba..., bueno, nada profesional, todo *amateur*..., y él me llevaba a los clubs de *jazz* donde tocaba y a veces me ponía en contacto con gente que necesitaba una vocalista.

—¿Conocía usted también a Maurice... y a...? Espere, le voy a enseñar una foto. ¿Se acuerda de ellos?

Aline se puso las gafas y se quedó mirando la foto con cara de asombro:

—¡Dios mío! Parece que hace siglos. Casi ni me reconozco yo.

Efectivamente había cambiado mucho, pensó Ari, pero al contrario de Laqueur, Aline había cambiado para mejor. El pelo teñido de rubio ceniza la hacía más joven y más elegante, el traje de chaqueta le sentaba mejor que la ropa que llevaba en la foto: falda de tubo y un suéter ajustado modelando unos pechos agresivos y puntiagudos en franco contraste con un collar de perlas; y la expresión de niña caprichosa a lo Brigitte Bardot había desaparecido, a favor de un rostro surcado de arrugas pero con más personalidad.

—¡Qué jóvenes estamos todos ahí! ¡Y qué falsos! —soltó una risilla—. Todos tratando de parecer estrellas; todos tratando de impresionar. Éste es Armand, tan guapo como siempre. Ésta es Anne, que tocaba el violín como los ángeles. Éste es Robert, que era bajista y se mató en un accidente de coche, en una gira, sobre 1977 o 78. Esta de aquí..., espere..., creo que se llamaba Marie o Mirielle o algo así, no venía mucho por casa de Armand, estudiaba Filosofía, creo. Ésta es Mandy, o



Amanda, como de golpe quiso que la llamáramos, porque había conseguido un buen trabajo en alguna gran empresa, no me acuerdo bien. Y éste es Raúl. Si lo recuerdo aún, no es porque fuera del grupo de verdad, sino porque fue el único de nosotros que se hizo famoso.

—En esa época era ya bastante conocido.

—Para mí no. Yo sólo sabía que era novelista o poeta, no sé bien. Armand estaba muy orgulloso de él. Pero después, cuando yo ya no me reunía con ellos, después de casarme, empecé a ver su foto a veces en algún periódico, en alguna revista, y le seguía un poco la pista.

—¿Sabía usted que se casó con Amanda?

Aline puso una cara de perplejidad absoluta.

—¿Quién? ¿Raúl?

—¿Le extraña?

—Claro que me extraña.

—¿Por qué?

—Porque Amanda era... No sé. No me haga caso. ¿Quién soy yo para extrañarme de nada?

—¿No le caía bien Amanda? —insistió Ari, viendo que Aline parecía dispuesta a no añadir nada más.

—Amanda sólo le caía bien a los hombres —dijo con brusquedad—. A las mujeres nos ignoraba por completo, a menos que necesitara algo. Entonces sabía ser muy dulce y muy femenina, hablando de mujer a mujer y esas zarandajas. Pero nunca hubiera imaginado que ella y Raúl...

—Entonces, ¿usted no recuerda que en aquella época ellos salieran juntos o que estuvieran enamorados o algo así?

—En absoluto. Raúl estaba casado y Amanda era incapaz de enamorarse de nadie. Estaba demasiado enamorada de sí misma.

—¿Oyó usted decir en algún momento —preguntó Ari sintiéndose absolutamente ridículo— que Amanda fuera..., que trabajara para algún servicio secreto?

—¿Que fuera espía, quiere decir?

—Algo así —contestó Ari, en voz casi inaudible.

—¿Quién le ha contado esa tontería? ¿Maurice?

Ari asintió sin hablar.

—Entonces debe de estar peor de lo que yo pensaba. Me dijo que estaba en una residencia de ancianos, ¿no? Está claro que se le ha ido la cabeza. No es de extrañar: siempre tuvo una auténtica debilidad por Amanda, que no le hacía el menor caso, y por las películas de James Bond. Creo que hubiera dado un brazo por ser una cosa así como Bond. No es raro que ahora, si ya está un poco senil, le haya dado por ahí. Pero es una solemne tontería. No pensará tomarlo en serio, ¿verdad?

Ari se encogió de hombros:

—A mí también me suena muy peliculero, pero no se puede descartar nada sin

reflexionar.

—Hágame caso, profesor, olvide lo que le ha contado Maurice. No querrá usted hacer el ridículo en su libro.

—No, claro. Antes de afirmar algo, tengo que asegurarme.

Aline Halbout asintió con la cabeza y se acabó el café que le quedaba.

—¿Cuándo dice que se casaron Amanda y Raúl?

—A principios del 77.

—Claro, por eso no llegué a enterarme. Yo me casé en septiembre del 76 y desde la primavera ya no iba casi con ellos porque había mucho que preparar y porque a Luc no le gustaba esa gente.

—¿Tenía celos de Armand? —preguntó Ari, casi para tomarle un poco el pelo.

Aline hizo un gesto con la mano hacia la puerta, donde había aparecido su hija antes de lo previsto.

—Perdone, ¿qué me había preguntado?

—Nada de importancia.

—¡Ah!, ya me acuerdo de su pregunta —dijo, apartando su silla un poco para que su hija pudiera sentarse a su lado—. Luc era bastante celoso, sí, pero de Armand era imposible tener celos.

—¿Por qué?

—Porque era homosexual. ¿Has comprado todo lo que necesitabas? —preguntó dirigiéndose a su hija—. Pues, entonces, profesor, si no tiene más preguntas, nosotras tenemos que irnos.

Ari se puso en pie por reflejo, al ver que ellas se levantaban:

—Espere, *madame* Halbout, espere un momento. ¿Está segura?

Ella soltó una pequeña risa:

—¿De lo de Armand? Claro que estoy segura. Él nunca se recató de decirlo y de mostrarlo.

—Un instante, no se vaya todavía —insistió bajo la mirada cada vez más hostil de la hija, que, obviamente, tenía prisa por irse—. Una pregunta más. ¿Sabe usted si había alguien en ese círculo que se llamara o a quienes sus amigos llamaran Aimée?

Aline Halbout sonrió misteriosamente, una sonrisa llena de reminiscencias.

—Mamá, por favor, mujer, vamos a llegar tardísimo —intervino la hija.

—Una vez, hace muchísimo tiempo —dijo, sin hacer caso de las prisas de su hija—, Armand me enseñó un libro que le había regalado Raúl, para que yo tratara de traducirle la dedicatoria. Yo estudiaba español por aquella época. El libro estaba dedicado a Aimée.

La hija la había cogido del brazo y la arrastraba hacia la puerta, sin hacer caso de Ari.

—¡*Madame!* Entonces, ¿Aimée era Armand?

—No sé de qué se extraña —dijo Aline volviendo la cabeza por encima del hombro y viendo la expresión de Ari—. Al fin y al cabo, Raúl también era

homosexual. Me enteré por la prensa. Adiós, profesor, llámeme si necesita algo más.

«Al fin y al cabo, Raúl también era homosexual», repitió Ari, ya solo en el café. Sí, pero según todas sus informaciones, él mismo no lo supo hasta casi veinte años más tarde.

Faltan apenas dos días para nuestra cita sorpresa al pie de la torre Eiffel y, sin embargo, me apetece ya mismo hablar con usted, pero no voy a llamarlo y por eso prefiero recurrir al sufrido papel y empezar a contarle cosas de las que sólo se enterará cuando ya no le hagan falta, cuando su libro esté terminado y no pueda volverse atrás, ni arrepentirse de sus propias conclusiones. Quizá le parezca malvado lo que estoy haciendo con usted, ¿me equivoco?, pero se trata simplemente de mi naturaleza de bruja; al fin y al cabo, además de ser Amelia Gayarre, y de haber sido *Madame De la Torre*, y *Mrs. John Keelaghan*, soy también Malie-Malou, la belle sorcière, y no se trata de un nombre que haya elegido por casualidad. Siempre hubo algo de bruja en mí, de bruja traviesa más que malvada, y tengo que confesar que, como a las de mis libros, siempre me salieron bastante del revés todas las maldades que intenté en la vida; tal vez por eso he acabado siendo buena, porque trae más cuenta y se pasan menos nervios al no tener que estar siempre esperando el resultado de los conjuros y las trampas tendidas a unos y otros. Y porque convirtiéndolas en maldades literarias se gana dinero, que no es que me haya faltado nunca, pero siempre es agradable saber que una misma puede conseguirlo sin tener que depender de un hombre que lo traiga a casa.

A la muerte de mi padre, heredé una pequeña fortuna —muy pequeña, pero suficiente para sentirme rica e independiente—; con el divorcio de Raúl, a lo que ya tenía se añadió una renta mensual que él se empeñó en pasarme «para compensarme de tantas cosas que no es necesario poner en palabras», como lo expresó él frente al juez; y, cuando me casé con John, supe lo que era ser realmente millonaria.

La vida me ha tratado bien a ese respecto. Tengo casi sesenta y cuatro años, soy absolutamente independiente, tengo más dinero del que podré gastar en lo que me queda de vida, sigo teniendo buen aspecto y disfruto de escribir y presentar mis libros. No puedo quejarme de nada. Y, sin embargo, desde que ha aparecido usted, me paso los días añorando el tiempo que se fue y todas las épocas sin Raúl me parecen apenas cortos paréntesis en una vida consagrada a su amor. ¿No es estúpido, después de tanto esfuerzo por olvidarlo?

Estuve seis años casada con John. Seis maravillosos años en los que me dediqué a viajar, a organizar exposiciones de sus colecciones privadas, a redecorar nuestras varias casas, a dar fiestas y a escribir, abandonando mi trabajo en el Ministerio sin lamentarlo un solo segundo. Una vida de ensueño, y, sin embargo, ahora todo se desdibuja y los únicos recuerdos claros, precisos, hirientes, son los de mis años con Raúl. Los primeros, que brillan como el agua, y los últimos, oscuros y dolorosos.

De los primeros le he hablado un poco, de los últimos le hablaré tal vez antes de que se me acabe el tiempo.

Después de la muerte de Amanda, y a pesar de que nuestras relaciones no eran como antes, Raúl, que se había quedado solo a la muerte de su madre y no conseguía recuperarse del viaje que hizo a Buenos Aires para asistir a su entierro, empezó a llamarme con más asiduidad. No se atrevía a pedirme que volviéramos a vivir juntos, pero para mí estaba claro que se sentía más solo que nunca y que me necesitaba. Sin embargo, su actitud hacia mí era fría en cuanto nos encontrábamos, como si siempre estuviera esperando que me disculpara ante él por alguna ofensa que yo no era consciente de haber cometido. El nombre de Amanda salía constantemente en nuestras conversaciones y siempre era como si quisiera decirme algo que nunca se atrevió a verbalizar. Llegué a pensar, ya entonces, que la había matado él. No, no se escandalice. Nadie termina de conocer del todo a otra persona, y Raúl muchas veces era como un niño grande. Podía haberla matado sin darse bien cuenta de lo que hacía, en un arrebato de odio o de angustia, para que lo dejara en paz de una vez.

Cuando me llamó a Ischia, aquel verano, me dijo que no la soportaba más, que si yo no lo ayudaba a salir de aquella situación, se mataría; pero él no habría tenido el valor de matarse, no en aquella época. Le dije que no podía hacer nada, ¿qué iba a hacer yo, si estaba en otra isla en medio del Mediterráneo y él se había casado con Amanda porque había querido? Hablamos durante mucho rato y prometí llamarlo después, en un momento en que estuviera solo, porque para entonces Raúl le tenía a Amanda verdadero terror y no quería que ella supiera que se había puesto en contacto conmigo. Cuando lo volví a llamar, al día siguiente, después de una noche sin dormir dándole vueltas al asunto y tratando de recordar su tono de voz y todos los matices de la conversación para ver si la cosa era seria y si debía decirle que si aún quería que acudiera a su lado, lo haría, Amanda ya había tenido el accidente que le costó la vida y Raúl, medio histérico, se negó de plano a que lo visitara en Mallorca. Me dijo que me llamaría para el funeral y por eso no nos vimos hasta ese momento, aquí, en París.

Desde entonces todo fue mal, como si él —por alguna extraña razón— me echara a mí la culpa de lo sucedido. Algo después me enteré, por una llamada de un inspector de la policía mallorquina para que le contestara a unas preguntas, de que Raúl era sospechoso del asesinato de Amanda. Nunca le dije a él que lo sabía y traté de disipar las sospechas de aquel inspector por todos los medios. Raúl era un auténtico inepto en cualquier cuestión mecánica, no tenía carné de conducir, no era capaz de clavar un clavo ni distinguía un destornillador de una llave inglesa, y además no tenía el mínimo motivo para desear la muerte de su esposa. Eso es lo que dije entonces. No iba a decirle a la policía que el día anterior me había llamado suplicándome entre sollozos que hiciera algo para quitarle de encima a la dulce Amanda que lo estaba matando lentamente. Jamás lo hubiera dicho. Aparte de que yo aún seguía considerándolo mi marido y queriéndolo como el primer día, a pesar de su inexplicable abandono, yo estaba convencida de que Raúl era inocente.

Después..., después pasaron muchas cosas que me hicieron revisar mi opinión, siempre para mí misma, sin que se me escapara un solo comentario ni siquiera a André. Ahora he acabado por estar segura de que Raúl mató a Amanda. Algo que sucedió casi en el momento de la muerte de Raúl me convenció de ello, pero aún no sé si voy a contárselo, Ari. Si no llego a hacerlo, acepte mi palabra en este asunto como la ha aceptado en tantos otros. Y no lo condene por ello. Usted no llegó a conocer a Amanda, ni a Raúl. Yo sí. Raúl fue mucho más que mi marido, que mi amante, que mi amigo. Raúl era mi otro yo y yo me conozco lo bastante a mí misma como para saber que, bajo determinadas condiciones, sería capaz de matar.

## CAPÍTULO 6

Ari llegó en metro al Trocadero y, una vez allí, dedicó unos minutos a admirar, como cualquier turista, el panorama que se le ofrecía con la torre Eiffel iluminada y todas las fuentes a sus pies, también deslumbrantes de luz, el Sena oscuro y lento cruzando la imagen como una línea horizontal, el Campo de Marte recortado por la estructura metálica de la torre, el cielo, sin estrellas, de un color blanquecino, rosado por las luces de la ciudad. Hacía un frío intenso, seco, que presagiaba nieve, contra el que se podía luchar con facilidad vistiéndose adecuadamente como había hecho él: camiseta interior de angora, traje de lana, abrigo, bufanda, guantes y sombrero.

Mientras bajaba la escalinata en dirección al puente sentía en la boca del estómago una inquietud difusa que en otro momento de su vida habría llamado miedo y ahora apenas si se atrevía a reconocer para sí mismo porque un hombre adulto no debe sentir miedo ante la idea de encontrarse con una mujer mayor que por fin parece dispuesta a colaborar en la investigación que se ha convertido en el centro de su existencia parisina. Pero la invitación de Amelia a «una velada rauliana» lo ponía nervioso por lo que tenía de inesperado y sobre todo de incierto. ¿Qué entendería ella por rauliano? ¿Una larga conversación sobre Raúl? ¿Una noche como le hubiera gustado a él? ¿Una noche como las que ellos dos compartieron muchos años antes? ¿Y por qué citarlo en el monumento más turístico de París, en lugar de pedirle que acudiera a su casa donde presumiblemente guardaba las fotografías, las cartas, quizá incluso algún fragmento de manuscrito que deseara enseñarle? ¿O no era eso lo que le quería mostrar?

De improviso se sintió como un ratón que se entregara voluntariamente al juego previsto por el gato, juego que necesariamente acabaría con la muerte del ratón; pero la idea le pareció tan teatral y tan exagerada que la rechazó de inmediato. Ni él era un ratón ni Amelia era una gata. Le gustaba jugar con él, eso había quedado claro, pero él siempre podía interrumpir el juego cuando quisiera, darle las gracias con toda amabilidad y desaparecer sin más, aunque eso significara el punto final de sus conversaciones. Al fin y al cabo, el libro iba desarrollándose del modo previsto, ya tenía dos capítulos terminados para los que no había necesitado mucho más que el material impreso del que disponía en abundancia. De hecho, podía considerar la cita

con Amelia como ella lo había expresado: un segundo regalo de Navidad, sin más trascendencia que la que él quisiera concederle.

Atravesó el puente y llegó al pie de la torre dos minutos antes de las ocho. Desde allí la construcción era gigantesca y, a pesar de los años transcurridos desde su inauguración, totalmente futurista, un delicado encaje de filigrana de oro. Un numeroso grupo de turistas japoneses acababa de salir del ascensor y se dirigía disciplinadamente al autobús que los esperaba para llevarlos a cenar o a una velada francesa en alguno de los numerosos cabarés de fama internacional: el Moulin Rouge, el Folies Bergère o el más reciente Crazy Horse.

Cuando el autobús hubo desaparecido, llegó un taxi que se detuvo casi a su lado. Amelia, como la reina de las nieves de algún país de fábula, bajó del taxi envuelta en un largo abrigo de piel blanca con un sombrero de la misma piel, de estilo ruso. Aún no comprendía adónde iban ni qué iban a hacer, pero estaba claro que lo de pedirle que acudiera con corbata no había sido exagerado.

Le tendió la mano para ayudarla a bajar del taxi y se quedó mirándola, expectante. Ella sonrió. Una sonrisa como la que dedican los adultos a los niños cuando les dan el regalo que llevan meses esperando.

—¿Listo para la sorpresa?

—Muerto de curiosidad.

—¡Bien! ¿Vamos?

—¿Adónde?

Amelia señaló con el pulgar:

—Arriba.

—¿Me va a enseñar las luces de la ciudad?

—Algo parecido.

Subieron solos en el ascensor y permanecieron en silencio, mirando hacia fuera durante el tiempo que tardó en depositarlos en el primer piso.

—La reserva está hecha a nombre de De la Tour —le susurró Amelia frente a la puerta.

—¿La reserva? ¿Aquí?

—Aquí —ella señaló la puerta del restaurante—. En el Jules Verne. Espero que le guste.

Una vez dentro, Ari ayudó a Amelia a quitarse el abrigo que un camarero se llevó de inmediato, junto con el suyo, y ocuparon una mesa colocada frente al esplendor de las luces de la ciudad. Él habría esperado ver desde allí el palacio de Chaillot y las fuentes del Trocadero, pero enseguida se dio cuenta de que era imposible porque el restaurante ocupaba el pilar sur de la torre. Amelia captó su mirada vagando por la cristalera.

—¿Qué le parece? —le preguntó con una sonrisa picara que decía bien a las claras la respuesta que esperaba.

—Glorioso, claro. Y muy por encima de mi nivel.

—No se preocupe, ya le dije que le invitaba a una velada rauliana. Soy rica, no sé si lo recuerda.

—¿Este restaurante es rauliano? —de algún modo le costaba imaginar a Raúl en aquel ambiente, a pesar de todas las veces que Amelia lo había llamado esnob. El Raúl que él creía conocer amaba los pequeños locales típicos y se entusiasmaba con la comida cubana casera y la cerveza de a dólar que servían en la Casa de las Américas, en La Habana.

—En esta misma mesa, hace casi cuarenta años, Raúl y yo celebramos la venta de Amor a Roma. Entonces él aún no llevaba ese reloj —dijo mirando la muñeca de Ari donde brillaba el Rolex—, ni yo tenía abrigos de pieles. Este vestido y esa cena nos costaron el anticipo que le dio André.

—¿Se ha puesto usted el mismo vestido?

Ella asintió sonriendo:

—Hace diez años habría estado pasado de moda sin remedio. Ahora es *vintage*. Se pagan fortunas por uno de estos modelitos de los años sesenta.

Ari paseó la vista por el local, deteniéndose en los brillos del latón reluciente, de las maderas nobles, del cristal y la plata que enjocaban las mesas.

—Así es que aquí era donde celebraban sus triunfos.

—No, sólo el primero. De la torre al cuadrado lo celebramos en La Tour d'Argent. Por lo de una torre y otra torre.

—Nunca he entendido el nombre de esa novela.

—Raúl se empeñó en llamarla así como un homenaje a mi colaboración en ella. Un De la Torre era él y el otro yo: por eso al cuadrado.

—Sí, las dedicatorias de las dos novelas son una declaración de amor. Eso sí que está claro.

—¿Le parece?

—La dedicatoria de Amor a Roma dice: «A Amelia, sin la cual esta novela jamás habría existido». Y en De la torre al cuadrado, se lee: «A Amelia, fuente y origen de todo prodigio y de toda luz. Siempre». Si eso no es una declaración de amor...

—Vamos a elegir el menú, si le parece.

Ari abrió la enorme carta entelada y empezó a leer con tranquilidad para que Amelia no volviera a reñirle por su descuido.

—Mi carta no lleva precios —murmuró.

—La mía sí, no se preocupe.

Cuando volvieron a quedarse solos, después de la visita del *maître* y del *sommelier*, Amelia miró a Ari intensamente, como si esperara una pregunta, le pareció.

—Ahora yo debería decir algo inteligente, pero la verdad es que no se me ocurre nada a la altura del local y de la compañía —dijo por fin Ari, con un gesto de disculpa.

—¿Es usted feliz, Ari? ¿Se siente bien?



La pregunta fue tan sorprendente que Ari tuvo que esforzarse para que no se le notara la perplejidad que sentía:

—Claro, Amelia, por supuesto. ¿Cómo no voy a sentirme bien aquí, con esta vista delante de los ojos, con una mujer como usted?

Ella cubrió la mano de Ari con la suya. Llevaba un solitario con un diamante enorme en el anular.

—Gracias. ¿Sabe?, a veces me recuerda usted tanto a él que por unos instantes tengo la sensación de haber recuperado mi juventud.

—¿Yo le recuerdo a él?

—Algo en usted. Su sonrisa sobre todo, el brillo de sus ojos, su inocencia quizá, su sencillez.

A ningún hombre le gusta que lo llamen inocente, y Ari tuvo que hacer un esfuerzo para aceptar el cumplido de Amelia, recordándose a sí mismo que la mujer que le hablaba podía perfectamente ser su madre y para ella la inocencia era una cualidad positiva. Seguía mirándolo con los ojos brillantes y una media sonrisa curvando sus labios, como si recordara algún momento de felicidad.

—Lo quiere aún, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Ella desvió la vista hacia las luces que brillaban fuera, perdiendo la mirada en los pequeños copos de nieve que estaban empezando a caer.

—Sí —dijo por fin—. Llegué a pensar que estaba curada, pero no es cierto. El amor no se cura. ¿Conoce usted la canción de Leonard Cohen? —continuó sin esperar respuesta—. Nadie me hizo tanto daño como él, nadie me hizo nunca tan feliz. Raúl tenía la potestad de las divinidades: dar el placer absoluto, retirarlo, dar el dolor absoluto. Lo único que no podía dar era el olvido.

—Sin embargo es usted la fuente y el origen de todo prodigio y de toda luz —dijo Ari tratando de disipar la melancolía de Amelia.

Ella hizo un gesto de rechazo, de no darle importancia a la cuestión.

—Simples palabras. Raúl destrozó a todos los que lo amaron. A mí, a André, a Amanda, si es que alguna vez llegó a quererlo... a su manera...

—¿A Hervé?

Amelia guardó silencio mientras el camarero les servía el vino que habían pedido para acompañar el primer plato.

—También a Hervé. Porque él era sólo un muchacho cuando se conocieron, y al final, cuando enfermó, había perdido el contacto con todos sus amigos, con toda su familia, y pasó sus últimos meses aterrorizado al pensar que Raúl pudiera abandonarlo. Porque, no sé si lo sabe, Raúl era un hipocondríaco total. Una simple gripe lo alejaba del enfermo por miedo al contagio.

—Pero siguieron juntos hasta la muerte de Hervé. O eso tengo entendido.

—Raúl luchó durante meses entre su miedo a acercarse a él y su deseo de tenerlo cerca. Tenía horror al sida, lo que es comprensible, dada su relación con Hervé, que no era precisamente platónica, y a la vez no resistía estar alejado de él. Le habría

gustado cuidarlo con sus propias manos, pero le daba asco y miedo la enfermedad, y lo que la enfermedad estaba haciendo con la belleza de Hervé. Era un muchacho muy guapo, muy joven, por eso el cáncer se desarrolló con tanta virulencia. Fue mejor para él. Pero sufrió mucho.

—¿Usted los visitaba?

—A diario. La familia de él había cortado toda relación. A los amigos los había perdido porque Raúl era todo lo que necesitaba. Y Raúl no me tenía más que a mí.

—Usted ya estaba divorciada de su segundo marido, ¿no es cierto?

—Me divorcié en esa época. John no soportaba que me hubiera convertido en enfermera del amante de mi primer marido ni, mucho peor, que siguiera viendo a Raúl todos los días, que no estuviera ya siempre disponible para viajar y organizar fiestas y exposiciones. Indirectamente, Raúl también destrozó a John.

—Y luego, después de la muerte de Hervé, Raúl se fue a vivir de nuevo con usted.

—¡No!

Un camarero estaba depositando un pequeño *amuse-gueule* frente a ellos y la violenta negativa de Amelia hizo que el plato tintineara contra el cuchillo.

—Perdone —dijo Amelia sin dirigirse concretamente a ninguno de los dos hombres—. No fue así. Raúl no se sentía capaz de seguir viviendo en el piso que había compartido con Hervé, pero tampoco quería vaciarlo y buscarse otro, así que yo le ofrecí una habitación en mi casa (tengo cinco dormitorios), y él venía cuando lo necesitaba, pero ni siquiera llegó a meter su ropa en el armario. Venía con una maleta, pasaba un par de días sin sacar más que lo necesario y volvía a marcharse. A veces lo oía teclear en mi vieja Brother y otras veces trataba de adaptarse al procesador de textos al que yo me había cambiado hacía ya bastante tiempo. Así aguantó cerca de dos años, hasta el 91.

—Hervé había muerto en el 89.

—Sí. Raúl se habría matado entonces si hubiera tenido valor, pero no lo consiguió y empezó a esperar el año 91.

—¿A esperarlo?

Amelia le obsequió su famosa sonrisa torcida, exenta de humor.

—Justicia poética, lo llamaba él. ¿No se ha dado cuenta de que 1991 es un año especial?

Ari negó con la cabeza.

—Es como Amor a Roma.

—No la sigo.

—Es un palíndromo. En español, cuando son números, se les llama capicúa, pero es el mismo sistema: se leen igual empezando por el principio o por el final. Él siempre pensó que moriría en un año capicúa y sólo había dos posibilidades: 1991 y 2002. Yo tenía la esperanza de que fuera el 2002, el año en que cumpliría ochenta.

Callaron mientras empezaban a comer el primer plato, y ya estaba Ari pensando

febrilmente qué decir para cambiar el signo de la conversación, que se había oscurecido con el último comentario de Amelia, cuando ella rompió el silencio.

—Hábleme de usted, Ari.

Le costó empezar, pero cuando estaba a punto de decirle que no sabía qué contar y que de todas maneras no sirve de nada lo que uno pueda decir de sí mismo, se dio cuenta de que eso invalidaría toda la justificación de sus entrevistas y, concentrándose, empezó a hablarle de su infancia en Estrasburgo, de sus estudios en diferentes universidades alemanas y francesas, de su matrimonio con Rebecca y de su abrupto final, del nuevo matrimonio de ella, de su trabajo en la Universidad de Heidelberg, de los libros que había escrito, de su pasión por la literatura y su nueva ocupación de biógrafo de Raúl, algo que intentaba por primera vez.

—¿Y por qué no escribe una novela? —preguntó Amelia dejando los cubiertas sobre el plato vacío.

—¿Yo? ¿Una novela?

—¿Por qué no? Si hasta yo escribo novelas...

—Yo no tengo imaginación.

—Mentira. Todo el mundo tiene imaginación. Pero usted la usa para adaptar la realidad a sus fines, en lugar de utilizarla para crear ficciones que, aunque también reflejan la realidad, son mucho más dúctiles y no tienen tantas pretensiones.

—¿Por que son más dúctiles ficciones?

—Porque las creamos con un plan concreto en la cabeza y escogemos de la realidad los elementos que nos sirven para llevar la ficción al terreno donde queremos torearla. Las ficciones son como un metal semisólido: vienen como un fluido espeso y somos nosotros los que las formamos para que parezcan lo que queremos. Luego, cuando se enfrían, mantienen esa forma para siempre. Lo malo es que también usamos ese sistema con la realidad y nos empeñamos en hacer pasar los resultados por una verdad objetiva, tratando de hacer creer a todo el mundo que la verdad existe y es efectivamente objetiva. En el plano de la ficción está claro, al menos, que hay un narrador que selecciona los hechos, organiza los materiales y omite lo que mejor le parece. En la vida real también es así, pero eso no lo quiere ver nadie. Le pasa como a la ficción: cuando se enfría, se endurece y ya es inamovible.

—Con lo cual estamos de nuevo en la primera conversación que tuvimos, ¿se acuerda?

—Mi memoria sigue siendo buena. Recuerdo que se lo advertí y que usted no me hizo el menor caso. ¿Los dos capítulos que lleva escritos sobre Raúl reflejan una verdad objetiva? —preguntó, fingiendo una inocencia que su sonrisa desmentía.

Ari soltó una risita incómoda y se entretuvo en darle las gracias al camarero que acababa de retirarle el plato.

—Es la verdad más objetiva que he conseguido obtener después de estudiar, contrastar y valorar las fuentes.

—Pero le debe más a su imaginación que a cualquier otra cosa.

—Puedo vivir con ello.

—No me cabe la menor duda. Mmm..., este *foie* tiene un aspecto soberbio. No deje que se le enfríe. ¿Sabe cuál es el anagrama de mi nombre?

Ari negó con la cabeza. Sabía lo aficionados que Raúl y ella habían sido a los anagramas, los palíndromos, los juegos de palabras, pero nunca se le había ocurrido hacer anagramas con los nombres de las personas.

—Hay uno perfecto que me define bastante bien: malea y..., por lo que estábamos hablando de la ductilidad de los materiales. Yo me veo así a mí misma, como alguien que trabaja materiales maleables hasta darles una forma fija, quizá definitiva, y algo más que ni siquiera yo misma sé qué es. Por eso me gusta ese anagrama, porque no acaba, porque deja la puerta abierta a más cosas que sólo puedo intuir. Claro que para usted, en la situación presente, hay uno mejor, también perfecto, quiero decir, que contiene todas las letras de mi nombre sin repetir ninguna: me alía, que es lo que estoy haciendo yo ahora con usted: aliarlo con Raúl. Y hay uno incompleto —porque falta una «a», que también es muy revelador: me lía, y otro más: me leía, donde falta una «a» y se repite una «e»; pero de los incompletos, el que más me gusta es en francés: *il a aimé, il m'a aimé*, «él ha amado, él me ha amado». Fíjese, hasta en el anagrama de mi nombre se me define a través de Raúl. ¿No es para desesperarse?

Se echó a reír repentinamente, se secó con cuidado las lágrimas que amenazaban con desbordar de sus ojos sabiamente maquillados, y tomó un sorbo del burdeos que habían pedido para acompañar el *foie*.

—No me haga mucho caso, Ari: siempre he estado un poco loca y siempre he pensado que la lengua se inventó para confundir a la gente, para tomarnos el pelo, para hacernos reír.

Viéndola reír así, como una adolescente, haciendo muecas para limpiarse los ojos sin ennegrecérselos y mirándolo con ese descaro, Ari sintió que algo dentro de él se aflojaba, se entregaba a aquella mujer tan divertida y tan sabia, a aquella bruja bella, como decía su seudónimo, que le hacía sentirse también un poco mágico, un poco fuera de su piel, de la máscara de profesional serio en la que se había convertido su rostro por imperativos académicos.

—Es usted una mujer maravillosa, Amelia —dijo Ari sin poderlo evitar—. La mujer más increíble que he conocido. Es un placer estar aquí con usted. Y un honor.

Ella se echó a reír de nuevo.

—Pero no se ponga usted tan solemne, criatura. La noche no ha hecho más que empezar. Ahora pediremos una buena grappa con el café y luego nos tomaremos un excelente champán en otro de mis lugares especiales. Le prometí una noche rauliana y la va a tener. Yo siempre cumplo mis promesas. Y si le sirve de algo, para mí también es un placer estar con usted y no me lo habría perdido por nada del mundo.

Ya con el café en la mesa, pensando en los anagramas de los que habían hablado poco antes, Ari le hizo a Amelia una pregunta que se le había ocurrido tiempo atrás y

por unas cosas o por otras nunca había tenido ocasión de formular.

—¿No fueron ustedes amigos de Julio Cortázar? Su amor por los palíndromos y los anagramas era muy similar.

Ella tomó un pequeño sorbo de grappa con los ojos cerrados.

—A mí me gustaba mucho Julio. A Raúl nunca le cayó bien. Pero no por él mismo, sino porque Raúl no se reunía con argentinos ni tampoco mucho con escritores. Él prefería a los músicos, como usted bien sabe, y además le gustaba ser el único escritor en las reuniones; le daba una especie de aura especial. Y le gustaba hablar de literatura, por eso decía que prefería hablar con grandes lectores que con grandes escritores, porque los primeros hablan de libros y los segundos hablan de dinero, de tiradas y de las comidillas del gremio.

—Pero sí llegaron a conocerse.

—Sí, pero hace mucho de eso. Después de nuestra separación. Debió de ser en la época de Amanda, con lo de la solidaridad con Cuba y demás. Yo me reía mucho con Julio y a Raúl, a pesar de que ya no estábamos casados, le molestaba. Luego le perdí la pista y no volví a encontrarme con él hasta después de que conociera a Carol. Fui al entierro de ella, pobre muchacha, tan joven; y un año después al de él. Un día horrible de febrero, frío y ventoso, con un sol extraño que convertía en máscaras todos los rostros. Hablemos de cosas más alegres, si no le importa.

Ari había estado a punto de preguntarle por el entierro de Raúl, pero decidió dejarlo para otra ocasión y desviar la charla hacia temas más amables.

—¿Me va a decir qué planes tenemos ahora? Si mal no recuerdo, me pidió que no contrajera ningún compromiso más.

—Y no lo ha hecho.

—No lo he hecho. Soy suyo hasta que quiera dejarme marchar.

—Un día de éstos se va a meter en un lío haciendo ese tipo de promesas, profesor —dijo encendiéndose un cigarrillo.

Era la primera vez que la veía fumar, pero de algún modo le pareció natural, como si el cigarrillo le diera el toque definitivo de mujer fatal. Un rato antes parecía una jovencita ahogándose en su propia risa; ahora, de repente, parecía Greta Garbo con un ojo entrecerrado para evitar el humo y la sombra de una sonrisa en los labios, mientras fuera caía la nieve sobre la ciudad.

Llegó la cuenta en una cartera de piel, la tarjeta de Amelia desapareció entre sus tapas y un momento después estaban en el vestíbulo del restaurante recuperando sus abrigos. Ari lanzó una mirada nostálgica hacia la mesa donde habían pasado las últimas dos horas, sintiendo una pena imprecisa porque todo había acabado ya, porque ese tiempo mágico pertenecía al pasado y era ya irrecuperable.

Ella pareció notarlo porque se apoyó ligeramente en su brazo, siguió su mirada hacia las cristaleras y suspiró:

—Así es todo en la vida, querido. Parece que algunas cosas no van a llegar nunca y, de improviso, han pasado ya. Por eso hay que aferrarse con uñas y dientes, roerlas

hasta la médula y embotellar el perfume de los momentos felices para destaparlo después, en los malos tiempos, cuando no queda nada más.

En el ascensor, Amelia volvió a cogerse de su brazo y dejó caer la cabeza en su hombro durante los segundos que tardaron en bajar. El gorro de piel le hacía cosquillas suaves en el cuello y su cuerpo parecía tan frágil, tan leve, que habría podido cogerla en brazos sin mucho esfuerzo.

—¿Está cansada, Amelia? —preguntó Ari—. ¿Quiere que dejemos... lo que sea que tenga pensado para otra noche?

Ella sacudió la cabeza.

—Tiene que ser hoy. Y no, no estoy cansada. Al menos no demasiado —añadió riendo.

Abajo los esperaba un taxi.

*Esta tarde, en un inmueble de la isla de San Luis, ha sido hallado el cuerpo sin vida de Raúl de la Torre, el famoso novelista y poeta argentino que residía en París desde la década de los cincuenta. El escritor, que sufría de profundas depresiones desde la muerte de su compañero Hervé Daladier, acaecida en abril de 1989, decidió poner fin a su vida de un tiro en la cabeza.*

*Raúl de la Torre quedará siempre en la memoria de los amantes de la literatura como uno de los más brillantes escritores del siglo XX, con sus inmortales novelas, Amor a Roma y De la torre al cuadrado. Deja también varias excelentes colecciones de cuentos, tanto realistas como fantásticos, y cuatro libros de poemas, de los cuales el último, Cuerpos presentes, se ha convertido en obra emblemática de la comunidad homosexual.*

*Su ex esposa, Amelia Gayarre, que se ha negado a hacer declaraciones a la prensa, será en lo sucesivo la administradora de su legado literario.*

*El entierro, público, tendrá lugar el 22 de noviembre en el cementerio del Père-Lachaise.*

*Le Monde, 19 de noviembre de 1991*

El ataque de inquietud, o de miedo impreciso, que había sentido bajando la escalinata del Trocadero en dirección a la torre Eiffel para acudir a su cita con Amelia se repitió al entrar al vestíbulo del hotel Crillon y se agudizó hasta producirle contracciones en el estómago cuando ella, en lugar de limitarse a cruzar el *hall* en dirección al bar o a uno de los salones, avanzó resueltamente hacia el mostrador de recepción con su porte de emperatriz rusa y, después de cambiar unas palabras en voz baja con el recepcionista nocturno, se giró hacia él con una llave en la mano y una ambigua sonrisa en el rostro.

«¿Qué quiere ahora de mí, Dios mío?», pensó Ari, reprimiendo a la vez el deseo de echar a correr instantáneamente, salir de aquel templo de la elegancia parisina y

atravesar al galope la plaza de la Concordia bajo la nevada.

—Venga conmigo —le animó Amelia—, quiero mostrarle algo.

Tomaron el ascensor —silencioso, entelado— hasta la tercera planta y recorrieron un pasillo también silencioso hasta una puerta maciza que olía ligeramente a buen barniz para madera. Amelia abrió y se encontraron en el pequeño vestíbulo de una *suite* que daba directamente frente al obelisco de la plaza. Se quitaron los abrigos y entraron en la habitación: enorme, iluminada por varias lámparas de pie y de mesa, una cama gigante con el embozo abierto en el cuarto que se abría a su derecha, un conjunto de sillones y mesa baja a su izquierda, un pequeño balcón frente a ellos.

Hubo unos segundos de silencio mientras miraban la habitación sin moverse del centro: Ari, perplejo aún, rígido y envarado; Amelia con los ojos entornados y la inquietante sonrisa llena de reminiscencias.

Unos golpes discretos en la puerta los sacaron a ambos de sus pensamientos y de la imprevisible situación en la que se encontraban, como a la espera de algo que tenía que suceder.

—Debe de ser el servicio de habitaciones. Haga el favor de abrir, Ari.

Ari se dirigió hacia la puerta caminando como si las rodillas se le hubieran fosilizado. Se sentía absolutamente incongruente y la sensación de haber caído en una trampa aumentaba por momentos.

En el pasillo, un camarero con chaquetilla y pajarita negras esperaba pacientemente con un cubo de hielo, una botella de champán y dos copas finas; saludó a Ari, entró y depositó su carga sobre la mesita baja.

—Espero que esté todo a su gusto, *madame*.

—*Merci*, Jean-Jacques.

Amelia sacó algo de su bolsito y se lo entregó al camarero con una sonrisa como la que podía haber dedicado una reina a un criado de confianza.

Cuando volvieron a quedarse solos, Amelia se dirigió a Ari:

—Ahora le toca trabajar, querido, y descorchar la botella.

—¿Celebramos algo? —preguntó Ari, tratando de sonar sereno mientras se afanaba con el *Dom Perignon*.

—Le estoy mostrando un aspecto desconocido de nuestra vida, mía y de Raúl.

—¿Aquí? —preguntó él paseando la mirada por la lujosa y discretamente decorada habitación.

—Era uno de nuestros secretos. Aquí veníamos de vez en cuando, a este mismo cuarto, a regalarnos una velada para dos. Tomábamos champán, bailábamos, hacíamos el amor en aquella cama, nos dábamos un baño juntos, desayunábamos en la mesa junto al balcón, frente al obelisco, y por la mañana nos marchábamos a seguir nuestra rutina cotidiana. Era nuestra forma de salir por unas horas de la vida de todos los días y hacernos un hueco mágico sólo para nosotros. Nadie lo supo nunca. Salvo el personal del hotel, por supuesto.

—Ya me he dado cuenta de que parecen conocerla, a pesar de los años que han

pasado desde la muerte de Raúl.

—Es que he seguido viniendo. Cuando sentía la necesidad de recordar algo bueno que me hiciera salir adelante en las malas épocas. Sola, casi siempre.

—¿Casi siempre?

Ari llenó las copas, mientras esperaba una respuesta que no recibió. Le entregó una a Amelia y brindaron.

—Por el pasado —dijo ella—. Por que se materialice una vez más esta noche, para los que lo buscamos.

—¿Usted también busca el pasado, Amelia?

—Desde que ha aparecido usted, no me queda más remedio. Por eso quería enseñarle también éste, el mejor.

Ari sabía que le temblaría la mano que sujetaba la copa y eso le hizo agarrarla con fuerza y vaciarla de un trago.

—No tenga prisa, Ari, tenemos toda la noche. Mañana podrá volver al presente y a la redacción de su libro. ¿Sabe usted bailar el tango?

Amelia rellenó las copas, aunque la suya estaba apenas mediada.

—De hecho, sí. Aprendí en Buenos Aires y luego, durante un par de años, Rebecca y yo fuimos a cursillos de perfeccionamiento y a una infinidad de milongas, pero no sé si aún me acuerdo. Hace siglos que no bailo.

—Bailar es como nadar y montar en bicicleta: cuando uno sabe, sabe para siempre. Raúl era un excelente tanguero, a pesar de que en general no soportaba nada que tuviera relación con los clichés argentinos.

Amelia se dirigió resueltamente hacia un mueble que ocupaba la pared entre las puertas del dormitorio y el baño y metió un CD en el aparato. Un par de segundos después, la voz de Gardel había invadido la sala.

—¿Le gusta Gardel o prefiere a Piazzolla?

—Gardel. Piazzolla es demasiado trágico.

—Ayúdeme a retirar las alfombras. El parqué es excelente.

—¿Me está diciendo que vamos a bailar aquí?

—¿Tiene una idea mejor?

—¡Dios mío, Amelia! Esto es una locura —Ari dudaba entre tratar de echarlo todo a broma o seguir serio.

—¿Cómo piensa entender a Raúl sin saber lo que le gustaba, sin tratar de meterse en su piel aunque sea por un rato? La lectura es experiencia vicaria. Esto es la vida real.

Retiraron las alfombras y se quedaron mirándose como dos luchadores que usan los últimos segundos antes del gong para medir al contrario. Entonces, Ari tomó la primera decisión de la noche y se quitó la americana.

—Quítese también la horrenda corbata de perros de caza que le regaló André. No creo que pudiese concentrarme mirando esa jauría; me llega justo a la altura de los ojos.



Ari se quitó la corbata regalada mientras Amelia daba una vuelta por la sala apagando unas cuantas luces. Cuando volvió a su lado, Gardel había empezado a cantar Volver. Ya no hablaron más. Ari afirmó los pies buscando el equilibrio perfecto, Amelia se inclinó hacia él dejándole todo su peso para que él la guiara y dieron los primeros pasos, aún tentativos, una simple caminata que los llevó a través del salón. Poco a poco, los dos fueron entregándose a la magia del baile, los pasos empezaron a hacerse más complejos, la respiración más profunda, sus ojos se fueron entornando hasta cerrarse por completo. Ari tenía apenas que indicar un movimiento y Amelia lo seguía, segura y confiada. Era como bailar con una brisa caliente, con un pañuelo de seda, con un fantasma suave y envolvente que sin embargo tuviera un cuerpo preciso y firme que se le pegara como una tela movida por el viento. Era como un vuelo nocturno sobre una ciudad dormida, como un planear sobre el pasado a bordo de una máquina muy frágil, a merced de las corrientes.

Abandonando lentamente la posición erguida de la cabeza, Ari se inclinaba hacia Amelia, que, reclinada sobre él, se entregaba a su abrazo dejándose llevar, como dormida, como perdida en un ensueño dulce. Su pelo olía ligeramente a algo frutal, un aroma un poco ácido mezclado con flores más intensas; su piel era suave y caliente. Ari se sentía recorrido por una corriente eléctrica que zumbaba y vibraba en todo su cuerpo dejándolo expuesto y vulnerable. Seguía teniendo miedo, pero no hubiera querido detenerse ahora. Hacía demasiado tiempo que no bailaba así, entregado por completo a la música y a la mujer que te sigue y se pliega a tus deseos y al dulce mareo del vino de la cena y de las dos copas de champán. Era como haber alcanzado el paraíso. Estaba bailando con la mujer de Raúl, en una habitación que ambos habían compartido cuando él aún iba al colegio y Raúl de la Torre no existía para él.

Y ahora su mujer, la mujer que fue suya durante tanto tiempo, lo estaba abrazando entregada al tango y a él, y sentía su mano en el hombro, su cintura bajo su palma, el movimiento de sus caderas en ochos y molinetes.

Había demasiada luz, incluso con los ojos cerrados, pero no quería soltarse de ella para apagar una de las lámparas; no quería romper la magia con unos segundos de separación que los volverían a alejar, a enfrentar, buscando palabras que llenaran el vacío. No hacían falta las palabras.

Bailaron durante una pequeña eternidad hasta que el clic del aparato puso fin a la música y siguieron abrazados durante unos segundos, como si esperaran que el tango continuara por su propia voluntad. Amelia levantó la cabeza y lo miró sin hablar, con una pregunta muda en los ojos. Él asintió, aflojó el abrazo y permitió que se alejara a cambiar el disco mientras él apagaba todas las luces de la habitación.

Cuando volvió a su lado, ella lo miró en la penumbra anaranjada de las luces de la Concordia, dispuesta a volverse a entregar, si él lo quería.

—Quiero seguir bailando, Amelia —dijo él en un susurro.

—¿Está seguro? —su voz se había hecho muy ronca.

Él asintió sin hablar y abrió los brazos para que ella volviera a reclinarse contra él. Sin haber tomado una decisión consciente, cuando sintió el cuerpo de Amelia contra el suyo, buscó sus labios y los encontró: calientes, firmes y dúctiles. Maleables. Se besaron durante mucho tiempo mientras Piazzolla aullaba su dolor antiguo y porteño. Por un momento, Ari pensó que, antes de perder por completo el sentido común, tenía que separarse de ella, salir corriendo de aquella habitación donde estaba a punto de suceder algo terrible, despedirse ahora que aún era tiempo, antes de que toda la amistad que habían ido construyendo cayera en pedazos a su alrededor para dejar paso a otra cosa que no podía imaginar. Amelia tenía veinte años más que él; una diferencia casi como la que había existido entre Raúl y Hervé. Era una mujer anciana.

Pero sus labios no eran de vieja, ni su cuerpo delgado y firme que se estremecía bajo la caricia de sus manos, ni su voz caliente que murmuraba palabras sin sentido, como un conjuro del que no se quería liberar. Si era un absurdo, era un absurdo que algo en él deseaba con toda su fuerza. Tenía razón Amelia, era como una vuelta al pasado, como una burbuja en el magma del tiempo que hubiera creado una cámara secreta sólo para los dos, por unas horas; un secreto compartido en una cadena de secretos que nunca llegaría a desvelar.

Cuando la mano de ella bajó hasta su pantalón y lo tocó por encima de la tela de lana, supo que no se detendría, que no haría lo único sensato que podría hacer, marcharse a la noche helada y rechazar la oferta que se le presentaba como el regalo de un hada madrina o de una bruja malvada. Su cuerpo era una sola cuerda de arco tensada por el deseo de poseer a esa mujer, de entregarse a ella, de caer en el olvido oscuro y caliente de después.

La levantó del suelo sin esfuerzo, como si no pesara más que una almohada de plumas, y cruzó la sala hasta el dormitorio, hacia la inmensa cama de sábanas blancas que brillaban en la penumbra como una playa al atardecer. Desnudarla fue fácil: el vestido tenía una larguísima cremallera a la espalda y cayó como una piel abandonada a su alrededor, como la corola de una flor de pétalos negros. Ella le desabrochó los botones de la camisa, la cremallera del pantalón, impaciente por sentir su piel en todo su cuerpo, hambrienta de piel, como una sacerdotisa caníbal.

Se exploraron durante mucho tiempo, entre jadeos y gemidos, conociéndose como dos contrincantes enamorados de la lucha de los cuerpos sudorosos y brillantes y, cuando se unieron y Ari entró por fin en ella, la explosión de placer fue casi instantánea, como un fogonazo cegador que no fuera una liberación sino un prólogo de mucho más que aún estaba por llegar, que los subía muy alto, como en la cresta de un tsunami, y los precipitaba de nuevo en las profundidades para volverlos a alzar cada vez más fuerte y más alto.

En algún momento de la noche, Ari vio su imagen fugazmente reflejada en el espejo del tocador y no consiguió reconocerse en aquel cuerpo pálido en la oscuridad que, arrodillado sobre la cama, cubría enfebrecido, casi animalizado, otro cuerpo de

rodillas frente a él. En otro momento, el rostro de Amelia, sudoroso y de ojos salvajes, lo miraba desde el paisaje nevado de las sábanas murmurando incoherencias con los labios entreabiertos.

Mucho más tarde, cuando su lucha se había convertido en un lento enlazarse de miembros húmedos, la oyó decir casi para sí misma: «Has vuelto, mi amor, has vuelto». Luego fue otra vez una explosión de colores en la noche, una caída sin fin por un tobogán oscuro y el abandono lánguido del fin del deseo, de la paz absoluta, del paraíso encontrado.

Sentada en el sofá frente a la chimenea apagada —habían intentado encenderla una vez y habían estado a punto de ahogarse con el humo—, Amelia cosía el dobladillo de su disfraz para la fiesta de Nochevieja. Nunca había sido particularmente habilidosa con la aguja y lo que para cualquier otra ama de casa habría sido una cuestión de media hora, a ella le había ocupado ya dos tardes. Pero tampoco era preciso que estuviera perfecto, sólo se trataba de que no se deshilara la tela, aunque al fin y al cabo el borde de un vestido de vampira podía llevar hilos sueltos sin llamar la atención. Lo malo era que la tela era negra y la luz que entraba por la ventana empezaba a no ser suficiente para ver dónde clavaba la aguja y, para empeorar las cosas, Raúl llevaba ya desde la mañana encerrado en el estudio leyendo la novela que ella acababa de terminar: su segunda novela. O la primera, según se mirara. En cualquier caso la primera que sería publicada con su propio nombre: Amelia Gayarre. De un modo casi infantil le hacía ilusión la idea de ver su nombre en la cubierta de un libro, pero aún quedaba mucho camino hasta conseguirlo. Primero tenía que gustarle a Raúl, luego tenían que pensar juntos a qué editor enviársela, después tenía que pasar por el control del lector que decidiera la editorial y, mucho más tarde, si tenía suerte y se la aceptaban, vendría toda la espera del momento en que por fin su manuscrito se convertiría en un libro. Y entonces llegarían la presentación, las primeras críticas, las reacciones de los lectores, las cifras de ventas..., todo lo que para Raúl era casi cotidiano y que para ella sería un milagro que sólo se produciría si todos los si se convertían en realidad: si le gusta a él, si le gusta al lector, si el editor la acepta, si, si, si...

Había tardado casi cuatro años en escribirla porque, al contrario que Amor a Roma, esta novela había costado trabajo, el trabajo de despegarse del estilo y el mundo de la primera, el trabajo de explorar de nuevo el ambiente de París, tan distinto del de Roma, a pesar de que era el que la había rodeado toda su vida, para conseguir expresarlo en las palabras necesarias, en los personajes precisos, en los conflictos inevitables entre bohemios e intelectuales franceses. Se le había ocurrido incluso llegar a crear un ciclo de novelas europeas, ambientadas cada una en un país, en una capital de Europa. Roma sería la primera, aunque oficialmente la novela fuese de Raúl, París la segunda, quizá Madrid la tercera. Tenía que tratarse de ciudades que

conociera lo bastante, pobladas por una fauna de personajes representativos pero no estereotipados que encarnaran conflictos actuales, sociales, europeos, absolutamente alejados de los clichés americanos propagados por el cine y las novelas traducidas del inglés que engrosaban la lista de los más vendidos. Estaba convencida de que había llegado el momento de la gran novela europea cosmopolita, y ella se sentía con aliento para contribuir a algo que sería una espléndida realidad veinte o treinta años más tarde. Pero para que todo eso pudiera realizarse, el primer paso era la reacción de Raúl frente a su novela, que quizá se llamaría Laberinto con palíndromos, y las reacciones de Raúl no siempre eran previsibles.

En cualquier caso, lo que estaba claro era que esta vez la novela era suya y sólo suya y no pensaba volver a caer en la misma trampa de Amor a Roma.

Se pinchó un dedo con la aguja y soltó la labor para chuparse la gota de sangre que se le había formado en la yema. Los vampiros tenían razón, la sangre estaba buenísima.

Oyó el frote de la silla de Raúl al levantarse del escritorio y, con una última chupada al dedo herido, volvió a inclinar la cabeza sobre la labor, fingiendo una ocupación que se desdibujaba frente a sus ojos de pura tensión. Era muy posible que la hubiese acabado y que ahora viniera a decirle lo que pensaba de ella. Deseó fundirse sobre el sofá y desaparecer para no oír lo que Raúl tuviera que decirle mientras sentía a la vez que no había nada en el mundo que deseara tanto como oírlo hablar de su novela.

Se abrió la puerta que comunicaba el estudio con la sala y entró Raúl, agachando la cabeza como siempre para no golpearse contra el marco, sujetando el manuscrito en la mano izquierda que se balanceaba al compás de sus pasos.

Ella levantó la vista, a pesar de que había decidido dejarse sorprender. Era exactamente lo que hacía él cuando era ella la que había estado leyendo.

—¿La has acabado? —preguntó.

—¿Tenemos Perrier? Estoy deshidratado.

—¿La has leído? —insistió ella.

—Tráeme agua, linda. Me habés dejado sin saliva con la escena final.

Ella se puso en pie dejando caer todo el montón de telas negras con encajes rojos y morados:

—¿Te ha gustado?

Raúl abrió los brazos al límite de su extensión. Las páginas del manuscrito se agitaban entre los dedos de su mano como pájaros vivos:

—¡Es fantástica, Hauteclaire! Lo habés vuelto a lograr. ¡Sos bárbara, piba!

Se abrazaron fuerte mientras Raúl reía y Amelia lloraba de pura felicidad.

—¿De verdad, Raúl? ¿Tú crees que es publicable?

—Si yo fuera editor, firmaría ya por lo que quisieras. Te la van a quitar de las manos, créeme. Sos increíble: inventas novelas como yo cuentos.

—Pues se me acaba de ocurrir otra que podría empezar ya mismo, si no tuviera

que acabar de coser los malditos disfraces.

—Contá.

Ella sacudió la cabeza mientras iba a la cocina a buscar el champán que tenía guardado desde hacía tres días para el caso de que a Raúl le gustara la novela.

—Aún no la tengo clara. Es sólo una intuición.

—¿Una buena?

—Claro. ¿O no sabes que soy genial?

Raúl se había quedado en la sala y le hablaba desde allí, instalado en el sofá del que había quitado los montones de telas de muaré.

—Es que había pensado..., si estás de acuerdo..., que la próxima vez podríamos escribir una novela a cuatro manos. André se está poniendo pesado con lo de que ya va siendo tiempo de sacar otra; en las entrevistas no paran de preguntar que para cuándo se puede contar con otra novela de Raúl de la Torre y, la verdad, viendo lo poco que a vos te cuestan, podríamos colaborar y dejarnos caer con otra sensación como Amor a Roma.

Ella asomó la cabeza desde la cocina, donde estaba poniendo algo de picar en una bandeja para acompañar la botella que acababa de sacar de la nevera.

—Quieres decir que esta vez lo haríamos de verdad juntos y firmaríamos los dos.

Raúl asintió formalmente, con la cabeza, el gesto y la voz:

—Juntos hasta la muerte. De la Torre y De la Torre.

—De eso nada. Yo no me llamo De la Torre. De la Torre y Gayarre.

—O Gayarre y De la Torre —siguió Raúl el juego.

—O De la Torre al cuadrado —sugirió Amelia, acercándose con la bandeja.

—Genial título, esposa mía. De la torre al cuadrado, por Gayarre y De la Torre. Vamos a arrasar. Trae, yo abro la botella, para algo tenemos que servir los hombres. ¡Dale, contá!

—¿Contar, qué?

—Nuestra nueva novela, piba. ¿De qué va?

—Ahora hay que brindar por ésta, que ya está terminada.

—¡Por ésta! —dijo Raúl alzando su copa.

—¿A quién se la enviamos?

—A André, por supuesto.

—No sé, Raúl. André ya es tu editor. A lo mejor no está bien que nos publique a los dos. Parecería como si me estuviera haciendo un favor porque soy tu mujer.

—André es un buen editor, tiene olfato y sabe lo que se hace. Tu novela es excelente, Hauteclaire, y André es un amigo; hay que darle la opción a él antes que a otros.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

—Es que me da un poco..., no sé..., como vergüenza. André cree que yo nunca he escrito nada.

—Si querés, se la llevo yo en cuanto pasen las fiestas.

Ella lo miró suspicazmente, sin quererlo, pero sin poderlo evitar. Raúl lo registró y puso su clásica cara de niño ofendido.

—Si ya no confiás en mí, decilo.

Amelia se apresuró a negar:

—No, Raúl, por Dios, no es eso. Está bien, llévasela a primeros de año, a ver qué dice. Y si él no la quiere, ya probaremos con otras editoriales.

—Dentro de un año estará en la calle. Te lo juro. Y ahora más vale que te apresures con los trajes de vampiro. ¿Puedo ayudar?

—Podrías encargarte tú de conseguir los colmillos de plástico. Marita dice que hay una tienda cerca de la Ópera donde venden todas esas cosas. Llámala y que te explique dónde es.

—A la orden de usía.

Amelia se metió unos cacahuets en la boca, se limpió las manos en la servilleta y volvió al dobladillo con la imprecisa sensación de que, de alguna manera, algo iba a salir rematadamente mal.

Cuando abrió los ojos a la luz grisácea de la mañana, lo primero que sintió fue vergüenza ante la enormidad de lo que había sucedido en aquella misma habitación apenas unas horas antes. Por eso se quedó muy quieto, sin atreverse siquiera a girar la cabeza buscando el otro cuerpo que debería yacer desmadejado a unos centímetros del suyo. Ahora, de día, una vez desvanecida la magia de la noche anterior, con el sonido de los motores entrando a través de los cristales, devolviéndolo a la realidad cotidiana, todo parecía espantoso e incomprensible. Había hecho el amor con una mujer veinte años mayor que él, con la mujer del hombre cuya biografía escribía; de algún modo que ahora se le antojaba monstruoso, había tratado de suplantar a Raúl, si no en el corazón, al menos en el cuerpo de Amelia, y ahora tenía que enfrentarse con la realidad de lo sucedido a la luz del día. ¿Cómo iban a seguir a partir de ahí? ¿Tendría que girarse hacia ella y despertarla con un beso de buenos días o abandonar la cama sigilosamente, tratando de no molestarla, y salir del hotel como un ladrón, antes de que ella se diera cuenta? ¿O meterse en la ducha, vestirse, pedir el desayuno y fingir que no había pasado nada, que no recordaba nada de la noche anterior, alegando una borrachera en la que sabía que ella no podría creer?

Aguzó el oído intentando distinguir su respiración, pero el silencio en el cuarto era completo.

Podía darse la vuelta descuidadamente, fingiéndose aún dormido, o estirar las piernas tratando de saber dónde estaba Amelia en aquella cama enorme que la noche antes había sido una cancha de juegos prohibidos y ahora era un espacio inmenso e imprevisible. El problema era que para eso se necesitaba un valor que él aún no tenía. Se sentía como un muchacho de instituto que en una fiesta ha besado a una maestra y

al día siguiente no se cree capaz de volver a clase y mirarla a los ojos. Sólo que era mucho peor, porque la maestra estaba probablemente a un metro de su cuerpo desnudo y lo que de noche había sido natural y necesario era ahora algo que no se creía capaz de soportar.

No sabía qué hora era pero algo le decía que ya no era temprano, que era hora de levantarse y enfrentarse con lo que fuera. Mirando de reojo, vio que su reloj no estaba en la mesita como de costumbre. Debía de haberlo tirado descuidadamente al suelo en algún momento de la noche anterior. Se dio cuenta, casi con horror, de que no se trataba de su reloj, lo que no habría tenido importancia, sino del Rolex de Raúl; y eso lo llevó a sentarse en la cama como un muñeco de resorte: tenía que recuperarlo inmediatamente. Estaba sobre la moqueta, junto a su camisa, lo que le produjo una sensación de alivio casi ridícula.

El timbre del teléfono lo sobresaltó y por un segundo no supo qué hacer; luego puso los pies en el suelo —registrando, de paso, que estaba solo en el cuarto— y descolgó.

—Buenos días, Ari. ¿Le parece que es hora de bajar a desayunar o prefiere dormir un rato más? —la voz de Amelia sonaba fresca y natural, sin reproches ni segundas intenciones, ni (lo más extraordinario) una mínima indicación de que la noche pasada juntos hubiera cambiado nada entre ellos—. ¿O le gustaría tomar el desayuno en la habitación?

Tragó saliva un par de veces sintiendo la garganta seca y contraída.

—Bajo enseguida. Ducharme y ya.

—Le espero en el salón. No tarde.

Colgó con una sensación de extrañeza tan intensa que era como si estuviera soñando, uno de esos sueños tontos en los que uno hace cosas cotidianas sabiendo, sin embargo, que la realidad de alrededor es falsa aunque no lo parezca, que en cualquier momento las cosas empezarán a distorsionarse y todo se convertirá en una pesadilla angustiada. Pero las mamparas de la ducha estaban aún mojadas, una gran toalla blanca había sido abandonada en el piso, un cepillo de dientes usado y tirado a la papelera. Era evidente que Amelia había pasado por allí, que se había envuelto en el albornoz que reposaba en el silloncito frente al espejo de maquillaje, que había tenido que pasar por delante de la cama donde él dormía para pasar a la salita y quizá vestirse allí. ¿Poniéndose el traje de noche? ¿Iba a desayunar con una mujer veinte años mayor que él vestida con un traje de cóctel de lentejuelas negras?

Se metió en la ducha tratando de no pensar, de no imaginarse la siguiente hora y media, de no calcular qué expresión sería conveniente que adoptara su rostro. Dejó caer el agua tibia sobre su cuerpo, luego fría, después el jabón y otra vez el agua fría. Al menos ya estaba despierto y tenía la total seguridad de haber regresado a la realidad de todos los días. Se peinó frente al espejo, se afeitó con la maquinilla cortesía del hotel y volvió a ponerse el traje de la noche anterior, sin la corbata de la jauría. Recogió el abrigo, la bufanda, el sombrero y los guantes, y, echando una

mirada circular a la habitación para asegurarse de no haber olvidado nada, salió al pasillo cerrando tras de sí.

Amelia lo esperaba efectivamente en el salón, sentada a una mesa servida para dos. Llevaba un conjunto de chaqueta y pantalón de punto azul marino y una blusa de seda blanca, iba cuidadosamente maquillada y su melena blanca caía recta a ambos lados de una cara lisa y sonriente, sin un asomo de burla ni de recuerdos embarazosos, como si la mujer que había estado con él la noche anterior fuera su hermana gemela y ella no supiera nada del asunto.

—Raúl y yo solíamos desayunar arriba, pero he pensado que usted no es hombre de desayunos en el cuarto, ¿me equivoco?

Él negó con la cabeza, sin saber aún qué decir, sin decidirse a sentarse sin más pero sin poder decidirse tampoco a besarla al darle los buenos días. La llegada del camarero le evitó darle más vueltas al asunto. Se sentó, con una caricia rápida a la mano de ella que se apoyaba, como ofrecida, sobre el mantel blanco.

Pidieron un desayuno sencillo, francés, de café con leche y bollería, y el camarero se retiró volviendo a dejarlos solos.

—¿Ha dormido bien? —preguntó ella.

—Al parecer, sí. No me he enterado de nada. Ni de la ducha.

—Yo soy una mujer discreta y usted daba la impresión de necesitar descanso, pero como ya son más de las diez, he pensado que no era demasiado temprano para despertarlo.

A Ari le parecía absolutamente incongruente estar allí, con una mujer con la que había hecho el amor durante horas la noche anterior, y seguir hablándose de usted con esa serenidad, como si no hubiera sucedido nada. Estaba ya a punto de decirlo cuando ella se le adelantó.

—Espero que no le moleste que siga tratándolo de usted, Ari. Es una buena costumbre francesa, como no ignora. Yo he conocido matrimonios de toda la vida que seguían hablándose de usted, salvo en los momentos de máxima intimidad, supongo. Y la verdad, querido, no soportaría que, dado que su español es levemente argentino, usted se dedicara ahora al voseo. Raúl fue la única persona que me trató de vos en toda mi vida. Lo comprende, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, sin saber dónde posar la vista.

—¿Tanto le avergüenza lo de anoche, Ari? —preguntó ella en voz suave, casi acariciadora.

—No, Amelia, no se trata de eso.

—¿Es por la diferencia de edad? ¿No consigue justificarse ante sí mismo haber deseado por unas horas a una mujer que podría ser su madre?

Ari estaba cada vez más violento y no sabía cómo cambiar de tema o eludir las preguntas que Amelia hacía con tanta naturalidad. Claro que era eso, al menos en parte, pero habría sido ofensivo decírselo, a pesar de que ella parecía haberlo adivinado.



—No, no es eso. Es..., no sé. Supongo que tengo miedo de perder nuestra amistad.

Ella se echó a reír:

—Suenas como un muchacho de mi juventud. Entonces también se creía que una amistad entre hombre y mujer sólo es posible si se evita todo contacto físico, por mucho que pueda desearse. Y que si llega a suceder, o se casan y se convierten en pareja estable, o se acaban las amistades. Sabía que era usted conservador, pero no hasta qué punto.

—Yo no soy conservador —dijo él, de mal humor.

—Dejémoslo en tradicionalista, si lo prefiere.

—Usted me importa mucho, Amelia —dijo, mirando al mantel.

—Usted a mí también, Ari. Y además tenemos un trabajo en común por delante. Sería absurdo que el hecho de haber revivido el pasado por unas horas nos impidiera llevarlo a cabo.

—¿Aún está dispuesta a ayudarme?

—Más que nunca.

—Entonces necesito saber por qué se casó con Amanda, por qué no volvió con usted después de la muerte de ella, cómo se enamoró de Hervé y por qué decidió suicidarse. Cuando tenga respuesta a esas preguntas, terminaré el libro y podré volver a ser libre.

—¿Usted quiere ser libre?

—Claro. No sé si se ha dado cuenta, pero esta investigación me está obsesionando hasta el punto de que no pienso en otra cosa ni me creo capaz de vivir una vida normal, que no tenga relación con Raúl de la Torre. Claro que quiero ser libre.

—Para volverse a atar a otra investigación, me imagino.

El camarero dejó la cafetera y los bollos en la mesa.

—No sé. Creo que después pediré un sabático y haré un viaje para desintoxicarme y volver a pensar en otras cosas.

—Buena idea. Podríamos casarnos y marcharnos a vivir a Martinique. Allí tengo una casita.

Ari se quedó de piedra, abrió la boca, la volvió a cerrar, y Amelia se echó a reír desaforadamente.

—No tiene usted sentido del humor, querido mío. Ni el más pequeño. Se lo ha creído, ¿no es cierto? ¡Dios mío! Es lo que más extraño desde que perdí a Raúl. Alguien que entienda mis chistes a la primera.

—Perdone —odiándose a sí mismo, se dio cuenta de que se había sonrojado y de que en esos momentos detestaba profundamente a Amelia.

—No se preocupe, Ari, es la bruja perversa que hay en mí. Le prometo no hacerlo más. Tómese el café antes de que se le enfríe y mientras le contaré algo de lo que me ha preguntado, no perderá usted el tiempo conmigo. A ver, su primera pregunta es por qué Raúl se casó con Amanda. No le puedo asegurar que sea toda la verdad, ni

siquiera que sea verdad, pero es la respuesta que yo me di a mí misma hace mucho tiempo y es la que sigo creyendo probable. ¿No quiere grabarla?

Ari, de mala gana, metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó la pequeña grabadora. Dio el nombre de la entrevistada y la fecha de la conversación.

—Por aquel entonces —comenzó Amelia— Raúl estaba inquieto. Había llegado a un nivel de prestigio bastante alto, pero su falta de compromiso político en una época en que se llevaba la imagen del intelectual comprometido le quitaba muchas posibilidades de conceder entrevistas, de escribir en los periódicos, de tener una auténtica imagen pública y un nombre que sonara a todos los niveles. Nosotros seguíamos queriéndonos, pero llevábamos ya bastantes años de matrimonio y nuestra convivencia se había convertido en una gran amistad, llena de risas y de sobreentendidos, pero que dejaba mucho espacio a otras relaciones. Él empezó a salir con ese grupo de gente relacionada con el ambiente del *jazz* entre los que, misteriosamente para mí, estaba Amanda. Ella estaba desesperada por cazarlo y no perdía ocasión de hablarle de todo lo que podría hacer por él si abandonaba la editorial de André y se pasaba a la suya. Yo argumentaba en contra, pero Raúl creía que era simplemente a causa de mi desprecio por ese tipo de fama acomodaticia o, mucho peor, por pura envidia y por el miedo a perderlo, una vez se hubiera convertido en el tipo de escritor que tiene compromisos constantes. Amanda le ofrecía la gloria en bandeja de plata y yo era simplemente la buena vieja Amelia de toda la vida. Él sabía que aunque me dejara, me tendría siempre, así que decidió dejarse tentar por la eterna Jezabel y abandonarme, sabiendo que si me necesitaba yo acudiría. Ella lo convirtió en lo que él deseaba. De la noche a la mañana su foto estaba en todos los periódicos, opinaba sobre todo tipo de temas en todo tipo de revistas, viajaba constantemente, recibió una condecoración de Fidel Castro, supongo que esto lo habrá encontrado en sus investigaciones. Se había convertido en uno de los grandes, de los top ten de los escritores latinoamericanos, y la tonta de Amelia con su filosofía vital de *laissez faire, laissez passer* ya no era la pareja que le convenía.

»Al cabo de un par de años estaba histérico, claro. Apenas tenía tiempo para escribir relatos, Amanda dirigía su vida a estilo cuartelario, el maldito compromiso político estaba empezando a pesarle, entre otras cosas porque lo obligaba a estar constantemente informado de lo que pasaba por el mundo, y Raúl detestaba leer el periódico. Estoy segura de que, si no hubiera tenido ese accidente, se habría divorciado de ella uno o dos años después, pero, así, su muerte le ahorró una decisión que le habría costado muchísimo tomar porque Raúl era un hombre de costumbres y además un gran perezoso para todo lo que significara enfrentamientos y tomas de posición. O sea, que su muerte le vino como anillo al dedo, le dio otro empujoncito a su fama y lo libró de un montón de compromisos contraídos por ella.

»Cuando, ya pasados unos meses, Raúl volvió a intentar un acercamiento, yo aún estaba muy dolida por todo lo que había pasado y, para serle sincera, quería hacerle

pagar lo que me había hecho, así que mantuve las relaciones en unos términos amistosos pero distantes. Quería asegurarme de que él me quería a raíz, por mí misma, de que no era sólo una solución de urgencia por haber perdido en cuestión de medio año primero a Amanda y poco después a su madre.

Amelia hizo una pausa y Ari aprovechó para preguntar:

—¿Fue entonces cuando empezó a llamarla Stassin en lugar de Hauteclairre?

Ella alzó una ceja mientras sostenía su taza de café a la altura de la boca:

—¿Otra vez el querido André?

Él asintió.

—Raúl, que siempre me había llamado Hauteclairre por la protagonista de ese relato, decidió cambiar de nombre porque, según me dijo en una ocasión, acababa de descubrir en mí algo que no conocía: que yo tenía una veta de crueldad oculta y que esa crueldad no me impedía ser feliz. Supongo que se refería a ese trato distante por mi parte del que le hablaba. Como recordará por el cuento de Barbey, Hauteclairre de Stassin es maestra de esgrima, como su padre, y en la academia de este enseña el manejo del florete a los jóvenes caballeros de buena familia de la región. Un día se enamora de uno de los alumnos de la academia, Serlon, el joven conde de Savigny, que también se enamora perdidamente de Hauteclairre. Pero no pueden casarse porque el conde se ha casado recientemente, más bien ha sido casado por su familia, con una aristócrata enfermiza y desvaída a la que no ama, pero que es su esposa legítima. Entonces, Hauteclairre, para poder estar cerca de su amado, se coloca como ama de llaves en la casa y, poco a poco, de común acuerdo, ella y el conde se dedican a envenenar a la joven condesa hasta que ésta muere. Después los dos asesinos se casan y son felices el resto de su vida. De ahí el nombre del relato, La felicidad en el crimen, y lo chocante de la historia para el público de la época, que estaba acostumbrado a la idea de que el crimen siempre se paga y la felicidad es imposible para el que intenta obtenerla a través de un acto que atenta contra la moral.

—Pero eso apuntaría a que Raúl, por alguna extraña razón, pensaba que usted era de algún modo culpable de la muerte de Amanda.

—¿Yo culpable de un accidente de tráfico que tuvo lugar a unos dos mil kilómetros de donde me encontraba aquel verano? Raúl no era tan literal.

—Pero, según André, en varias conversaciones de aquella época Raúl hacía insinuaciones sobre el castigo que supone tener amigos que lo quieran a uno tanto como para intervenir directamente en su vida.

Ella suspiró, dio un último sorbo de su taza, sacó la pitillera del bolso, la miró unos segundos pensativamente y volvió a guardarla con otro suspiro.

—Sí, André tiene razón. Raúl pasó unos meses haciendo todo tipo de insinuaciones desagradables y absolutamente absurdas. Supongo que se sentía vagamente culpable de la muerte de Amanda, por haberla deseado tantas veces, y necesitaba distribuir la culpa equitativamente entre los tres.

—Pero lo de Amanda fue un accidente, ¿no?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a ser? —preguntó mirándolo a los ojos abiertamente.

El asunto de que Raúl hubiera sido durante un tiempo sospechoso del asesinato de su mujer era algo que André le había contado en confianza, traicionando así la palabra dada a Raúl tanto tiempo atrás. Si Amelia no sabía nada del asunto, no podía contárselo ahora, antes de haberse decidido él mismo sobre lo que aparecería en su libro, de modo que prefirió callar:

—Ni idea —dijo por fin—. Estaba tratando sólo de imaginar algo que casara con esa idea fija de culpabilidad que al parecer tenía Raúl y que lo llevó a cambiarle a usted el nombre. Si lo de Amanda no hubiera sido un accidente, sería más comprensible que Raúl buscara un culpable de su muerte.

—Ya le dije hace tiempo que no hay manera de llegar a asegurarse sobre los motivos que han podido mover a una persona que ya no está aquí para explicarse. Todo son especulaciones y unas valen igual que otras.

—A veces se encuentran pruebas fehacientes —dijo él, testarudo.

—Pues búsquelas. Quizá encuentre esas pruebas y en ese caso le agradecería que me las mostrara. Yo también llevo muchos años tratando de comprender, aunque antes de aparecer usted en escena había llegado ya casi al punto de aceptar mi derrota y empezar a olvidar.

—Lo siento, Amelia.

Sus miradas se cruzaron de nuevo y, por unos segundos, los dos sintieron una especie de chisporroteo eléctrico que los ligaba y que desapareció cuando Amelia desvió la vista buscando al camarero. Ari se sentía desdoblado en dos personas por lo menos: una parte de él, Ariel Lenormand, investigador y biógrafo, escuchaba, registraba y construía hipótesis, feliz y distanciado de la mujer que le suministraba información mientras las ruedas de su cabeza giraban engarzando las piezas de que disponía; otra parte de él, Ari, el hombre que acababa de despertar en una *suite* del hotel Crillon, después de haber pasado la noche con Amelia, la miraba, hermosa y lejana aunque estuviera sentada frente a él a la misma mesa, y no alcanzaba a saber qué sentía por ella, por lo que había sucedido entre los dos unas horas atrás. Sentía a la vez una mezcla de atracción y repulsión, una ternura imprecisa y un rechazo incipiente; tan pronto deseaba cogerle la mano sabía que tantas sensaciones había logrado despertar en su cuerpo como sentía el impulso de levantarse y huir lo más lejos posible para no volver nunca. Vergüenza y deseo, culpabilidad y entrega turnándose en su interior sin llegar a un equilibrio aceptable que le devolviera la serenidad. ¿Cómo iba a entender nunca los motivos de Raúl, si apenas entendía los suyos? ¿Quién sería capaz de entenderlo a él, veinte años después, con cuatro piezas dispersas, todas de segunda mano? Las respuestas no eran alcanzables desde fuera. Las respuestas debían de estar ocultas en ese lado oscuro del corazón del que hablaba Raúl en sus diarios, ese agujero insondable que se iba llenando de recuerdos, de esperanzas frustradas, de sueños imposibles, de reproches y amarguras diversas que

iban formando el humus en donde, lentamente, en la oscuridad, medraban las historias y los poemas, destilando palabras en el silencio como una savia corrosiva y fructífera.

Amelia acababa de ponerse de pie. Ari la imitó por reflejo, con la mente aún dispersa.

—Tengo que irme, Ari. Ya le llamaré mañana o pasado, si le parece.

—Cuando quiera, Amelia. Siempre estoy a su disposición.

—Ya le dije ayer que ésa es una oferta peligrosa, querido —contestó con una sonrisa pálida.

—Todo en usted es peligroso, Amelia, ya tengo costumbre.

Amelia le ofreció la mejilla. Olía a algo fresco, floral, con un recuerdo apenas del aroma que él retenía aún de la noche anterior. Se inclinó a besarla en la cara y, sin pensarlo, la abrazó fuerte. Ella se quedó rígida de momento y un segundo después dejó caer la cabeza sobre el pecho de Ari durante un instante, antes de separarse sin violencia pero con decisión.

—Cuidado, profesor, las costumbres son peligrosas.

—¿No es peligroso lo excepcional?

—También, pero menos, si se sabe mantenerlo a distancia.

Caminaron juntos hasta el mostrador de recepción, donde ella recogió una pequeña bolsa. Ya debía de haber pagado antes del desayuno porque se limitó a devolver la llave y a cambiar unas palabras amables con la recepcionista diurna. Eso explicaba el asunto de la ropa que llevaba puesta; en algún momento del día anterior ella debía de haber pasado por el hotel a dejar la bolsa en la *suite* para tener ropa adecuada por la mañana. Luego se habría cambiado allí mismo y habría salido hacia su cita en la torre Eiffel pensando regresar con él después de la cena. Lo había calculado todo. No se había tratado de una pasión espontánea por su parte, de un momento de debilidad en el que el pasado se había hecho presente y la había llevado a entregarse a él; estaba todo preparado, programado, y él había cumplido su parte en la representación, pensando que era un impulso común lo que los había unido. Había sido una despreciable manipulación y él se había dejado usar como un juguete sin voluntad. Amelia, que, según André, tantos amantes había tenido en su vida, había demostrado su experiencia, su dominio, su capacidad de dirigir a un hombre tantos años más joven que ella usando su necesidad, su deseo sabiamente estimulado, su hambre de amor y compañía después de tantos meses de abstinencia y soledad. De pronto se sentía sucio, usado, violado en el alma y en el cuerpo.

La recepcionista estaba pidiendo un taxi para Amelia, que lo contemplaba con la cabeza baja, desde detrás de sus espesas pestañas, como si pudiera adivinar lo que estaba pensando en esos momentos.

—Lo excepcional siempre es verdad, Ari, a pesar de lo que pueda estar sintiendo ahora.

—No estoy sintiendo nada en particular —mintió.

—Mejor así —se puso el abrigo de piel que le sostenía un botones y, con el gorro en una mano y la pequeña bolsa en la otra, echó a andar cruzando el vestíbulo hacia la puerta del hotel—. Pero si en algún momento piensa o siente algo, quizá le ayude darse cuenta de qué día es hoy, o más bien de qué día fue ayer.

En la calle hacía frío, pero la nieve caída la noche anterior se había disuelto ya dejando sólo algunos restos grisáceos junto al bordillo de la acera. El taxi se detuvo a su lado y Ari le abrió la puerta.

—Hoy es 29 de diciembre —dijo Ari—. ¿No? —pensaba a toda velocidad, recordando fechas cruciales en la vida de Raúl, intentando ver si alguna de ellas correspondía a la noche anterior, si se trataba de un homenaje a algo que él debería saber y que Amelia suponía que él sabía.

—Exacto. Y ayer, si las cuentas no fallan, fue 28 de diciembre. El día de los Santos Inocentes.

Cerró la puerta con suavidad y lo dejó en la acera, sintiendo el vientecillo frío en las mejillas y un frío mucho más intenso que se iba adueñando de todo su cuerpo mientras el taxi se perdía en el tráfico de la plaza de la Concordia.

## CAPÍTULO 7

De camino a casa de Solange, con un cartón de botellas apretado contra el pecho como un niño dormido, Ari seguía dándole vueltas a lo que hacía dos días que no le daba descanso: ¿cuál había sido la intención de Amelia con la famosa velada rauliana? ¿Había querido recuperar su juventud durante unas horas usándolo a él como sustituto de su marido —«¿Sabe, Ari? Me recuerda usted a Raúl»— para fingir que no lo había perdido del todo? ¿Había sentido, siquiera por unos segundos, que estaba con él, con Ariel Lenormand, o sólo había sido un medio para alcanzar un fin? ¿Y él? ¿Qué había sentido él? ¿Por qué se había entregado a Amelia? ¿Había sido solamente por soledad, por la necesidad de abrazar un cuerpo de mujer que podría haber sido cualquier otro? ¿O había sido un deseo claramente dirigido a Amelia y sólo a ella? ¿Y qué había querido decir con que era el día de los Santos Inocentes?, ¿que se había tratado de una broma a su costa, de una inocentada? Eso habría sido demasiado cruel, incluso viniendo de Amelia. Pero ¿qué otra cosa podía significar?

No podía contestar las preguntas que se hacía sobre las intenciones de ella, pero al menos debía intentar resolver las relacionadas consigo mismo y, sin embargo, tampoco lo conseguía. Algo en su interior se negaba a proporcionarle respuestas sinceras, respuestas que no estuvieran matizadas por peros y por síes. Lo único que podía confesarse, porque era imposible negárselo a sí mismo, era que había esperado en vano una llamada de Amelia durante dos días completos y que incluso, dando un paseo sin rumbo fijo, se había acercado hasta la puerta de su casa, aunque luego no había tenido el valor de llamar a su timbre, a pesar de que había visto luz en una de sus ventanas. Como un adolescente. Como un adolescente enamorado de su profesora de Latín.

Pero él no estaba enamorado; lo había estado en dos ocasiones y eso le proporcionaba la experiencia necesaria para saber que lo que sentía no era enamoramiento, esa compulsión ciega, química, que te arrastra a tu pesar sin que puedas hacer nada en contra. Lo que sentía por Amelia era mucho más sutil, más complejo, más... ¿adulto? Era un deseo controlable de verla moverse, sonreír, quitarse y ponerse las gafas; de oírla hablar, de oír su risa fresca y desinhibida como la de una jovencita, de comer enfrente de ella conversando sobre temas que

posiblemente no le importarían a nadie más en el mundo. Era también la aspiración de convertirse en alguien de peso en su vida, alguien en quien se piensa cuando no está, con quien se cuenta a la hora de hacer planes, a quien se desea contar las pequeñeces de la vida diaria y cuya opinión es relevante para tomar una decisión. Lo que él quería, posiblemente, era convertirse en un amigo, en un cómplice, en una parte irrenunciable del paisaje cotidiano.

¿Quería, entonces, sustituir a Raúl? ¡Qué absurdo! ¿Cómo iba a sustituir a Raúl y los recuerdos de toda una vida, sólo porque Amelia lo encontraba simpático y sus sonrisas se parecían?

Pasó un grupo de gente en dirección opuesta, riendo y pitando con matasuegras, de camino a alguna fiesta de Nochevieja, igual que él, y de pronto se sintió tan solo que dolía. Él también iba a una fiesta, pero a una donde no conocía más que a la anfitriona, que no tendría mucho tiempo que dedicarle y se contentaría con presentarle pro forma a algunos de sus amigos para poder desentenderse de él. Pero las alternativas habrían sido quedarse solo en la residencia de estudiantes o acompañar a Yves y a André a una fiesta gay de disfraces, y ninguna de las dos le atraía.

¿Qué planes tendría Amelia para esta noche? ¿Se quedaría sola en casa, tumbada en el sofá frente al fuego de la chimenea, recordando otras Nocheviejas más felices pasadas entre amigos? ¿Estaría invitada a casa de otra gente de la élite de París?

Creyó sentir la vibración del móvil contra sus costillas y, depositando en el suelo la caja de las botellas, se esforzó por alcanzar el aparato en las profundidades del abrigo, pero cuando consiguió cogerlo, no había ninguna indicación de llamada. Estaba empezando a imaginarse cosas que lo sacaran de la estúpida situación en la que se había metido. Bufó con fastidio, recogió la caja y recorrió los últimos metros hasta el portal de Solange preguntándose por qué no tenía el valor de volverse a su cuarto y emborracharse solo en la Nochevieja del 2001, la última noche del año inaugural del nuevo milenio; pero en lugar de contestarse, pulsó en el interfono el código que se había aprendido de memoria y el cerrojo de la puerta se liberó. Eran las nueve y cuarto y en la escalera aún no se oían ni música ni voces. O eran todos muy discretos o, a pesar de su precaución llegando un poco tarde, aún iba a ser el primero.

Sujetando difícilmente la caja con el brazo izquierdo, liberó el derecho y llamó al timbre, que, en lugar de hacer *ring* o ding-dong, empezó a tocar los primeros compases de La pantera rosa, sobresaltándolo.

Un segundo después Solange, vestida de rojo, con un traje corto de fiesta, le abrió la puerta. Se había sujetado el pelo en un moño alto y era la primera vez que la veía maquillada. Estaba guapa, pero no parecía la misma que él conocía de la mudanza. Se dieron los tres besos de rigor, algo estorbados por el engorro de la caja, y Solange lo hizo pasar directamente a la cocina para que se librara de las botellas.

En el salón, cinco o seis personas, todos más jóvenes que él, todos vestidos de fiesta, lo miraban con curiosidad. Después de las presentaciones y con una copa en la



mano, una especie de ponche de champán, la situación inicial, algo rígida, empezó a distenderse un poco. Mientras oía su conversación —al parecer todos eran buenos amigos y se divertían tomándose el pelo recíprocamente— Ari se dedicó a juzgar el resultado de la decoración de Solange. Había conseguido aprovechar bien el espacio y el piso que él había conocido como un lugar decrepito y vacío se había convertido en un apartamento moderno y acogedor. El saxofón de Armand, brillante y dorado, colgaba de una de las paredes junto con una fotografía en blanco y negro en la que se le veía tocando en un club.

—¿Le gusta? —preguntó Solange, apareciendo como un fantasma detrás de él—. Me daba pena que se muriera de asco en la funda y se me ocurrió ponerlo ahí, casi como un tributo a mi tío. A él le habría encantado.

—Sí, yo también lo creo. ¿Ha encontrado algo más que me pueda servir? —preguntó Ari girándose hacia ella para chocar las copas—. A todo esto, muchas gracias por la invitación. Ha sido providencial.

Ella le dedicó una sonrisa traviesa:

—No se le ocurra irse antes de que hayamos tenido tiempo de hablar de algo que quiero enseñarle. He encontrado algo, sí, pero es demasiado personal como para sacarlo ahora, delante de todo el mundo. Tendrá que esperar a que se marchen.

—¿Todos?

—Ahá. Pero no se preocupe, sí se hace muy tarde, lo invito a desayunar.

Sonó de nuevo La pantera rosa y Solange se marchó a abrir la puerta dejándolo frente a la foto de Armand, que, perdido en el tiempo, tocaba con los ojos cerrados de felicidad.

La cena fue un bufet frío servido en la cocina. La gente se iba pasando por allí, se servía en platos de papel y se llevaba el botín a algún rincón de la sala de estar. Ari pensó, con una pizca de diversión, que era un comportamiento más propio de animales carroñeros que de personas. Uno arrancaba un pedazo de *roast beef* (en la base, carne cruda), y se retiraba a una distancia prudente para comérselo sin sobresaltos y volver más tarde a buscar otro trozo.

Después de la cena jugaron a un juego de sociedad en el que él no pudo participar porque no conocía a ninguno de los presentes, que consistía en decidir qué fruta sería cada uno de los otros.

«Sarah es una sandía», decía Richard. «A ver, explícate», pedían a coro. «Es fresca, jugosa, apetitosa en algunos momentos, dulce —ohhhs y ahhhs llenaban la sala— pero un poco sosa, como si le faltara carácter, o textura». «Serás imbécil», contestaba Sarah, picada. «¿Sabes lo que serías tú? —expectación en la sala—. Un plátano maduro. Dulzón, empalagoso, un poco pasado ya pero convencido de que sigues siendo algo duro, agresivo y fálico».

Con el alcohol, las risas y las maldades iban subiendo de tono y pronto estuvo todo el mundo sentado o tumbado en el suelo y sobre la alfombra. Ari bebía seriamente, sonriendo en los momentos más explosivos, sirviéndose cada vez que su

copa se vaciaba. No tenía un interés claro en emborracharse, pero no se le ocurría qué otra cosa podía hacer en aquella compañía de desconocidos que lo ignoraban.

—A ver —dijo entonces una chica, ¿Annemarie, Lise?—, ¿quién puede decir lo que sería Ari?

Todos se volvieron a mirarlo, como calibrándolo antes de comprar. Él hizo una sonrisa vaga acompañada de un gesto circular, quitándole importancia a su presencia.

—Un tamarindo —dijo Solange, que estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá y una sonrisa misteriosa.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Richard, el que trabajaba en el mismo hotel que Solange.

—De eso se trata, precisamente. Es una fruta desconocida, aunque sabemos su nombre, exótica y de buen aspecto, pero que nadie ha probado nunca.

Hubo un coro de oohhs aprobatorios.

—Yo diría que es una granada —dijo otra de las chicas, probablemente Monique— Duro y liso por fuera, brillante y complicado por dentro.

Una nueva andanada de aaahhs.

—¿Y quién te dice que no es más bien un coco, que también es duro por fuera, pero por dentro no tiene más que agua? —preguntó el que llevaba toda la noche al lado de Monique, siguiéndola cada vez que iba a la cocina y procurando siempre sentarse a su lado.

—Sed amables con Ari —pidió Solange—. Aún no nos conoce bien y no es plan de que le mostremos nuestra peor cara en la primera noche.

—¡Son casi las doce! —dijo alguien, iniciando así un movimiento general que hizo que todos se pusieran de pie, rellenaran sus copas de champán y se quedaran como figuras de cera mientras Solange conectaba la televisión para que pudieran asistir a las doce campanadas que se retransmitían desde diferentes lugares del mundo. Unos instantes después, todos empezaron a aullar, a reír y a repartir besos y abrazos como si se hubieran vuelto locos, mientras alguien quitaba la tele y ponía un vals para empezar el año.

Mareado por la ronda de besos, abrazos y apretones de manos, Ari se encontró de pronto bailando aquel vals con Solange.

—No gire tan rápido o acabaré cayéndome redonda al suelo —le advirtió entre risas.

Después del vals empezaron los ritmos latinos y pasaron un par de horas bailando salsa hasta que alguien comenzó a apagar luces y cambió la salsa por una música lenta y pegajosa.

Ari se dejó caer en el sofá nuevo, tomó un largo trago de champán que le cosquilleó la garganta y le hizo salir el gas por la nariz, y se acomodó con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. La chica que lo había comparado con la granada se sentó junto a él y luego se dejó resbalar hasta apoyarle la cabeza en el regazo.

—Llevo toda la noche intentando saber dónde te he visto —dijo tuteándolo directamente—. Estaba segura de haberte visto ya y no se me ocurría dónde, pero ya lo sé. Hace un par de días en el Crillon, ¿a que sí?

Ari abrió los ojos, sorprendido. Él no tenía ningún recuerdo de ella.

—¿Trabajas allí?

—Sí. En recepción. Yo acababa de llegar para el turno de la mañana cuando te vi. Me llamaste la atención porque ibas con la condesa.

—¿La condesa?

—La llamamos así. Una señora mayor muy elegante. Escritora, creo. Me contaron que estuvo casada con un escritor muy importante y luego con un millonario americano. Es una de nuestras mejores clientes.

Ari estaba deseando preguntarle si Amelia pasaba allí muchas noches y con quién, sobre todo con quién, pero no se atrevía a hacer la pregunta por miedo a una respuesta que no fuera la que él necesitaba oír.

—Parece mentira lo guapa que es y lo bien que está, con la edad que tiene, ¿verdad?

—Sí. Yo estoy escribiendo una biografía de su ex marido.

—¡Ah! ¿Y por eso te acuestas con ella?

Ari se envaró y tuvo que reprimir el deseo de darle un empujón a la muchacha y quitársela de encima:

—Yo no me acuesto con ella. Quedamos para desayunar juntos.

—Perdona. Al fin y al cabo no tengo ningún derecho a meterme en tu vida.

—¿Lo sabe Solange? —preguntó, mirándolo desde abajo.

—¿El qué? ¿Que desayunamos juntos alguna vez?

—A Solange parece que le gustas. Yo creo que deberías decírselo, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —Ari estaba empezando a ponerse furioso.

—Nada, hombre, no te enfades. Si quieres, me callo.

—Puedes hacer lo que quieras. Perdona, tengo que ir al baño —dijo Ari poniéndose de pie, casi sin darle tiempo de retirar la cabeza de su regazo.

Estaba deseando salir de allí, pero no se atrevía a marcharse porque la curiosidad por saber lo que Solange quería enseñarle era demasiado fuerte, pero tenía que quitarse de en medio como fuera para que aquella imbécil no volviera a agarrarlo.

Solo en el baño, se echó agua a la cara, se mojó un poco el pelo y se quedó mirándose como si fuera la primera vez que se veía. ¿Por qué le había molestado tanto lo de la muchacha? ¿Por qué le había mentado? Tenía todo el derecho del mundo a acostarse con quien le diera la gana. Hacía ya mucho que era mayor de edad. Pero, entonces, ¿por qué se había enfurecido de ese modo? ¿Porque no quería que nadie supiera que tenía relaciones con una mujer mayor, con una vieja?

Alguien dio un par de golpes en la puerta del baño. Era Richard, con una palidez verdosa y los ojos brillantes de lágrimas.

—Creo que me he pasado un poco con el tequila —murmuró, antes de cerrar la

puerta tras de sí.

Tequila. Podía ser una buena idea. Volvió hacia la sala de estar dispuesto a buscar la botella de tequila y una rodaja de limón para acompañar. Desde el pasillo llegaban voces y sonido de besuqueos de gente que se estaba despidiendo. Echó una mirada al Rolex de Raúl: las tres cuarenta. Con un poco de suerte, no tendría que esperar más de una hora para que Solange le enseñara por fin lo que tenía para él.

Amelia oyó las doce campanadas en el reloj de Notre Dame, imaginando la plaza llena de gente, los apretones y abrazos y aullidos de la media noche, el olor de las masas y el alcohol, los pitidos de los matasuegras, las canciones borrachas, los pasos de baile en calles y aceras, las fiestas privadas que se celebraban en toda la ciudad, unos disfrazados de cosas raras, otros disfrazados simplemente de Nochevieja.

El espejo de la chimenea le devolvía la imagen de una mujer que podría haber ido vestida de vampiro: vestido largo negro, chal con flecos violeta, melena blanca, piel pálida, ojos fuertemente delineados de kohl. La copa de champán tembló en su mano. Era su última Nochevieja y lo sabía. Lo sabía desde hacía tres semanas, pero aún no había llegado a creerlo realmente, a creerlo en lo más profundo de su mente. Allí, en ese resto de inmortalidad juvenil que aún conservaba, la idea de la muerte, de su propia muerte, era totalmente absurda, ridícula, increíble. Algo en ella sabía que Amelia era inmortal y, por tanto, todos los análisis y las palabras comedidas del mejor oncólogo de París y la próxima estancia en la clínica suiza no eran más que jirones de novelas nunca publicadas, fragmentos de sueños de historias que nunca escribiría, clichés desechables que no estaban a la altura de su fantasía.

Tomó una tostadita de Belluga, un sorbo de champán y una uva, en homenaje a las tradiciones del país de su padre, y se acercó al escritorio para leer por última vez las dos líneas a que había quedado reducida la carta que había tardado toda la noche en escribir:

*Querido Ari:*

*Ciertas circunstancias me obligan a ausentarme de París durante no menos de tres semanas. Lo llamaré a mi vuelta. Le deseo lo mejor para la redacción de su libro.*

*Afectuosamente,*

*Amelia*

Estuvo a punto de arrugarla en el puño, como llevaba toda la noche haciendo con las

versiones anteriores, pero logró contenerse, la metió en un sobre y escribió la dirección. No tenía sentido decirle nada más ni darle ningún tipo de explicaciones por escrito. Él ya estaría arrepintiéndose de lo sucedido; ya habría empezado a poner en marcha el dispositivo represor que conduce al olvido de lo que nos negamos a nosotros mismos. Era absurdo e insensato intentar detener el proceso. Él tenía poco más de cuarenta años y a ella le quedaban apenas unos meses de vida.

Cerró el sobre, lo dejó sobre la bandeja del correo por enviar, sobre la carta para Yves y André, y leyó distraídamente algunos párrafos de sus otros intentos: «queridísimo Ari», «mi agradecimiento por tu regalo: mi juventud, mi alegría», «lo que ha pasado entre nosotros ha sido una de las cosas más bellas de mi vida», «si me quedara tiempo, quisiera pasarlo contigo», «si te hubiera conocido hace veinte años», «perdona mis inocentes maldades, que no son más que el frágil escudo con el que protejo mi maltrecha autoestima»...

Estupideces. Ñoñeces de vieja idiota. No iba a caer tan bajo ahora, al final de su vida, ahora que había conseguido construirse, incluso para sí misma, una fachada de mujer independiente, autosuficiente y dura. Podía aceptar que André viera algunas veces, bajo la capa de hormigón, el terciopelo que mucho antes había estado al aire, pero no podía admitir que los demás lo adivinaran. Ni siquiera Ari. Sobre todo Ari no. Le haría demasiado daño.

Cogió la caja de fotos que había sacado por la mañana y se tumbó en el sofá apretándola contra el pecho, sin abrir. Ari estaría en alguna fiesta divirtiéndose con gente de su edad. André le había dicho que no iba a ir con ellos porque tenía otra invitación, presumiblemente más atractiva que la idea de celebrar el Fin de Año en una disco gay con disfraces de Las mil y una noches, que ella también había rechazado. La última Nochevieja de su vida quería pasarla consigo misma, para despedirse de su pasado y de su futuro.

Y sin embargo..., sin embargo, la esperanza era un monstruo oscuro que la acechaba en todos los rincones, una criatura peligrosa que no le permitía hacer las paces con su vida y soltar amarras, que la obligaba a mirar hacia un futuro inexistente como si aún cupiera la posibilidad de vivir otras navidades, otras noches de Fin de Año, otros veranos en el mar.

Abrió desganadamente la caja y empezó a pasar fotos con parsimonia, casi con delectación en el pequeño dolor que le producía cada imagen de otros tiempos: ella y Raúl en una feria, antes de casarse, mordiendo, cada uno por un lado, una enorme nube de algodón de azúcar; ella en la playa, en Niza, con el primer bikini que tuvo, uno de los primeros en aquella playa tan cosmopolita; ella apagando las velas de una tarta de cumpleaños, veintiocho; Raúl y ella mostrando, orgullosos, un ejemplar de De la torre al cuadrado, que por fin había sido publicado como novela de Raúl; ellos con un grupo de amigos en un verano que pasaron en Austria, en algún pueblo del Tirol cuyo nombre ya no recordaba; Raúl y Hervé mirándose a los ojos en la mesa de un café, antes de que enfermara.

Le parecía imposible que todas aquellas fotos fueran un resumen de su vida, que ella hubiera vivido realmente, día tras día, todo lo que mostraban. Sesenta y tres años de vida —pronto sesenta y cuatro, si llegaba— llenos a rebosar de maravillas cotidianas que estaban a punto de acabar y que, de repente, parecían tan pocos.

Ahora volvería con gusto a cualquiera de aquellos momentos, incluso a los malos, incluso a los positivamente espantosos, incluso a alguno de los momentos en que había deseado caerse muerta para no sufrir más. Pero el tiempo sólo va hacia delante y ella ya empezaba a vislumbrar el final del túnel que la llevaría de esta existencia... ¿adónde? ¿A otra en la que quizá Raúl estaría esperándola? Él siempre le había dicho: «Lo nuestro es para siempre; no sólo para esta vida, Amelia, también para la otra, si la hay, y la de más allá. Para siempre»; al menos hasta que conoció a Hervé y en unas semanas olvidó todas sus promesas.

Tendió la mano para coger Amor a Roma y leyó unos fragmentos que ahora, cuarenta años después, se llenaban de pronto de un sentido quemante que no habían tenido cuando los escribió en el palomar de la Via Margutta:

*En la vida, como en las cenas, nos empeñamos en creer que lo mejor es lo que está por llegar —comentó Otto, advirtiendo con agrado que aún iban por el segundo plato—. Lo malo es que en la vida, al contrario que en las cenas, nunca sabemos cuántos platos nos quedan todavía para acabar el menú.*

*Y en algún momento de la cena, la dulzura del postre nos recuerda que se va acercando el momento en que, a pesar de la tregua del café y los licores, habrá que pagar el gasto y salir solos, con las solapas del abrigo levantadas contra el frío, a la calle lluviosa, a ser devorados por la oscuridad.*

A Raúl siempre le había gustado esa metáfora, y poco después de conocer a Hervé, cuando trataba de explicarle lo que sentía por él, le había dicho: «Nada más cambiar dos frases con él, Amelia, yo supe en un relámpago que Hervé era mi postre».

Y ahora ella había encontrado también el suyo. La dulzura de Ari era su postre, el aviso del final, del momento de salir al frío y a la oscuridad. Sola.

A las cuatro y media sólo quedaban tres parejas en el piso de Solange. Monique y el que la había estado persiguiendo toda la noche se besaban medio recostados en el sofá; Richard, aún pálido y con el pelo pegado al cráneo por el agua o el sudor, bailaba abrazado a una chica rubia cuyo nombre no había conseguido retener, y él bailaba con Solange: pasos lentos, como sonámbulos, que apenas los llevaban a moverse en un radio de dos metros.

—Me voy a marchar, Solange —le dijo en voz baja, al oído—. Me estoy cayendo de sueño. Vuelvo mañana o pasado. Te llamaré antes —desde las doce campanadas

habían decidido tutearse y habían dedicado a ello su primer brindis del nuevo año.

—No, Ari, no te vayas aún. Espera un momento y los echo a la calle.

—No, Solange, son tus amigos. Ya me enseñarás lo que sea, no hay prisa.

—Ven —dijo ella, soltándose y cogiéndolo de la mano—, tumbate en mí cama un rato. Voy a ver si consigo deshacerme de ellos; luego te despierto.

Le habría gustado decir que no, pero le daba una pereza infinita la idea de salir a la calle, aún oscura, caminar por las aceras heladas buscando un taxi y caer en su cama una hora después, cuando la cama de Solange estaba delante de él, tentadora con su colcha mullida y granate cubierta de cojines de colores, caliente, blanda. Se dejó arrastrar por la mano que lo llevaba y se tumbó en la cama dejando las piernas fuera para no mancharla con los zapatos.

Ella se acuclilló a sus pies y empezó a desabrocharle las cordonerías.

—¿Qué haces? —protestó débilmente.

—Ya está. Así estarás más cómodo. Espera que quite la colcha. Date la vuelta.

Con pericia de enfermera, lo empujó hacia un lado, quitó una parte de la colcha, volvió a empujarlo, y la liberó.

—Listo. Puedes meterte dentro, si quieres —le dio un beso rápido en la comisura de la boca y salió, cerrando la puerta.

La oscuridad fue como un bálsamo para sus ojos y, sin planteárselo más, destapó la cama y se metió entre las sábanas frescas. No estaba totalmente borracho, pero ahora que por fin podía relajarse, se dio cuenta de que había bebido más de lo aconsejable para pasar la noche en una cama ajena que se balanceaba suavemente como un barco anclado. Se soltó la hebilla del cinturón y acabó quitándose los pantalones y los calcetines. Solange le había dicho que se pusiera cómodo, así que se quitó también la camisa y volvió a estirarse con placer; luego se acurrucó en un lateral y en unos segundos se había quedado dormido.

Cuando recuperó la conciencia la habitación seguía a oscuras —entonces no había debido de pasar mucho tiempo— y un cuerpo de mujer se pegaba al suyo, abrazándolo por detrás. Solange probablemente; desnuda con toda seguridad. Pensó por un instante fingirse dormido, pero ella le estaba acariciando el pecho por debajo de la camiseta que se había dejado puesta, y sus manos estaban a punto de descender hasta el punto donde encontrarían algo que estaba evidentemente despierto, a pesar del cansancio y del alcohol, así que dejó de fingir inocencia y se removió bajo la caricia de sus manos.

—Ya se han ido todos —susurró Solange—. Son casi las seis del 2 de enero del 2002. ¡Feliz Año Nuevo! Te dije que te despertaría, ¿no?

Ari se rió bajito. De repente todo le parecía muy gracioso, incluso la idea de que Monique se habría marchado a casa pensando que era un donjuán que igual se acostaba con viejas que con jóvenes.

Las manos de Solange seguían explorando, ahora la parte inferior, cada vez con más insistencia. La dejó hacer durante un rato, disfrutando de la inmovilidad, hasta

que se giró hacia ella y empezó a devolverle las caricias. No sentía nada en particular por ella, pero su cuerpo era caliente y liso y el contacto con su piel era un fuego tibio, agradable, como una hoguera en una noche de invierno. Era, además, un cuerpo joven, de pechos firmes y duros, de carne bien pegada a los huesos que se adivinaban bajo los músculos, pero que no se clavaban en sus manos como los de Amelia unas noches atrás. Sin embargo, la sensación era muy distinta de la que se hubiera imaginado. Abrazar a Amelia había sido como abrazarse a la tabla que flota en el océano, con deseo y desesperación, con agradecimiento y sin reflexiones. Abrazar a Solange era un lujo prescindible, como tomar un buen postre cuando ya no se tiene hambre o un aperitivo fuera de hora.

Sintió vergüenza por pensar así de Solange y eso lo llevó a redoblar sus caricias y abrazos como para convencerse a sí mismo de lo que estaba haciendo, fingiendo una pasión que ni sentía ni quería sentir pero que ella, de alguna manera, se merecía y se había ganado. Era una muestra de generosidad por su parte que le dio asco por unos momentos, hasta que ella se metió bajo su cuerpo y le abrió las piernas en una invitación definitiva que él aceptó sin dudar y que le cerró el camino a la reflexión. Unos minutos después, ella lo empujó suavemente hacia un lado y se acurrucó junto a él.

—Ha sido muy bonito —susurró.

—Sí —contestó él, sin pensar, casi dormido.

Bonito, sí, tal vez. Con Amelia no había sido bonito. Había sido necesario, justo, perfecto, imprescindible, angustiante. Había sido mucho más de lo que las palabras podían expresar, pero eso Solange no podía saberlo, quizá ni siquiera sabía todo lo que podía llegar a ser y por eso «bonito» era suficiente. Se dejó envolver por la niebla del sueño y dejó de recordar para sumirse en la tibia oscuridad de aquel cuarto, que —lo comprendió un segundo antes de apagarse— había sido también el cuarto de Armand. Se despertó con la luz del sol invadiendo la almohada y sonidos de cacharros de cocina. Su reloj marcaba las dos y veinte. Se estiró en la cama solitaria gozando de la luz amarillenta que marcaba rayas de color entre sus pestañas cuando entornaba los ojos. Se había pasado casi un año viviendo como un monje, entre papeles y bibliotecas, y ahora en dos días había despertado en dos camas diferentes para enfrentarse con dos mujeres y dos desayunos. Si les hubiera pasado a ellos, Martin y Rainer se habrían sentido absolutamente orgullosos de una proeza de tal envergadura y habrían sido capaces de llamarlo a él y al otro para quedar a tomar una cerveza y contar la hazaña, poniendo gesto de falsa modestia y dejándose sacar detalles picantes uno por uno. Sin embargo él no se sentía bien con lo que había pasado y jamás se lo contaría a ninguno de los dos, a menos que una de las dos mujeres llegara a ser algo más en su vida. Y eso estaba fuera de cuestión. Con Solange era imposible porque, salvo un cierto afecto y mucha simpatía, no sentía por ella nada de lo que puede llevar a una relación estable. Con Amelia era todavía menos posible. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué era imposible con Amelia? ¿Por su



edad? ¿Porque no se sentía capaz de ligarse a una mujer que, como decían en los folletines, podría ser su madre? No. Era eso también, pero era más que eso. Era que con Amelia se sentía tan joven, en todo el sentido negativo que la juventud podía tener, tan inocente, tan transparente, que siempre sería ella la parte fuerte, la que decidiera, la que podría concederle o negarle lo que deseara, como había hecho con ella Raúl («Raúl tenía la potestad de las divinidades —recordó—, dar el placer absoluto, retirarlo, dar el dolor absoluto»), y él no quería eso para su propia vida, no quería que nadie tuviera ese poder.

—¡Ah! —dijo Solange entrando con una bandeja—, ya estás despierto. ¿Te apetece un café? Tengo café con leche, tostadas, huevos pasados por agua, mermelada de fresa y zumo de naranja. Y aún queda champán, si quieres.

Él se incorporó en la cama, maravillado.

—No, champán ya he bebido bastante para todo el mes. Lo demás me parece más que suficiente. Hacía media vida que nadie me traía el desayuno a la cama.

—Que conste que esto sólo lo hago la primera vez —dijo ella acomodando la bandeja sobre las piernas extendidas de Ari.

—¿Quiere eso decir que piensas que habrá más veces? Ella se rió sin contestar y empezó a servir el café en unos tazones inmensos con dibujos de margaritas.

—¿Quieres ver lo que he encontrado?

Ari asintió, ella saltó de la cama derramando parte del café de su taza y se agachó cerca de la ventana donde, en el suelo, estaba la caja del saxofón de Armand. Volvió con un sobre pequeño, del tamaño que se usa para las cartas normales.

—Esto estaba escondido dentro del forro. Al sacar el saxofón, me di cuenta de que se estaba despegando y lo forcé un poco para ver si el destrozo era grande. Está claro que era un escondite de Armand para cosas particularmente sensibles. Yo ya lo he mirado, claro. Tenía demasiada curiosidad.

El sobre estaba amarillento y la solapa no había sido pegada, sólo metida hacia dentro.

—Espera —dijo Solange poniéndole la mano encima del sobre—. ¿Tú sabías que Armand era homosexual?

—Me he enterado hace poco. Tú no me lo dijiste nunca.

—Es que para mí era tan evidente que no se me ocurrió. Habría sido como decirte que era blanco.

—Mujer, lo de blanco se nota en las fotos, mientras que lo de homosexual...

—Ahora puedes mirarlas.

—¿Mirarlas?

—Las fotos que hay en el sobre.

Durante un instante se quedó mirándola, en suspenso, como si por alguna extraña razón quisiera retrasar el momento de ver lo que contenía el sobre misterioso. Ella no añadió nada más y Ari dejó la taza de café en la bandeja y abrió el sobre.

Dentro había cinco fotografías en blanco y negro. Las fotos mostraban la misma

habitación donde se encontraban ellos ahora —Ari podía reconocerla por haberla visto antes de que Solange la pintara y cambiara los muebles—, con una gran cama de matrimonio de sábanas revueltas y dos figuras masculinas enlazadas de modo inequívoco en diferentes posiciones. En la más evidente, el hombre que estaba abajo, con las piernas abiertas dobladas por las rodillas para permitir el acceso de su amante, que lo cubría por encima, tenía el rostro girado hacia la cámara, con los ojos cerrados y la expresión de agonía que precede al orgasmo. El hombre era Raúl. El que lo montaba debía de ser Armand, aunque su cabeza estaba vuelta a la derecha y sólo se distinguía su pelo largo.

El fotógrafo tenía que haber estado escondido en el armario que antes había a un lado de la cama, porque era evidente que Raúl no había sido consciente de estar siendo immortalizado en esa posición. Armand sí debía de saberlo, porque en ninguna de las fotos se veía claramente su rostro.

—¿Qué? —preguntó Solange al cabo de un rato de silencio en el que Ari había estado pasando una a una las fotografías para volver a empezar apenas había terminado—. ¿Qué te parecen las fotos?

—Una guarrada.

—Yo te hacía más liberal. Al fin y al cabo, es lo que acabamos de hacer nosotros.

Ari sacudió la cabeza:

—No, Solange. No es eso. Me parecen una guarrada porque es evidente que Raúl no sabía que le estaban haciendo fotos.

—¿Tú crees?

—¿Tú crees que se habría dejado fotografiar con esa cara, de haberlo sabido? Si hasta cuando te hacen una foto en una excursión procuras salir favorecido... Aparte de que Raúl era muy presuntuoso, muy coqueto. Está claro que no lo sabía. Estas fotos son la base de un chantaje y puedo imaginarme quién las hizo o por encargo de quién se hicieron.

—¿Armand?

Ari negó lentamente, con la vista perdida en el mundo que mostraba la fotografía:

—La dulce Amanda.

—¿Su segunda mujer?

—Su segunda mujer, antes de serio. Ahora está claro por qué se pasó a su editorial y por qué se casó con ella.

—¿Por qué?

—Para que esto no saliera a la luz. Ahora está todo claro. Raúl, que nunca había querido confesarse a sí mismo que era homosexual, se encuentra un buen día con Armand, se siente atraído por él, Armand acaba por seducirlo o convencerlo, o como lo quieras llamar, Raúl queda fascinado por el descubrimiento, le dedica a Armand el libro con la dedicatoria misteriosa, llamándolo Aimée, para que nadie sepa nada si la lee por casualidad y, antes o después, Armand le cuenta a Amanda, su íntima amiga Mandy, lo de su última conquista, y ella, que no consigue separar a Raúl ni de la

editorial de André ni de Amelia, saca estas fotos, o las encarga a un profesional, con el consentimiento de Armand, se supone, y se hace con un arma imbatible para conseguir lo que quiere. Si Raúl se aviene a hacer lo que ella le pide, las fotos seguirán ocultas. Si se niega, las divulgará. Para Raúl no había salida. Si no hacía lo que le pedía Amanda, desde Amelia hasta la opinión pública, pasando por su madre y por su amigo André, todo el mundo se enteraría de que Raúl de la Torre era un repugnante maricón.

—No sé, Ari. A mí no me parece un arma tan terrible. Él mismo confesó más tarde su homosexualidad.

—Tú lo dices, más tarde, diez años más tarde. Cuando se enamoró de verdad y cuando ya muchos otros lo habían hecho. Estas fotos se hicieron a mediados de los setenta, cuando Raúl no quería ni confesárselo a sí mismo. Cuando seguía viviendo con Amelia. ¿No lo entiendes? Se casó con Amanda para no hacerle daño a Amelia, para que no pensara mal de él. ¡Qué ironía!

Ari apartó la bandeja, bajó de la cama y empezó a pasear por el cuarto, como una fiera.

—¡Qué horrible ironía! ¡Pobre Amelia! ¡Pobre Raúl!

—¿Se lo vas a decir?

—¿A quien?

—A ella, claro. A Amelia.

Ari se quedó parado a mitad del paseo.

—No lo sé. Creo que no. ¿Tú qué harías?

—No lo sé. Supongo que ahora ya no importa tanto. Y podría comprender por fin.

—¿Y saber que lo perdió por esto? —dijo agitando en la mano el delgado taco de fotografías—. ¿Para que no pensara mal de él? ¿Para que nunca supiera la verdad?

—¿Me puede decir alguien por qué se ha marchado Amelia sin despedirse de nadie, de un día para otro? —Ari trataba, sin conseguirlo del todo, de no sonar tan herido como se sentía.

André le dedicó una sonrisa mientras le tendía una copa de coñac.

—Al menos te cuentas entre los afortunados mortales que

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque, de lo contrario, no sabrías que se ha marchado.

—Pero ¿adónde? —insistió.

Yves y André cambiaron una mirada que Ari no supo interpretar. Yves se levantó a poner música y André se reclinó en el sofá acunando su copa de coñac:

—Amelia no soporta los largos inviernos parisinos. Desde hace siglos desaparece cerca de un mes en enero o febrero y se recluye en uno de esos hoteles suizos que se ocupan de la salud del cuerpo y el alma. No sé exactamente lo que le hacen allí, pero siempre vuelve más guapa y llena de energía.

—¿Y por qué no me ha dicho ella misma que se iba? —añadió Ari, casi para sí mismo.

—Porque no eres su madre, querido. Nosotros la conocemos desde siempre y apenas si nos ha escrito cuatro líneas. ¿Por qué crees que debería haberte avisado personalmente de su marcha? —André clavaba sus ojos en los de Ari, con una media sonrisa socarrona.

—Porque me había prometido seguir colaborando en lo de Raúl —improvisó Ari — y ahora, de repente, me deja tirado tres semanas.

No les iba a contar cuál era realmente su preocupación, por qué él se creía ahora con derecho, con un cierto derecho al menos, a que Amelia le contara adónde iba o por qué había decidido de buenas a primeras ausentarse durante «no menos de tres semanas». Era verdad que quería hablar con ella de Raúl, pero no era menos verdad que había también muchas otras cosas que quería preguntarle y que no tenían ninguna relación con su ex marido.

—¿No tenéis ni siquiera una dirección adónde pueda escribirle?

André sacudió la cabeza negativamente:

—Cuando se va para su cura, no quiere ninguna influencia del mundo exterior. Podría quemársele la casa y no tendríamos adónde llamarla. Sólo es cuestión de paciencia. Tres semanas pasan pronto.

—No te estarás enamorando de nuestra bella bruja, ¿verdad? —preguntó Yves desde la estantería de la música.

—¡Qué tontería! —Ari dio un largo sorbo al coñac, confiando en que nadie se diera cuenta de que le ardían las mejillas.

—¿Qué tal va el libro?

Milagrosamente, André había conseguido hacer que cambiara de rumbo una conversación que empezaba a internarse en terrenos cenagosos.

—Bien, bien. Esta misma mañana he empezado el capítulo de su boda con Amanda.

—¿Y ya sabes qué vas a decir?

Los dos hombres lo miraban interesados y por unos segundos Ari estuvo tentado de contarles el hallazgo de las fotos en la funda del saxofón de Armand, pero como ni siquiera él mismo había llegado a una conclusión, se limitó a encogerse de hombros.

—Diré lo obvio, que nadie entiende por qué, que se especula con diferentes motivos: el deseo de llegar a un mayor número de lectores cambiando de editorial, la fascinación por una mujer muy bella y muy exótica, el desgaste de su relación con Amelia..., por ahí irán los tiros. No hay nada que me permita asegurar una cosa sobre otra. ¿Os conté que su antiguo amigo Maurice Laqueur me dijo que él había pensado siempre que podía tratarse de un chantaje?

—¿Chantaje? —contestaron los dos a coro.

—¿Os parece imposible?

—¿Con qué iba a chantajear a Raúl esa víbora? —preguntó André sin esperar

respuesta—. No es que no la crea capaz; es que no se me ocurre cómo.

—Amanda habría hecho cualquier cosa por alejarlo de mí, de mi editorial, de mi influencia. De eso estoy completamente seguro.

—Pero ¿él la quería? —intervino de pronto Yves.

André sacudió la cabeza lentamente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

André miró a Yves, que se había acercado a la zona de los sofás, como si le resultara insoportablemente fatigoso contestar a su pregunta.

—Aparte de que son cosas que se notan, él me lo dijo así de claro. Cuando estaban en Mallorca y aún no podíamos saber que eran los últimos días de la vida de Amanda, Raúl me telefoneó a Ischia y me lo dijo.

Había cogido el teléfono al segundo timbrado, derramando el vaso de agua de la mesita de noche, porque estaba seguro de que se trataba de Julien y sabía que el muchacho sólo podía llamar en contados momentos, cuando sus padres no andaban cerca. Cuando estaban solos, se las daba de moderno e independiente, pero seguía viviendo con sus padres y dependiendo de ellos y eso comportaba pequeños sacrificios como el de permitir que sus amistades fueran fiscalizadas.

—¿Sí? —dijo con su voz más lánguida.

La profunda voz de bajo que contestó a su pregunta no tenía nada que ver con la de Julien y, por un momento, se quedó perplejo y no lo reconoció.

—Por Dios, André, deja de hacerte el interesante.

—¿Raúl? ¿Eres tú? ¡Qué sorpresa, muchacho!

—Perdona que vaya al grano, pero no tengo mucho tiempo y tengo que pedirte un favor.

André, que había estado recostado en la cama, se sentó con la espalda recta: algo en la voz de Raúl le daba una enorme sensación de urgencia. De repente el calor se había vuelto insoportable y todo su cuerpo había empezado a cubrirse de sudor. Se secó la cara con la sábana y palpó la mesita mojada hasta encontrar las gafas, como si necesitara ver con claridad para contestar a la petición que iba a hacerle Raúl.

—Dime.

—Necesito que hables con Amanda y que de algún modo consigas que me dé tregua.

—¿Que te dé tregua?

—No me deja vivir, André. Me tiene el día planificado, me hace escribir por encargo, tiene planes hechos para los próximos cincuenta años. No puedo más.

—¿Y qué te imaginas que puedo hacer yo? Amanda y yo no somos precisamente amigos.

—Habla con ella, al menos. Decile que no se puede tratar a un escritor como a una vaca de leche.

—Díselo tú.

—A mí no me escucha.

—Raúl..., es tu mujer. Ni tú tienes cinco años ni Amanda es tu madre.

—¡Ojalá lo fuera! Mi madre me quiere.

—¿Y Amanda no?

Durante casi un minuto las carcajadas de Raúl llenaron el auricular.

—Pero al menos tú si la querrás a ella.

Raúl siguió riéndose, aunque sus carcajadas se fueron convirtiendo en unos hipos que sonaban sospechosamente a un ataque de histeria que desembocaría en llanto si se le daba la ocasión.

—Yo no la quiero ni la he querido nunca, André —dijo Raúl cuando pudo volver a hablar con coherencia—. No lo puedes entender. Nadie lo puede entender. Pero te lo pido por favor, por lo que más quieras. Habla con ella. Convéncela de que si me trata bien, a la larga saldrá ganando. ¿No podrías venir un par de días y hablar con ella?

De improviso, André se encontró agarrando el auricular como si le fuera la vida en ello. Amanda y él se detestaban. No se sentía capaz de hablar con ella civilizadamente y no quería dejarse arrastrar a algo que estaba condenado al fracaso. Raúl lo había abandonado, los había abandonado a Amelia y a él sin ninguna explicación, y ahora, después de tantos meses sin contacto, pensaba que una llamada suya bastaba para que dejara sus vacaciones y fuera a sacarle las castañas del fuego.

—No, Raúl, no podría —contestó en un tono de voz que le sonó definitivo.

Hubo un suspiro al otro lado de la línea.

—Yo creía que sos un amigo.

—Antes sí, Raúl. Antes habría hecho cualquier cosa por ti.

—¿Y ahora no?

—Eres tú quien ha elegido esto.

—Entonces llamaré a Amelia. Ella aún me quiere.

—¡No te atrevas a hacerle eso! Está empezando a mejorar. La hundirás de nuevo.

—¡Pero yo necesito ayuda!

André apretó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes. Detestaba oír una voz como la de Raúl, profunda y masculina, con ese sonsonete de niño mimado y egoísta.

—Cuando volvamos a París, hablaremos, Raúl.

Hubo una pausa y la voz cambió de tono:

—Sos mi único amigo, André. Y te necesito. Siempre te he necesitado. Vos sabes... —hizo una pausa cargada de intención, como si quisiera poner en ella muchas cosas que las palabras no podían transmitir—, vos sabes que vos y yo siempre hemos sido algo especial..., a pesar de Amelia, a pesar de todo..., André...

André cerró los ojos hasta hacerse daño. Aquello era un golpe bajo. Raúl sabía, no podía ignorarlo, que él lo había querido siempre, que años atrás habría dado cualquier cosa por que de verdad hubieran sido juntos algo especial. Raúl siempre se

había negado a reconocerlo y sin embargo ahora, ahora que lo necesitaba, no dudaba en usar aquella arma sucia, aquel «te necesito», aquel «vos y yo» que tan buenos resultados le había dado siempre con Amelia, que había vivido para él, para complacer cualquiera de sus caprichos a cambio de la magia de Raúl que transformaba la vida cotidiana en una aventura de fábula.

La voz seguía sonando en su oído, cada vez más baja, cada vez más insinuante:

—André, te lo pido por favor. Una llamada. Hace una llamada y ya. Inténtalo al menos. Yo te estaré tan agradecido..., ¿me oís, André?

Nunca entendió cómo tuvo fuerzas para decirle que no y colgar el teléfono, pero varios minutos después de haber colgado aún se oía diciendo: «No, Raúl. Lo siento. Es demasiado tarde. No», y aún le dolían los músculos de la tensión de negarse a ayudar al hombre de quien llevaba media vida enamorado.

Ari había terminado el subcapítulo del divorcio de Raúl y su apresurada boda con Amanda y, a pesar de que estaba contento por haber conseguido formular todas las posibilidades que se barajaban, seguía sin estar satisfecho de su trabajo porque, en la base, leyendo entre líneas, lo único que quedaba claro es que se trataba de un misterio que seguía sin resolver. Tenía varios testigos —Maurice, Aline, André—, gente que había tratado más o menos íntimamente a Raúl, que consideraban imposible que se hubieran casado por amor pero no podían aportar ninguna otra explicación. Él sabía fehacientemente que aquel matrimonio había sido una farsa y que Amanda lo había estado chantajeando para obligarlo a dejar la editorial de André y quizá también arrastrarlo a un compromiso político que Raúl había estado muy lejos de sentir, pero seguía sin comprender qué había llevado a Amanda a utilizar ese recurso. ¿Tan importante era para ella que Raúl se pasara a su editorial? ¿Era simplemente una cuestión de dinero, de prestigio? ¿Había algo personal en todo aquello —ser oficialmente su esposa— o había algo más que se le escapaba por completo?

Y, mucho más difícil, ¿tenía él derecho a decir en su biografía que el matrimonio de Raúl con Amanda había obedecido a un asunto tan turbio como un chantaje, utilizando el descubrimiento por parte de Raúl de sus tendencias homosexuales? Tendría que probarlo, si no quería que todo el mundo se le echara encima, y la única manera de probarlo era reproducir en el libro al menos una de aquellas horribles fotografías que lo mostraban en una posición humillante. Él no se creía capaz de hacerle una cosa así a Raúl. Ni a Amelia.

Lo que lo situaba ante dos opciones: o se limitaba a dejar las cosas como estaban, apuntando las diversas posibilidades sin decantarse por ninguna, o inventaba una «verdad» aceptable para el público en general y, sobre todo, para Amelia y André. Y para sí mismo: lo más difícil de todo, porque él no estaba satisfecho todavía.

Al principio de su investigación había creído posible, ingenuamente, escribir la biografía definitiva de Raúl de la Torre, una biografía donde todo fuera verdad,

sabiendo que siempre quedarían pequeñas zonas de sombra imposibles de alumbrar, pero que lo dejara con la conciencia limpia, sabedor de que no había tergiversado nada, de que la imagen de Raúl que acabara por revelarse después de sus investigaciones y entrevistas fuera la más auténtica posible. Y ahora, de repente, empezaba a plantearse la posibilidad de mentir conscientemente, o al menos de ocultar, porque lo que empezaba a aparecer no le gustaba, no casaba con la imagen que él se había hecho de Raúl a base de lecturas. ¿No sería más honesto decirle a André que no era capaz de llevar a término su tarea? Pero tendría que decirselo también a la fundación que había financiado el proyecto y tendría que devolver todo el dinero que ya le habían entregado y que ya había gastado en sus investigaciones, en los cuatro meses que llevaba viviendo en París. Y además sería una confesión de fracaso que no le ayudaría precisamente en su futura carrera. El profesor Lenormand, debido a ciertos supuestos escrúpulos morales, no se cree capaz de terminar la biografía de Raúl de la Torre. ¿Quién iba a creerlo? Y si no creían eso, ¿qué otra cosa acabarían por creer? Porque, evidentemente, todo el mundo necesita una versión que pueda aceptar como verdadera, todo el mundo necesita una respuesta única porque la mayor parte de los humanos es incapaz de convivir con la idea de que toda verdad es múltiple y depende siempre de qué factores entren en su construcción y cuáles sean desechados. Justamente lo que le estaba pasando a él con su biografía.

¿Qué pasaría si, sencillamente, desechara el hallazgo de aquellas fotografías? No lo sabía nadie, salvo Solange, y era de suponer que ella estaría de acuerdo en que esas fotos no salieran nunca a la luz, ya que, al fin y al cabo, presentaban a su tío Armand como cómplice de un chantaje.

Por otro lado, si tanto André como Amelia hubiesen muerto ya y no se les pudiera hacer daño con esa verdad que para él era palpable y ellos ignoraban, ¿tendría los mismos escrúpulos? ¿No era, a fin de cuentas, el sueño de todo investigador haber conseguido una información de ese calibre, con pruebas fehacientes que la avalaban? ¿Quién podría reprocharle el publicar lo que había encontrado y que lo distinguía como un excelente sabueso?

Amelia, por supuesto. Amelia podría reprochárselo y lo haría sin duda. Él le había prometido enseñarle lo que fuera escribiendo y no publicar nada sin su consentimiento. Había dado su palabra y la mantendría, aunque eso significara prescindir de la pieza estrella de su colección.

¿Y si le enseñara las fotos a Amelia y dejara que fuese ella quien tomara la decisión definitiva?

Se levantó del escritorio, donde había estado pensando agarrado, como siempre, a un tazón de café con leche, y se puso a caminar arriba y abajo de su pequeño cuarto. Tenía que dejar descansar el asunto; ahora iba a sentarse de nuevo y continuar escribiendo el maldito capítulo hasta llegar al accidente de Amanda, el traslado del cuerpo a París y el entierro. Siempre habría tiempo de cambiar el texto si se hacía necesario, pero había que avanzar y conseguir pasar de ese punto que lo tenía



atenazado, aunque sólo pensarlo le daba sudores fríos, porque todo el subcapítulo que le quedaba por delante estaba lleno a rebosar de incógnitas que aún no había conseguido resolver. ¿Iba a decir que se había tratado de un desdichado accidente de tráfico en plenas vacaciones? ¿Se atrevería a insinuar que, según sus investigaciones, parecía que había datos que indicaban que el «desdichado accidente» podía haber sido, de hecho, un asesinato? ¿Pensaba sugerir, aunque fuera de modo sutil, que Raúl había sido considerado por la policía mallorquina, al menos durante un tiempo, sospechoso de haber causado la muerte de su esposa? ¿Que incluso su mejor amigo pensaba que podría haber sido culpable? No. ¿Para qué? Era puro sensacionalismo. Ganas de echar lodo sobre la vida de un hombre a quien admiraba profundamente.

Se tumbó en la cama con un bufido y, para cambiar de pensamientos, abrió el libro que Yves le había regalado por Navidad y que había hojeado intermitentemente en los últimos días. Aunque lo de cambiar de pensamientos era un decir, porque aquel libro estaba lleno del tipo de ideas que Maurice Laqueur le había inculcado y de las que, por ridículo que pareciera, no conseguía desprenderse. El libro había sido escrito por un desertor soviético que había trabajado para la KGB hasta que, a mediados de los años ochenta, se había pasado a Estados Unidos, y, capítulo tras capítulo, trazaba un mapa coherente de la infiltración de agentes soviéticos durante los años sesenta y setenta en los ambientes intelectuales de toda Europa.

Se puso a hojearlo de nuevo porque tenía la sensación de que un par de días atrás, mientras esperaba el metro, había leído algo, ahora olvidado, que en aquel momento le había sugerido el principio de una idea.

Buscó el capítulo dedicado al final de los años setenta y, efectivamente, allí, en apenas unas líneas, se resumía algo que podía proporcionarle una pista. Se sentó muy derecho en la cama, acercó la luz y releyó lo que le había llamado la atención; «A causa de la defección del coronel Ivanov (KGB) en Londres a principios del 79, se hundió parte de la “Red G”. En el verano del mismo año, varios agentes fueron suprimidos por medio de accidentes en distintos lugares de Europa. Éste es el caso de Boris, agente radicado en Berlín, que desapareció en un *ferry* de Dinamarca a Suecia; cayó al mar como resultado de una supuesta intoxicación etílica y su cadáver no fue nunca encontrado. Es también el caso de Vania, que apareció desangrado, con las venas abiertas en la bañera de su piso de Viena, y el caso de Olga, residente en París, que sufrió un accidente de tráfico mientras pasaba sus vacaciones en Mallorca (España)».

¿Cuántas extranjeras habrían tenido un accidente mortal en Mallorca en el verano del 79? Varias, probablemente. ¿Cuántas parisinas? ¿Cuántas parisinas sospechosas de haber actuado como agentes soviéticos?

Si Amanda había sido efectivamente Olga, la *Sûreté* tendría que tener una ficha suya. Algo les habría llamado la atención en los movimientos de una mujer de nacionalidad polaca que empieza a abrirse camino en los círculos izquierdistas intelectuales. Ahora se trataba de saber si había posibilidad de consultar esa ficha, si

los años setenta estarían ya desclasificados. Probablemente no, porque no hacía tanto tiempo de los sucesos que le interesaban, contando como cuentan los archivos. Creía recordar que un colega de Heidelberg, historiador contemporáneo, le había hablado de un plazo de sesenta años, lo que significaría que esa ficha, caso de existir, no podría ser consultada hasta el 2039. Y él necesitaba verla ya.

Se puso de pie de un salto, como si tuviera que ponerse en marcha inmediatamente, y volvió a sentarse frente al ordenador al darse cuenta de que no tenía adónde ir. Ahora ¿qué? Si lo que decía el libro era verdad y esa Olga era Amanda, eso significaba que había sido realmente una agente soviética y había trabajado en París reclutando intelectuales «para la causa», como le había dicho Maurice. Entonces todo tendría sentido y una de las mayores incógnitas en la vida de Raúl quedaría resuelta. Y si su accidente no había sido un accidente, eso explicaría la investigación de la policía española y el que no encontraran a quién acusar de su asesinato.

Alzó las manos sobre el teclado y, sin pararse a pensar, empezó a escribir:

«Amanda Simansky, de nacionalidad polaca, que llegó a París a mediados de los setenta y parecía una mujer sin pasado, consiguió muy pronto establecerse como directora literaria de Éditions de l'Hiver. Antes de entrar en el mundo editorial, Amanda se había hecho famosa en los ambientes parisinos underground y se la consideraba una especie de musa de la izquierda ilustrada. Muy conocida en los círculos jazzísticos, entró en contacto con Raúl de la Torre por mediación de dos amigos de éste, Armand Laroche y Maurice Laqueur, que eran íntimos de ella.

»Si, como parece indicar la evidencia, Amanda era, bajo el nombre de Olga, una agente al servicio de la Unión Soviética que se dedicaba a reclutar intelectuales para la causa comunista, no es de extrañar el cambio de mentalidad que se produjo en Raúl de la Torre al poco tiempo de conocerla. Queda por saber si el divorcio de su primera esposa, Amelia Gayarre, y su subsiguiente y rápido matrimonio con Amanda Simansky obedecieron a razones de índole amorosa o política, pero los hechos apuntan más bien a una unión ideológica bastante efímera, dado que Raúl se alejó paulatinamente de la izquierda comprometida tras la muerte de su segunda esposa, que actualmente sigue rodeada de incógnitas y que pudo haberse debido a la acción de algún servicio secreto occidental (ver libro de Yuri Demenkov)».

Releyendo lo escrito, a él mismo le sonó sensacionalista y barato. Esas cosas no pasaban en las vidas normales de las personas normales; parecía un fragmento de una película de James Bond de las que Laqueur tanto había admirado en su juventud. Si quería decir en su libro algo así, tendría que asegurarse de que las cosas hubieran sido realmente de ese modo, y para eso no había más remedio que echarle una mirada a la famosa ficha de Amanda Simansky. Sí existía. Si no eran todo divagaciones suyas. Pero si la Süreté no tenía los años setenta abiertos para consulta de investigadores, ¿qué podía hacer?

Se puso a mordisquear un lápiz y lo dejó cuando el sabor a grafito empezó a darle

asco. Quizá podría preguntarle a Yves si él podía usar alguno de sus contactos. Al fin y al cabo, Yves era forense y conocía a un montón de gente en la policía. No sería mucho pedir que le fotocopiaran las dos o tres hojas de que podía constar la ficha de Amanda. Habían pasado más de treinta años, ella estaba muerta, su marido también y no habían tenido hijos. Pero si conseguía esa ficha de un modo extraoficial, tampoco podía citar la fuente para probar su afirmación.

Maldiciendo entre dientes y prometiéndose a sí mismo que no volvería a escribir una biografía en lo que le quedara de vida, marcó el número de Yves.

Raúl de la Torre aparece puntualmente a las tres de la tarde, a tiempo para el café que nos ha prometido. Sabemos que lleva una semana concediendo varias entrevistas al día, pero no se le ve cansado ni impaciente. Se ha dejado crecer la barba y, a lo largo de la conversación, juguetea con las patillas de unas gafas que se pone fugazmente para hojear un ejemplar de nuestra revista. «Son muchos años de leer —comenta—, y la vista se resiente».

Sabemos que tiene muchos compromisos y entramos directamente in medias res.

—¿Por qué ha dejado pasar tanto tiempo entre su primera novela y *De la torre al cuadrado*?

—Bueno, bueno —ríe—, tampoco es tanto tiempo. Diez años no son demasiados para parir una novela de esa envergadura. Y mientras tanto he escrito dos libros de poemas y uno de relatos. Sin olvidarnos de que la vida reclama también su parte.

—Parece que está usted satisfecho con la novela.

Sonríe, echándose hacia atrás en el sillón:

—Pues sí, la verdad, incluso a riesgo de pecar de inmodesto, me parece una excelente novela. Si a eso añadimos la reacción de la crítica..., ¿qué más se puede pedir?

—Algunos críticos han destacado la discontinuidad entre sus relatos y sus novelas. *De la torre al cuadrado* es congruente con *Amor a Roma*, pero comparando ambas con los cuentos parece que tuviera usted dos personalidades.

—Los tengo, los tengo —su risa resuena por todo el vestíbulo del hotel—. Pero también las tenía Pessoa, y a nadie le ha parecido nunca mal. En fin, le explico, hay un yo en mí que escribe poemas. Ése es mi yo más auténtico; si hay textos en los que yo, digamos una quintaesencia de mi yo, está presente, es en la lírica. Después hay otro Raúl que escribe relatos, rápida, rabiosamente, momentos de una intensidad fulgurante que tengo que captar a toda velocidad para que no se escapen. Y por fin otro yo que de vez en cuando se descuelga con una novela. Pero ése es mi otro yo, mi tercer yo, el que menos veces surge, porque los dos primeros suelen estar muy ocupados escribiendo lírica y narrativa breve. De hecho, y para resumir, podría decirse que si no fuera por mi mujer, ese tercer yo no existiría.

—¿Es ella la que lo empuja a escribir novelas?

—Efectivamente. Las novelas, en casa, son cosa de Amelia.

—¿Por qué sus novelas no están nunca ambientadas en Argentina, por qué no hablan de la realidad latinoamericana?

—Porque yo vivo aquí y trabajo aquí. Mis novelas son mi modesta contribución a la literatura europea, pero vista a través de mi sensibilidad particular de argentino en el exilio.

—¿Se considera usted un exiliado?

—Bueno..., yo a mí mismo no me considero nada concreto. Soy Raúl de la Torre, nacido en Argentina, de padres argentinos, pero criado en medio mundo. Vivo en París desde hace más de veinte años, desde el 51. Hasta cierto punto, ni soy de aquí ni soy de allá pero eso precisamente me da una mayor amplitud de miras.

—¿Cómo ve usted la situación política argentina actual?

—Mire, no me pregunte de política porque yo soy un auténtico ignorante en ese campo. Nunca he pertenecido a ningún partido político y ni siquiera hago uso de mi derecho al voto cuando hay elecciones. Yo no espero juicios literarios del Presidente de la República y no veo por qué nadie tenga que esperar opiniones políticas de un escritor, de un poeta. Además, si yo tuviera algún tipo de convicción ideológica, no sería más que la opinión de un hombre de a-pie, que no interesa a nadie. A un escritor hay que juzgarlo por su trabajo, no por sus opiniones.

—¿Coincide usted con Borges, en ese caso?

—Sí Borges tampoco tiene opiniones políticas, coincidimos, pero ahí se acaban todas las coincidencias.

—Sin embargo, tengo entendido que usted participó activamente en los sucesos de mayo del 68.

—¡Ah, ése fue un tiempo bárbaro! Pero era otra cosa. Yo no me comprometí políticamente con ningún bando. Yo me limité a apoyar a los chicos en reivindicaciones que me parecían obvias. Si la imaginación al poder es una opinión política, ésa es la única con la que me comprometo. Cansa bastante trabajar en una universidad donde no se ha avanzado nada desde hace un par de siglos, donde todo está reglamentado y la estructura jerárquica es inamovible. Mi participación en los sucesos del 68 fue simplemente una manera de colaborar con las nuevas ideas de diversión, de llevar a las aulas un comportamiento lúdico que para algunos de mis colegas resultaba y sigue resultando inaudito. Pero ahí se acaba todo.

—Para terminar, ¿podría resumirnos en unas frases su última novela?

—No, en absoluto. Si hubiera podido resumirla en unas frases no me habría pasado años para escribir esas cuatrocientas páginas. Si quiere un consejo de amigo, entreviste a mi mujer. Le diré en confianza que ella es la que más sabe de mis novelas.

—¿Para cuándo la siguiente, señor De la Torre?

—No me agobien, muchachos. Apenas acabo de publicar ésta. Déjenme un poco de aire.

«Raúl de la Torre y De la torre al cuadrado»  
Entrevista a Raúl de la Torre por Roger Dupuis  
Révue des Deux Mondes, otoño de 1973.

Era la primera vez que Amelia iba a la editorial de André para algo que le afectaba a ella directamente. Hasta ese momento siempre había ido o a recogerlo para ir a comer juntos o a acompañar a Raúl para algún asunto relacionado con sus publicaciones, pero ahora André le había pedido que se pasara por su despacho para hablar de la novela que ella había escrito y eso era algo que le producía una sensación de ahogo, como si el oxígeno del aire primaveral no fuera suficiente para irrigar su cerebro. Raúl no había querido acompañarla: «Es tu primera cita profesional, linda; yo ahí estoy de más», y ella por una parte se lo había agradecido, aunque por otra se sentía un poco desamparada sin tener su mole detrás, cobijándola como al desgaire, haciendo de pared en la que ella podía apoyarse, haciendo «de torre», como tantas veces habían dicho en broma.

La mañana era espléndida, fresca y soleada, una de esas mañanas doradas de primavera en las que da gusto caminar sin prisa, fijándose en la cara de la gente, en los pequeños objetos dispuestos en las vitrinas, en las primeras hojas que despuntan al sol, echando atrás la cabeza para ver los pisos más altos de las casas, los frisos de estuco, las macetas en los balcones.

Amelia caminaba mirándolo todo como si fuera nuevo, recién creado para ella, como si quisiera grabar para siempre en su memoria cada minuto de ese día en que por fin sería reconocida como la escritora que era. Y precisamente por André, la persona cuyo juicio, después del de Raúl, era el que más le importaba. Saludó a Adeline, intercambiaron unas cuantas frases de cortesía, y pasó a encontrarse con André, casi aterrorizada porque el hombre que hasta ese momento no había sido más que su mejor amigo se había convertido de pronto en un terrible cancerbero que tenía el poder de decidir sobre el futuro de su manuscrito. Antes incluso de registrar la presencia de André, de pie tras su escritorio, vio su novela sobre la mesa y sintió un escalofrío de anticipación. Tenía que haberle gustado: no era posible que no se hubiera dado cuenta de que era una excelente novela. André entendía realmente de narrativa, más que de poesía, y tenía que haber visto las posibilidades de su manuscrito.

Suspiró hondo, aunque tratando de que no se le notara demasiado, lo abrazó como siempre, le dio tres besos y se sentó frente a él.

—Bueno, pues tú dirás. Aquí estoy —sonrió, casi coqueta. André se pasó la mano por el pelo, cada vez más fino y escaso, se subió las gafas sobre el puente de la nariz y la miró fijamente, sin sonreír.

—¡Hijo, qué cara de funeral! ¿Tan poco te ha gustado?

—¡Qué tontería! —contestó André, sin cambiar de expresión—. La novela es excelente, ya lo sabes tú.

Amelia sintió el alivio derramándose por su cuerpo como si fuera un agua tibia y aceitosa. Le había gustado. Todo estaba bien. Todo, menos su cara. Esa expresión de funeral, de malas noticias necesarias, que no casaba con el juicio que acababa de emitir.

—¿Me puedes decir a qué estás jugando, Amelia? —preguntó entonces, sacándola de su incipiente felicidad apenas conquistada. Se quedó de piedra. No tenía ni idea de qué estaba tratando de decirle con eso. André continuó sin esperar respuesta:

—¿Se puede saber a qué viene esto de traerme una novela escrita por Raúl y tratar de hacerla pasar por tuya? Llevo años diciéndole que ya va siendo hora de sacar otra novela y él lleva años diciéndome que me conforme con los cuentos, que no se siente con ánimos de novelones, y ahora, de repente, vienes tú con esto —señaló el manuscrito, casi como si le diera asco— y quieres que te la publique sin más ni más. Sinceramente, no entiendo el juego.

—Pero..., pero... —balbuceó ella—, esa novela es mía, André, te lo juro. La he escrito yo. Cada palabra, cada coma.

—Pues peor me lo pones.

—¿No me crees?

—Eso no viene al caso, Amelia. Igual estás diciendo la verdad y, como lleváis tanto tiempo juntos y sois como dos mitades del mismo limón, resulta que sois capaces de escribir exactamente de la misma manera, y fíjate que digo exactamente, metáforas, giros, trucos..., absolutamente igual. Pero ¿qué crees tú que iba a pensar el público y la crítica si sacamos una novela con tu nombre que parece haber sido escrita punto por punto por Raúl?

—Pero es mía —dijo ella casi en un susurro—. ¿No me la vas a publicar porque es mía?

—Si la firmara Raúl, la sacaría el mes que viene, pero así no puedo, Amelia, comprendeme. Aún, si tú fueras una escritora argentina y la publicaras en Buenos Aires, se podría hablar de influencias, de escuelas, de... ¿qué sé yo? Pero así, siendo tú su mujer, serían ganas de hacer el ridículo. Dirían que Raúl te había regalado una novela suya para que pudieras cumplir tu sueño de ver tu nombre en letras de molde.

—¿Cómo puedes hablarme así, André? —Amelia tenía la sensación de que toda la sangre se le había subido a la cara; tenía calor y una especie de filtro rojo le velaba la vista—. Somos amigos.

—Por eso te lo digo tan claro, porque lo somos. Además, tú nunca has escrito nada, no nos engañemos. Desde que te conozco dices de vez en cuando que estás escribiendo una novela y nunca me has enseñado una sola página. Cuando estuvisteis en Roma, también me decías en tus cartas que estabas muy metida en una novela, ¿recuerdas?, pero el único que la acabó fue Raúl. ¿Y sabes por qué? Porque Raúl es escritor, es un profesional. Y tú, querida mía, tú..., ¿cómo decírtelo sin que te haga daño? Tú eres una soñadora y una vividora, en el buen sentido. Las personas que

viven intensamente, que disfrutaran de la vida como tú, nunca llegan a escribir nada. Vivir ya las ocupa bastante.

Hubo un largo silencio que ninguno de los dos sabía cómo llenar. Amelia miraba insistentemente por la ventana, hacia el cielo azul brillante de aquel día de marzo, y trataba de no llorar delante de André a la vez que se esforzaba por no sentir la espantosa autocompasión que la llenaba. André estaba deseando acabar con aquella odiosa situación que no había podido evitar y miraba el teléfono con ahínco esperando que sonara, que alguien lo necesitara para cualquier cosa, poder decirle a Amelia que ya hablarían más tarde y no sacar el tema nunca jamás.

—La llevaré a otras editoriales —dijo por fin levantándose y recogiendo el manuscrito con mimo, como si fuera un bebé al que acabaran de hacer mucho daño—. Por fortuna no eres el único editor. Probaré en España.

André se había puesto también de pie y la miraba con ternura, con lástima, como si comprendiera su situación pero creyera conveniente no facilitarle las cosas:

—Y seguramente encontrarás quien te la publique, porque la novela es buena, nunca lo he negado. Pero piensa en lo que vendrá después, Amelia, piensa en las críticas burlonas, en el regocijo que provocará en ciertos sectores del público y de la crítica que la esposa de Raúl haya publicado una novela que podría haber escrito él, que seguramente ha escrito él. Todo el mundo sabe que te adora, que venera el suelo que pisas, que sería capaz de cualquier cosa por ti. ¿Quién iba a creer que es tuya, por mucho que lo gritaras? Y eso sería mala publicidad para Raúl. Y además lo pondrías en la posición de tener que mejorar esa novela tuya con la próxima de él, para que quede claro quién es quién. Piénsalo, Amelia, no pongas tu vanidad por encima de su carrera. Yo os quiero a los dos y nuestros años de amistad me obligan a hablar así, aunque te duela. Guarda esa novela y olvídala. O que la firme Raúl, como Dios manda, y la sacamos. Y, si de verdad quieres escribir, escribe algo que sea sólo tuyo. Te juro que te ayudaré a encontrar editor para lo próximo que escribas, si escribes algo que sea Amelia Gayarre, no Raúl de la Torre.

Ella había estado escuchando el largo parlamento de André con los ojos bajos y el manuscrito apretado contra el pecho, como una niña que aguanta la reprimenda del director del internado. Entonces levantó la vista, sin levantar la cabeza, para preguntar:

—¿Es tu última palabra?

—Lo siento, Amelia —dijo André—. ¿Me dejas que te invite a comer?

—He perdido el apetito. Ya nos veremos.

Cuando salió a la calle, seguida por la mirada compasiva de Adeline, el día seguía siendo cálido y hermoso, cientos de pájaros volaban sobre el parque contiguo persiguiéndose entre gritos, las flores parecían haber explotado de la noche a la mañana en los parterres, y ella se sentía vieja, sucia, sin valor, como la bolsa de plástico que la brisa iba arrastrando por los senderos del parque hasta que un barrendero, vestido de mono gris, la ensartó en su pincho y la hizo desaparecer en el

gran saco que llevaba colgado al hombro.



## CAPÍTULO 8

Habían pasado tres semanas desde el día de los Inocentes y Ari no había conseguido que el recuerdo de lo sucedido aquella noche en el Crillon dejara de acudirle a la mente en los momentos más inoportunos, con especial intensidad cada vez que se encontraba con Solange y, sin darse apenas cuenta, empezaba a compararla con Amelia. Se encontraba despreciable a sí mismo cuando se descubría mirando a Solange, tan joven, tan nueva, y pensaba cuántos días faltarían para volver a ver a Amelia o al menos para volver a escuchar su voz al teléfono proponiéndole una cita. ¿Lo llamaría nada más llegar o dejaría pasar aún un tiempo antes de volver a ponerse en contacto con él? ¿Y cómo reaccionaría él al verla? ¿Sería capaz de fingir que no había pasado nada entre ellos o la angustiaría desde el primer momento con su deseo de hablar de aquella noche, al menos lo justo para decidir si había sido el principio de algo o si no había sido nada más que la broma cruel que ella le había dado a entender al subir al taxi? ¿Qué necesidad tenía Amelia de ser cruel con él, que no era nadie comparado con Raúl?

—Que si tú también quieres un Pernod, Ari. Es la segunda vez que te lo pregunto. ¿Se puede saber dónde tienes la cabeza?

Se llevó la mano a la frente y esbozó lo que pretendía ser una sonrisa conciliadora:

—Perdona, Solange. Ya sabes..., no consigo desconectar. No paro de darle vueltas al asunto ese del chantaje y a la posibilidad de que Yves me consiga la información que le he pedido. Sí, yo también tomaré Pernod.

Solange le hizo un gesto al camarero, que asintió con la cabeza.

—Vale, suponiendo que Yves te consiga algunos papeles en los que quede claro que Amanda era efectivamente una agente soviética, si no sacas a la luz lo del chantaje, no vas a conseguir mucho y, si te he entendido bien, no estás dispuesto a poner una cosa así en tu libro, aunque fuera verdad.

—Pero puedo decir que Amanda lo captó para la propaganda de la izquierda usando, digamos, sus encantos femeninos.

—Sabiendo lo que sabemos, eso resulta de una ironía espantosa.

—Sí, ya, pero como no pienso hablar de Armand, no me queda otro remedio. Y si

Amanda era de verdad una espía, al menos sabemos quién la mató.

—Pudo ser cualquiera de los servicios secretos occidentales, pero eso no tiene tanta importancia. Lo importante es que no lo hicieron Amelia y Raúl. Al menos es lo que más me importa a mí.

—Pero considerando que el público nunca tuvo la menor idea de que Amelia y Raúl pudieran estar implicados, en la base es liar las cosas por gusto. Para ti es importante, se nota de lejos, pero para los lectores..., no sé.

La conversación volvió a perderse mientras tomaban los primeros sorbos del Pernod. Ari se encontraba incómodo discutiendo ese tipo de cosas con Solange. No podía evitarse que ella se creyera con derecho a opinar sobre el tema, pero él lo sentía como una intromisión en su vida y tenía que recordarse continuamente que a lo sumo sería una intromisión en su trabajo, que su vida no era eso. Pero ya ni siquiera estaba seguro de ello. Cada vez le afectaba más aquella historia sucedida en Mallorca cuando él era adolescente. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a la posibilidad de que Raúl hubiera sido un asesino y aún no había conseguido contestarse si eso afectaría su admiración por él como escritor o no. ¿Y si, como Raúl parecía haber creído, lo fuera Amelia? ¿Afectaría eso su relación con ella? Pero no valía la pena pensarlo. Si sus sospechas se confirmaban, ninguno de los dos habría tenido nada que ver con el asunto, aunque la muerte inexplicada de Amanda había torcido las vidas de Raúl y de Amelia y los había separado de un modo sutil pero definitivo.

Siempre le había angustiado la idea de hasta qué punto una sospecha, unas palabras no dichas, o dichas pero malinterpretadas, podían cambiar la relación entre dos personas o incluso la dirección de toda una vida. ¿De qué servían las palabras, de las que tan orgullosa se siente la humanidad, si no eran capaces de comunicar los sentimientos más íntimos? Amelia le había dicho en una ocasión que ella siempre había creído que las palabras servían para complicar las cosas, para divertirnos, para dañarnos. Por eso ella usaba el tema de los malentendidos en sus libros infantiles —de los que Ari ya había leído seis o siete—, para mostrar hasta qué punto las palabras se cruzan en el camino de las buenas intenciones hasta desvirtuarlas o producir el efecto contrario al esperado. Pero en sus libros eso era siempre fuente de humor y las cosas acababan por arreglarse, mientras que en la realidad ella había tenido que sufrir en carne propia el daño que las palabras o los silencios podían hacer. Había bastado el cambio de nombre —de Hauteclaira a Stassin— para que nada volviera a ser lo mismo entre ellos. ¿Y cuántos otros malentendidos habrían existido en sus vidas?, ¿cuántos más se estarían deslizando subrepticamente en su propia relación con ella?

—¿Te quedas a dormir en casa? —estaba preguntando Solange con su expresión más inocente.

La miró, recién salido de sus pensamientos, como si se hubiera olvidado de que estaba allí, como si no supiese quién era.

—No, hoy no, perdona. Quiero terminar el capítulo esta misma noche.

—Pues yo mañana tengo turno. —Pues entonces otro día.

—Te da igual, ¿verdad? En la base te da exactamente lo mismo hoy que otro día porque no tienes ningún interés —se notaba que trataba de hablar con calma, pero que si seguían por ese camino acabaría haciéndole una escena en el bar, una de las cosas que más detestaba.

La mano de Solange destrozaba minuciosamente una servilleta de papel. Ari puso su mano sobre la de ella.

—No sé cómo me aguantas, la verdad. Estoy insoportable últimamente.

Ella apretó los labios, como esforzándose para no decir algo que estaba de todos modos a punto de decir:

—Es por ella, ¿verdad? No haces más que pensar en Amelia.

—¡Qué tontería!

—Monique me ha contado que estuvisteis juntos en el hotel poco antes de Fin de Año.

—¡Monique es imbécil! —explotó Ari—. Le expliqué con toda claridad que nos encontramos allí para un desayuno de trabajo.

—¿Ahora se llama trabajo?

—Esta conversación no tiene ningún sentido —Ari se puso en pie, fue a la barra a pagar, volvió sin una palabra y le sostuvo el abrigo.

—¿Tanta prisa tienes?

Ari no contesta Se enfundó en su abrigo y se abrochó los botones lentamente, sin mirarla.

—Perdona —dijo Solange poniéndole la mano en el brazo—. No tengo ningún derecho a meterme en tu vida. Al fin y al cabo, no nos hemos visto más que unas cuantas veces para tomar un café. Y una vez también desayunamos juntos —añadió bajando la voz como si le diera vergüenza.

Él siguió en silencio, incómodo.

—Tengo aquí el coche, ¿te dejo en alguna parte?

—No, gracias —habló por fin—. Creo que me conviene dar un paseo. Te llamaré.

Le dio un rápido beso en la mejilla y salió del café con un alivio que le avergonzaba porque sabía, y posiblemente ella también, que se trataba de una huida.

Le imagino ahora en esa habitación de la residencia de estudiantes en la que no he estado nunca y me detengo a contemplar su rostro dormido en la penumbra del cuarto, como tantas veces hice cuando Raúl y yo dormíamos en la misma cama. Hay diferencias, sin embargo. Raúl dormía como vivía, abierto de brazos y piernas, cubriendo la mayor parte de la superficie disponible, con la cara relajada y aparentemente vulnerable, pero guardando siempre sus pensamientos y sus fantasías a los que nadie tenía acceso, salvo a través de sus escritos. A usted le imagino de lado, ocupando un discreto trozo de cama, cerca del borde, con la cara pegada al almohadón dejando sólo su perfil al descubierto, sólo la mitad de sí mismo.

Así le vi dormir poco antes de bajar a pedir el desayuno y, aunque ahora ya no signifique nada, así le recordaré al final: encogido como un niño, feliz, entregado, con un fantasma de sonrisa jugando en las comisuras de los labios cuando me incliné — tan suavemente— a besarlo en la mejilla antes de desaparecer de aquel cuarto donde habíamos compartido algo los dos.

¡Qué inocencia la de las palabras, ¿verdad?! ¿Quién podría decir, años después, quién podría decir incluso en el mismo momento qué es lo que usted y yo compartimos, qué era ese «algo» a lo que me estoy refiriendo y que será una cosa distinta para usted y para mí, aunque usted crea saber de qué hablo, igual que lo creo yo?

Tras de mi ventana nieva blanda, incesantemente, de un modo que deja bien a las claras que este planeta no tiene ninguna relación con nosotros, sus habitantes. Nieva a pesar y por encima de nosotros, de nuestros deseos, de nuestros sentimientos. Las cosas suceden sin ninguna explicación y la historia de los hechos sucedidos no tiene nada que ver con nuestra moral. La moral sólo entra después, cuando tratamos de construir una historia y de justificarnos a nosotros mismos. Entonces le echamos a la nieve la culpa de nuestras decisiones, o al calor de un agosto agobiante, o al mareo del champán, o a la voz de Gardel. O nos limitamos a olvidar en parte, a narrarnos en parte lo que quisimos que hubiera o no hubiera sucedido, a pintar de azul coherencia todo el paisaje que nos estamos interpretando para poder vivir. El azul es un color coherente, que presta un velo unificador a los paisajes y a los recuerdos, a los recuerdos de un paisaje vivido, soñado, inventado. Cierre los ojos ahora y recuerde cualquier escena de su infancia, de un amor adolescente, de un momento de felicidad... ¿No ve las cosas difuminadas, desvaídas en un azul en el que destacan las chispas naranjas y amarillas, doradas, de la gloria que se fue?

Yo recuerdo así mi vida: grandes paisajes azules punteados de naranja; otros momentos dorados contra un cielo intensamente azul; tiempos extensos, informes, dominados por un azul pastel en el que destacan, aquí y allá, perezosas nubes blancas, gordas y suaves como gigantescos algodones de desmaquillar; instantes de vértigo azul profundo, como las fisuras de los glaciares, e igual de peligrosos. Y, entre tanto azul, momentos intensos y horribles, rojo oscuro como sangre coagulada, momentos que no quiero recordar y que usted, querido mío, insiste en traer a mi memoria con el empeño inocente y cruel de un niño que le arranca las alas a una mosca para ver si aun así consigue volar.

Me aburre la nieve, me aburre este lugar falso que yo misma he elegido. Me siento como encerrada en un pisapapeles de cristal donde caen los copos interminablemente y que continuará en su simulacro de vida congelada cuando yo ya no pueda sentirla.

No tengo miedo de morir, Ari: tengo miedo de dejar de estar viva.

Tengo miedo de no volver a bailar el tango, de no sentir la ropa sobre mi cuerpo, de no poderme reír de las maldades de André, de no escribir más libros, de no volver

a eludir sus preguntas o a contarle mentiras que tal vez nunca logrará descubrir; de llegar, quizá, a un lugar que no será un lugar sino un estado quién sabe si eterno, en el que no podré contarme mi vida tratando de creérmela, en el que mi vida me rodeará por todas partes, constantemente, sin darme lugar a la interpretación. Tengo miedo de eso, sobre todo.

Yo tendría que empezar a prepararme ya para ese futuro que nos alcanzará a todos y que ahora me va a llegar a mí. Sin embargo, en lugar de desligarme de este mundo, de mi hermosa vida azul y dorada, me proyecto hacia atrás, hacia usted, que hace unos meses era un desconocido, hacia Raúl, hacia todo lo que había decidido borrar para ser libre.

Me acude un recuerdo de los últimos tiempos, después de la muerte de Hervé, de la que Raúl siempre me creyó culpable, y se lo ofrezco como un regalo, con toda mi inocencia, para que sepa que, a pesar de que no siempre le he dicho la verdad, o no toda, sí estoy dispuesta a compartir con usted ciertos dolores, ciertas tragedias que fueron importantes para mí y ya no serán nada cuando usted lea esto.

Estamos en mi piso, el mismo que usted conoce, en ese salón que tanto le impresionó en otoño, cuando le hablé de mis caballos —Bucentauro, Belerofonte, Carnavalito—, todos muertos ya, y de tantas otras pequeñeces que usted recogía con avidez de tierra seca.

Raúl ha venido a quedarse una temporada, como otras veces. Acaba de dejar la maleta en su cuarto y anda por el salón, trasteando entre mis libros, mientras yo preparo un capuchino que vamos a tomarnos en el mirador. Desde la cocina le oigo gruñir comentarios que no necesito entender: sé que quiere decirme algo y que no sabe cómo empezar. Lo sé porque ha estado evitando mirarme a los ojos desde el mismo momento de llegar, pero no me preocupa porque me parece difícil que esta vez pueda hacerme daño. Usted lo sabe, Raúl ya me ha hecho todo lo que se le puede hacer a un ser querido: me ha abandonado, me ha despreciado, ha concebido terribles sospechas sobre mí, me ha robado mis novelas, me ha humillado públicamente confesando su amor por un hombre cuarenta años más joven que él... ¿Qué más puede hacerme?

Así que no me preocupo demasiado, entro con la bandeja del café, sonrío a su espalda de oso caviloso y dejo las cosas sobre la mesa del mirador invitándolo a sentarse frente a mí como otras miles de veces. Pero esta vez no se sienta, permanece de pie a unos metros de la mesa, rasgando el suelo con la puntera de un zapato sin cepillar, los ojos bajos, el pelo largo y descuidado tapándole parte del rostro.

A pesar de que he decidido que no va a hacerme daño, que no puede hacerme daño, su postura me recuerda tanto a otro momento crucial en mi vida que no puedo evitar un escalofrío. Me siento transportada a aquella horrible tarde en la que me dijo que teníamos que separarnos, en la que el nombre de Amanda sonó por primera vez entre nosotros sin la risa compartida que siempre lo acompañaba, sin los motes que le inventábamos —la Tigresa, la Loba, la Mujer Pantera—, para convertirse en el

ominoso mantra que me perseguiría durante años, durante el resto de mi vida, si voy a ser sincera.

Sé que lo que va a decir me va a hacer daño y, aunque no puedo imaginarlo, me preparo para lo peor, tratando de desligarme de mí misma, de ver la escena desde fuera, como si estuviera en el teatro. Miro a Raúl intentando distanciarme, convertirme en espectadora de la escena que prepara.

Ha envejecido bien, a pesar de que la muerte de Hervé ha sido un golpe muy duro. Sigue siendo un hombre guapo, carismático, un hombre que me haría volverme a mirarlo, si no lo conociera.

—¿Vos me querés aún, Amelia? —pregunta de sopetón, como si se tirara a un río helado de profundidad desconocida.

—Pues claro —le contesto, cada vez más nerviosa—. ¡Qué pregunta!

Me digo a mí misma que no puede hacerme daño, que ya no tiene ningún poder sobre mí, que sea lo que sea lo que va a pedirme siempre puedo negarme, con elegancia, con una sonrisa, como una dama, como la dama gélida e inalcanzable en la que he tenido que convertirme para los demás, una *belle dame sans merci*. Noto que se me encoge el estómago como un músculo acalambrado y, sin saber por qué, empiezan a sudarme las palmas de las manos.

—Y si yo te pido algo muy duro, lo más difícil que hayas hecho en tu vida, ¿me lo darás?

—Por lo que más quieras, Raúl —le contesto con una voz temblorosa y aguda que apenas reconozco—, dime ya lo que sea, no me tengas en vilo.

—¿Vos me matarías? —me pregunta, mirándome por primera vez a los ojos.

—¿Qué?

No sé qué decir, me atraganto con mi propia saliva, lo miro con ojos desencajados y me encuentro con los suyos, fijos, intensos, totalmente serios, sin la chispa burlona que tan bien conozco. El sol de poniente que entra por la ventana ilumina su cuerpo de un naranja brillante, dejando su rostro en sombra.

—Sabes que desde que murió Hervé lo mío ya no es vida, Amelia. Estoy viejo, estoy solo, ya no puedo más. Quiero devolver esta vida que ya no me gusta, ¿viste?

—Tú nunca has creído en el suicidio —digo yo sin mucha convicción.

—En Mallorca estuve a punto, ¿te acuerdes?

—Pero no lo hiciste.

—Porque de algún modo se solucionaron las cosas. Fue ella la que murió.

Sus ojos destellan en ese momento y sé que está recordando algo que no puedo compartir, que no quiero compartir.

—Matar no es muy difícil, Amelia —me dice con sencillez, como si estuviera enseñándome a cocinar una nueva receta o a usar una herramienta desconocida—. Vos lo sabes igual que yo. Y esta vez te lo estoy pidiendo expresamente.

Apenas oigo lo que me dice porque su primera frase se ha quedado dando vueltas en mi cabeza y oscurece las otras. «Matar no es muy difícil. Matar no es muy difícil.

Matar no es muy difícil», se repite como un eco en mi interior. ¿Está confesando ahora, después de tanto tiempo de lanzarme indirectas a mí, sabiendo que fue él el asesino de Amanda?

—¿Qué pensás? —me apremia—. ¿Puedo contar con vos?

Sacudo la cabeza en una negativa, pero él sabe que no me estoy negando, que sólo estoy negándome a comprender lo que me pregunta, así que espera plantado delante de mí, frotando el parqué con la puntera del zapato, como un niño pillado en falta. Por fin, con una lentitud exasperante, mete la mano en el bolsillo del saco y me tiende algo que, en la palma de su mano gigante, parece un juguete plateado e inocuo.

—La tengo hace tiempo. ¿Querés probar?

Escondo las manos detrás de la espalda en un reflejo que a mí misma me parece ridículo y sigo negando con la cabeza.

—¿Por qué no, che, por qué no? ¿Qué te cuesta? —empieza de nuevo el tono de niño mimado y egoísta que me pone el vello de punta. No entiendo cómo él no entiende que me niegue a poner aquella cosa contra su sien y apretar el gatillo. Porque se trata de eso. Es eso lo que me está pidiendo. ¿O soy yo la que ya no entiende nada?—. Yo no soy capaz de hacerlo, Amelia, ¿no lo ves? No he podido ni con la pistola descargada. No soy capaz. Y a vos no te costaría nada.

De repente me siento totalmente fría y distanciada de la situación, como una madre atareada con un niño caprichoso.

—Nada más que la cárcel de por vida, además de lo que para mí significaría matarte a ti, Raúl, Nada más.

Al contrario de lo que podría esperar, él se anima, se acerca a mí, se sienta a mi lado, deja la pistola en la mesa, junto a las cosas del café, y me coge la mano:

—No, linda, ¿cómo pudiste pensar...? Yo dejaría una carta escrita, a mano, una carta que leerías vos, que dictarías vos, si lo preferís. Y luego yo me sentaría aquí mismo, a esta misma mesa, vos vendrías por detrás, tomarías mi mano, así como ahora, yo sostendría la pistola contra la sien y vos sólo tendrías que hacer la presión necesaria, ¿viste?

Yo sigo negando, ahogándome en mi propia respiración, cambiando la vista de la pistola plateada a sus ojos oscuros que brillan con una llama que, con el reflejo de los cristales del mirador, unas veces es verde y otras rojiza.

—Prométeme que al menos lo pensarás. Mi Hauteclair, mi amazona valiente. Sólo te tengo a vos. Pensalo, linda.

Recuerdo entonces sus pasos alejándose por el corredor, hacia su cuarto, dejándome sola con aquel revólver de juguete y las tazas de café frío mientras yo lloro y lloro y no consigo comprender que Raúl aún haya conseguido, una vez más, hacerme daño.

No había querido pasarse antes por casa de Yves y André para que Yves no tuviera la

sensación de que le estaba metiendo prisa con el asunto de la información sobre Amanda, pero después de diez días de espera en los que sólo había hablado un par de veces con André al teléfono, no aguantaba más, así que decidió darse una vuelta por su casa ese viernes a media tarde con la esperanza de que hubiera algún tipo de noticias. Normalmente los viernes André dejaba la editorial sobre las dos y hacia las cuatro aparecía Yves cargado con los encargos que le hubiera hecho a lo largo del día. Pero esta vez Yves lo recibió solo porque André había ido a que le instalaran un par de extras a su coche nuevo.

—André es un loco de consideración en lo que respecta a los coches, ya lo sabes tú. Ninguno le dura más de tres años —le contó Yves mientras le colgaba el abrigo.

—No tenía ni idea. ¿No es una locura tener coche en París?

—Si lo tomas como un simple medio de transporte, sí, pero para André un coche es bastante más que eso.

—¿Un símbolo de estatus?

—No, qué va. Una especie de enamoramiento fugaz. Ya verás, cuando vuelva, las maravillas que cuenta de su nuevo Jaguar. Lo recogió ayer. Dentro de unos meses empezará a oírle ruidos sospechosos, volverá loco al mecánico durante otros meses más y enseguida empezará a mirar prospectos de todas las marcas pensando en cuál va a ser el siguiente. Lleva tiempo detrás de un Maserati, pero dice que a su edad quizá sea un poco exhibicionista de más. Yo, la verdad, entre un Jaguar y un Maserati no veo la mínima diferencia, pero él es así.

—Entonces habrá tenido montones de coches en la vida. —Desde que yo estoy con él, siete. ¿Qué te pongo? ¿Bourbon con hielo?

Se instalaron en los sofás del salón, con el *bourbon* y un disco de *blues* de los años treinta.

—¿Qué bien educado eres! —dijo Yves con una risa, al cabo de un momento—. Estás deseando preguntarme si tengo algo para ti y no te atreves a nombrar el asunto para no atosigarme.

Ari tuvo la impresión de que si se miraba al espejo se vería rojo como una gamba cocida.

—¿Y? ¿Tienes algo para mí? Yves negó con la cabeza.

—Pero lo tendré. Por fin he encontrado a la persona que puede arreglarlo. Si no pasa nada, me lo trae el lunes.

—Entonces, ¿hay algo?

—Según él, tiene que haber aunque sea poco. Él me lo da, yo te lo paso y tú juzgas.

—No sé cómo agradecerártelo, Yves. Él se puso inmediatamente de pie: —Yo sí. Acompáñame al dormitorio.

Ari se quedó perplejo. ¿Qué quería decir Yves con eso? No podía tratarse de lo que él estaba pensando, sin embargo... Sin embargo Yves lo miraba fijamente y le hacía gestos con la mano, para que se levantara de una vez. Dejó el vaso sobre la



mesa de cristal y su rostro apareció en el reflejo como un fantasma pálido. Cuando terminó de ponerse en pie, Yves ya había desaparecido del salón y se estaba quitando el suéter azul de cachemir. Ari se quedó clavado en la puerta, como si hubiera echado raíces, mirando la espalda morena y musculosa de Yves, que en ese momento se estaba poniendo la parte de arriba de un chándal gris muy gastado.

—Quítate la americana y ponte esto —le dijo volviéndose hacia él con otro suéter viejo.

—¿Qué..., qué es todo esto, Yves?

—Que te tomo la palabra y me vas a pagar el favor acompañándome al sótano a bajar unos trastos y subir otros. André lleva siglos prometiendo que el próximo fin de semana nos quitamos todo esto de encima —hizo un gesto hacia el rincón del dormitorio donde había un par de pequeños muebles embalados y dos o tres cajas de cartón— y nunca llega el momento apropiado. Estoy hasta las narices de dormir en un almacén y como tú querías agradecerme el favor..., te ha tocado. ¿Vale?

Ari sonrió de oreja a oreja:

—Vale, pero entre tú y Solange vais a acabar con mi espalda.

Hicieron varios viajes al sótano entre resoplidos y explicaciones más bien confusas por parte de Yves de cómo habían decidido cambiar un poco la decoración de la casa.

—André es un comprador empedernido. Cada vez que ve algo que le gusta lo trae a casa, y luego se desespera de que no haya sitio donde ponerlo; así que hacemos como en las tiendas de decoración: ponemos unas cosas y quitamos otras. El movimiento perpetuo. Dame esa caja de ahí, la de cuadros.

—¿Qué cojo yo?

—Esa lámpara que está envuelta en plástico.

—¿Es una Tiffany?

—Algo así. La compró hace siglos en Roma. La tuvimos unos años y luego se cansó de ella. Ahora quiere ponerla en el salón para que le haga compañía al Sisley de Amelia.

El sótano que les correspondía era un cubículo tan grande como el salón del apartamento, pero estaba literalmente abarrotado de muebles, lámparas, adornos de todo tipo, cajas de libros, maletas y toda clase de bultos indescifrables en la penumbra.

—Tendría que haber por aquí una reproducción de Mucha que siempre me gustó mucho y que podría quedar bien con la lámpara, pero, claro, no es más que una copia y no sé si va a quedar bien con el Sisley en la otra pared..., aunque quizá podamos ponerlo en el dormitorio. A ver, échame una mano, Ari, a ver si estuviera detrás de todas las maletas, pegado a la pared. Echa una mirada, tú que estás más cerca.

Las maletas estaban en una gran estantería de madera basta y habrían sido suficientes para equipar a un colegio.

—¿Tanto viajáis?

—Yo algo, a congresos y así. André mucho menos, pero cuando viaja quiere llevar una maleta a la última. Los modelos antiguos ya no le valen, así que las uso yo.

De repente, Yves dio un silbido.

—¿Qué pasa? ¿Te has encontrado algo desconocido?

—Se me había olvidado por completo que estaba aquí.

—¿Qué?

—Esto —puso la mano sobre una maleta de cuero bastante nueva—. ¿Quieres un regalo?

—Yo ya tengo las maletas que necesito.

—Pero es que ésta es especial.

En la penumbra, la expresión del rostro de Yves era difícil de interpretar.

—¿Tiene genio?

—Mucho mejor, al menos para ti. Era de Raúl.

Sintió una contracción en el estómago y, sin poder controlarse, empezó a imaginar si habría algo dentro. Yves tironeaba de la maleta sin conseguir sacarla.

—¿Tiene algo dentro? —preguntó Ari con la boca seca.

—Seguro. Era la famosa maleta con la que iba de casa de Amelia a la suya como un alma en pena. A veces también se dejaba caer por aquí, invariablemente con su maleta de cuero.

—¿Y por qué está aquí?

—Se la dejó poco antes de su suicidio. Vino a ver a André, pero él no estaba en ese momento y me preguntó si se la podríamos guardar unos días en el sótano.

—¿Te pidió que se la guardaras en el sótano? Yves asintió con la cabeza:

—Yo también le dije que me parecía poco práctico y que se la podía dejar sin ningún problema en la habitación de invitados que solía ocupar él, pero me dijo que no la iba a necesitar próximamente y que prefería que estuviera aquí.

—¿Y a ti no se te ocurrió pensar que podía estar refiriéndose a que nunca más la iba a necesitar?

—En aquel momento no. Lo pensé después, cuando nos enteramos. Pero no quise bajar a mirarla. André y Amelia estaban destrozados; pensé que sería mejor dejar pasar un tiempo y que fueran olvidando. Luego me olvidé yo también. Ahora, si quieres, te la puedes llevar.

—¿Tú crees? ¿No tendrá André nada en contra?

—Lo que hay en esta casa es de los dos y yo te la doy. Si encuentras algo que sea para André, ya se lo darás. El resto puedes quedártelo.

Le echó un brazo por los hombros para empujarlo hacia la salida:

—Lo mismo encuentras otra novela del gran hombre —y soltó la carcajada.

El día en que llegó Raúl arrastrando su maleta de cuero, Yves también estaba solo en casa. Siguiendo un ritual que tenía varios años de antigüedad, lo hizo pasar, le colgó

el abrigo, le ofreció una copa en el salón, puso un disco de Miles Davis y se sentó enfrente de él dispuesto a escuchar cualquier cosa que Raúl quisiera contarle mientras esperaban la llegada de André; después los dejaría marcharse a la cocina para que pudieran hablar de lo que realmente había traído a Raúl, asuntos en los que Yves estaba de más y que, la verdad, no le importaban demasiado.

El argentino siempre le había caído bien, a pesar de su tendencia a monopolizar las conversaciones, pero tenía bastante con un rato y siempre había sabido que André prefería quedarse a solas con él, aunque no hablaran más que de banalidades. Cuando uno entra en la vida de otra persona después de los treinta años no puede esperar que su pareja sea una tábula rasa, y él era consciente de que en la vida de André había habido muchos otros, pero que Raúl siempre había sido algo especial para él, probablemente uno de sus mayores sueños no cumplidos, aunque en las conversaciones que habían tenido esporádicamente sobre el asunto, André siempre se había negado a reconocerlo. «Es simplemente mi mejor amigo y el más antiguo; casi el único que me queda de aquellos tiempos gloriosos. Nunca pretendí abrirle los ojos, ni sacarlo del armario, ni meterme en su cama». Yves sentía que aquello no podía ser verdad. Había visto la mirada nostálgica de André en dirección a Raúl en demasiadas ocasiones, cuando creía que él no se daba cuenta; había visto su expresión cuando Raúl les contó que se había enamorado de un muchacho de veinte años y que estaba dispuesto a cualquier cosa por él. Pero no ganaba nada dejando sentir a André que lo sabía. Uno es débil frente a sus fantasmas y no tiene la culpa de que el amor tarde tanto en morir.

Aquella tarde Raúl estaba raro, depresivo y eufórico al mismo tiempo, como si tupiera dos noticias que comunicar —como en los chistes, una buena y una mala, ¿cuál quieres primero?—, pero estuviera esperando a que llegara André para empezar a hablar.

—No tengo ni idea de cuándo vuelve —había dicho Yves—. Ha llevado el coche al mecánico y esas cosas pueden alargarse mucho.

—¿Ya no se lo arregla él solo? Cuando era joven se podía pasar una tarde mirándole las tripas a un coche.

—Desde que le dio por la cocina, prefiere pasarse las tardes ahí dentro, investigando. ¿Sabías que prueba todas las recetas de los libros de Amelia?

Raúl se había echado a reír con su potente risa que casi hacía temblar los cristales, pero sus manos seguían crispadas en torno al vaso de *whisky* y sus ojos cambiaban constantemente de objeto, como si sólo fingiera estar relajado pero por dentro estuviera tenso y a punto de saltar.

—¡Qué dos locos me han tocado en esta vida!

—No te quejes, Raúl. Son dos locos estupendos.

El escritor se inclinó hacia él como si fuera a hacerle una confidencia y preguntó:

—Tú quieres a André, ¿verdad? Y a Amelia —cuando estaban solos hablaban francés porque Yves comprendía bien el español pero no tenía fluidez habiéndolo.

—Sí, claro.

—Te lo pregunto en serio, Yves. Si hiciera falta, ¿tú harías lo que fuera por Amelia, para salvarla?

—¿Para salvarla de qué?

—De cualquier cosa.

—Creo que sí, pero no entiendo qué me quieres decir.

—No. Nada. Son cosas de esas que se me ocurren a mí de vez en cuando —hizo una pausa y continuó bajando la voz—. Es que últimamente la he encontrado muy rara.

—¿Rara?

Raúl se encogió de hombros.

—Serán manías mías.

—¿Rara en qué sentido?

—Pse. Rara. Me mira como si me fuera a decir algo y luego se calla. El otro día me dijo que yo le había jodido la vida y después me pidió perdón. Y además..., no sé, da igual, no debería contarte esto. Al fin y al cabo yo sólo lo sé por casualidad.

Yves notaba que Raúl lo estaba manejando, pero había conseguido picarle la curiosidad y, aunque no quería darle el gusto, no podía evitar querer saber de qué estaba hablando.

—¿Qué es lo que sabes por casualidad?

—Había venido a contárselo a André, pero es que me quema por dentro y si no lo saco, revienta.

—¿Qué?

—Ayer, en su casa, me dolía un poco la garganta y fui a su dormitorio a buscar un pañuelo para el cuello, Amelia tiene cientos en su tocador. Si hubiera estado ella en casa, se lo habría pedido, pero había salido a no sé qué. Abrí el cajón y... ¡Dios mío! No me lo hubiera esperado de ella.

—¿Qué?

Raúl lo miró un segundo a los ojos, desvió la vista y bajando aún más la voz, dijo:

—Tenía una pistola en el cajón de los pañuelos. Una pistola muy delicada, muy... femenina. Allí, como si tal cosa.

Yves se echó hacia atrás en el sillón y expulsó el aire que había estado conteniendo:

—Como vive sola, a lo mejor ha decidido que se siente más segura así. Su marido era americano, lo mismo se la regaló él. Ya se sabe la fe que los americanos tienen en las armas de fuego. —¿Tú crees?

Yves se encogió de hombros.

—¿Y si la ha comprado..., ya sabes..., para...? —se le quedó mirando con los ojos como platos, esperando a que Yves comprendiera por dónde iban sus pensamientos, sin tener que formularlos.

—¿Suicidarse? ¿Amelia? ¿Por qué iba a suicidarse Amelia? Es guapa, rica, libre,

tiene éxito con sus libros, tiene docenas de amigos que la invitan constantemente, nos tiene a nosotros... no tendría ningún sentido.

—Puede que tengas razón, pero me preocupa. —¿Y por qué no te quedas allí con ella y la vigilas, si de verdad te preocupa?

—Sí, eso pensaba hacer. Me he llevado más cosas a su casa para quedarme una temporada, pero quería dejar aquí esta maleta, si no os importa. Así puedo ir y venir con más libertad, sin tener que llevar mis trastos siempre encima.

—¿Quieres que te la ponga en el sótano o la dejo en tu habitación?

—Donde tú quieras, Yves. Supongo que no la voy a necesitar próximamente.

—¿Vas a dejar tu piso?

—Antes o después. Cuando consiga animarme.

La conversación había llegado a un punto muerto y André no venía.

—¿Estás escribiendo algo? —preguntó Yves más para cubrir el silencio que porque le interesara la respuesta de Raúl.

—Poemas y algún cuento. Pero no se me ocurre nada original como antes. Lo que hago ahora es recuperar viejos temas y escribirlos a mi modo. Me estoy contando de nuevo mis fantasmas. No creo que llegue a publicarlos. Estoy acabado, Yves.

—¡Venga, hombre! Tómate otro *whisky* y en cuanto llegue André nos vamos a cenar por ahí.

Yves sabía que Raúl había llegado por fin al punto en que empezaría a hablar de la muerte de Hervé, de la mala suerte que lo había perseguido toda su vida, del vacío que se había instalado en su interior después de perderlo a él y de perder a Amelia, que durante casi un cuarto de siglo había sido su otra mitad y luego lo había abandonado por un millonario americano. Ni él ni André veían así las cosas, pero ése era el resumen que Raúl solía dar de su vida cuando había bebido demasiado o cuando estaba en plena fase depresiva. Curiosamente, nunca añadía al relato de sus desgracias la pérdida de Amanda, su trágica e inesperada muerte en plena juventud. Pero lo otro lo había oído cientos de veces en los dos años transcurridos desde la muerte de Hervé y si, en circunstancias normales, podía marcharse con cualquier excusa dejándolo solo con André, ahora no tenía más remedio que quedarse frente a él y oírlo de nuevo. Y no quería. No quería volver a escuchar lo triste y dolorosa que había sido su vida. Otros habían tenido menos, como André, como él mismo, y no se quejaban tanto.

El sonido de la llave en la cerradura nunca le había parecido tan maravilloso. Se levantó como si tuviera un muelle debajo y fue a recibir a André con una enorme sonrisa de alivio. Raúl ya no era cosa suya.

Amelia se sentó con un suspiro en el avión que desde Zurich la llevaría a París, a casa, y se acomodó con una mezcla de sentimientos, mirando sin ver los edificios del aeropuerto y el ajeteo de vehículos que parecía desarrollarse a años luz de su vida.

Llevaba meses tratando de acostumbrarse a la idea de que todo lo que veía, todo lo que hacía, lo hacía y lo veía por última vez, que cada instante era una despedida, pero de algún modo todo le había parecido teatral, como si estuviera interpretando un papel o estuviera tratando de meterse en la piel del personaje de una novela que estaba escribiendo, como si todo aquello no fuera con ella, con su ser absoluto, íntimo, con la Amelia que era ella de verdad y no la que veían los otros, la señora distinguida, rica, casi vieja, que lo tenía todo menos la relativa tranquilidad de no saber cuándo le llegaría su última hora.

Ahora lo sabía. Su oncólogo había atendido a sus deseos y le había hablado claro, casi más claro de lo que hubiera querido. Con suerte y si se sometía sin rechistar al tratamiento, hasta finales del verano. Sin tratamiento, en cualquier momento podía entrar en fase terminal. Y ella había decidido, o algo en su interior había tomado la decisión por ella: nada de tratamientos humillantes. No pensaba pasar sus últimos meses de vida en una clínica, por moderna y elegante que fuera. Mejor menos tiempo, pero más dignamente vivido: entre sus cosas, con sus amigos, ¿con Ari?

Ese pensamiento, que se empecinaba en volver una y otra vez a su mente, la angustiaba. Le resultaba vergonzoso pensar así de un hombre que podía ser su hijo, por estúpida y folletinesca que fuera la comparación. No quería acabar convertida en Raúl, babeando por un jovencito con toda la vida por delante y, a la vez, por fin comprendía lo que había sentido él al conocer a Hervé: esa sensación de poder que anula todas las demás, que le hace a uno verse joven, sano y fuerte cuando debería saber que no es más que un viejo haciéndose ilusiones de inmortalidad. Pero el amor vuelve inmortal al que lo siente. Y si no el amor, al menos el deseo, ese tirón implacable que te saca de tu reposo, de tu bien ordenada vida para echarte de cabeza a un río rápido del que no puedes escapar y en el que acabarás ahogándote. ¿Qué iba a hacer ella ahora, al llegar a París? ¿Llamar a Ari? Para decirle ¿qué? ¿Fingir que sólo quería ayudarle a acabar su biografía? ¿Pedirle que fuera su postre, que la dejara saborear una última vez la dulzura de entregarse a alguien? No era posible. Mientras tanto Ari habría visto con ojos claros lo que les había sucedido en el Crillon y habría decidido cortar toda relación con ella. Había estado fuera más de cinco semanas y ni siquiera había intentado conseguir su número de teléfono o su dirección, un investigador como él, cuya vida consiste precisamente en averiguar las cosas ocultas. No le hubiera resultado difícil y, sin embargo, no lo había hecho. Se habría limitado a aceptar la versión de André: «Amelia está ilocalizable en un instituto de belleza», y a vivir su vida, una vida joven en la que ella no podía tener ningún lugar.

Recibió una copa de champán de manos de la azafata y tomó un par de sorbos ausentes. ¿No sería mejor decidir ella misma que ya se había acabado, tomar unas pastillas y descansar? Sacudió la cabeza en respuesta a su monólogo interior. No. Ella no era Raúl. Y no quería descansar; no se sentía cansada más que por fuera; por dentro tenía fuerzas como para vivir doscientos años más, el mundo estaba lleno de sitios que aún no había visitado, de cosas que aún no había hecho y que ya no podría

hacer. Era injusto. Era profundamente injusto que los que querían morir no pudieran hacerlo y los que sólo querían vivir estuvieran condenados, como ella. Sin embargo, le resultaba humillante negarse así a lo que tenía que ser. Se sentía como un niño que rabia y patalea porque no quiere ir a la escuela sabiendo perfectamente que no hay ninguna otra opción. Debería aceptar con gracia que había gozado de casi sesenta y cuatro años de vida plena y que ahora se iba a acabar, igual que uno acepta el final de unas vacaciones en el Caribe, unas vacaciones que, por esplendorosas que hayan sido, no pueden durar para siempre, cosa que uno ha sabido desde el comienzo del viaje.

Ella siempre había aceptado con gracia todo lo que no había podido cambiar: el hecho incontestable de que sus novelas hubieran aparecido con la firma de Raúl, su incomprensible abandono por una mujer como Amanda, su confesión pública de homosexualidad, su traición final, lo más terrible de todo.

Y sin embargo, a pesar de que siempre se había mentado a sí misma, tratando de fingir que era ella la que había llevado las riendas de su vida, ahora que por una vez sí las tenía en su mano no se sentía capaz de hacer nada activo, ni siquiera de soltarlas y entregarse a lo desconocido. Se encontraba agarrándolas con manos crispadas, aferrando con las rodillas el potro bravo de la existencia para no verse descabalgada en plena carrera.

La metáfora la hizo sonreír. En cuanto llegara a París iría al club de hípica y volvería a montar, aunque fuera la última vez en su vida. Si igual iba a morir, al menos lo haría con las botas puestas, y esta vez no era una metáfora. Morirla como había vivido, con la rienda en una mano y el florete en la otra. Como Hauteclair de Stassin.

Cogió el móvil y ya había empezado a marcar cuando se materializó a su lado la azafata, tan joven, tan ignorante de todo.

—Lo siento, señora. No se pueden usar los móviles en vuelo. Tendrá que esperar hasta haber llegado a la terminal.

Guardó de nuevo el teléfono, pidió papel y un sobre y escribió:

*Querido Ari:*

*Si no tiene nada mejor que hacer, le espero mañana, viernes, sobre las siete de la tarde en mi casa. Hay muchas cosas que aún debo contarle. Después de tanto tiempo en Suiza, estoy deseando reanudar nuestras conversaciones.*

*Afectuosamente,*

*Amelia*

*Jueves, 11 de febrero de 2002*

Llamó a la azafata y le entregó el sobre cerrado.

—Haga el favor de cuidar de que esto llegue a su destino.

—Será un placer.

Viajar en primera tenía algunas ventajas, pensó con una sonrisa, mientras enderezaba el asiento para que le sirvieran la comida.

André la estaba esperando en la terminal con un ramillete de flores de muguete y una esplendorosa sonrisa.

—¿Ya ha llegado la primavera a París? —preguntó Amelia oliendo el perfume que invariablemente le recordaba el fin del invierno.

—No exactamente, como comprobarás en cuanto salgamos a la calle, pero sé que siempre fuiste muy aficionada a estos ramilletes. ¿Te acuerdas de que antes los vendían las floristas por la calle?

—Claro. Raúl siempre me compraba uno de la primera que nos salía al paso. Y cuando estábamos en el sur, en España o en Túnez, ramitos de jazmín. Aún me acuerdo de aquellos inmensos ramos que los vendedores llevaban a cuestas, dejando una estela de perfume a su paso.

—Todo un caballero. Ven, anda, te voy a enseñar mi nuevo Jaguar. A ver qué te parece.

—¿Qué me va a parecer? Nuevo. Todo lo nuevo es bonito.

—Mentira.

Llegaron al aparcamiento, donde un Jaguar verde oscuro con asientos de cuero color marfil brillaba como con luz propia. —Vale, te lo concedo, es bonito aunque sea nuevo. Una vez sorteados los primeros atascos de la salida del aeropuerto, André puso un concierto de Keith Jarrett, muy bajito, y preguntó como al desgaire:

—¿Qué? ¿Qué tal ha ido?

Ella lo miró fijamente, pero André tenía la vista pegada a la carretera y no lo registró.

—Lo esperable —contestó al cabo de unos segundos—. Mal.

André apretó los ojos un instante.

—¿Muy mal?

—Muy mal.

—¿No se puede hacer nada?

—De ahora en adelante puedo hacer lo que quiera, hasta fumarme dos paquetes al día si me apetece. Da igual.

—Amelia... —dijo él volviéndose hacia ella, ahora que estaban parados en un semáforo.

—No te me pongas sentimental, André. Los dos lo sabíamos cuando me fui a Suiza. No es nada nuevo ni soy la primera en pasar por ello. A ti también te llegará, no te hagas ilusiones. Pero no quiero que se entere nadie —dijo tras una pausa—. Nadie. El semáforo se puso verde y André arrancó con furia, haciendo rechinar los



neumáticos sobre el asfalto.

—¿Y por aquí cómo van las cosas? —preguntó ella, después de un rato de ver desfilar por la ventanilla las tristes barriadas periféricas.

—Bien. Igual que siempre —André tenía la voz ronca, pero ella fingió no darse cuenta.

—¿Y nuestro biógrafo?

—Desesperado por verte. No sabes lo pesado que se ha puesto porque no había manera de localizarte. Yo creo que se está haciendo adicto a ti.

Amelia sintió un tirón en el estómago.

—Lo llamaré un día de éstos.

—Parece que ha descubierto algo sobre Amanda.

—¿Qué?

—Me mataría sí te lo dijera. Llámalo y que te lo cuente él. A mí me suena un poco truculento, pero le ha pedido a Yves que le consiga unas informaciones de la policía y cabe la posibilidad de que se confirmen sus sospechas. Más no te puedo decir. Pero sí que te voy a comentar una idea graciosa que se le ha ocurrido, así tienes tiempo para pensar en ello hasta que te pregunte a ti. Le ha llamado la atención que todas las personas que jugaron un papel importante en la vida de Raúl tenían nombres que empezaban por «A». Curioso, ¿verdad? No lo había pensado nunca.

—Yo tampoco.

—Su madre, Alida, tú, Amelia, yo, André...

—Amanda —añadió ella.

—Ari, su biógrafo.

—Eso deja fuera a Hervé, que fue probablemente la persona a quien más quiso en su vida.

André la miró, aprovechando un parón en el tráfico:

—¿Tú crees?

—Yo lo sé, querido. Mal que nos pese, sé que fue así.

—Yo siempre he pensado que fue uno de esos enamoramientos deslumbrantes y que se habría acabado al cabo de unos años si Hervé no hubiera muerto de ese modo tan trágico.

—Eso es lo que a los dos nos gustaría pensar. Y hasta es posible que hubiese sido así, pero nunca lo sabremos.

—Es terrible esa impotencia de no llegar nunca a saber la verdad de lo que realmente nos afecta hasta lo más hondo —dijo André con un suspiro.

—Pero eso da lugar al consuelo, André. Imagínate que de verdad supieras sin lugar a dudas que nunca te quiso como tú a él. ¿No sería peor?

Hubo un largo silencio hasta que André concedió:

—La bella bruja acierta, como de costumbre. ¿Vamos a comer o te dejo en tu casa?

—Déjame en casa, por favor. Yo ya he comido.

—¿Vienes mañana a cenar?

—Pasado mañana, si no te importa. Y quiero espárragos, así que ya puedes ponerte a buscar.

—¿Invito a Ari?

—Sí —contestó con una sonrisa.

Ari entró en su habitación como en trance. Mucho después, cuando quiso recordar cómo había llegado hasta la residencia estudiantil, no pudo reconstruir el trayecto, ni logró saber si había ido en metro o en taxi, ni si se había encontrado con algún conocido. Lo único que recordaba con claridad era la sensación en su brazo del peso de la maleta de Raúl, la euforia que se le disparaba dentro de tanto en tanto como si se acabara de abrir una botella de champán en su interior, el miedo de estar haciéndose demasiadas ilusiones respecto al contenido. Al fin y al cabo, aquella maleta era la que Raúl se llevaba de su casa cuando pensaba pasar un par de días en casa de Amelia o de André y lo más lógico era que no contuviese nada de importancia: un par de mudas, un neceser, quizá unas pantuflas y el libro que estuviera leyendo en aquella época. Lo que cualquier persona normal necesitaría y que no tenía por qué ser diferente tratándose de un escritor, Pero la esperanza es gratis y se va acumulando en los rincones del alma como las pelusas en los rincones de los pasillos, y Ari no había perdido la esperanza de que algo en la maleta de Raúl fuera diferente. Después de todo tampoco era mucho aventurar suponer que un escritor lleve un cuaderno de apuntes o un par de hojas para corregir del texto que está escribiendo, y cualquiera de esas cosas, por insignificantes que fueran, colmarían sus expectativas, aunque, pedir por pedir, ¿por qué no podía haber en la maleta una novela de Raúl, su última novela, la primera versión de una novela aún inédita, que él podría encargarse de anotar y publicar?

Dejó la maleta sobre la cama, se quitó el abrigo y, casi sin decidirlo, se metió en la ducha, como si quisiera librarse incluso del polvo del mundo cotidiano antes de encararse con el legado de Raúl de la Torre.

Quince minutos después, con el café con leche al alcance de la mano, y vestido con sus vaqueros más viejos y un suéter desgastado, se sentó frente a la cama contemplando su tesoro, sin atreverse todavía a abrirlo.

¿Y si dentro no había nada más que un par de calzoncillos y una camisa sucia? No podía ser, pesaba demasiado, aunque no tanto como para contener mucho papel. ¿Y si Yves se había equivocado y aquella no era la maleta de Raúl? ¿Cómo podía estar seguro, cuando en el sótano tenían más de quince maletas de todos los modelos? La única manera de comprobarlo era abrirla y ver por sí mismo, pero le tenía tanto miedo a una decepción que retrasaba el momento para poder soñar un poco más.

Dio un largo trago al tazón de café, se levantó y empezó a soltar las correas de la maleta sintiendo un cosquilleo en los dedos al pensar que las últimas manos que tensaron aquellas correas habían sido las de Raúl. Luego abrió los dos cierres y con infinito cuidado, como si estuviera desembalando una porcelana fina, levantó la tapa.

Una americana de mezclilla, doblada para cubrir todo lo que quedaba debajo, apareció a su vista. La sujetó por las hombreras y la dejó extendida en la cama, junto a la maleta. Pensó que luego tendría que mirar en los bolsillos y se sintió un poco avergonzado, como si fuera un ladrón de cadáveres, así que lo hizo de inmediato, sin pensar más en ello.

En el bolsillo izquierdo había un pedazo de lápiz muy pequeño, bien afilado. Amelia le había dicho que Raúl siempre corregía a lápiz, luego era posible que en la maleta hubiera algo por corregir. En el derecho había un billete de metro fechado en noviembre de 1991, un *ticket* de dos cafés y un pañuelo blanco muy planchado. En el bolsillo interior, sujeta entre dos cartones, había una foto que los mostraba a él y a Amelia vestidos de vampiro. Raúl se inclinaba sobre el cuello de ella con una mueca truculenta mientras ella intentaba refrenar la risa y poner cara de espanto. Detrás, a lápiz, se leía: «Diciembre 1971». Aún faltaban cinco años para su separación, dos para la publicación de su segunda novela, y se les veía jóvenes y felices. ¿Por qué llevaría Raúl aquella foto en el bolsillo, si en 1991 ya hacía quince años de su divorcio?

Volvió a la maleta; ya pensaría después en resolver todas las incógnitas que le surgieran.

Debajo de la americana Raúl había colocado dos camisas blancas, con sus iniciales en miniatura, R. T., bordadas sobre el bolsillo, y dos jerseys de lana, uno granate y otro azul marino. Ari los levantó y se los acercó a la nariz: aún quedaba un rastro de perfume, un poco amargo y un poco pesado de más para ser una colonia de las que se publicitan como masculinas; algo exótico, indio tal vez, en cualquier caso un aroma que nunca antes había oído. Tendría que preguntarle a Amelia si solía usar perfume y cómo se llamaba, un pequeño detalle para la biografía.

Entre los dos jerseys encontró un neceser negro, de buen cuero, que dejó de lado por el momento. Debajo había dos calzoncillos iguales, tipo bóxer, azul claro con motitas blancas, una camiseta de angora de manga corta, tres pares de calcetines azul oscuro, un pijama de raso color crema y unos pantalones grises de lana.

Sólo cuando terminó de sacarlo todo se dio cuenta de que el fondo de la maleta estaba cubierto por dos carpetas de cartón con gomas, tamaño DIN-A4. Entonces empezaron a temblarle las manos y tuvo que detenerse durante unos momentos. Era posible, por supuesto, que estuvieran vacías, pero ¿quién se lleva carpetas vacías cuando se va a pasar un par de días fuera de casa?

Cogió el tazón con las dos manos para minimizar el temblor y se bebió lo que quedaba, aunque ya no estaba caliente. Había llegado la hora de la verdad. Si había algo, estaba en esas carpetas, si no..., pero ya lo pensaría cuando sucediera. De momento aún había posibilidades.

Unos golpes en su puerta lo sobresaltaron y dejó caer el tazón al suelo, que salpicó la alfombra de café y se quedó dando vueltas borrachas mientras él iba a abrir. Uno de sus vecinos, un estudiante muy flaco que tenía la habitación contigua, le

tendía un sobre:

—He bajado a recoger mi correo y he visto esto para ti —le dijo, perfectamente consciente, por su expresión, de que lo había interrumpido en un mal momento—. Perdona, ya me voy.

—No, no, qué va —contestó Ari aceleradamente—. Es que estaba muy metido en el libro, ¿sabes? Gracias por traérmelo.

Apenas cerró la puerta en las narices del muchacho, tiró la carta sobre el escritorio y se lanzó a la maleta donde las dos carpetas llevaban once años esperándolo.

Abrió primero la de la derecha, como un conjuro de buena suerte. Dentro había un sobre grande, blanco, lacrado, en el que, en letra de Raúl, se leía: «A quien pueda interesar». Además del sobre, la carpeta contenía tres recortes de periódico, tres esquelas: la de Alida Irigoyen, publicada en un diario de Buenos Aires, la de Amanda Simansky y la de Hervé Daladier; todas bien conocidas porque las había encontrado y fotocopiado en una de sus muchas sesiones en las hemerotecas.

Cogió el sobre entre las manos y lo puso al trasluz, manteniendo contra él la lámpara de trabajo. Dentro había unas cuantas páginas, con toda seguridad, pero ese «A quien pueda interesar» lo detenía. A él le interesaba, por supuesto, y en ese caso él podía perfectamente ser el destinatario de aquellas páginas, pero la maleta había sido depositada por Raúl en casa de André y eso podía querer decir que él esperaba que fuera André, o como mucho Yves, el que rompiera el sello de la carta. Nunca se le habría pasado por la cabeza que once años después un completo desconocido estuviera escribiendo su biografía y sintiera no sólo la curiosidad, sino la necesidad, de leer aquello. O quizá sí. Quizá, como don Quijote, Raúl había sabido siempre que alguna vez un sabio extranjero escribiría su vida y sus hazañas.

Con un esfuerzo casi físico, dejó el sobre junto al ordenador y decidió abrir la segunda carpeta antes de decidir lo que haría después, aunque parte de sí mismo sabía muy bien que acabaría abriendo aquel sobre, que no podía dejar de abrirlo, a pesar de todos sus escrúpulos.

La otra carpeta, la de la izquierda, contenía unas páginas escritas a máquina, pero guardadas al revés, con la parte blanca hacia fuera y la última al principio. Las sacó, les dio la vuelta con unas manos que parecían haberse vuelto de gelatina y leyó el título de un relato desconocido de Raúl: «Un grito en voz baja». La dedicatoria, escrita a lápiz, a mano, decía: «Para Amelia, mi eterno fantasma, con arrepentimiento y amor. Por lo que fue. Por lo que fuimos».

Ari volvió a la maleta, se aseguró de que estuviera vacía, la cerró de nuevo, la puso en el suelo, junto al perchero, alisó la cama, se sentó con la espalda apoyada en el respaldo de madera y, después de una inspiración tan honda que puso chispas de colores en sus ojos, empezó a leer.

## CAPÍTULO 9

Apenas llegada a casa, e incluso antes de deshacer la maleta, Amelia llamó al servicio de limpieza para que vinieran por la tarde, sacó varios álbumes de fotos y los colocó sobre la mesa de café: ésa sería su introducción a la velada del día siguiente, viernes, cuando Ari vendría a visitarla obedeciendo a su invitación. Si, como André le había dicho, tenía tanto interés en hablar con ella, eso podía significar que la noche del Crillon había sido también para él algo especial, algo que, a pesar de todo lo que había en contra, podía ser el principio de la locura. Una locura de corta duración por necesidad, pero no por eso menos deseable, quizá al contrario, precisamente por eso mucho más intensa; algo que ella se llevaría al mundo de después y que a él le acompañaría durante toda su vida.

Se sentó a su escritorio, sin siquiera haberse quitado los zapatos, y empezó a hacer una lista de lo que necesitaría para la cena de la noche siguiente; quería que fuera una cena que Ari no olvidara jamás. Pero, aún con la lista a medias, se dio cuenta de que si se pasaba todo el día en la cocina preparando esa cena inolvidable, lo más probable era que a las cinco de la tarde estuviera agotada y no se sintiera con fuerzas de continuar la velada. Y mucho peor, que su aspecto dijera a las claras que era una pobre mujer exhausta después de haber pasado unas horas cocinando para él.

Tachó la lista y la rasgó en pedazos menudos sintiendo la rabia crecer en su interior. ¿Por qué tenía que llegar una ocasión como ésa cuando ya no era capaz de trabajar durante un par de horas y sentirse repuesta con una ducha y un ligero toque de maquillaje? ¿Por qué no podía haber encontrado a Ari diez o doce años atrás, cuando aún le llegaban las fuerzas para todo lo que quería hacer? Pero entonces Raúl aún vivía, Hervé estaba en plena fase terminal, su divorcio de John estaba aún reciente; tampoco habría sido el momento adecuado. ¿Hay en la vida momentos adecuados?, se preguntó. ¿O no se trata sólo de agarrar con uñas y dientes cada momento que la vida te ofrece, sin pensar si es o no es adecuado? En otra fase de su vida podía haberlo dejado pasar, esperar una mejor ocasión, dejarlo para más tarde; pero no ahora. Si no aferraba el instante presente, no habría otra oportunidad. De modo que la fantástica cena tendría que quedar convertida en una buena cena preparada por un excelente restaurante y entregada a domicilio. Si André tenía razón,

lo que menos le importaría a Ari sería precisamente lo que hubiera de comer. Así ella podría dedicar todo su tiempo a descansar y a ponerse presentable.

Se miró en el espejo de la chimenea del estudio y, a esa distancia, se vio mejor de como se sentía por dentro: seguía estando delgada, su rostro apenas si tenía algunas arrugas de expresión, la mayor parte no eran más que arruguillas de risa alrededor de los ojos y de las comisuras de la boca. Si la luz era suave y se esmeraba con el maquillaje podía parecer mucho más joven de lo que era.

Se dio la vuelta con rabia y se quedó mirando a la ventana, sin ver realmente el mundo que había tras los cristales. Le resultaba vergonzoso estar comportándose como una adolescente con un compañero de clase, pero no podía evitarlo. Pensar en Ari le daba una sensación que casi había olvidado, una sensación ligera, burbujeante, como si toda su vida se extendiera frente a ella en línea recta, bajo el sol. ¿Sería eso lo que había sentido Raúl por Hervé?

Recordaba a Raúl diciéndole: «No puedo vivir sin él, Amelia. Si Hervé se me muere, mi vida no tendrá ningún sentido, no seré ni siquiera la mitad de lo que soy». Y sin embargo había vivido dos años más. Dos años en los que había comido tres veces al día, en los que había ido al cine y a conciertos y al teatro, en los que se había reído de los chistes de Yves y había ido de compras y había elegido ropa que le favoreciera. Aunque él estaba esperando que llegara 1991, el año en que todo se acabaría por propia voluntad y para siempre. El año de su venganza. No quería pensar en ello. No quería pensar en aquellas semanas de noviembre en las que, juntos, perfilaron los detalles de la muerte de Raúl, el momento del día en que tenía que suceder, la ropa que se pondría para su última aparición en público, el texto de la carta que leería el juez. Aún podía recitarlo de memoria once años después:

*Al señor juez de instrucción.*

*De Raúl de la Torre, escritor.*

*Señor Juez:*

*Yo, Raúl de la Torre Irigoyen, escritor, de nacionalidad argentina, nacido en Buenos Aires el 2 de agosto de 1922, en pleno uso de mis facultades mentales, he decidido —como no puede usted dejar de haber advertido— poner fin a mi vida de un disparo en la sien, método que he llegado a considerar idóneo para realizar mis deseos.*

*El que lo haya hecho en el departamento de Amelia Gayarre, mi ex esposa e íntima amiga, podría causarle a ella incomodidades o, mucho peor, problemas con la justicia, por lo que he decidido escribir esta carta para que conste que ella no ha tenido —ni voluntaria ni involuntariamente— nada que ver con mi decisión. Por supuesto, podría haber llevado a cabo mi suicidio en*

*mi domicilio oficial, pero ciertos dolorosos recuerdos me han hecho elegir un terreno más neutro.*

*Ignoro si es de rigor exponer los motivos que me han llevado a esta decisión que podríamos llamar trascendental y, aunque tengo la sospecha de que no es estrictamente necesario, voy a hacerlo de todas maneras con el claro propósito de exculpar a la señora Gayarre. Debo insistir, antes de hacerlo, en que este escrito debe ser tratado con la mayor confidencialidad y sin que llegue, ni siquiera parcialmente, a manos de la prensa.*

*Desde la muerte de mi compañero, Hervé Daladier, el hombre con quien compartí los últimos años de mi vida y que yo siempre consideré como mi heredero material y espiritual, no me siento con ánimos de seguir viviendo. He alcanzado una edad en la que la idea de la muerte ya no resulta terrible; he vivido una vida plena y he tenido la suerte de ver colmados la mayor parte de mis deseos. Ahora ya no quiero más y creo que todo ser humano debe tener el derecho de decidir cuándo desea poner fin a su existencia.*

*He organizado los acontecimientos de modo que la señora Gayarre esté fuera de casa cuando llegue el momento de apretar el gatillo, pero será ella, con toda probabilidad, la que encuentre mi cadáver y dé aviso a las autoridades. Nunca he comentado con ella mis planes, ni directa ni indirectamente, aunque, dada mi edad, hemos hablado con frecuencia a lo largo de los años sobre lo que me gustaría que se hiciera en la eventualidad de mi muerte. Pero, insisto, la señora Gayarre no puede ser considerada culpable de nada; ha sido mi mejor apoyo cuando más lo necesitaba y le pido perdón por todo lo que va a tener que soportar por mi culpa una vez más.*

*Mi testamento se encuentra depositado en la notaría de Félix Delacroix y todos mis asuntos están en regla.*

*Pido disculpas de antemano por las molestias que voy a causar.*

*Firmado: Raúl de la Torre*

Habían discutido mucho sobre la conveniencia de dejar constancia en la carta al juez de la participación de ella en el suicidio y habían terminado decidiendo que era mejor que nadie llegara nunca a saber que fue su mano la que apretó el gatillo. Amelia estaba claramente a favor tanto del suicidio como de la eutanasia, pero las leyes no veían ninguna de las dos con benevolencia, y si a Raúl, una vez muerto, ya no se le podía castigar, a Amelia sí le podrían poner las cosas muy difíciles, de modo que repasaron el orden de los acontecimientos para evitar al máximo los problemas.

Raúl escribiría la carta a máquina como había hecho siempre con todas las cartas de su vida, pero la firmaría de puño y letra, cerraría el sobre y lo metería en el bolsillo interior de la americana. Después de ducharse, se pondría la ropa que había elegido

—pantalón gris, camisa blanca, suéter burdeos, americana de pata de gallo—, y se sentaría a la mesa, de cara al mirador. Luego tomaría la pistola, la apoyaría contra su sien y Amelia, detrás de él, pondría su mano enguantada sobre la de Raúl, de modo que sería ella la que ejerciera la presión necesaria. Después Amelia tendría que seguir sola, pero todos sus movimientos habían sido discutidos y concertados.

El suicidio tendría lugar sobre las once de la mañana porque era un momento en que la mayor parte de las personas que vivían en el edificio estaba fuera de casa y sería un miércoles porque era el día que Amelia solía dedicar a hacer sus compras.

Después de asegurarse de la muerte de Raúl, y sin tocar nada ni en su cuerpo ni alrededor de él, saldría de la casa sin quitarse los guantes, iría a algunas de las tiendas donde la conocían y se tomaría un té en el bar de Guy, cosa que solía hacer los miércoles entre las diez y las diez y media. Según su propio criterio, iría o no a hacerle una corta visita a André, y luego volvería a casa. Cuando descubriera el cadáver se lo notificaría a la policía y esperaría hasta que llegaran a hacerse cargo de la situación. Una vez que la policía o el juez leyeran la carta, todo quedaría claro y no volverían a molestarla.

El entierro, público, tendría lugar en el Père-Lachaise tan pronto como la policía liberara el cadáver. A ser posible, Raúl deseaba que se evitara la autopsia, cosa que Yves sabía a través de numerosas conversaciones sobre el tema, pero en el caso de que no fuera evitable, quería que Yves estuviera presente para asegurarse de que no se cometiera ninguna irreverencia con su cuerpo.

El comunicado a la prensa sería escueto y diría simplemente que Raúl de la Torre, por motivos personales, había decidido poner fin a su vida. Las necrológicas deberían ser redactadas, en lo posible, por escritores europeos, no latinoamericanos.

A lo largo de varias semanas, en las que Amelia apenas si conseguía dormir por las noches, todos los pormenores habían quedado claros y, si ella sufría cada vez más, él estaba animado y casi feliz, como si en vez de estar preparando su suicidio estuviera preparando una *tournée* para presentar un nuevo libro. Durante ese tiempo de preparativos y conversaciones secretas, Amelia casi no tuvo contacto con Yves y André porque no se sentía capaz de fingir lo bastante bien como para que ellos no notaran que estaba pasando algo de importancia. Raúl, por el contrario, los visitaba con frecuencia, salían a cenar o al cine, y André le comentaba por teléfono que Raúl parecía estar superando por fin la depresión que la pérdida de Hervé le había causado. Amelia se sentía a punto de explotar y, muchas veces, en una de esas conversaciones telefónicas, había estado tentada de gritarle que Raúl se mostraba así de expansivo porque estaba preparando su suicidio, su última aparición en público. Pero nunca llegó a hacerlo y André sacó la conclusión de que Amelia estaba aún tratando de superar las consecuencias de su divorcio o, posiblemente, intentaba recuperar la dirección de su vida, que siempre se había orientado a ayudar a Raúl, ahora que él parecía estar dejando de necesitarla.

«Él aprendió a vivir sin ti —le había dicho en una ocasión, poco después del



funeral de Hervé—. Tú eres la que nunca aprenderá a vivir sin Raúl». Ésa había sido la segunda frase de André que se había grabado a fuego en su recuerdo. La primera fue cuando el rechazo de su novela, cuando le dijo: «No pongas tu vanidad por encima de su carrera». Las dos veces el resultado había sido un distanciamiento temporal con la esperanza de que el tiempo trajera el olvido, pero el tiempo había pasado sin quitarle veneno a las palabras que André había pronunciado inocentemente, ignorante de la terrible ironía que contenían, ignorante del daño que le habían hecho a ella.

Quizá, en algún momento, se lo contara a Ari. Había tanto que quisiera contarle y que, sin embargo, quizá nunca se atreviera a decir. Al fin y al cabo él escribía la biografía de Raúl, no la de ella. Lo que ella hubiera sufrido en la vida era sólo marginalmente interesante, sólo para poner de relieve la gloriosa figura de Raúl de la Torre. ¿Acaso Ari se habría interesado en absoluto por ella de no haber sido la mujer de Raúl, su otra mitad, su cómplice en la vida? ¿No había habido en la noche del Crillon un componente de... voyeurismo, de... necrofilia, no sabía bien cómo llamarlo? ¿Su pasión no había estado provocada, o al menos incentivada, por la circunstancia de que él le estaba haciendo lo que Raúl había hecho tantas veces con ella y en el mismo lugar?

Sacudió la cabeza y fue a quitarse los zapatos de tacón. Llevaba demasiado tiempo pensando en el pasado y, en la base, sólo era un desperdicio de energía. El pasado, aunque se empeñara en volver una y otra vez para destruirla, no era más que pasado. Tenía ya poco futuro, sí, pero aún tenía alguno y estaba por delante todavía. Aún podía tomar las riendas de la vida que le quedara y hacer algo hermoso con ella.

Fue a su dormitorio, se desnudó, se puso la bata y se fue al baño a prepararse para empezar el resto de su vida. Sólo faltaban algo más de veinticuatro horas para el viernes por la noche.

En su habitación, Ari terminó de leer el relato, cerró los ojos unos instantes, y volvió a empezar. Cuando lo hubo leído por segunda vez, se levantó, fue al escritorio y anotó en su agenda: «Viernes, 12 de febrero. ¡He encontrado un relato inédito de Raúl!». Luego, sin saber bien lo que hacía, empezó a dar saltos por la habitación, a frotarse los ojos entre risas, a revolverse el pelo haciendo muecas que en público le habrían avergonzado pero que en la soledad de su cuarto le parecieron la única manera de expresar su inmensa alegría por el descubrimiento que acababa de hacer. Cierto que Raúl tenía relatos mejores, en concreto los dos volúmenes de cuentos escritos durante su estancia en Roma eran sencillamente geniales, mientras que éste no pasaba de correcto; pero era suyo y era inédito y era de una época de la que no se conservaba casi nada. Y tenía el perfume inconfundible de los cuentos de Raúl, esa nostalgia de algo desconocido, ese tirón del pasado remoto, ese anhelo de algo inencontrable en la vida real.

Además, ese relato, por circunstancias que Raúl no podía haber tenido en cuenta, le decía a él, a Ariel Lenormand, mucho más que a cualquier otro lector en el mundo; él era el destinatario perfecto de ese cuento dedicado a Amelia, o a su fantasma. También él había bailado con ella, también él sabía lo que era sentirla pegada a su cuerpo mientras sonaba el tango, también podía imaginar el agujero que Amelia dejaría un día en su vida, cuando ya no estuviera en este mundo, y sabía también que, sin poderlo evitar, el resto de su existencia buscaría el fantasma de esa mujer que una vez se le entregó. Producía casi una sensación de que el fantástico había entrado en su vida, lo había rozado con sus dedos de niebla para desaparecer segundos después, sin dejarle más recuerdo que la sensación evanescente de haber estado en contacto con lo imposible.

Si Amelia estuviera en París, en ese mismo momento se pondría el abrigo e iría a visitarla, a hablarle del relato recién encontrado, de cómo aquel relato casi los había narrado a ellos once años antes de que hubiera sucedido en la vida real. Pero Amelia seguía perdida en Suiza y ni siquiera sabía cómo ponerse en contacto con ella.

Sin embargo, no se sentía capaz de guardarse aquello para sí mismo. Necesitaba compartirlo con alguien, hablar de ello con alguien que pudiera comprender, al menos en parte, lo que significaba para él. Y no tenía prácticamente a nadie. Las opciones se reducían a Yves y André o a Solange.

Yves y André. Decidido.

Cogió el teléfono y marcó su número temiendo que saltara el contestador.

—*Allô!*

—¡André! ¡Qué alegría pillarte en casa!

—Pues no te alegres mucho porque estamos saliendo para la ópera. Un amigo nos ha conseguido butacas en el último momento para *Madame Butterfly*.

Ari sintió que el techo bajaba un par de metros sobre su cabeza.

—Entonces, ¿no podemos vernos? Es que tengo algo muy importante que contaros.

—Nos lo cuentas mañana. Iba a llamarte para invitarte a cenar.

—¿Mañana?

—Sí. Y adivina qué: ¡está Amelia!

—¿Ya ha vuelto? —las manos se le humedecieron en un instante.

—Ayer. Pero no te molestes en llamarla ahora porque la quise invitar a cenar para hoy y me dijo que tenía ya algo previsto. Así que tendrás que aguantar hasta mañana.

—¿Cómo está?

Hubo una pequeña pausa. Ari supuso que Yves le estaba haciendo gestos para que se diera prisa y eso había descolocado a André.

—Bien, bien. Tan guapa como siempre. Oye, tengo que dejarte o no llegamos.

—¡Hasta mañana!

—Sobre las siete y media.

André colgó y Ari se sintió como si lo hubieran desconectado del mundo. ¿Y si, a

pesar de lo que le había dicho André, llamara a Amelia? Lo peor que podía pasar es que no estuviera en casa, y si había una posibilidad por pequeña que fuera...

El teléfono sonó cuando aún tenía apoyada la mano encima. Lo cogió antes de que sonara el segundo timbrazo:

—Lenormand.

—¿Molesto? —la voz de Solange, alegre, conciliadora.

—¡No, qué va! Estaba a punto de llamarte yo.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad. He trabajado toda la semana, he encontrado algo estupendo y creo que me he ganado el derecho de hacer algo agradable una noche de viernes, ¿no te parece?

—Me parece lo más inteligente que has hecho en los últimos tiempos. ¿Qué te apetece hacer?

—Podríamos ir a cenar. O incluso a bailar, si te apetece.

—Pero ¿qué te han dado, Ari? Estás desconocido.

—Pues aprovéchate.

—Te recojo dentro de unos diez minutos.

—¿Vas a venir volando?

—Es que estoy casi en tu barrio. He venido a traer a una compañera después del trabajo y se me ha ocurrido ver si estabas de humor.

—Estoy, estoy.

—Vale. Arréglate y sal a la puerta.

Nada más colgar, con una sonrisa ensanchándole la cara, Ari fue al armario, se cambió de ropa, metió el relato en la carpeta, la puso debajo de la almohada, descolgó el abrigo y cerró la puerta con doble llave. Solange era un auténtico encanto. Le había salvado la noche.

Raúl de la Torre nos recibe en su casa, un apartamento en el último piso de un inmueble antiguo de la Rué de Vaugirard. Se disculpa sonriendo por el caos de libros, discos y papeles que aún reina en el salón, ya que hace apenas unos meses que se ha mudado, junto con su segunda esposa, Amanda Simansky, directora literaria de Éditions de l'Hiver. Está moreno por el sol de Cuba, de donde acaba de regresar, y se le ve fuerte y lleno de energía. Su esposa, también morena y sonriente, nos acompaña en la entrevista.

—¿Qué tal le ha ido en el Caribe, maestro?

—Bárbaro, simplemente bárbaro. Cuba ha sido una revelación para mí. Después de una vida pasada en Europa, en círculos diplomáticos y después académicos, decididamente burgueses, la experiencia cubana, el contacto con un pueblo de trabajadores que ha tomado en sus manos las riendas de su destino ha sido como un baño lustral.

—Usted nunca había sido lo que suele llamarse un escritor políticamente comprometido. ¿Influirá esta experiencia en su próxima obra?

—¡Cómo no, compañero! A mí me ha sucedido lo que a Pablo de Tarso. Yo había pasado mi vida entre libros sin darme cuenta de que los libros o sirven para cambiar la realidad o no sirven de nada. Ya he empezado a trabajar en un nuevo texto, mitad ficción, mitad ensayo, diario de viaje, colección de estampas, como lo quieran llamar, en el que narro mi experiencia de primera mano en Cuba.

—¿Su «conversión», si podemos llamarlo así?

Raúl suelta la carcajada:

—Me está bien empleado por hacer parangones bíblicos. Digamos, mi toma de conciencia, sí. He llegado a la convicción de que mis textos han sido hasta ahora piezas elegantes, juegos intelectuales, trivialidades de salón, y eso ha sido así porque yo no había tomado conciencia hasta ahora de que lo único que cuenta en la vida es el ser humano y las condiciones de su existencia sobre la tierra. Mientras quede en el mundo un hombre oprimido, explotado, no será permisible escribir banalidades que no contribuyan a mejorar su vida.

—¿Se ha convertido, entonces, en un revolucionario?

—¿Por qué tanto miedo a la palabra? Un revolucionario es simplemente un hombre que se rebela contra ciertas condiciones que el capitalismo le ha impuesto como forma de vida y que se trata de hacer pasar por las únicas válidas. Yo he tomado conciencia de que sin socialismo no puede haber futuro para los hombres y mujeres de este planeta, y una vez que lo he entendido así, sería obsceno por mi parte seguir escribiendo como si no hubiera cambiado nada en mi interior.

—¿Es cierto que se ha afiliado usted al Partido Socialista?

—Por supuesto. Yo no hago las cosas a medias.

—¿Y por qué no al comunista?

Raúl y su esposa cambian una mirada, como si fuera una pregunta que esperaban.

—Las diferencias entre los partidos socialistas y comunistas europeos no son tan notables y yo soy partidario de intentar cosas que tengan posibilidades de victoria. Pienso que, de momento, los partidos comunistas no tienen tantas posibilidades de ganar unas elecciones y, por tanto, de reformar la sociedad, mientras que los socialistas, estoy convencido, son el futuro no ya de Europa, sino del mundo.

—En lo referente a su obra futura, ¿va a dejar de escribir narraciones fantásticas y novelas cosmopolitas?

—No, en absoluto. Mi vena, en lo que respecta a la narrativa breve, ha sido siempre el fantástico, pero el que yo escriba en clave fantástica no significa en absoluto que deje de lado los problemas trascendentales de la humanidad. Y en cuanto a las novelas..., mire, de momento tengo tanto trabajo con ese libro del que le hablaba que no puedo ni plantearme la idea de una novela. Piense que además sigo escribiendo poesía regularmente y que desde hace un tiempo colaboro también con la prensa con una multitud de artículos de opinión. Los días siguen teniendo

veinticuatro horas.

—¿Nos permite una pregunta personal? —Dele, pregunte.

—¿Ha influido algo su esposa, aquí presente, en esa toma de conciencia de la que nos hablaba?

Amanda Simansky tiende la mano a su marido, que la aprieta con fuerza, mirándola a los ojos:

—Todo. Amanda ha influido decisivamente en todo lo que se refiere a mi concienciación política. Yo era un ignorante antes de conocerla. Y un inconsciente. Ella me ha abierto los ojos.

Mientras el viejo ascensor renquea hacia nosotros, Raúl de la Torre y su esposa non despiden abrazados y sonrientes a la puerta de su apartamento. Una pareja concienciada y feliz.

Cuadernos del siglo xx, 127, verano de 1977

Eran las siete menos cuarto y Amelia lo tenía todo preparado para la visita de Ari. No faltaba más que encender las varias velas que había distribuido por el salón y sacar del frigorífico las *caipirinhas* que había elegido como aperitivo. La casa estaba limpia, oscura y callada, como a la espera de lo que iba a suceder. Amelia, con un vestido de un rosa muy pálido se encontraba guapa en su reflejo en las profundidades del espejo de la chimenea. Si esa noche salía como ella esperaba, abandonaría todas las dudas, cerraría los ojos y se entregaría al vértigo sin pensar más.

Se retocó los labios, se atusó la melena y empezó a encender velas creando puntos dorados en la penumbra del salón. Raúl le decía que tenía un talento innato para lo teatral y, aunque no siempre lo había dicho como cumplido, ella sabía que era verdad, que una de las cosas que realmente dominaba en la vida era crear los ambientes necesarios para que ciertas situaciones se desarrollaran como ella las hubiese previsto. Y con Ari era mucho más fácil que con Raúl. Él siempre se había colocado, casi sin planteárselo, en el centro de todo lo que sucedía: cualquier ambiente era su escenario y era él quien lo adaptaba a sus necesidades. Si había poca luz y en ese momento a él no le convenía, encendía alguna lámpara sin molestarse en preguntar; si no le gustaba el vestido que ella había elegido para la ocasión, la criticaba jocosamente hasta que iba a cambiárselo; al no le parecía que su personalidad rauliana quedaba ventajosamente resaltada, cambiaba las coordenadas sin preocuparse del efecto que podía causar en los demás. Pero Ari no era así. Ari se dejaba llevar, admiraba, aceptaba, disfrutaba de lo que se le ofrecía y ella podía sentirse como un hada madrina haciendo realidad sus deseos.

Aunque apenas se atrevía a confesárselo a sí misma, estaba deseando volver a verlo, volver a oír su voz con ese suave acento argentino que no se parecía al de Raúl, volver a mirar sus ojos y verlos brillar; volver a abrazarlo. Tenía también el miedo, que inexplicablemente en el Crillon no había sentido, de ofrecer a sus manos y sus

miradas un cuerpo que hacía muchos años que había dejado de ser joven. Seguía estando en buena forma, siempre se había cuidado, pero la diferencia, que él no podía por menos de notar, con los cuerpos de las otras mujeres con las que hubiera estado hasta ahora era insalvable. Sin embargo, en la única noche que habían pasado juntos, ella no había notado en ningún momento que esa diferencia se hiciera palpable. Ari la había deseado sin que su edad hubiera sido un obstáculo.

Echó una mirada al reloj de la chimenea y frunció el ceño. Eran las siete y diez. Hasta ese momento, Ari había sido siempre de una puntualidad prusiana.

Se lo imaginó en alguna floristería, cambiando su peso de un pie a otro con impaciencia, sabiendo que llegaba tarde a la cita, y sonrió. Estaba segura de que le traería flores, como la primera vez, cuando, para su sorpresa, ella las rechazó. Ahora sí estaba dispuesta a aceptarlas, ahora ya no era un desconocido que se quería ganar su confianza.

Fue a la cocina, a comprobar que la comida estuviera lista para servir, consciente de que eran ganas de perder el tiempo porque sabía perfectamente que todo estaba dispuesto. Volvió al salón y, después de pensarlo un momento, encendió un cigarrillo. El viejo truco del cigarrillo. Antes de que pudiera fumarse la mitad, sonaría el timbre de la puerta.

Pero le dio tiempo de fumar dos más sin que el perfecto silencio de la casa fuera interrumpido por otro sonido que el tictac del reloj, así que puso un disco de Eric Satie y, por hacer algo, se sentó en el sofá con un álbum de fotos en el regazo, las que pensaba enseñarle a Ari cuando llegara.

Raúl le sonreía en blanco y negro montado en su Vespa a finales de los cincuenta. Raúl de nuevo, gigantesco junto al Quinientos que habían tenido en Roma, donde tenía que plegarse como una pajarita de papel para poder entrar. Ella y Raúl en la Fontana di Trevi, ella con pantalones ajustados hasta la rodilla, sandalias de tacón y jersey de rayas, tan joven. Ella sola, con un vestido de falda ancha y el pelo cardado en el puente japonés del jardín de Monet, en Giverny.

¡Qué felices habían sido en aquella época! Se habrían reído si alguien les hubiera dicho lo que aún tenían que pasar, que acabarían sus vidas separados, odiándose a ratos, sospechando del otro, deseándose lo peor.

En otra foto, Raúl y André echaban un pulso sobre una mesa de pícnic en algún lugar del Bois de Boulogne, en una de esas excursiones dominicales que hacían de vez en cuando a principios de los setenta. André aún con pelo, vestido de vaqueros acampanados y con las puntas de la camisa, largas y blancas, asomando sobre el jersey oscuro.

Cerró el álbum y miró el reloj. Las siete y cuarenta. Estaba claro que, por lo que fuera, Ari no pensaba acudir a la cita. ¿Era posible que no hubiera recibido su nota? ¿Era posible que la azafata hubiera olvidado echarla al correo? Era prácticamente imposible. Una azafata de Swissair no se olvida de la petición de una viajera de primera clase. Pero podía ser que Ari estuviera pasando fuera el fin de semana, que se

hubiera ido a alguna parte a esquiar, o a hacer turismo por los castillos del Loira, o a visitar el Mont Saint Michel.

O sencillamente que no se hubiera atrevido ni a acudir, ni a llamarla para disculparse.

Pero la cosa tenía fácil solución. Podía llamar ella a su móvil y preguntarle dónde estaba. Aunque eso sería confesarle su necesidad, casi su desesperación, y por tanto era algo que su dignidad no le permitía.

Fue a la cocina y volvió al salón con una *caipirinha* en la mano. Si no venía, se tomaría las dos y al día siguiente, en casa de Yves y André, podría preguntarle qué había hecho la noche anterior. Porque a la invitación de André sí que acudiría; no era peligroso encontrársela delante de otras personas. Lo que no quería era estar a solas con ella. ¡Cobarde!

La *caipirinha* estaba dulce y helada, pero el primer trago le supo amargo. ¿Por qué había estado toda su vida rodeada de cobardes? Raúl, que no supo resistirse a las presiones de Amanda, que prácticamente abandonó a Hervé, su gran amor, en cuanto se puso enfermo; André que no se atrevió a publicar su novela por miedo a las críticas; John, que consintió en un divorcio fulminante cuando empezaron a ir mal las cosas, en lugar de luchar por ella. Y ahora Ari, que no se atrevía a comprometerse con una mujer veinte años mayor que él. ¡Cobardes despreciables todos! Ninguno había sido digno de una mujer como ella y, después de una vida dedicada a los demás, ahora estaba sola, abandonada incluso por los que decían quererla, muy pocos, cada vez menos ya. Hervé la habría entendido, él también había tenido esa necesidad de dar, de darse, de ponerse al servicio de la persona amada, de entregarse entero. Pero no había tenido tiempo, su vida había sido demasiado corta.

Abrió otro álbum y buscó una foto suya. Había sido un muchacho guapo, con una dulzura especial en la mirada, con una sonrisa irresistible, como la de Ari.

Se terminó la *caipirinha* de un trago, apagó todas las velas y se metió en su habitación, a oscuras. Se desnudó, se tomó dos somníferos y se metió en la cama. Sola.

De camino a casa de André, Ari sentía un nerviosismo como si tuviera que presentarse a un examen para el que no estuviera preparado y, aunque se esforzaba por calmarse diciéndose que al fin y al cabo no se trataba más que de una cena entre amigos, la idea de volver a ver a Amelia llenaba toda su mente y lo forzaba a respirar de un modo entrecortado y superficial que le estaba mareando. Además, como siempre que había pasado una noche con Solange, algo en su interior se empeñaba en recriminarle lo que estaba haciendo con aquella muchacha, y por mucho que se dijera que no tenía nada que reprocharse, que ella era perfectamente adulta y sabía muy bien lo que se hacía, su parte racional insistía en que la estaba engañando, le estaba permitiendo hacerse ilusiones de futuro con una relación que no lo tenía, al menos

desde su propio punto de vista. Solange era guapa, simpática, alegre y lo bastante inteligente como para mantener una conversación agradable sobre una multitud de téinas, pero para él era evidente que no se trataba de la mujer de su vida, que no estaba enamorado de ella ni iba a estarlo jamás, por muchas noches que compartieran, por muchos cafés que se tomaran y por muchas frases que cambiaran sobre su tema favorito. Solange era simplemente una compañía en una ciudad donde muchas veces la soledad le pesaba como una losa; una conocida con la que compartir algo de información, algo de tiempo, una alternativa a cenar o dormir solo. Nada más. Y el hecho de que ella sintiera de otro modo no podía cambiar sus propios sentimientos.

Porque para su sorpresa, su consternación incluso, esos sentimientos estaban reservados para Amelia, que, si en juventud no podía compararse con Solange, en todo lo demás le llevaba años luz de ventaja. Porque el corazón, esa víscera idiota a la que nos empeñamos en atribuir nuestras emociones, había decidido por su cuenta, sin contar con él, y se había echado a volar hacia ella como un halcón hacia el puño del halconero que lo ha amaestrado.

Ahora iba a encontrársela y el miedo no lo dejaba respirar. El miedo de que ella, que había sido capaz de pasar más de cinco semanas sin una llamada, sin una nota, lo mirara con sus serenos ojos grises sin un temblor, le ofreciera su sonrisa condescendiente y desviara la vista sin haber dejado traslucir una mínima emoción hacia él. Y sin embargo, era lo esperable. ¿No le había dicho al separarse en la acera del Crillon que se había tratado de una inocentada? Si él le hubiera importado, aunque fuera sólo un poco, ¿se habría ido a Suiza a embellecerse, sin dejarle ni siquiera un número de teléfono? Para Amelia él no era más que una molestia simpática, un muchacho testarudo que se empeñaba en extraer respuestas a sus preguntas, exprimiéndola como un limón, uno más de los muchos jóvenes que habían rodeado a Raúl toda su vida y que ella había mirado con indulgencia, como a una carnada de perrillos falderos.

Tenía que intentar que no se le notara tanto su necesidad de verla, el estúpido enamoramiento que empezaba a sentir por ella; su comportamiento tendría que ser cortés, pero algo distante, para que no pensara que lo tenía en su mano y que podía retorcerle el cuello cuando quisiera.

Pasó por una floristería y se detuvo a los pocos pasos. Le gustaría llevarle unas flores, pero no sabía cómo se lo podía tomar ella. Podría reírsele en la cara, delante de André y de Yves; podría aceptarlas con un comentario mordaz que sólo ambos comprendieran; podría volver a decirle que se las llevara a casa para que le perfumaran el cuarto, como había hecho con las primeras y únicas que le había comprado.

Entró a la tienda y eligió rosas blancas y lirios azules, la famosa *fleur de lis* francesa del escudo borbónico. Si ella no las quería, estaba seguro de que a André le gustaría quedárselas y, si no, se las regalaría a la primera mujer que se encontrara por la calle, aunque lo tomara por loco.



Cuando Yves le abrió la puerta, ya desde el recibidor oyó la voz de Amelia y el temblor de sus manos hizo crujir el papel que envolvía las flores:

—¿Tanto frío hace en la calle? —preguntó Yves mientras colgaba su abrigo.

—No, no mucho.

—Es que estás temblando.

—¡Qué va! Será el contraste con la calefacción que hay aquí. ¿Soy el último?

—Amelia acaba de llegar y no esperamos a nadie más. Pasa.

Lo primero que vio al entrar al salón fue la melena plateada de Amelia contra el azul de la tela del sofá, y esa imagen, antes incluso de verle la cara, fue bastante para poner un nudo en su garganta. André, que, aún con el delantal puesto, estaba sentado frente a ella, en el borde del sillón, con una copa de vino en la mano, se puso en pie al verlo entrar.

—Pasa, Ari, pasa, ven a saludar a nuestra bruja. ¡Ohh! ¡Qué detalle! Has traído flores.

—Son para usted, Amelia —dijo Ari bajando la vista para encontrarse con sus ojos.

Ella lo miró, hierática, con sus ojos grises como nubes de tormenta:

—¿Para mí? ¿Otra vez?

—Dos veces en cinco meses no parecen demasiado.

—Son preciosas, gracias. Yves, querido, ¿puedes traer un jarro con agua para las flores?

Amelia no le había tendido la mano ni había hecho ningún movimiento que le permitiera creer que estaba dispuesta a saludarlo con un beso, de modo que Ari se sintió enormemente aliviado cuando Yves le entregó su copa y lo animó con un gesto a sentarse junto a ella en el sofá. Hubo unos instantes de silencio que Ari llenó bebiendo un sorbo de vino.

—Bueno, queridos míos —comenzó Amelia—, contadme todo lo que me he perdido en estas últimas semanas.

—Nuestra vida no ha podido ser más monótona —contestó Yves con una sonrisa.

—¿Y la suya, Ari? —Amelia se giró hacia él y sus ojos lo tragaron.

—Pues... nada de particular —balbuceó como un idiota—. Escribiendo, comprobando datos..., deseando que volviera de una vez de Suiza para poder hablar con usted —terminó de un tirón, sin apartar la vista de ella.

Amelia sonrió. Una sonrisa que a Ari se le antojó triste y no supo clasificar.

—En serio —insistió.

—Te ha echado mucho de menos, Amelia —intervino André, maliciosamente—. Tienes que ser buena con él, ahora que has vuelto.

—Yo no tengo que ser buena con nadie. Es el privilegio que tenemos las brujas.

Los pocos centímetros de espacio vacío que mediaban entre ellos parecían haberse llenado con un campo electromagnético; Ari tuvo la sensación de que si extendía la mano para tocarla, saltarían chispas azules.

—¿Y usted, Amelia? ¿Qué nos puede contar de sus aventuras suizas?

Ella desvió la vista:

—Lo que esperaba. Todo correcto, suave y aburrido. Me alegro de haber vuelto.

—¿Y lo de anoche? —preguntó André, levantándose para ir de nuevo a la cocina.

—¿Lo de anoche? —ella ponía cara de incompreensión.

—La cena de hoy iba a ser ayer, ¿te acuerdas? Pero me dijiste que no podías, que tenías otros planes.

—No, querido, te dije sencillamente que no. ¿Me permites la entrada en tu cocina, maestro?

Se levantó y acompañó a André al reino de los fogones mientras Yves se instalaba en el sillón que André había dejado libre.

—Lo tengo —dijo, en cuanto los otros dos se hubieron perdido tras las puertas batientes.

Ari se enderezó en el sofá.

—¿La información de la *Sûreté*?

Yves asintió con la cabeza.

—Te la paso con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejes ver lo que haya. Me hace mucha ilusión ver algo que hace unos años era top secret, como en las novelas de espías.

—De acuerdo.

Era un sobre grande, de papel manila con la solapa pegada. Yves le trajo un abridor en forma de daga turca, se sentó junto a él en el sofá, y Ari cortó el borde, mientras se mordía el labio inferior. Dentro había dos páginas escritas a máquina y una foto, tomada obviamente con teleobjetivo, en la que se veía a Amanda y a un hombre de mediana edad, calvo y robusto, frente a un café. Por la posición de sus cuerpos no estaba claro si entraban o salían del local. Sujeta a la foto con un ganchito había una cartulina, como las de las bibliotecas, en la que alguien había escrito a mano: «Amanda Simansky y el coronel Priakov, de la embajada soviética, frente al Sacher (Viena)».

—¡Joder, tío! —exclamó Yves—. Parece que tenías razón. Mira a ver qué más hay.

Era la primera vez que Ari le oía decir una palabrota. Extendió las dos hojas y las alisó con el dorso de la mano sobre la mesa. Se trataba de un formulario del departamento de inmigración donde constaban los datos de la mujer —nombre, apellido, fecha y lugar de nacimiento, etcétera—, la fecha de su primera entrada en Francia y en el apartado de «Observaciones» podía leerse:

Se relaciona activamente con grupos de filiación comunista y de extrema izquierda en general. No parece haber tenido contacto con la Embajada soviética local. Se recomienda vigilancia ocasional.

La segunda página, grapada a la primera, era una carta, también a máquina:

*Querido Michel:*

*Te agradezco tus buenos servicios en el caso que nos ocupó el pasado mes de marzo y, como pequeña prueba de agradecimiento, te envío esta foto que ha caído casualmente en mis manos. En ella reconocerás a la persona de la que hablamos recientemente en amistosa compañía del coronel Priakov con ocasión de un viaje de negocios —cuestiones de derechos editoriales de traducción al alemán— que hizo la dama a nuestra bella Viena el fin de semana pasado. Ignoro si puedo, servirte de algo, pero es evidente que la dama en cuestión encontró tiempo, entre editoriales, compras y visitas de interés turístico, para tomar un café con el número dos de los servicios secretos soviéticos de nuestra ciudad, cuya fama de nido de espías no parece totalmente injustificada.*

*Saludos vieneses,*

G.

La carta no llevaba fecha, ni ningún dato que permitiera saber quiénes eran el remitente y el destinatario, pero la información confirmaba lo que Ari había sospechado sobre Amanda y eso era lo único que le importaba por el momento. Lanzó un silbido entre dientes y se acomodó en el sofá con una sonrisa esplendorosa.

—No te alegres tan pronto —dijo Yves, volviendo a guardar las hojas en el sobre—. Puedes hacerte una fotocopia, si quieres, pero no puedes reproducirla en el libro. Esto lo he conseguido como favor personal, pero se supone que son documentos aún clasificados.

—Después de todo no lo puedo usar si no explico también con qué medio de presión consiguió Amanda que Raúl se pasara a su editorial y a su lucha.

—Y eso no lo puedes explicar porque no lo sabemos.

De nuevo Ari estuvo tentado de confesarle el asunto de las fotos encontradas en el saxo de Armand y de nuevo decidió callar por el momento.

—Eso es. Pero por lo menos esto ya lo sé. Amanda fue realmente una agente soviética, o al menos algo muy parecido. Por eso su muerte tuvo que estar relacionada con lo que explica Demenkov en su libro. Algún servicio secreto occidental se dedicó a cargarse agentes soviéticos infiltrados en los ambientes intelectuales y, con razón o sin ella, en el verano del 79 le tocó a Amanda.

—Parece que sí.

Ari le dio un apretón por los hombros a Yves, cogió la copa y la chocó con la de él:

—Tú no sabes lo que llena comprender las cosas, Yves. Tanto si lo puedo usar,

como si no, al menos ahora lo entiendo, lo entiendo yo para mí. No sabes lo importante que es eso.

—Y además sabes que Raúl no fue un asesino. Ni Amelia, como pensaba él —dijo Yves, mirándolo como si tratara de leerle el pensamiento—. ¿O me equivoco y no es eso lo que más te alegra?

Ari lo pensó un momento:

—También. No te voy a decir que no es un alivio. Pero sobre todo, lo mejor es que lo entiendo. Lo mejor es la sensación de que estoy encontrando la coherencia, la sensación de que la vida tiene una lógica, que incluso los actos más incomprensibles han sucedido por algo y para algo, ¿me explico o estoy empezando a decir tonterías?

En ese momento salieron Amelia y André de la cocina. Ella con una ensaladera y él con una bandeja de algo que olía maravillosamente.

—¡A la mesa! —dijo André con voz imperiosa—. Después de cenar nos explicaráis qué es todo eso tan importante que os habéis estado diciendo. Por si no lo sabéis, se os nota muchísimo la cara de conspiradores.

Después del postre y de que Amelia se hubiera fumado tres cigarrillos bajo la mirada preocupada de André, que sin embargo no hizo ningún comentario, Yves y Ari les resumieron lo sucedido y les enseñaron los documentos.

—Así que a mi pobre Raúl se lo llevó esta arpía, que era una agente soviética, para mayor gloria del país de papá Stalin. ¡Pobre ignorante!

—O sea —dijo André— que lo que yo siempre creí un móvil puramente capitalista, hacer dinero usando a Raúl y su obra, era todo lo contrario.

—A los comunistas nunca les ha parecido mal ganar dinero —dijo Yves, sirviéndose una copa—, pero supongo que ella lo consideraría un motivo altruista.

—Y entonces, según usted —dijo Amelia, dirigiéndose a Ari—, el asesinato de Amanda tuvo también un trasfondo político, ¿no es eso?

Ari asintió lentamente y, sin poderlo evitar, tomó la mano de Amelia que reposaba sobre el mantel bordado. Ella no la retiró pero no le devolvió el gesto:

—Raúl no tuvo nada que ver en ello, efectivamente.

Ella tensó los labios, los volvió a fruncir y soltó el aire con lentitud:

—Otra mentira más —murmuró.

—¿Cómo?

—Nada, cosas mías. Ya lo hablaremos cuando me haya dado tiempo de pensar un rato.

André se levantó con la copa en la mano:

—Un brindis, muchachos. Vamos a brindar por un misterio resuelto, por un secreto revelado. Raúl, no digo nada que no sepáis, siempre sospeché de Amelia, aunque yo nunca llegué a comprenderlo, dado que Amelia estaba en Ischia cuando la muerte de Amanda. Amelia, y perdona si me meto en lo que no me importa, siempre tuvo sus sospechas sobre Raúl o al menos así lo creí yo siempre. Y ahora, de golpe, y gracias a los buenos servicios de Ari, han quedado los dos exculpados y sin sombra

de sospecha. Ahora todos podemos relajarnos sabiendo que en nuestro círculo íntimo nunca hubo un asesino. ¡Brindemos por ello!

Chocaron las copas, bebieron un sorbo y todos se miraron, satisfechos. Todos menos Amelia que, con la mirada ausente, apartó su silla hacia atrás:

—Y ahora, queridos, me vais a perdonar, pero estoy un poco cansada.

—¿Te pido un taxi? —preguntó André, poniéndose de pie inmediatamente.

—¿Puedo acompañarla a casa? —la pregunta de Ari y la de André fueron casi simultáneas.

Ella miró a uno y a otro, como en un partido de tenis.

—Sí, por favor —dijo en dirección a André.

—¿No quiere que la acompañe, Amelia? —la voz de Ari sonaba plañidera hasta para sí mismo.

—No, Ari, hoy no. Otro día.

—¿Nos veremos pronto? —insistió él.

—No creo. No sé. Discúlpeme, Ari, en este momento tengo la cabeza en otras cosas. Llámeme dentro de una o dos semanas.

—¿Semanas?

André había empezado a hacerle gestos discretos aconsejándole que no la atosigara, pero Ari no se sentía capaz de detenerse.

—¿Qué le pasa, Amelia? ¡Por Dios, ¿qué le he hecho yo?! Dígame si hay algo que le haya molestado, dígame si...

—Deja ya, Ari —intervino André—. ¿No ves que está cansada? Ya la llamarás más adelante. O mejor, Amelia, llámalo tú cuando a ti te venga bien; él es flexible, ¿no Ari?

Ari asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. No se creía capaz de dominarse si empezaba a hablar.

Apenas hubo salido Amelia de la casa, Ari fue al perchero y se puso el abrigo:

—Yo también me voy. Muchas gracias por la cena.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? —preguntó André, preocupado.

—¿A mí me lo preguntas? No la había visto desde antes de Fin de Año; estaba deseando verla, hablar con ella, volver a empezar nuestras sesiones, y ahora de repente... no entiendo nada, André. Es como si de golpe hubiera decidido que me odia.

—Es el pago que hay que esperar por remover el cieno del estanque.

—No te entiendo.

—Yo creo, y que conste que sólo es una opinión mía, que no tengo ni idea de lo que piensa Amelia, yo creo que ella con los años se había hecho ya una idea de lo sucedido. A mí me parece que ella siempre creyó a Raúl culpable del asesinato de Amanda y que, de alguna manera, lo había disculpado porque todos, unos más y otros menos, le habíamos deseado la muerte en varias ocasiones. Ahora vienes tú y lo cambias todo de nuevo y tiene que hacerse a la idea de que Raúl se marchó con

Amanda por motivos políticos, que la dejó a ella por una «causa» que, sin embargo, abandonó en cuanto la otra dejó de existir. Antes había incógnitas, pero ahora, aunque sigue habiéndolas, han cambiado, son otras. Otras nuevas, ¿comprendes? No es fácil para nadie, y menos para Amelia.

—¿Tú crees que sólo es eso, André?

—Yo creo que sí. De verdad.

—¿Y por qué no se ha llevado las flores?

Faltaban dos días para el suicidio de Raúl y, aunque llevaba más de una semana instalado en su casa, apenas se veían porque él salía constantemente, como si estuviera despidiéndose de todos sus conocidos o como si quisiera aprovechar todo lo que hacía por última vez o como si la actividad lo mantuviera alejado de los pensamientos no deseados.

Amelia había conseguido convencerlo por fin de que escribiera a mano la carta al juez y el día anterior se había presentado en la cocina, mientras ella se preparaba la cena que tomaría sola porque él iba a salir y, como un colegial diligente, le había enseñado la hoja escrita con bolígrafo azul —los dos habían convenido en que una carta de despedida a lápiz mostraba una evidente falta de clase— y firmada con su imponente rúbrica.

—Mira, linda —le había dicho después de que ella la leyera—, ahora la meto en el sobre, delante de vos, y la cierro pegando la lengüeta con mi propia saliva, ¿viste? Si querés, para mayor seguridad, la guardas vos.

—No, Raúl —había contestado ella—. Yo no tengo por qué tocar esa carta. Métela donde quieras y la llevas encima el miércoles...

—Lo sé, lo sé. En el bolsillo del saco.

Raúl seguía eufórico, como si estuviera preparando unas vacaciones y no un suicidio, mientras que ella se sentía cada vez más angustiada con lo que estaba a punto de suceder, y así se daba la paradoja de que era Raúl quien la animaba a ella cada vez que se encontraban, entre uno y otro de los compromisos que él había contraído.

El lunes por la tarde, Amelia volvió del Bois de Boulogne, agotada y feliz de cabalgar, y se encontró con que, como siempre, Raúl había salido. Ya casi desnuda junto a la bañera, se dio cuenta de que él había vuelto a utilizar su baño, en lugar de usar el de invitados, y, mucho peor, también sus toallas blancas, así que fue a la habitación de Raúl, donde en el armario del fondo guardaba las toallas de gran tamaño.

En el pequeño escritorio frente a la ventana, la máquina de escribir portátil que utilizaba estaba desplazada a la derecha, como si Raúl hubiera necesitado usar la mesa para algo y se hubiera olvidado de ponerla de nuevo en su lugar. Se acercó, encendió la lámpara de trabajo, y ya estaba a punto de levantar la máquina cuando las

cuartillas que ocupaban el centro de la mesa le llamaron la atención. Era evidente que Raúl, en contra de todas sus costumbres, acababa de escribir algo a mano porque, si la luz caía del modo adecuado, aún se notaban las huellas que su escritura había dejado marcadas sobre la página superior.

Olvidando lo que la había llevado al cuarto de Raúl, en ropa interior como estaba, se sentó al escritorio y, sin darse tiempo a pensarlo, cogió un lápiz blando de los muchos que él tenía en un bote siempre a su alcance, y empezó a pasarlo suavemente por la superficie en blanco hasta que las letras fueron revelándose y apareció el mensaje que Raúl había pretendido ocultar:

*Al Sr. Juez de Instrucción De Raúl de la Torre, escritor.*

*Señor juez:*

*Por la presente, yo, Raúl de la Torre, de sesenta y nueve años de edad, de nacionalidad argentina, le comunico que he sido asesinado por mi ex esposa, Amelia Gayarre.*

*No tengo forma de saber cómo llevará a cabo mi asesinato, pero la conozco desde hace cuarenta años y sé que cuando Amelia decide hacer una cosa, no hay forma humana o divina de impedirselo. Asumo que intentará hacerlo pasar por un suicidio y hasta es posible que le muestre a usted una carta, supuestamente mía y firmada por mí. Esa carta, caso de existir, será una falsificación de Amelia, que domina a la perfección mi estilo y mi letra y que ha imitado mi firma multitud de veces, siempre que se ha hecho necesario y con mi consentimiento.*

*Soy consciente de que tiene una pistola en el cajón del tocador de su dormitorio y si sigo viviendo en esta casa y no me pongo fuera de su alcance es porque, en la base, la muerte ya no me asusta demasiado y porque sé que antes o después, de un modo u otro, conseguiré lo que desea y prefiero morir de un disparo en la cabeza —método rápido y poco doloroso, supongo— en lugar de ser, pongamos por caso, lentamente envenenado con arsénico.*

*Ignoro los motivos que han podido llevarla a odiarme lo suficiente como para causarme la muerte, pero imagino que mi confesión pública de homosexualidad, con la consiguiente humillación que representó para ella, y mi amor incondicional por Hervé Daladier, han sido razones de peso para empujarla al crimen.*

*Mi único móvil para redactar esta carta es el de hacer que prevalezca la justicia pues, si bien mi muerte, como ya le he dicho, no me preocupa demasiado puesto que no le veo ya mucho sentido a mi existencia, no me gusta la idea de que un crimen quede impune y una asesina sin castigo. Amelia se ha salido ya con la suya demasiadas veces en la vida y creo que ha llegado la hora de hacer justicia.*

*Dado que, con toda probabilidad, llevará guantes en el momento en que decida apretar el gatillo, no creo que encuentren huellas en el arma o quizá ella se las arregle de modo que sólo aparezcan las mías. En cualquier caso, confío en su competencia y en su buena fe, señor Juez, y en el trabajo de la policía.*

*Atentamente,*

*Raúl de la Torre*

Cuando terminó de leer la carta, Amelia tenía toda la carne de gallina y no sólo por estar medio desnuda. Se quedó unos minutos donde estaba, sentada en el escritorio de la habitación de invitados, de la habitación de Raúl, mirando por la ventana hacía las casas de enfrente donde ya habían empezado a encenderse las luces. Aparte de frío, no sentía nada, como si la hubieran vaciado por dentro dejando un agujero que no se llenaría jamás.

El reloj del pasillo dando las campanadas de las ocho la sacó de su estupor y la hizo levantarse de un salto, asustada, como un ratón que huele el peligro y no sabe dónde refugiarse. Cogió la hoja emborronada, la plegó cuidadosamente y se la metió en la cinturilla de las bragas. Lo más importante era que Raúl no supiera que lo había descubierto. Mientras no lo supiera, ella tendría abiertos todos los caminos. Todos.

Podía negarse a hacerlo, dejándolo con su maravilloso plan sin posibilidades de llegar a ser realizado o podía..., podía, quizá, hacerlo de todas formas y salvarse. A pesar de su plan, a pesar de todo lo que el monstruo en el que se había convertido el hombre de su vida había preparado para ella, podría salvarse. Y él estaría muerto como se merecía y como, de todos modos, deseaba. Todos contentos.

Ari volvió a la residencia caminando lentamente, eligiendo las calles más oscuras y menos transitadas en un intento deliberado de desligarse del mundo que lo rodeaba. La noche no podía haber ido peor, a pesar de la buena noticia que le habían proporcionado los documentos de la *Sûreté*. Amelia, por alguna extraña razón, no quería saber nada de él, y ese rechazo ocupaba toda su parte consciente. No entendía su comportamiento, no podía explicarse por qué lo había tratado con tanta frialdad, a menos que realmente sintiera algo por él y quisiera negárselo a sí misma. Un pensamiento tan optimista que tenía que ser falso. Lo más probable era que esas semanas de ausencia la hubieran hecho replantearse su relación y hubiera decidido que su vida era mucho más cómoda y agradable prescindiendo de Ariel Lenormand.

Desde luego la vida de él también había sido, si no más agradable, al menos más serena antes de conocerla. Y sin embargo, no conseguía arrepentirse de lo que había pasado entre ellos. Aunque nunca más sucediera algo parecido, aquellas horas con



Amelia a finales del 2001 serían siempre uno de los mejores recuerdos de su vida, de la vida rutinaria, monótona, horriblemente lisa que había llevado siempre. Él nunca había estado en contacto con el crimen, no había sentido una pasión arrebatadora como la de Amelia por Raúl o la de Raúl por Hervé, no había conocido el éxito multitudinario, ni la muerte de un ser muy amado, ni siquiera la experiencia de la paternidad. Sus momentos de gloria se limitaban a la defensa de su tesis, su coloquio de Habilitación, una reseña particularmente halagadora sobre su último libro y, fuera del campo profesional, quizá el día de su boda con Rebecca. Eso había sido todo.

De hecho, lo más excitante que le había sucedido en su vida era todo lo relacionado con las pesquisas necesarias para la biografía de Raúl y, por supuesto, la noche con Amelia. Después de eso, cualquier cosa era un anticlímax.

Las calles de París estaban frías y oscuras, los pocos transeúntes que se cruzaban con él caminaban deprisa, con la cabeza baja y las solapas de los abrigos levantadas contra la cara como espías de película. Las luces de casi todas las casas estaban ya apagadas y los edificios mismos parecían haberse retirado a una hibernación invernal, ignorando voluntariamente a los humanos que albergaban. La ciudad, que siempre le había parecido gloriosa, estaba empezando a aplastarlo con su indiferencia, con la majestad helada de sus grandes avenidas trazadas a escuadra como si sólo un desfile o-un ejército invasor pudieran colmarlas. Echaba de menos su pequeña ciudad universitaria, las callejuelas secretas del barrio medieval, las acogedoras cervecerías donde se encontraba una o dos veces por semana con algunos amigos. Hasta el ambiente de clases y estudiantes empezaba a parecerle cada vez más deseable y, aunque había pensado quedarse en París hasta finales de mayo o mitad de junio, la idea de regresar a Heidelberg a tiempo para el semestre que comenzaría en marzo empezaba a resultarle cada vez más atractiva. Al fin y al cabo, había reunido toda la información necesaria y si ahora Amelia se negaba a seguir colaborando, no tenía mucho sentido continuar en París, expuesto a caer en la trampa de Solange por pura necesidad de compañía o dependiendo de la gentileza de Yves y de André. No tendría que dar clase hasta octubre y podría dedicarse exclusivamente a su libro, pero con todas las comodidades de su piso, con sus amigos cerca, incluso con su familia a corta distancia. Unos meses atrás no lo habría creído, pero ahora de vez en cuando echaba de menos a sus padres y a su hermano, la comida de un domingo en familia, la serenidad de estar en el lugar donde están tus raíces.

En la residencia, a pesar de que era casi medianoche, sonaba a todo volumen un rap machacón, insistente, acompañando a una música de influencias magrebíes, pero los pasillos estaban desiertos. Debía de haber una fiesta en alguna de las habitaciones. Quizá estarían todos ya tan borrachos como para aceptar de buen grado su presencia a pesar de la diferencia de edad y de jerarquía, pero no se sentía con ánimos de tirarse al suelo entre aquellos muchachos y beberse un vaso de vino del supermercado de la esquina, envasado en tetrabrick. Mejor un café con leche en la soledad de su cuarto. O un *bourbon*, si se había acordado de llenar la bandeja de hielo de su neverita. O

dos, aunque fueran sin hielo.

Abrió la puerta, encendió la luz y se quedó mirando la habitación como si fuera la primera vez. A pesar de los meses que hacía que la ocupaba, seguía siendo escuálida y triste, con sus muebles de ínfima calidad, sus horrendas paredes de un crema amarillento, su piso de linóleo verde, sus superficies cubiertas de una fina capa de polvo. Se preguntó, abrumado de repente, qué demonios hacía él allí, abandonado como un barco a la deriva, buscando respuestas a cuestiones que nadie, salvo él, se había planteado jamás. Quizá también André y Amelia a lo largo de su vida, pero ellos ya habían confeccionado sus propias respuestas, las que los habían salvado de la angustia de no comprender lo que estaba pasando en sus vidas. Y ahora él lo había puesto todo patas arriba y ni siquiera había compartido con ellos el fragmento de respuesta que había encontrado en el saxo de Armand.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, la cafetera ya humeaba sobre el fogón y el verla le produjo un ataque de hilaridad. Había pensado emborracharse con *whisky* como cualquier duro de película y la costumbre le había hecho prepararse un café, así que sacó la leche de la nevera —efectivamente, se había olvidado de llenar la bandeja del hielo—, se preparó el tazón grande y se desnudó, tratando así de quitarse, junto con la ropa, la frustración que sentía. No tenía bastante sueño como para dormirse enseguida, ni bastante energía como para ponerse a trabajar; ni ganas de leer, ni ganas de escuchar música, ni ganas de nada. Ni siquiera de tomarse el café.

Le vino a la mente el recuerdo de un colega de Colonia que, a los cincuenta y dos años, había tomado la decisión de mandar a la mierda la carrera académica y marcharse a Costa Rica a abrir una pensión. Entonces le había parecido una estupidez incomprensible; y sin embargo ahora empezaba a entender el estado de ánimo que puede llevar a un profesional serio y competente a abandonar todo lo que ha sido su vida y largarse a cualquier sitio a empezar de nuevo de otro modo. Probablemente el pobre hombre había llevado una vida como la suya, una vida sin pasión y sin sueños, una vida de vegetal.

«Tiene que ser la midlife crisis —se dijo—. No puede ser otra cosa. O el principio de una depresión. Pero tengo que hacer algo, y pronto, o cualquier día yo también me marcharé a Costa Rica. Al fin y al cabo no hay nadie a quien le importase un pimiento si me fuera para siempre».

Se sentó frente al ordenador apagado y empezó a tomarse el café, sin fijarse en el sabor, mientras miraba su reflejo oscurecido en la pantalla.

«Tienes cuarenta y dos años, Ari, —le dijo a su reflejo—. Has conseguido, en principio, todo lo que querías: un buen puesto en la Universidad, un piso a tu gusto y un coche. Tienes unos cuantos amigos y tu familia sigue queriéndote. Has escrito tres libros y dos docenas de artículos. Te has hecho un nombre en tu especialidad. De acuerdo, has perdido a Rebecca después de siete años de matrimonio, pero eso ya lo has superado porque llevabas mucho tiempo sabiendo que Rebecca no era lo que tú buscabas. Pero tienes todo lo demás. ¿Qué más quieres? ¿Qué cojones quieres,

además?». Se echó a reír suavemente.

«Pasión —se contestó—. Locura. Tener la sensación de que estoy vivo, de que estoy viviendo de primera mano y no sólo de modo vicario a través de la literatura, del cine, de las respuestas de mis entrevistados cuando me cuentan sus recuerdos. Quiero vivir antes de que sea tarde y me dé cuenta de que me he pasado ochenta años viviendo una vida que no me gustaba. Quiero ser libre de mí mismo, de mi maldita manía de comprender las cosas, de mi gentileza, de mi dulzura. Quiero ser salvaje».

Empezó a reírse cada vez más fuerte, sintiéndose ridículo por una parte y un poco liberado por otra. Al menos, si conseguía formular sus deseos, podría intentar ponerlos en práctica. Pero ¿qué podía hacer para empezar a vivir del lado salvaje? Podría llamar a Amelia y decirle que tenía que verla ya mismo, que no estaba dispuesto a esperar, que la quería por encima de estúpidas consideraciones de edad, de dinero y de todo lo demás, que quería que lo del Crillon fuera el principio de algo maravilloso, que lo exigía.

Puso la mano encima del teléfono sin dejar de reírse. Eran más de las doce de la noche, Amelia era una mujer mayor, le había dejado claro que no quería saber nada de él, sería simplemente hacer el ridículo de un modo espantoso. ¿Y qué?

Marcó su número conteniendo la respiración, pero aunque lo dejó sonar dieciocho veces, nadie contestó a su llamada. Quizá tomaba pastillas para dormir. Quizá era política de la casa no contestar después de medianoche.

Se sentía como un globo de gas que ha sido arrastrado por un niño durante todo el día y empieza a ponerse flácido. No conseguía ser salvaje.

Entonces su vista cayó sobre la carpeta que contenía el sobre de Raúl, parcialmente tapada por el jersey que se había quitado un rato antes. Las letras rezaban: «A quien pueda interesar». A él le interesaba, Cogió el abrecartas, rompió el lacre y lo abrió.

*Aquí otra vez, frente a la pantalla en blanco, tratando de poner orden en mi vida de la única manera que conozco: escribiendo una palabra tras otra en un intento de narrarme a mí misma lo que me sucede, lo que me sucedió para llegar a donde me encuentro ahora, a este punto sin futuro en el que nada tiene importancia. Y sin embargo la tiene. Y sin embargo duele, como tantas otras veces.*

*He sido traicionada en muchas ocasiones; debería tener costumbre, pero parece que hay cosas a las que una no consigue adaptarse: el hambre, el frío, la humillación, este cansancio que no cesa y me avergüenza tanto.*

*Esta noche, en casa de André, he estado a punto de cogerle la mano, de decirle que acepto el posible malentendido y que podemos comenzar de nuevo, pero entonces ha vuelto la conversación a Raúl, y usted, con todo su entusiasmo, ha contado su teoría, o lo que quizá sea más que una teoría pues parece haber encontrado pruebas de la veracidad de sus afirmaciones, y eso*

ha vuelto a descolocarme, a hacerme sentir que nada de lo que he creído comprender a lo largo de mi vida ha sido realmente como yo me lo he narrado. Si Raúl no tuvo nada que ver en la muerte de Amanda, y yo sé que por mucho que lo hubiera deseado en su momento, tampoco yo tuve parte en ello, ya no entiendo nada de lo que pasó y tengo que hacerme de nuevo a la idea de que las cosas fueron de otro modo.

No me cuesta creer que Amanda fuera una figura turbia en un juego político más turbio aún, pero ahora todavía comprendo menos cómo, con qué medios, con qué presiones, consiguió atraer a Raúl a ese juego que siempre consideró ridículo. Y usted no me da nuevas respuestas, sólo interrogantes nuevos que se abren, ahora que no me queda tiempo para intentar responderlos. Tendré que irme de este mundo como esos fantasmas tradicionales de los castillos de Escocia que no alcanzan la paz porque no han podido desligarse de lo que los angustió en vida. Me imagino paseando ectoplasmáticamente por estas habitaciones que quién sabe quién ocupará después de mí, haciendo tintinear las pulseras para asustar a los nuevos inquilinos y, si por una parte lo encuentro risible, por otra, la simple posibilidad me horroriza. Sé que si llega a leer esto, se reirá de mí; yo también me reiría si tuviera cuarenta años, pero no los tengo y la idea de que la muerte pueda no traer la liberación me espanta.

Si su teoría es cierta, Raúl me mintió una vez más al decirme aquello de «Matar no es muy difícil», y que yo interpreté como una confesión. ¿Qué quiso decirme con eso, si no que él la había matado? ¿Por qué clavó aquella frase en mi mente? ¿Para que me fuera más fácil apretar el gatillo? Su carta manuscrita fue la que me lo facilitó, la segunda, la que encontré en su cuarto y que él me había ocultado, la carta en la que me acusaba de haberlo asesinado.

Por eso nunca comprendí lo que pasó la noche anterior a su muerte. O tal vez sí, aunque no quiera creerlo.

La noche del martes, una oscura noche de noviembre, muy fría, en que el viento ululaba en las chimeneas, Raúl volvió temprano, sobre las once, y me encontró en el sofá del salón, leyendo, con una copa de coñac al alcance de la mano y el fuego de la chimenea frente a mí.

—Es como volver al hogar —me dijo entonces, levantándose las piernas para colocarlas en su regazo mientras se sentaba a mi lado—. Cuánto tiempo hemos perdido, Hauteclair.

Hacía años que no me había llamado así y sentí un escalofrío recorriéndome la columna. Porque tenía razón. Habíamos perdido muchos, muchísimos días de nuestra vida en un malentendido constante, en un distanciamiento que yo no había querido y quizá tampoco él.

Empezó a acariciarme la pierna con su mano grande y caliente, distraído,

con la mirada perdida en el fuego, como se acaricia a un gato dócil y viejo.

—¡Si pudiéramos volver a empezar! ¡Si pudiéramos volver a Belleville! ¿Te acordás? Las fiestas, las noches locas, la música, los amigos, las ideas que venían como enjambres de mosquitos que había que apartarse a manotazos... Fuimos felices, vos y yo, ¿no es cierto?

Yo había dejado el libro y miraba a Raúl mirar el fuego, que ponía un color rosado en sus mejillas aún casi jóvenes, destellos dorados en su pelo aún tan negro, sus ojos tan brillantes... ¿Cómo podía hablar así después de haber escrito esa carta?

—Pero el tiempo se fue —siguió diciendo él con su voz grave, arrastrada ahora—. Es tiempo de morir, Hauteclair. Todo se acabó.

—¿Porque no está Hervé? —pregunté yo casi en un susurro, deseando decirle: «Me tienes a mí, Raúl, aún me tienes, siempre me tendrás, a pesar de todo, de todas las traiciones, de todo el dolor», pero callando, esperando, como siempre.

—¿Por Hervé? No sé, linda. Porque sí. Porque se acabó mi vida. Eso fue todo. Rien ne va plus. Y parece tan poca cosa, ¿sabes? Apenas unos años, unos libros, unos ratos de amor..., y eso fue todo. Vos aún sos joven, aún no podes comprender.

—Tú tampoco eres viejo, Raúl —dije yo cogiéndole la mano—. Si tú quisieras...

—¿Qué? Si yo quisiera, ¿qué? —me miraba a los ojos con un desafío brillando en ellos—. ¿Qué crees que podríamos hacer nosotros? ¿Empezar de nuevo como si nada hubiera sucedido? Bajó la vista otra vez, suspiró y pasaron unos segundos como en suspenso, como si estuviera considerando qué hacer. Entonces se puso en pie, me tendió la mano, me levantó del sofá y me abrazó con fuerza, casi con furia.

—Tenes razón, Hauteclair —me dijo al oído, enterrando su cabeza en mi pelo—. Tal vez haya aún algo de tiempo, el tiempo justo para despedirnos. Vení, vení conmigo. Si aún me querés... Me arrastró de la mano hacia el dormitorio mientras mi mente luchaba con mi cuerpo, que quería entregarse a él, una vez más, una última vez después de tantos años de mirarlo desde lejos, de saber que su amor no era ya para mí.

Me desnudó con prisa, casi con rabia y, aunque mi mente se negaba a aceptar aquella violación por parte de un hombre que quería que yo fuera condenada por algo que no había hecho, mi cuerpo se crispaba de deseo por volverlo a tener una vez más antes de perderlo para siempre. A pesar del pasado, a pesar de ese futuro cercano, ominoso y oscuro, Raúl seguía siendo mi marido, mi único amor, el hombre de mi vida.

Me tendió en la cama y se tumbó encima de mí, besándome el cuello, la boca y las orejas, acariciándome con sus manos enormes y tibias, exigiendo

mi entrega incondicional, como un mariscal que se sabe seguro de su victoria.

—¿Tienes un preservativo? —le pregunté de golpe, sin saber exactamente por qué hasta que las palabras hubieron salido de mis labios.

Se quedó rígido de golpe.

—¿Un preservativo? —repitió—. ¿Para qué? ¿Tenes miedo de un embarazo?

—No seas tonto, claro que no. Pero... Hervé...

—¿Ya no confiás en mí?

Podría haber dicho cualquier otra cosa y nada habría cambiado porque en aquel momento yo estaba dispuesta a olvidarme de todo, pero esa pregunta fue como si de repente me hubieran echado a un estanque de agua helada. Confiar. ¿Cómo podía ya confiar en Raúl? Me aparté de él y salté de la cama. No. No podía confiar en él. Ya no. Ya nunca.

—Iba a ser mi regalo de despedida —dijo él desde la cama, desde la oscuridad.

—Es mejor así —creo que dije yo.

Me eché una bata por los hombros y me acerqué a la ventana. La calle estaba desierta, como abandonada, como después de una hecatombe nuclear. Unos papeles volaban sobre la acera empujados por el viento helado.

—¿Y un pacto de sangre? ¿No querés hacer un pacto de sangre para que estemos unidos por toda la eternidad?

—¿Unidos los tres? Sé que, con Hervé, lo hiciste. Él me lo contó, feliz como un chiquillo.

—Hervé era un chiquillo —su voz se había hecho triste, cansada, como si hablara después de haber llorado mucho.

—Buenas noches, Raúl.

—Hasta mañana, Stassin.

Se levantó, recogió su ropa en la penumbra y se marchó del cuarto. Cuando me acosté, la cama estaba aún caliente del cuerpo de Raúl, pero las únicas lágrimas eran las mías.

Una vez abierto el sobre, cayeron sobre la mesa dos sobres más, de nuevo cerrados y lacrados. Uno de ellos estaba dirigido a André. El otro «A quien pueda interesar».

Esta vez no tuvo dudas: abrió el segundo sin pararse a pensarlo y extrajo dos cuartillas escritas a mano en la letra de Raúl. Era la primera vez que veía tanto texto de Raúl escrito de puño y letra y su primera sensación fue la de estar cometiendo una irreverencia, una transgresión imperdonable, pero consiguió dominarla en unos segundos. Al fin y al cabo, él podía muy bien ser el destinatario de la carta porque a él le interesaba, probablemente más que a cualquier otra persona en el planeta.

*Aunque supongo que los primeros lectores de esta carta serán mis amigos André Terrasse o Yves Durand, sé que antes o después otras personas leerán estas líneas y es así como debe ser porque se trata de una comunicación abierta a cualquiera que esté relacionado con el asunto de la aclaración de las circunstancias de mi muerte.*

*Si todo salió como me propuse, el juez de instrucción o el equipo de policía encargado del caso habrán leído una carta manuscrita que habrán encontrado con mi cadáver y en la que acuso a mi ex esposa, Amelia Gayarre, de mi asesinato. Quiero dejar claro, con la presente, que ese testimonio es falso, a pesar de haber sido redactado y firmado por mí.*

*En esa carta yo acusé falsa y deliberadamente a Amelia de mi muerte por razones que sólo ella puede comprender y que no voy a explicar en detalle. Baste saber que, años atrás, yo creí que Amelia había cometido un crimen que quedó impune y decidí castigarla de manera que, al menos durante un tiempo, sufriera las consecuencias de sus actos, pero soy incapaz de permitir que sea condenada por un asesinato que nunca fue tal. Yo he puesto fin a mi vida de modo voluntario y Amelia no ha tenido nada que ver en el asunto.*

*Depositareé esta carta en casa de André Terrasse, quien, estoy seguro, moverá cielos y tierras para exculpar a Amelia, una vez haya sido acusada de mi muerte. Sé que André encontrará este documento y lo presentará ante el juez competente. Yo juro que lo que afirmo es verdad y mi ex esposa no ha tenido nada que ver con mi decisión de abandonar el mundo, ni con el proceso de mi suicidio.*

*Sé que podría haber depositado este documento en la notaría que lleva mis asuntos, pero eso habría significado una aclaración rápida de las circunstancias y habría sido contrario a mi deseo de que Amelia sintiera, por una vez en su vida, el miedo al castigo.*

*Creo que no me queda más que añadir, aunque quizá sea conveniente resumir los puntos que deseo aclarar:*

- El revólver con el que pondré fin a mi vida fue comprado por mí el 17 de octubre del presente año a través de un conocido a quien no quiero comprometer.*

- Yo insinué voluntariamente a Yves Durand, en una conversación mantenida en su casa, que Amelia poseía un revólver, con la intención de que posteriormente este hecho redundara en su contra durante los interrogatorios policiales.*

- Estoy pasando los últimos días de mi vida en una situación emocional positiva y alegre, porque he decidido despedirme de todos mis amigos y conocidos, lo que puede llevar a pensar que no tenía preocupaciones o angustias que pudieran conducirme a la muerte elegida.*

*Llevaré a cabo mi suicidio sin que Amelia tenga la menor sospecha sobre*

*lo que me propongo hacer.*

*Espero que todo lo anterior sea suficiente para exculpar a Amelia Gayarre, pero, por si sirve de algo, juro ante Dios y sobre la Biblia que mi ex esposa es inocente de mi muerte.*

*Firmado: Raúl de la Torre*

Cuando dejó de leer le temblaban tanto las manos que dejó las cuartillas sobre el teclado del ordenador y, cruzando los brazos, se las apretó bajo las axilas hasta que desapareció el temblor y pudo leer de nuevo, con más serenidad, la confesión de Raúl.

No acababa de entender a qué diabólico juego se había entregado el mayor escritor del siglo, pero quedaba claro que lo que había pretendido hacerle a Amelia era monstruoso. Según se desprendía de la carta, lo había arreglado todo para que su suicidio pareciera un asesinato e incluso había dejado una carta para la policía en la que culpaba a Amelia. Lo que no podía comprender era qué había pasado con esa carta, ya que, por lo que él sabía, la muerte de Raúl había sido aceptada como suicidio desde el primer momento y Amelia nunca había sido sospechosa de nada.

Ahora más que nunca tenía que hablar con ella, necesitaba respuestas urgentes a preguntas que eran aún más candentes que las relacionadas con la muerte de Amanda y que ya había conseguido resolver, pero a la una de la madrugada ella no contestaría al teléfono. Tendría que esperar al día siguiente para decirle lo que acababa de encontrar y convencería como fuera de que lo dejara ir a su casa. Aquello no era algo que se pudiera contar por teléfono; tenía que verla cara a cara, tenía que saber.

Y en cuanto lograra respuestas de Amelia, iría a ver a André, le llevaría la carta que estaba a su nombre y le pediría que le permitiera leerla. Aunque, de hecho, André no sabía de la existencia de aquella carta. Ni Yves ni André. Si él la leía ahora, podía quedársela sin más, como había hecho con las fotos encontradas en el saxo de Armand; podía encontrar las respuestas que buscaba y no compartirlas con nadie o, si la carta planteaba interrogantes que sólo André podía resolver, también sería posible darle las cuartillas callándose que habían estado metidas en un sobre lacrado dirigido a él; podía limitarse a decir que las había encontrado dentro del sobre grande con la inscripción: «A quien pueda interesar». André lo creería o no, pero no tendría manera de probar que Ari mentía.

Pasó la mano por la carta de André, deseando que la solapa que llevaba once años pegada se despegara por arte de magia, que el lacre se cuarteara hasta quedar desmenuzado sobre su escritorio y las cuartilla se desplegaran frente a sus ojos sin que sus manos tuvieran que rasgar el papel que las encerraba. Pero no se sentía capaz de hacerlo. Consciente o inconscientemente, ya había violado demasiados secretos que no le pertenecían. Tendría que esperar al menos hasta el día siguiente, hasta ser



capaz de pensar de nuevo con una mínima claridad, hasta volver a desear ser salvaje. Por el momento había tenido demasiadas emociones.

Desde el instante en que Amelia había descubierto la carta acusatoria de Raúl, su pensamiento la había llevado una y otra vez a descubrir su posible escondite, el lugar donde él la habría guardado en espera de poder sustituirla, sin que ella lo notara, por la otra carta exculpatoria que le había dado a leer. Sólo si era capaz de comprender minuciosamente los planes de Raúl podría seguir adelante con la farsa; de lo contrario, tendría que decirle que había cambiado de opinión y no pensaba ayudarlo a llevar a cabo su suicidio. Fueron dos días terribles en los que barajó todas las posibilidades que pudieran habersele ocurrido a él para comprometerla, dos días en los que sólo la sostenía la rabia que sentía contra él y el convencimiento de que, a pesar de los años que llevaban separados, ella seguía siendo la persona que mejor lo conocía en el mundo.

Sin embargo, a pesar de ello, y a pesar del texto de la carta secreta, seguía sin comprender exactamente qué podía haberlo llevado a desear dañarla hasta tal punto. Sabía que durante toda la enfermedad de Hervé, durante todo el tiempo que tardó en morir, ya en casa por su propia voluntad, porque en el hospital no podían hacer nada por él, Raúl estuvo reprochándole su uso de la morfina, que a él le parecía demasiado liberal, a pesar de que era su médico el que había autorizado las inyecciones. Sabía que, cuando por fin le falló el corazón y murió dulcemente sin despertar del sueño nocturno, Raúl le había echado la culpa a ella, porque era la única que estaba presente. Pero no podía creer que fuera ésa la causa del odio que parecía haberse apoderado del que fue su marido. En la carta recuperada él decía que Amelia se había salido demasiadas veces con la suya y que había llegado la hora de hacer justicia. ¿Qué justicia? ¿Cuáles eran esas veces en que ella se había salido con la suya? ¿Qué podía estar pensando Raúl al tratar de castigarla? ¿Castigarla por qué? ¿Cómo iba a querer castigarla por la muerte de Amanda que, estaba segura, había causado él? ¿O lo que le reprochaba era que lo hubiera dejado ir, sin luchar por él, sin oponerse a Amanda, lanzándolo a una nueva vida que detestaba? El pensamiento de Raúl, que siempre había sido algo infantil, había acabado por tomar tintes alarmantes y francamente ominosos. Juguetón había sido siempre, ambos coincidían en valorar el aspecto lúdico de la existencia y de la literatura, pero aquel juego empezaba a ser demasiado peligroso porque podía acabar con su vida y su libertad. Al parecer, Raúl quería morir pero no soportaba la idea de que ella siguiera disfrutando de la vida.

La idea se le ocurrió la tarde anterior al suicidio previsto y, de repente, todo le pareció tan simple que tuvo que reírse en voz alta. Raúl se limitaría a sustituir un sobre por otro, haría desaparecer la carta exculpatoria, tal vez quemándola o rasgándola en pedacitos que esparciría sobre el Sena desde un puente, y se colocaría en el bolsillo, en su lugar, la carta manuscrita en que la acusaba de su muerte. Ella no

podría advertir la diferencia porque los sobres estaban cerrados y ambos iban dirigidos al Señor Juez de Instrucción. Por eso le había ofrecido que la guardara ella, porque sabía que ella no querría tocar el sobre y le diría que era mejor que la conservara él hasta el momento de metérsela en la chaqueta. Raúl también la conocía bien, a pesar de los años que habían pasado separados.

Pero en ese caso, la cosa era muy simple. Hablaría con él, sin delatar su conocimiento de la segunda carta, para darle ocasión de cambiar de parecer. Si no lo hacía, sería ella la que castigaría su traición, apretaría el gatillo como habían convenido, abriría la carta y comprobaría el engaño. Si, efectivamente, encontraba la carta inculpatoria, se la llevaría, la destruiría y dejaría una carta escrita a máquina por ella con la firma falsa de Raúl que tantas veces en la vida había imitado. El texto sería el que habían convenido ambos y que recordaba de memoria. El juez, o el comisario encargado del caso, leería la carta en la que Raúl declaraba que ella no había tenido nada que ver en su suicidio y todo saldría bien.

Esa misma tarde, aprovechando que estaba sola en casa, escribió la carta en la vieja máquina mecánica de Raúl, la firmó sin que le temblaran las manos, la metió en un sobre de solapa autoadhesiva y la guardó en su bolso para el día siguiente, esperando no tener que utilizarla, esperando que la conversación con Raúl fuera suficiente para que él recapacitara y cambiara de planes.

Yves estaba solo en casa. André tenía una presentación, pero él había preferido no acudir y pasar unas horas tranquilas oyendo música y quizá organizando los vídeos que se habían ido acumulando en las últimas semanas. Se había dado una ducha rápida, se había puesto el chándal más usado que había podido encontrar y había decidido prescindir de la cena, sustituyéndola por un racimo de uvas y unas fresas que había descubierto en el *delicatessen* de enfrente de su despacho.

Sin saber bien cómo, mientras comía la fruta durante las noticias de la tele se encontró de nuevo pensando en André y en Amelia, las dos aes de su vida. No sabía exactamente por qué, pero estaban raros. André había estado raro desde la cena del sábado, y Amelia..., la actitud de Amelia con Ari había sido realmente curiosa, como si estuviera castigándolo por una falta que al parecer él no era consciente de haber cometido.

Pero lo que más le preocupaba era André, que se esforzaba patéticamente por aparentar normalidad cuando estaba claro que algo lo angustiaba. Le había preguntado en varias ocasiones, pero su respuesta había sido siempre la misma, exactamente la que uno da cuando le pasa algo: «Nada; no me pasa nada de particular».

Era como si, desde que había descubierto que ninguno de sus dos amigos había asesinado a Amanda, hubiera algo dando vueltas en su mente. Algo que ponía una arruga perenne en su entrecejo y lo hacía contestar con monosílabos a todas sus

preguntas. Él le había hablado a Ari en relación con Amelia, de lo peligroso que resultaba remover el cieno. ¿Qué cieno se habría removido en su interior? ¿Qué recuerdos, de los anteriores a su vida en común, estarían ahora aflorando a la mente de André?

La memoria es como un jardín oscuro, pensó, uno de esos jardines umbríos, orientados al norte, que sólo permiten cultivar determinadas clases de plantas, plantas de sombra casi todas, que brotan trabajosamente y crecen con dificultad estirándose hacia arriba, en busca de la luz que se les niega.

Como tantas otras veces, pensó que era una lástima que ciertos secretos fueran inaccesibles al proceso de la autopsia, que tantos otros revela.

Él había estado presente en la autopsia de Raúl y recordaba aún con extraña precisión sus pensamientos y sentimientos de entonces. Se veía a los pies del que había sido su amigo, siguiendo los movimientos y comentarios de Étienne, que iba dictando sus hallazgos para el sumario, y se preguntaba por qué no era posible, ahora que Raúl se encontraba totalmente indefenso frente a ellos, saber qué había tenido en la cabeza a lo largo de su vida, por qué había deseado terminar con todo pegándose un tiro en la sien, qué había sentido por André, por Amelia, por él mismo. Poco a poco, el cuerpo había ido revelando sus secretos, sus hábitos, sus vicios, sus degeneraciones, pero su mente seguía siendo inaccesible y todos sus pensamientos habían muerto con él. Recordaba aún el sonido de la sierra en su cráneo —un sonido distinto del habitual, más chirriante, más intenso, quizá porque la víctima era conocida— y se preguntaba, como entonces, qué habría habido en su cerebro, cuál habría sido su último recuerdo antes de morir, antes de que aquella bala perforara su cráneo, una bala que, estaba seguro, no había sido impulsada por la presión de su dedo en el gatillo.

Dos días antes de la autopsia, sólo unas horas antes de recibir la noticia del suicidio de Raúl, Amelia había venido a casa casi a mediodía, sin anunciarse antes, y lo había pillado por pura casualidad, porque una ligera gripe le había hecho quedarse en cama unas cuantas horas más de lo habitual. Ya no recordaba qué excusa le había dado para la visita, algo que quería consultar con André, tal vez, sin explicarle por qué no había ido directamente a la editorial.

Lo único que se le había quedado grabado en la memoria era la extrema palidez de Amelia y sus manos heladas que retorcían una y otra vez unos guantes de cuero negro que había acabado por dejarse olvidados en la consola de la entrada cuando se marchó unos minutos después. Unos guantes que olían fuertemente a cordita y que ahora, once años después, probablemente ya no olerían a nada, pero que cualquier laboratorio policial podría confirmar como unos guantes que fueron usados para disparar un arma.

Por eso no se sorprendió, aunque fingió hacerlo, cuando André, después de hablar por teléfono con Amelia aquella tarde, le dijo que Raúl se había pegado un tiro en la casa de la isla de San Luis. André estaba horrorizado y perplejo y no paraba de

repetir: «Ahora que parecía haber superado lo de Hervé. Estaba estupendamente. Salía más que nunca, se divertía con todo el mundo. No es posible, Dios mío, no es posible».

Pero lo era. Aquel arma que la policía había encontrado en su mano, un arma muy femenina, como el mismo Raúl se la había descrito a él semanas atrás, había acabado con su vida. Y él sabía cómo se había desarrollado el supuesto suicidio. Tenía incluso los guantes como prueba de que no había sido Raúl, o no él solo, quien había apretado el gatillo, pero no podía decírselo a André, y tampoco quería decírselo a la policía hasta haber comprobado algo durante la autopsia que, contra los deseos de Raúl, se iba a llevar a cabo.

Cuando vieron a Amelia por la tarde, después de que el juez hubiera autorizado el levantamiento del cadáver, se había cambiado de ropa y, aunque seguía pálida, parecía más dueña de sí misma que en la visita de la mañana.

—¿Te lo esperabas? —fue la primera pregunta de André. Ella se encogió de hombros y miró a otra parte—: Sí —dijo por fin, en voz muy baja—. ¿Por qué te crees que no quería salir con vosotros? Raúl me lo había dado a entender varias veces, entre bromas y veras; se pasaba el rato hablando de su despedida y yo no me sentía con ánimos de seguirle la corriente y salir de parranda con él.

—¿Y por qué diablos no me lo dijiste? Yo habría podido...

—Nada —lo interrumpió ella, feroz—. Tú no habrías podido nada. ¿Quién te crees que eres? Raúl había tomado una decisión y ya. Ni yo pude nada, ni tú hubieras podido. No te molestes en culparte. No somos, no éramos tan importantes para él.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Amelia?

Ella volvió a encogerse de hombros:

—Tal vez para castigarnos. Dicen que suele ser un componente fundamental en todo suicidio: castigar a los que se quedan.

—¿No ha dejado una carta?

—Sí. Se la ha llevado la policía.

—¿Qué dice?

—Lo típico: que está en posesión de sus facultades mentales, que ha sido una decisión propia, que no se culpe a nadie, que lo perdonemos por las incomodidades..., todo eso. Para ser un gran escritor, ha redactado una nota de lo más insulso.

—¡Qué cruel puedes ser, Amelia!

—Tampoco es de muy buen gusto pegarse un tiro en mi casa, teniendo la suya. Y la tuya, si vamos a eso.

—Tenía que estar desesperado.

—Pse.

—¿No te insinuó por qué iba a hacerlo?

—Me hizo muchas insinuaciones. Demasiadas. La vida sin Hervé, la vejez, el tiempo de posible felicidad que habíamos perdido..., qué sé yo.

—¿Habló de mí? —preguntó André sin mirarla, con la voz estrangulada.

—Dijo algo de que habías sido su amigo más leal —mintió Amelia, sin enrojecer. André apretó fuerte los ojos y se pasó un pañuelo por los párpados.

—¿Le harán la autopsia? Él no quería.

—Me temo que no puede elegir —contestó Amelia—. ¿Verdad, Yves? Pero tú estarás presente, como él deseaba, para asegurarte de que todo se hace bien.

No había mucho más que decir, pero tampoco querían dejarla sola en un piso de donde acababan de retirar el cadáver de Raúl, así que la convencieron para salir a cenar, aunque no consiguieron persuadirla de que pasara la noche con ellos.

—Ésta es mi casa y tendré que volver a ella, si no esta noche, la de mañana o la del día siguiente. No vale la pena postergarlo. Antes o después tendré que hacerme a la idea de vivir en el mismo lugar que el fantasma de Raúl. Quizá fuera eso lo que él quería: cargarme para siempre con su fantasma... Pero a las brujas los fantasmas no nos asustan.

En el entierro, en el Père-Lachaise, un funeral multitudinario al que asistió la flor y nata de la intelectualidad parisiense y gran cantidad de público curioso, más una nutrida representación de la comunidad homosexual de París, Amelia llevaba unos guantes nuevos de piel beis. Los otros, los de cuero negro, seguían en el cajón de Yves, junto con sus posesiones más preciadas, y habían acabado por convertirse, al correr de los años, en un símbolo de amor y fidelidad. Del amor que Amelia sintió por Raúl y de la fidelidad de un amigo hacia Amelia.

## CAPÍTULO 10

A las diez en punto de la mañana, Ari marcó el número de Amelia decidido a verla como fuera antes de que terminara el día. Si no podía conseguirlo por sí mismo, le hablaría de la carta de Raúl encontrada en la maleta que Yves le había dado y eso sería palanca suficiente para sacarla de su reserva. Estaba absolutamente seguro de que Amelia, a pesar de los años transcurridos desde la muerte de Raúl, seguía siendo sensible a la idea de leer algo escrito por él y todavía desconocido para ella.

Por primera vez desde que la conocía, saltó un contestador al tercer timbrado. El mensaje estaba en francés y era tan absolutamente Amelia que sonrió, a pesar de que era un contratiempo con el que no había contado: «No voy a dar mi nombre porque estoy segura de que usted sabe a quién ha llamado. He salido a cabalgar y no regresaré hasta media tarde. Si es urgente, cosa que me parecería de pésimo gusto, puede ponerse en contacto con mi editor. Si no lo es, que es lo habitual, llame en otro momento, cuando me aburra lo suficiente como para hablar por teléfono».

Colgó, mientras se le iba difuminando la sonrisa, y se pasó la mano por la frente. Otro plan que se iba a pique. Ahora, en vez de salir descasa y encontrarse con Amelia como había pensado, tendría que quedarse en la miserable habitación de la residencia escribiendo el maldito libro mientras tantas preguntas le quemaban por dentro buscando respuestas. No tenía ni una leve excusa para ir a un archivo o a una biblioteca, no podía llamar ni a Yves ni a André, que estarían trabajando, y se negaba a llamar a Solange, que era su solución de emergencia general, porque, además, también estaría en el trabajo. Ni siquiera le quedaba un libro por recoger en alguna librería y, aunque podía perfectamente tomarse la mañana libre y marcharse a pasear o a visitar un museo, su conciencia del deber se pasaría el rato dándole mordiscos interiores y recriminándole el tiempo que estaba perdiendo. Definitivamente no había nada que lo reclamara fuera de su habitación, pero ya se había duchado, afeitado y vestido para salir, de modo que tendría que inventarse cualquier excusa antes de que las paredes se le cayeran encima.

De repente se le ocurrió una idea perfecta. Hacía meses que el librero de Saint-Sulpice le estaba guardando la caja de libros que habían pertenecido a Armand; suponiendo que no se hubiera hartado de tenerlos en la trastienda y los hubiera vuelto

a vender. Era el momento perfecto para salir de casa, dar un largo y refrescante paseo por un París en el que se empezaban a apreciar los primeros síntomas de la primavera, y volver a casa cansado del trayecto con la caja a cuestas.

Antes de que se le ocurriera cualquier cosa en contra de su plan, salió de la residencia a una mañana fresca pero llena de sol. Tomó el metro hasta Saint-Germain y caminó lentamente por la Rué Bonaparte hasta la librería, temiendo y deseando a partes iguales encontrarse casualmente con Solange y que le dijera que estaba libre todo el día. Pero las contraventanas de su piso estaban cerradas y al pasar por delante del edificio la puerta no se abrió para dejar salir a ningún inquilino.

La pequeña tienda estaba como el primer día, soleada, polvorienta y vacía. El librero, igual que entonces, se habría refugiado en la trastienda y la campanilla tampoco lo hizo acudir. Las letras doradas de los lomos antiguos seguían brillando con un fulgor mate, sedante, y el silencio era crujiente, como si estuviera habitado por minúsculos ruidos que su oído no podía distinguir.

Vagó un rato entre las estanterías, leyendo aquí y allá títulos en latín, en francés, en italiano, esperando sin ninguna prisa a que apareciera el librero para preguntarle por su caja de novelas pasadas de moda. Por fin, al cabo de unos minutos, el hombre asomó la cabeza y le sonrió:

—¿Necesita ayuda o prefiere mirar solo?

—Gracias. No sé si se acuerda de mí. Le compré una caja de libros que le había bajado una vecina para vender. Hace ya meses. No me sorprendería si ya no los tuviera.

—¡Ah, sí! ¡Claro! No se preocupe, los sigo guardando. Pero usted no debe de tener mucho interés, si los ha dejado aquí tanto tiempo —alzó una ceja, blanca e hirsuta, de modo casi diabólico.

Ari rió, encantado con la mueca del viejo:

—Tiene usted razón. Me llevé el que más me interesaba y se me olvidaron los demás. Hasta hoy.

—Sí. Yo sé lo que es desear un libro. Pero ¿quién sabe? Quizá encuentre alguna otra joya entre los que quedan. —Dios le oiga. Aunque no creo.

—Venga por aquí. ¿Le apetece un té? Estaba a punto de hacerme una taza.

Sin saber por qué, Ari contestó que le gustaría mucho y se quedó apoyado en la estantería mientras el librero ponía el agua a calentar en un pequeño fogón y preparaba las hierbas en la tetera de cerámica.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó el hombre, por encima del hombro.

—Soy filólogo.

—Sí, ya.

—¿Cómo que ya?

—Por las novelas que me compró. Lo que está claro es que teólogo no es; de lo contrario habría encontrado aquí muchas cosas interesantes. ¿Cuál es su especialidad?

—Narrativa contemporánea. Ahora estoy escribiendo una biografía de Raúl de la

Torre.

—Excelente escritor.

—¿Lo conoce?

—Claro. A fines de los setenta era conocidísimo en París. Se Veía su foto por todas partes. Si no me engaño, el libro que usted se llevó era su segunda novela.

Ari sintió que toda la sangre del cuerpo le acudía a la cara.

—No tiene por qué avergonzarse de haber encontrado el libro que deseaba —el hombre vertió el agua hirviendo sobre las hierbas, tapó la tetera y sacó del bolsillo del chaleco un reloj de oro—. Tres minutos y está listo.

—¿Por qué no me lo dijo entonces?

—¿Qué? ¿Que no era necesario que comprara todas aquellas novelas para poder quedarse con la que de verdad quería? Eso le dio una pizca de aventura a su vida y a mí me dio unos cuantos francos que realmente necesito. ¿O no habría pagado tanto como pagó sólo por esa novela? Ari asintió, sonriendo:

—Fue casi una ganga.

—Entonces los dos contentos. ¿Toma azúcar?

—No, gracias. Sólo té.

—¿Y qué tal le va con la biografía? Se habrá dado cuenta de que es una tarea imposible.

Ari contestó sólo con los ojos, porque tenía la boca llena de té ardiendo.

—Todo lo que uno escribe es ficción —continuó el librero, dando pequeños sorbitos a su té—. Por muy documentado que esté todo, cuando uno empieza a escribir, empieza a fabular y acaba escribiendo una novela, aunque no lo parezca.

—Yo trato de informarme con las personas que mejor lo conocieron.

—Pero esas personas también fabulan.

—Recuerdan.

—¿Qué es el recuerdo sino una fábula, lo que nos hemos contado a nosotros mismos a partir de los fragmentos que aún conservamos de lo que sucedió? Y hasta hay veces en las que recordamos sin memoria; al menos sin tener conciencia cabal de que tenemos memoria de lo sucedido. Eso es fabular. —O sea, que debería dejarlo.

—¡No, por Dios! Pero debe ser consciente de sus limitaciones, y después, quizá más tarde, cuando haya terminado su biografía, debería escribir en una novela todo lo que no sabe pero imagina, o lo que sí sabe y creyó que debía callar.

—Es curioso —dijo Ari, enderezándose en la silla—. Eso es justamente lo que me dijo hace unos meses una de mis entrevistadas, la ex esposa de Raúl. Pero ella es escritora.

—Y usted también.

—No, yo escribo trabajos académicos. Yo escribo *fact*, ¿comprende?, no *fiction*.

—¿Cree todavía que hay una diferencia? Mire, yo, hace muchos años, escribí una biografía de Jean Parisot de la Valette, el Gran Maestre de la Orden de Malta durante el famoso asedio turco del siglo XVI. Consulté todo lo que estuvo en mi mano, que fue



mucho, se lo aseguro. Pasé más de un año en Malta, en la biblioteca, y visité todos los lugares donde estuvo La Valette. Mi biografía es una de las más completas que existen, pero cuando terminé, a pesar de que había hecho un trabajo ímprobo y que podía estar orgulloso de los resultados, sabía que había una multitud de cosas que no había podido decir. Dejé pasar unos años, en los que luché contra mis deseos, y al final escribí una novela histórica sobre el mismo personaje. Porque necesitaba explicarme a mí mismo una multitud de detalles. Porque necesitaba fabular sin cargo de conciencia, ¿me explico?

—¿Y quedó contento con el resultado? —preguntó Ari, absorto en lo que le contaba el librero.

—Personalmente, fue un gran alivio. Comercialmente —soltó una risita—, de mi biografía hoy en día no se acuerdan más que los cuatro especialistas que han tratado de superarla. Y, sin embargo, de la novela se vendieron quince mil ejemplares en siete ediciones. Incluso ahora, hace apenas unas semanas, una editorial se ha interesado en reeditarla, a condición de que le modernice un poco el estilo. Piense que la escribí a fines de los años cincuenta, y de eso hace ya tiempo.

—Entonces, usted me aconsejaría que escribiera una novela cuando termine la biografía.

—Sólo si la materia le sigue obsesionando. Si tiene la sensación de que se ha dejado mucho en el tintero por consideraciones de todo tipo. Supongo que tratándose de una figura cuyos allegados aún siguen vivos, la cosa será más difícil de lo que lo fue para mí, aunque en mi caso, la Orden de Malta sigue viva y coleando y controla todo lo que se publica sobre un Gran Maestro del relieve de La Valette.

Sonó la campanilla y entró un anciano con gafas sin montura y bastón de caña. El librero se puso en pie con un gesto de disculpa hacia Ari:

—Buenos días, profesor Béthouart. Creo que por fin le he conseguido lo que buscaba. Espéreme un momento.

El rostro del hombre se iluminó en una sonrisa que abarcaba al dueño de la librería, a Ari y a todas las estanterías de su alrededor. El librero se perdió en las profundidades de la tienda y salió al cabo de un momento con la caja de Ari entre los brazos y un grueso tomo en equilibrio sobre las novelas antiguas.

—Aquí tiene —dijo, tendiéndole el libro al profesor—, y aquí los suyos. Venga cuando quiera a tomar un té. Yo tengo mucho tiempo libre.

Ari abrazó la caja, le dio las gracias por el té y la conversación y decidió acercarse al jardín del Luxemburgo a repasar su contenido. El profesor ocupó la silla que él acababa de dejar libre y, cuando Ari echó una última mirada a través del escaparate, ambos viejos reían con una taza entre las manos.

Amelia estaba agotada, aunque había cabalgado menos de dos horas por los senderos del Bois de Boulogne. Y, como siempre que se sentía mal después de una actividad

moderada, se encontraba de pésimo humor, pero se conocía lo suficiente para saber que quizá un rato de inactividad, sentada en una mesita al sol en el restaurante del club, bastaría para levantarle el ánimo, de modo que pidió un almuerzo ligero, acompañado de una copa de blanco frío, y trató de relajarse perdiendo la vista en las copas de los altos árboles que rodeaban la terraza. Al menos había conseguido cabalgar durante un rato y no pensar en nada, lo que ya era un progreso, pero le dolían todos los músculos por el esfuerzo y no podía evitar confesarse a sí misma que ya no tenía ni edad ni salud para ese tipo de actividades. Tendría que haberse quedado en casa a terminar la maldita novela que sería la última de la serie de sus brujas, la última de su vida.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y, cerrándolos fuertemente para evitar que fluyeran, se acabó de un trago la copa de vino y pidió otra con un gesto que el camarero comprendió de inmediato. Ya no había peligro de hacerse alcohólica, ni de que el tabaco la matara, ni de que ningún vicio pudiera ser su perdición. Bien mirado, era una forma de libertad.

Quizá por eso había estado Raúl tan eufórico durante sus últimas semanas, porque saber exactamente cuántos días le quedan a uno puede ser una manera única de ejercer la libertad. Y de disfrutar del poder sobre la propia existencia, en lugar de esperar a que las cosas sucedan.

Por eso, probablemente, se puso tan nervioso la mañana anterior a su muerte, cuando ella, tratando de sonsacarle sus intenciones, tratando sobre todo de que se avergonzara de lo que pensaba hacer al acusarla de un crimen, le pidió que le enseñara de nuevo la carta que habían escrito juntos, la carta de descargo para el juez.

Raúl se puso visiblemente nervioso y, como siempre, empezó a rascar el suelo con la puntera del zapato, mientras su cerebro funcionaba a toda marcha inventando una excusa plausible para no tener que enseñarle una carta que probablemente ya había destruido para que no pudiera ser encontrada por casualidad.

—Pero, linda, vos misma me viste meterla en el sobre y cerrarlo, ¿no es cierto? La tengo aquí en el bolsillo del saco, si la querés ver de nuevo, pero tendría que rasgar el sobre otra vez.

—Raúl, dime la verdad. ¿Es esa carta la misma que escribimos los dos?

—Estás empezando a ponerte paranoica, Amelia. Claro que es la misma, ¿cuál iba a ser?

—Pensé que quizá habías cambiado de idea.

—Vos sabes que cuando cierro un texto, es definitivo. No más correcciones, ni más enmiendas. Si está listo, está listo.

—¿Me juras que todo saldrá bien?

Él le había tomado la mano y se la había apretado contra el corazón:

—Yo nunca te haría daño, Amelia. Si alguna vez en la vida te lo he hecho, ha sido siempre sin querer y te juro que me arrepiento sinceramente de haberte causado el mínimo dolor.

Eso había sido todo. Raúl había mentido con un aplomo inverosímil y la rabia de ella había sido tan grande que hubiera podido matarlo allí mismo, frente a ella, de pie en la cocina donde había sido capaz de mentirle de aquel modo sin sonrojarse ni rehuir su mirada. En aquel momento habría sido más fácil, mucho más fácil que veinticuatro horas después, cuando se encontró de pronto en la situación que había tratado de apartar de su mente durante todas las semanas anteriores.

Raúl, recién duchado y afeitado, sin desayunar, había bajado a comprar el periódico, había leído por encima los titulares y se había sentado en la mesita del mirador con la vista fija en el agua del Sena, acariciando los bordes de la carta, sin mirarla. Entonces, sin volverse, había dicho:

—Estoy listo, Stassin.

—¿Por qué Stassin? —había preguntado ella, con un nudo en la garganta.

—Es lo correcto.

—No lo es. Hauteclair de Stassin mató junto a su amante, el conde de Savigny, por la felicidad de los dos, para poder estar juntos.

—Tenes razón. Ha sido una cita falsa. Hace muchos años que no leo esa historia. ¡Dale, Amelia, acabemos de una vez! ¡Ayúdame, por Dios, no puedo más!

Ella se acercó por detrás y le puso las manos en los hombros. Delante de ellos, sobre la mesa de madera pulida, la carta destacaba ofensivamente blanca. La miró fijamente tratando de extraer de ella la rabia suficiente para hacer lo que tenía que hacer. Él, con una mano que temblaba, la cogió para guardarla.

—He pensado que sería mejor dejar la carta a la vista —dijo ella antes de que desapareciera en la americana—. Es lo que se suele hacer en los suicidios, ¿no?

Él levantó la vista y la miró fijamente:

—Ya está todo pensado, Amelia. Deja. O, si lo preferís, metela vos en el saco, después.

Raúl sacó la pistola, diminuta en su mano enorme, y con la izquierda acarició la mano de ella como infundiéndole valor. Luego dirigió la derecha, armada, hacia su sien y la sostuvo allí, temblorosa, esperando a que ella posara su mano sobre la de él.

—No puedo, Raúl. No puedo.

Se apartó unos pasos, respirando entrecortadamente. El ligero impermeable que se había puesto sobre la ropa crujía como nieve endurecida con cada movimiento y estaba igual de frío. Sus manos enguantadas parecían arañas negras.

—¡Vení y hace lo que tenes que hacer, maldición! No te pido tanto. Pensá que podes vengarte de todo lo que te hice. De Amanda, de Hervé, de tus novelas. Por favor, por favor, Amelia. Es lo último que te pido. Luego serás libre para siempre.

Libre. Libre para siempre, cuando ella sabía que él había tratado de arreglar las cosas para que la policía la detuviera por asesinato y un juez la mandara a pasar en la cárcel todos los años que le quedaran de vida. Aunque quizá no; quizá hubiera escrito aquella carta inculpatoria en un momento de rabia y la hubiera destruido después. Por eso había podido asegurarle con ese aplomo que no había hecho nada en su contra. Le

gustaría poder creer que era así.

Raúl jadeaba ligeramente: veía moverse su espalda y sus hombros con la trabajosa respiración. La carta, blanca, casi resplandeciente, seguía allí, sobre la mesa, como un grito. ¿Por qué había insistido tanto Raúl en que la encontraran en su bolsillo y no sobre la mesa, como la dejaban todos los suicidas?

Lo comprendió en un relámpago. Si se trataba de la carta oficial, la que él le había enseñado, podía estar a la vista, frente a él. Pero si era la otra carta, la que la acusaba de asesinato, era imposible dejarla sobre la mesa porque eso implicaría que él no era la víctima que pretendía ser, sino que había colaborado en el plan. Si quería hacerse pasar por una víctima inocente que pretende que se aclare su asesinato, tenía que llevar la carta oculta en su cuerpo para hacer creer a la policía que ella ignoraba su existencia. Raúl lo había calculado todo, le había mentado, había querido arruinar definitivamente su vida. El hombre al que había amado durante tantos años se había convertido en un monstruo que intentaba destruirla.

Se acercó de nuevo, de lado esta vez, puso la mano enguantada sobre la de él y disparó, sin más palabras, sin una despedida.

La detonación no fue tan terrible como ella había imaginado. La cabeza de Raúl se sacudió un instante hacia el lado opuesto; saltaron unas gotas de sangre sobre el parqué, no la explosión roja que ella había temido; su mano izquierda se engarfió en la tela de los pantalones para relajarse enseguida y, de repente, todo había pasado. La cabeza cayó de nuevo sobre el pecho, la mano derecha, que ella había abandonado, quedó colgando paralela a la pata de la silla, el arma rebotó en el suelo y la calma volvió a la habitación.

Ella, con unas manos que temblaban descontroladamente, cogió el sobre por una punta, lo llevó a la cocina y lo abrió sobre el fregadero, como si contuviera algún veneno. La carta era la que ella temía, el original de la que había encontrado en el escritorio de Raúl, el texto escrito a mano en el que la acusaba de asesinato. Sintió deseos de volver al salón y escupir encima de su cadáver, pero se contuvo. Rasgó la carta y el sobre minuciosamente, en trozos no mayores que el confeti de Carnaval, los metió en una bolsita de plástico y se la guardó en el bolso, de donde sacó la carta que tenía preparada y que colocó en la mesa, delante de Raúl. Luego se quitó el impermeable, lo arrugó y lo metió en la bolsa de una tienda de alta lencería. Todo sin quitarse los guantes. Entonces se puso el abrigo, cogió el bolso y salió de casa cerrando con doble vuelta, como siempre. Bajó al café de Guy, tomó un té, cambió con él un par de frases insípidas, cosa a la que Guy estaba acostumbrado porque cuando la señora trabajaba siempre tenía la mente en otra parte, y después cogió su coche en el garaje, fue a unos grandes almacenes, se compró un suéter y unos pantalones, calcetines y ropa interior, metió toda la ropa que llevaba en la bolsa que había cogido en casa, condujo hasta uno de los puestos de Caritas, trasladó la ropa a una de las bolsas de recogida de la organización y la tiró por la trampilla junto con otras docenas de bolsas iguales.

Después, sin haberlo decidido conscientemente, pasó por casa de André, con la esperanza de que por alguna razón estuviera. Si no, no era problema, porque no habría nadie. Yves entraba a trabajar a las ocho.

Por eso le sorprendió tanto, cuando se abrió la puerta, que fuera Yves el que estuviese en casa. De repente no sabía qué decirle ni cómo justificar su visita. Al acercarse a él para darle un beso, se dio cuenta con desmayo de que llevaba aún puestos los guantes negros que había pensado tirar en la bolsa de Caritas. Se los quitó y los estrujó entre las manos sin saber qué hacer con ellos. Aquellos guantes no podían estar en su casa, ni en su bolso, ni en ningún lugar de su propiedad, aunque estaba segura de que la policía no llevaría tan lejos sus investigaciones. Quizá el sitio más seguro fuera precisamente la casa de Yves y de André. Nadie sospecharía de ellos. Aparte de que eran sus mejores amigos, no ganaban absolutamente nada con su muerte. Si se dejaba olvidados los guantes allí, Yves los guardaría en algún cajón hasta su próxima visita y se los devolvería cuando ya hubiera pasado todo.

Yves le ofreció un té, que ella rechazó porque temía que el temblor de sus manos al sujetar la frágil taza de porcelana china delatará lo que pasaba en su interior. Le pidió un vaso grande de agua y, mientras él iba a la cocina a servírselo, ella dejó los guantes en el suelo, debajo de los abrigos, como si se le hubieran caído allí al colgar el suyo. Luego fue al salón, aferró el vaso con las dos manos y se forzó a tragarse el agua mientras Yves le contaba que se había quedado unas horas en cama por un principio de gripe, pero que lo habían estado llamando del trabajo constantemente, por lo que había decidido levantarse y acudir. Al menos eso le serviría de coartada si la policía quería investigar dónde estaba él en el momento de la muerte de Raúl.

Se despidió al cabo de apenas unos minutos, con la sospecha de que su actuación no había resultado demasiado convincente, pero si era necesario, siempre podría decirle a él y a André, en confianza, que al salir de su piso ella ya sabía que Raúl iba a aprovechar el rato de soledad para pegarse un tiro, que ella no había podido convencerlo de cambiar de resolución y que sabía que, al volver a casa, encontraría su cadáver. De ahí su nerviosismo. Tendría que bastar. Tendría que bastar porque ya era tarde para cualquier otra cosa. La suerte estaba echada.

Ahora sólo quedaba deshacerse de los papelillos que llevaba en la bolsa de plástico, pero eso no sería difícil porque pensaba ir dejándolos, en grupos de tres o cuatro, en diferentes papeleras, y aventar los últimos desde el puente del Trocadero, junto a la torre Eiffel, en un gesto que, irónicamente, le parecía muy rauliano. Después comería algo por la zona, volvería a casa, y empezaría el acto final.

En el Luxemburgo, Ari se había instalado en un banco al sol, cerca del estanque, y disfrutaba con los ojos cerrados del calor casi de mediodía, mientras las risas y gritos de los niños pequeños le llenaban los oídos. El parque estaba prácticamente tomado por madres jóvenes y canguros de bebés de todas las edades por debajo de los seis

años, ya que los niños mayores estaban aún en la escuela. Recordó que precisamente allí, y mirando a los niños, meses atrás, Amelia le había dicho que nunca había sentido su falta, que nunca le habían interesado, a pesar de que escribía novelas infantiles. Se preguntó dónde estaría Amelia y cuánto faltaría hasta que ella decidiera volverlo a llamar. A su pesar, su ausencia le quemaba, como una herida que aún no ha empezado a cicatrizar. Tenía que verla como fuera, no importaba la excusa, tenía que verla esa misma tarde o acabaría por ponerse a aullar de desesperación.

La caja con los libros viejos estaba a su lado y no tenía ni idea de qué hacer con ellos. No tenía ningún sentido llevarse a casa todos aquellos volúmenes —*best-sellers* antiguos en su mayoría—, pero tampoco le gustaba la idea de abandonarlos en un banco del parque. Si fueran algo comestible, hubiese podido dejarlos allí para los clochards, pero no creía que los vagabundos de París tuvieran mucho interés en la lectura y no le apetecía buscar una biblioteca de barrio e intentar regalarlos. Decidió darles un repaso somero, por si había alguna cosa que valiera la pena guardar, y luego los dejaría bajo una papelera. Al fin y al cabo, el parque estaba a dos pasos de la Universidad y quizá algún estudiante sintiera interés por alguna de aquellas novelas.

Las pasó con rapidez, como las fichas de una biblioteca, sabiendo que no había nada que hacer, que eran basura, pero sintiendo de nuevo esa estúpida ternura por los libros viejos. El último le arrancó una sonrisa; era un ejemplar de la novela del librero: *El Gran Maestre*, séptima edición, de 1965. Lo abrió pensando que, a pesar de que no había tardado más de un par de minutos en la trastienda, podía habérselo dedicado y, efectivamente, leyó: «De un biógrafo a otro, a manera de ejemplo. Jean Paul Boissonet». Pero lo más curioso era que, a mitad del libro, el hombre había metido un par de páginas amarillentas, arrancadas de un cuaderno escolar, escritas en la inconfundible letra de Raúl.

Volvió a sentir que el vértigo se apoderaba de su vida. ¿Era posible que aquellas hojas hubieran estado siempre en cualquiera de los libros de casa de Armand? Tenía que ser así. El librero las habría encontrado al repasar las novelas que Solange le había bajado para quitárselas de encima y las habría puesto aparte sin saber qué hacer con ellas. Ahora, después de su conversación en la librería, se habría dado cuenta de que para él tenían valor y se las había regalado junto con su novela histórica. Sólo se trataba de saber qué había en ellas, pero por algún motivo incomprensible no sentía la necesidad de leerlas de inmediato. Había tenido demasiadas comunicaciones de ultratumba en el pasado reciente y cada vez le gustaba menos la imagen de Raúl que empezaba a formarse en su mente y que estaba contaminando la idea luminosa que había sido el germen de su biografía. En los últimos tiempos, cada vez que se sentaba a escribir tenía la sensación de cumplir un deber que se le iba haciendo más y más penoso y, además, mucho peor, la de estar mintiendo, la de estar ocultando datos para no empañar su recuerdo, como si estuviera escribiendo un panegírico en vez de una biografía.

Cuando se dio cuenta, ya había desplegado las cuartillas sobre la novela del

librero y había empezado a leer:

*Querida, queridísima Amelia:*

*Te escribo esto en un impulso, aunque me temo que nunca llegarás a leer estas líneas porque ni yo mismo sé hasta qué punto quiero que sepas lo que voy a decirte.*

*Ha sucedido algo en mi vida, algo fulgurante que nunca me hubiera atrevido a imaginar y, a pesar de que deseo compartirlo con vos, como he compartido minuciosamente todo lo que he vivido en los años que llevamos juntos, por otro lado, se trata de algo tan íntimo, tan inesperado y tan bouleversant que ni siquiera me creo capaz de ponerlo en palabras. Yo, que vivo de eso, que vivo para eso, como vos sabes.*

*Pero te estoy asustando, linda, y eso es lo último que quiero hacer. Así que te diré, antes de seguir adelante, que nada va a cambiar entre nosotros, que, como siempre, vos y yo somos uno y nada de lo que suceda en nuestras vidas podrá cambiar esa verdad fundamental. La suerte te puso en mi camino y caminaré con vos hasta el final de mis días, mientras me quede aliento. Pero he encontrado a alguien..., ¿cómo describirlo? ¿Cómo decir lo que siento cuando lo miro y me devuelve la mirada, cuando me toca y me olvido de todo lo que fui, lo que soy y lo que podría llegar a ser en un futuro?*

*Vos sos la mujer de mi vida, Amelia, la única, la definitiva, la que amaré siempre, en este mundo y en cualquiera que pueda existir después. Y él es..., no sé. No es el hombre de mi vida. Pero es el hombre del momento, el que llena mi presente de alegría y de luz. ¿Te sorprende? ¿Te choca el que, después de tantas conversaciones con André, en que tantas veces le he reprochado sus «desviaciones»; yo haya acabado por caer en lo mismo que le recriminaba? A mí también me cuesta confesarlo. El nuevo Raúl, que se ha descubierto a si mismo en brazos de un hombre, no se avergüenza, pero el viejo sí: el viejo tiembla de terror al pensar en tu reacción. ¿Qué haré si me desprecias, si me abandonas? ¿Qué haré si la gente, mi público, mis lectores, mis críticos, mis amigos, se ríen de un Raúl que se entrega a un hombre como una cortesana?*

*Tengo miedo, Amelia. Tengo miedo porque lo que siento por él es una sed devoradora, pero no es amor. No es ese amor que me llevaría a dejarlo todo por él, a alzar mi voz contra el viento y gritar hasta quedarme ronco que él es la mitad de mi existencia en este mundo. Y sin embargo no puedo abandonarlo. Es demasiado nuevo, demasiado intenso. Aunque vos seas el oasis que siempre desearé, sería como volver al desierto después de haber visto el mar.*

*Por eso te pido comprensión. Y paciencia. Sé que en algún momento de mi*

*vida, cuando logre aceptar para mí mismo lo que soy, lo que acabo de descubrir en mí, podré mirarlo sin temblor y seguir adelante. Pero ahora no puedo. No puedo sin él y no puedo sin vos.*

*No soy un hombre fuerte, Amelia, vos lo sabes, amor mío. Y esta carta quedará sin terminar, sin entregar, porque tengo miedo de tu reacción, porque tengo miedo de tu desprecio, de tu burla, porque tengo miedo, sobre todo, de tu abandono.*

*Seguiré fingiendo como pueda, mintiéndote a vos, que no me has mentido nunca, para que no descubras lo que me está pasando. La vergüenza es excesiva en cuanto me alejo de él por unas horas, en cuanto vuelvo a ver la vida lejos de su cuerpo.*

*Sé que quizá podrías aceptarlo, igual que yo siempre acepté que tuvieras amantes circunstanciales en nuestros periodos de distanciamiento físico, pero me enloquece la idea de que me mires pensando que soy un... ¿Qué palabra elegirías, tú, que tantas posees? Haría cualquier cosa por ahorrarte ese trance, por evitar ver tus ojos dilatados por la sorpresa y el asco, tal vez. No quiero hacerte daño y callaré por eso, esperando el momento en que todo lo que ahora me mata y me da vida quede atrás y pierda su importancia.*

*Amelia, Amelia, no sé ya qué me digo, no sé qué me lleva a escribir esta carta que nunca te daré. Él ha salido a comprar algo de comer para los dos; volverá pronto y entonces..., me tiemblan las manos de pensarlo.*

*Perdóname, linda. Me hace bien decirlo, escribirlo aquí aunque nunca llegues a leerlo.*

*Oigo la llave en la cerradura...*

Las últimas palabras habían sido escritas con tanta prisa, y quizá con manos tan temblorosas, que eran apenas reconocibles como la escritura de Raúl. La última «a» quedaba alargada en una raya de tinta y ya no había nada más, ni en la misma página ni a la vuelta. Tampoco había fecha, ni firma. Era sólo una carta inacabada que nunca llegó a entregar a Amelia y que llevaba más de veinte años encerrada en alguno de los libros que Raúl habría olvidado en casa de Armand. La carta que habría ahorrado a Amelia años y años de angustia, de construir hipótesis y verlas de nuevo tiradas por tierra.

Ahora tenía la mejor excusa posible para ir a verla porque, cuando hubiera leído esa carta, ya no sería necesario mostrarle las fotografías encontradas en la funda del saxo. La explicación se imponía por sí misma: Amanda, que era íntima amiga de Armand, se había enterado de la relación homosexual de Raúl y había amenazado con hacerla pública. El terror de Raúl había sido tan grande que se había avenido a todo, con tal de que nadie se enterara de lo sucedido. Amelia ya conocía el móvil político de Amanda, ahora, gracias a esta carta, se enteraría de cómo consiguió llevar a cabo la «conversión» de Raúl. Un capítulo de su vida quedaría cerrado, y en paz.



Le iba a llevar a Amelia una carta del pasado, la carta que había estado esperando toda su vida. Ése sería el pasaporte a la nueva felicidad, a un nuevo principio. Por una vez Raúl iba a hacer el bien a dos personas que lo habían querido.

Cuando Amelia llegó a casa se metió directamente en el baño y tardó dos horas en volver a salir. Los años y la soledad la habían acostumbrado a disfrutar de un tipo de placeres que en su juventud hubiera despreciado: el placer de desperdiciar el tiempo metida hasta el cuello en un agua caliente y sedosa, el placer de relajar la vista en la penumbra de las velas, tumbada en la hamaca con un paquete de fango en la espalda y una mascarilla en la cara, el placer de oír una buena música mientras se aplicaba sus cremas masajeando los músculos doloridos, el placer de secarse el pelo lentamente, con el aire apenas tibio del secador, el placer de restaurarse poco a poco, como un cuadro antiguo a quien el experto va devolviendo sus texturas y colores. Ahora no se trataba ya de embellecerse, ni de hacerse atractiva a ojos extraños, sino de sentirse a sí misma, de sentir su propio cuerpo emergiendo tibio y pulsante de la cáscara vieja y agotada que había arrastrado hasta su casa.

A las siete, casi recién nacida a pesar del cansancio infinito que había siempre en su interior y que era, para ella, el peor síntoma de su enfermedad, le echó un vistazo al contestador y descubrió con una mezcla de sentimientos que Ari había intentado comunicarse con ella y no había dejado ningún mensaje. ¿Tendría algo que decirle o era sencillamente que quería verla? Le habría gustado oír su voz, pero él no se había atrevido a decir nada y ahora tendría que ser ella la que lo llamara. Tenía una buena excusa; podía preguntarle qué quería, si había sucedido algo especial, si le apetecía pasarse por su casa a tomar algo y charlar un rato. Pero no. Un muchacho de su edad tendría otro tipo de planes para pasar la tarde después de una jornada de trabajo y, si ella lo llamaba, se sentiría en la obligación de cancelar cualquier compromiso para acudir a la cita.

Desconectó el contestador y fue a vestirse pensando que, de hecho, habían quedado en que ella lo llamaría cuando estuviera dispuesta a verlo y que él podía muy bien no atreverse porque estaba esperando que fuera ella la que se pusiera en contacto.

¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? ¿Por qué, a los casi sesenta y cuatro años, tenía que comportarse como una adolescente estúpida, negándose a llamar primero para que él no pensara que lo necesitaba? ¿Qué había de malo en necesitar?

Volvió al salón, ya vestida, decidida a dar el primer paso, y entonces sonó el teléfono. La llamada procedía del móvil de Ari. Lo dejó sonar tres veces retorciéndose las manos para no precipitarse a contestar y temiendo a la vez que los timbrazos cesaran.

—Amelia —contestó en la voz más neutra que pudo fingir.

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin la encuentro! ¿Qué tal su paseo a caballo?

Estuvo a punto de preguntar cómo sabía él lo que había hecho cuando recordó la cinta grabada que había dejado por la mañana.

—Estoy falta de práctica. Me duele todo, pero bien.

—¿Tiene ya planes para esta noche?

—No. ¿Debería?

—No sabe cuánto me alegro. ¿Podemos vernos?

—En principio, sí. ¿Pasa algo especial?

Hubo una pausa seguida de una inspiración rápida.

—Sí, pero no es eso lo fundamental.

—¿NO?

—Lo fundamental es que necesito verla, Amelia. Hace mucho que necesito verla.

Por favor.

Amelia sintió un escalofrío.

—De acuerdo. ¿Qué sugiere?

—¿Me deja que la invite a cenar?

—¿Dónde?

—Donde usted elija. Yo no conozco casi nada en París, pero estando con usted el lugar no me importa.

—Hoy no me apetece ponerme de tiros largos. ¿Le gusta la comida tailandesa?

—Sí.

—¿La conoce?

—No.

Amelia soltó la carcajada:

—Le espero delante de Notre Dame dentro de media hora. Hay un sitio agradable muy cerca de allí.

—A las ocho menos cuarto entonces, delante de Notre Dame.

—Exactamente en el kilómetro cero de las carreteras de Francia. No se retrase.

Amelia colgó y se abrazó a sí misma sonriendo descontroladamente. Estaba hecho. Volvió a su dormitorio, entró en el vestidor, sabiendo que tenía cinco minutos para elegir el vestido y diez para maquillarse, y acabó escogiendo el mismo vestido rosa pálido que llevaba el día de su cita frustrada con Ari y que se había prometido a sí misma no volverse a poner en la vida.

Esta vez Ari se decidió por un ramillete primaveral de tulipanes rojos, gerberas anaranjadas y unas florecillas azules cuyo nombre no conocía. Ya estaba acostumbrado a que no le aceptara las flores, pero empezaba a ser una especie de contraseña entre los dos y, aunque hubiera preferido llevarle una docena de rosas rojas de tallo largo, le daba miedo comprometerse hasta ese punto sin que ella le hubiera dado ningún motivo. De modo que prefirió unas flores más alegres y, sobre todo, más neutras.

Cinco minutos antes de la cita ya estaba con el ramillete frente a Notre Dame, paseando entre grupos de turistas que lo miraban divertidos. Le resultaba inexplicable esa especie de sorna que siempre desata un hombre que espera con un ramo de flores, pero aunque también había miradas de curiosidad e incluso de envidia por parte de algunas mujeres, lo más generalizado era la sorna; miradas con el rabillo del ojo que parecían decirle: «Y si no viene, ¿qué piensas hacer con las flores, Casanova?». Pero vendría, esta vez todo saldría bien, se lo había prometido.

Volvió a tocarse el bolsillo interior de la americana donde llevaba las fotocopias de los papeles que pensaba enseñarle, aunque no sabía si lo haría por fin o lo dejaría para otro momento. Amelia había pasado de ser sobre todo la ex esposa de Raúl y su principal fuente de información a ser la mujer con la que quería pasar esa noche, a la que quería entregarle sus flores y dejarse tragar por sus ojos grises sin pensar en nada más.

Se colocó de espaldas a la catedral, tratando de controlar con la vista todas las calles que pudieran traerla hasta él, por eso se sobresaltó cuando sintió un toque en el hombro y al volverse descubrió que era ella, que había venido por detrás.

—Sería usted un pésimo espía —dijo, sonriendo—. No me diga que son para mí. Es usted auténticamente recalcitrante.

—Pensé que me harían compañía si por fin decidía no acudir.

—Ande, démelas. Ya deben de haberlo mirado bastante.

La noche era suave y sin viento y las calles estaban llenas de gente que salía, como ellos, a cenar, o que volvía a sus casas después del trabajo o las clases del día. Amelia se colgó de su brazo, mientras con la mano derecha balanceaba el ramo boca abajo.

—Cuénteme, ¿cómo va el libro?

—Bien. Avanzando. Pero he encontrado un par de cosas con las que no contaba y ahora tengo que replantearme algunos capítulos.

—¿Cómo que ha encontrado cosas? ¿Dónde?

—Ahora le contaré. Estoy seguro de que algunas le interesarán.

—¿No me adelanta nada?

—Cuando estemos sentados en algún sitio. Disfrute del paseo.

—¿Y de la compañía?

—Si puede...

Ella se rió echando la cabeza atrás y él tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarla allí mismo, en medio de la calle.

—La he echado mucho de menos, Amelia —dijo, en vez de abrazarla.

Ella le apretó ligeramente el brazo.

—Yo también. Pero en mi caso no tiene mérito porque me aburría soberanamente en Suiza.

—Podría haberme escrito.

—Usted también.

—Yo no sabía dónde localizarla. André me dijo que era imposible y que usted no quería comunicarse con el mundo cuando se iba a Suiza. Yo no insistí porque..., en fin..., porque pensaba que no tenía derecho.

—¿Qué es lo que le da derecho a uno a escribir a una mujer?

—Ella. Sólo ella. Y usted me había dicho, en el desayuno aquel, ¿recuerda?, me había dicho que esa noche no había sido más que una broma.

—¿Yo le dije eso? —ella se hacía la sorprendida—. ¡Qué crueldad!

Ari se paró de golpe y la miró:

—¿No fue una broma?

Los ojos de Amelia parecieron hacerse más líquidos y más grandes durante unos segundos.

—No hay que hacer caso a todo lo que digo. Las brujas también somos vulnerables y tenemos que protegernos, ¿comprende?

—Usted no tiene que protegerse de mí, Amelia —Ari le cogió la mano que ella seguía apoyando en su brazo y se la besó. Ella tragó saliva y apartó la vista.

—Ya hemos llegado, mire, es ahí, cruzando la calle.

—Amelia —dijo él, sin dejarse desviar—, ¿por qué no hablamos claro?

—Más tarde, Ari, más tarde. Ya habrá tiempo para hablar claro. Ahora necesito sentarme.

Cruzaron la calle en silencio y se instalaron en la mesita junto a la ventana. Amelia pidió un jarro para las flores y durante unos minutos se concentraron en la carta, aunque a Ari le daba absolutamente igual lo que le trajeran. Si la había invitado a cenar era sencillamente porque quería estar con ella y era la única manera civilizada de disfrutar de su compañía y, quizá, de dar ocasión a que se repitiera el milagro. Sabía que estaba empezando a colocarse en la posición subalterna que Amelia había ocupado siempre respecto a Raúl, esa posición que daba derecho al otro a conceder el placer y a retirarlo a su capricho, pero no podía hacer nada por evitarlo y, si el estar o no con ella dependía de su humor, así tendría que ser.

Ella lo miraba por encima de la carta, cortas miradas líquidas que se interrumpían al cabo de unos segundos y que lo hacían tensarse de anhelo.

—¿Tiene usted mucha hambre? —preguntó Amelia al cabo de varias miradas.

—¿La verdad? No. Pero me comeré cualquier cosa que pida.

—Es que estaba pensando... —continuó ella, como sin darle importancia, pero mirándolo fijamente—, que en casa tengo un par de tonterías apetitosas que he comprado al volver del club y que quizá fueran bastante para los dos. A menos que tenga un hambre de lobo.

Él se puso en pie de inmediato. Ella se rió suavemente.

—No es una orden, querido. También podemos cenar aquí y acercarnos luego a casa a tomar una copa. Como prefiera...

—Si me da a elegir, soy partidario de marcharnos ya.

—¿Sin probar la cocina tailandesa? —su sonrisa se había hecho francamente

picara.

—Prefiero bailar —dijo él, esperando que comprendiera el mensaje y que no lo encontrara demasiado claro.

Ella se levantó y le tendió la mano:

—Bailemos, entonces.

Salieron del restaurante ante la mirada perpleja del camarero, que no les dijo nada porque era evidente que, para aquella extraña pareja que él habría tomado por madre e hijo, el mundo de alrededor había dejado de existir. Los vio salir abrazados, mirándose como si se acabaran de descubrir el uno al otro y decidió no decirles tampoco que acababan de olvidarse el ramo de flores sobre la mesa.

—Me pregunto qué habrá encontrado Ari en la maleta de Raúl —dijo Yves mientras le servía un coñac a André en la pausa de publicidad de la película que estaban viendo en televisión.

André lo miró, perplejo:

—¿De qué hablas?

—De la maleta de Raúl. La que se dejó aquí la última vez que vino y que me pidió que le guardáramos en el sótano, ¿no te acuerdas?

—Ahora que lo dices, algo me suena, sí. ¿Qué pasa con la maleta?

—Que se la regalé a Ari el otro día, no sé, hará como una semana, o dos, cuando vino a preguntarme discretamente si ya tenía la información de la *Sûreté*. ¿Te acuerdas de que te dije que Ari me había ayudado a bajar los trastos al sótano y a subir los nuevos? Pues entonces vi la maleta y, como a nosotros no nos hacía ninguna falta, se la di a él.

—Podrías haberme consultado.

—Habrías dicho que no. Te conozco, querido, tú no eres partidario de tirar nada. Si no fuera por mí acabarías convertido en uno de esos viejos rodeados de bolsas de basura. Pensé que a él le haría ilusión. Total, tú ni te acordabas de su existencia.

—¿Y si hay algo confidencial?

—Si no te ha hecho falta hasta ahora, no veo por qué vayas a necesitarlo después de once años de la muerte de Raúl. Además, si hay algo a tu nombre, estoy seguro de que te lo dará.

—Y si hay algo..., no sé..., algo que no debería leer ningún extraño. Algo... comprometedor —André estaba francamente nervioso; tanto, que acababa de apagar la televisión, a pesar de que la película que estaban viendo le interesaba.

—Comprometedor ¿para quién?

—No sé.

—¿Piensas que puede haber algo comprometedor para ti? ¿Has hecho algo que yo no sepa? —Yves seguía hablando en tono ligero, pero la reacción de André estaba empezando a ponerlo nervioso también a él.

—No, claro que no.

—Pues entonces. Deja que disfrute. Lo más probable es que no haya encontrado más que una muda y el libro que estuviera leyendo entonéis. La mayor parte de los autores que conozco no arrastran sus obras inéditas ni sus diarios secretos cuando van a pasar un par de días fuera.

—Pero Raúl sabía ya entonces que no iba a volver a su casa.

—Si no me equivoco, fuisteis tú y Amelia los que vaciasteis su piso y guardasteis todo lo que podía tener algún valor.

—Sí —André se pasó la mano por la frente y tomó un largo trago de coñac—. Amelia lo guardó todo. No me extrañaría que lo hubiera quemado. A Ari le dijo que no quedaba nada que valiera la pena.

—¿Y es verdad?

—¡Qué sé yo! Recogimos unas dos cajas de papeles, notas, cosas empezadas..., no me dejó ni mirarlas bien. Y al fin y al cabo es ella la heredera de la propiedad intelectual de Raúl. Tenía derecho, y yo no me sentía con ánimos de hurgar entre sus cosas.

—Te afectó mucho su muerte, ¿verdad?

—Era mi mejor amigo. Casi cuarenta años de amistad.

—Con altibajos.

—Como todas las relaciones, ¿no? —la voz de André se había hecho casi agresiva. Yves sabía que no era un tema adecuado para una velada tranquila en casa, pero no podía dejarlo, ya que, a pesar de todos los años que llevaban juntos y de que su amor era seguro y estable, el fantasma de Raúl seguía paseándose entre ellos, cada vez con más frecuencia desde que Ari había empezado su investigación.

—Yo nunca podré sustituir a Raúl —dijo Yves con voz ahogada, mientras, de espaldas a André, se servía otra copa.

—Nadie podrá nunca sustituir a Raúl.

Yves cerró los ojos y apretó el vaso hasta que sintió que iba a estallarle en la mano. Era culpa suya. Él había provocado esas palabras con la esperanza de que André dijera cualquier otra cosa, algo como «Raúl era mi amigo y tú eres mi amor» o «No hay comparación posible entre vosotros», que hubiera dejado las cosas abiertas, o «Tú eres el hombre de mi vida» o hasta «¡Qué tonterías dices!», pero se había limitado a darle la razón sin añadir una palabra más. Y eso dolía. Dolía tanto como para querer estrellar el vaso contra la pared y salir de la casa dando un portazo, pero se limitó a quedarse donde estaba, de espaldas a él, tomando cortos tragos de ginebra que le quemaban en la garganta contraída.

—¿Qué te pasa, Yves? —preguntó André, al cabo de unos minutos de silencio—. ¿Qué he hecho mal?

—Nada —la respuesta fue automática—. Me voy a dormir.

Tendría que haberle dicho lo que realmente sentía, lo que se disparaba en su interior cada vez que se hablaba de Raúl como si fuera un ser sobrenatural. Hacía

mucho tiempo que deseaba decirle a André todo lo que había callado durante once años para no hacerle daño, para que no tuviera que replantearse la imagen de sus dos mejores amigos hasta llegar a la conclusión de que no habían sido lo que él creía. Tendría que haberle dicho que Amelia era una asesina, que había sido su mano la que disparó la bala que acabó con la vida de Raúl; que, aunque él había llegado a comprender los motivos que la habían llevado a hacerlo y había decidido callar para siempre, Amelia tenía las manos manchadas con la sangre del que había sido su esposo. Tenía que haberle contado que Raúl, el adorado, maravilloso, inocente Raúl, había intentado implicar a Amelia, después de haberle pedido que lo matara, contándole a él que guardaba una pistola en el cajón de su tocador; que había pasado sus últimas semanas fingiendo que había superado el dolor por la muerte de Hervé con el único propósito de que la policía llegara a la conclusión de que no tenía motivo para suicidarse y de que, en consecuencia, su suicidio había sido un asesinato. Cosas que André, en principio, sabía, pero que nunca había querido hilvanar para que dieran la clara imagen que él sí se había formado porque su entrenamiento profesional lo llevaba a analizar los hechos y a interpretarlos para que dibujaran un paisaje coherente. De alguna manera que nunca había podido comprender en todos sus detalles, Raúl había convencido a Amelia de que participara en su muerte, pero había preparado el terreno para que ella quedara como asesina en las investigaciones policiales. Él mismo habría tenido que ser un importante testigo de cargo contra Amelia, si los planes de Raúl se hubieran hecho realidad. Él podía haber testificado que Raúl le había dicho que Amelia guardaba un revólver entre su ropa, que sus últimas semanas habían sido despreocupadas y alegres, que Amelia se había presentado en su casa la misma mañana de la muerte de Raúl, pálida y nerviosa, estrujando unos guantes que olían a cordita. Pero no lo dijo. No lo dijo en el primer momento porque no quería hacer más daño a André, que bastante tenía con haber perdido a Raúl sin que hubiera que añadir que Amelia había sido la causante de esa muerte. Y no lo dijo más tarde porque, después de los resultados de la autopsia, inmediatamente contrastados con los análisis que el médico de cabecera de Raúl le había hecho unas semanas antes de su muerte, comprendió que la actuación de Amelia había sido un acto de amor.

La policía no había tenido que investigar más a fondo porque el móvil del suicidio estaba claro, no había nada que apuntara a una intervención de otra persona, la carta explicativa al juez hacía patentes las intenciones de Raúl y, si estaba escrita a máquina, era porque Raúl siempre había escrito así sus cartas, incluso las más personales, cosa que podían testificar todos sus amigos y conocidos. El caso había quedado cerrado sin que se hubiera originado una mínima sospecha. Sólo él sabía lo sucedido, pero su amor por André, y por Amelia, le había impedido seguir investigando hasta llegar a comprender todos los detalles. Había decidido que el recuerdo de Raúl y la existencia de Amelia, después de su suicidio, quedarían limpios para siempre.

Pero cuando André hablaba del que había sido su amigo como si se tratara de algún santo, de algún ángel bajado a la Tierra, la rabia lo cegaba y le gustaría gritarle todo lo que sabía, todo lo que imaginaba, todo lo que, aun ahora, podría probar si quisiera.

Sabiendo que era estúpido lo que hacía, se tomó un somnífero con un trago de ginebra y se metió en la cama, esperando que el día siguiente trajera una disculpa de André. O al menos una caricia.

Mientras Amelia estaba en la ducha, Ari se había instalado en el sofá del salón con uno de los varios álbumes de fotos en el regazo y un vaso de zumo de naranja al alcance de la mano. Llevaba puesto un lujoso albornoz masculino que, al parecer, había pertenecido primero a John, el marido americano de Amelia, y después, intermitentemente, a Raúl, en las temporadas en las que se instalaba en el piso. Al principio le había hecho un efecto casi desagradable la idea de ponerse una prenda que habían usado otros dos hombres, como si eso lo igualara a los anteriores en la larga fila de los que habían pasado por la vida de Amelia, pero cuando uno se enamora de una mujer de más de sesenta años, no puede esperar ser el primero. A lo mejor que puede optar es a ser el último, con suerte.

Pasaba las hojas casi con displicencia, como si lo que antes le importaba por encima de todo se hubiera convertido ahora en un simple pasatiempo intrascendente. Su imagen de Raúl había sufrido tantos cambios desde el comienzo de su investigación que había llegado a un punto en que sentía que el hombre cuya vida estaba reconstruyendo era alguien totalmente distinto al Raúl que él había admirado e incluso querido. Y, sobre todo, desde que había encontrado a Amelia, desde que unas horas atrás ella le había dicho que también lo quería, todo lo demás se desdibujaba, perdía su importancia, se relativizaba para quedar convertido simplemente en una ocupación, en un trabajo cotidiano, y no ya en una obsesión vampírica como lo había sido hasta el día anterior. Ahora, cuando miraba las fotos, se descubría buscando el rostro de ella, no el de Raúl, y deseando haber nacido veinte años antes para haber coincidido con ella, jóvenes los dos. Sin embargo, cabía en lo posible que la combinación no hubiera resultado porque, en ese caso, él tendría que haber competido con Raúl y, a pesar de todo lo que había descubierto sobre él, sabía con seguridad que no era posible competir con Raúl y ganar. Al menos no con Amelia y con André. Si él podía ahora estar con ella imaginando un futuro juntos era, simplemente, porque Raúl ya no existía.

Cogió el álbum y el vaso de zumo y se trasladó a la mesita del mirador porque había mejor luz, pero en vez de concentrarse en las fotografías dejó vagar la vista por las aguas cabrilleantes del Sena, pensando en la noche anterior y en lo que traerían las noches y los días siguientes. Se sentía feliz, tranquilo, colmado y, al mismo tiempo, seguía teniendo miedo de que ella volviera a cambiar de opinión y lo abandonara. Y



le asustaba también lo contrario: que Amelia decidiera instalarse en su vida para siempre, porque a pesar de que era eso lo que él deseaba, no sabía si estaba preparado para aceptarla públicamente como la aceptaba en privado. Sabía que era totalmente absurdo y que las relaciones se entablan entre personas, no entre fechas de nacimiento, pero le seguía molestando el que, cuando estaban juntos, la gente pudiera pensar que eran madre e hijo. Se imaginaba presentando a Amelia a sus colegas, a sus amigos de Heidelberg, y le rechinaban los dientes al pensar en los comentarios que harían a sus espaldas, en las risitas y las bromas subidas de tono. ¿Qué dirían sus padres? ¿Qué diría Rebecca, si llegaba a conocerla? «Lo nuestro no podía funcionar porque lo que tú buscabas era una madre. Ahora ya la has encontrado». Podía oír incluso el tono condescendiente de Rebecca que siempre lo había sacado de quicio.

Y sin embargo, él quería a Amelia, la quería de un modo irrevocable e impetuoso que nunca hubiera creído propio de él, que nunca se había considerado pasional. El amor adolescente le había llegado tarde, pero le había llegado y no querría habérselo perdido por nada del mundo. Cuando pensaba que, al cabo de unos minutos, Amelia saldría de la ducha, oliendo a su perfume favorito, y lo abrazaría, se sentía débil por dentro y se le derramaba la sonrisa por toda la cara. Lo mejor sería dejar de pensar, decidió, y dejar que las cosas sucedieran, una tras otra, sin planearlas, sin forzarlas. Dejaría que la vida siguiera su curso y que todo se resolviera por sí solo. Cuando Solange, si volvía a verla, le dijera con ese veneno del que era capaz: «Así que te has ido con la vieja», sonreiría y diría que sí. Simplemente, sin explicaciones adicionales. Sí. Con Amelia. Y cuando se enteraran Yves y André..., pues eso, se enterarían, y posiblemente se alegrarían por los dos y lo celebrarían con una cena esplendorosa. Desde el pasillo, Amelia, descalza y en albornoz, miraba a Ari instalado en la mesita del mirador, pero no sonreía. Se había sentado en el mismo lugar que Raúl en el momento de su muerte y, como él, la estaba esperando. Habían pasado once años y cuatro meses desde entonces, pero no había vez que mirara aquella silla y no pensara que había sido allí donde había estado esperando a que ella se acercara para poner fin a su vida.

Sacudió la cabeza como si de ese modo pudiera espantar los pensamientos de muerte que la acosaban. Había sido una locura. Había dejado entrar a Ari en su corazón y en su vida, que ya estaba tan limpiamente organizada, que ya no dolía. Y ahora otra vez sufriría y le haría sufrir. Pero no podía evitarlo. Sólo con verlo así, de espaldas, recortado sobre la brillantez de la mañana, sentía un ahogo en el pecho y una necesidad imperiosa de acercarse, de tocarlo, de dejarse abrazar por él.

—La ducha está libre —dijo con la voz más alegre que pudo fingir.

Ari se volvió hacia ella, sonriendo, se puso de pie y salió a su encuentro para abrazarla.

—Te he echado de menos —murmuró él a su oído.

—¿Ya?

Los dos se rieron mirándose a los ojos.

—¿Crees que sobrevivirás los diez minutos que necesitas para ducharte mientras preparo algo de comer?

—No estoy seguro. Mejor me acompañas y luego hacemos el desayuno juntos.

—No. Mejor tú vas al baño, me das los papeles esos de los que me hablaste ayer y, cuando salgas, podemos comentarlos mientras ponemos el café y las tostadas. ¿No te gusta la idea?

Ari la soltó y se encogió de hombros:

—Estoy un poco harto de que esta historia esté siempre en medio de todo.

—¡Pero si eres tú el que está obsesionado!

Ari volvió a encogerse de hombros:

—Tienes razón. Te los traigo enseguida. Si encuentro la americana.

Ella sonrió con picardía:

—Busca por el suelo, cerca del dormitorio.

Volvió al cabo de medio minuto agitando unos papeles en la mano, los puso sobre la mesa y empezó a explicarle:

—Esto y esto son dos cosas que encontré en la maleta de Raúl, la que te dije ayer que me regaló Yves. Lo de la izquierda es un relato, supongo que el último que escribió, y lo de la derecha una carta que estaba en un sobre dirigido «A quien pueda interesar», por eso lo abrí. Supongo que lo mejor es que leas primero el relato. La carta es, para mí, bastante difícil de tragar y, si tú no sabes nada del asunto, será muy dura.

—¿Eso es todo?

—Hay algo más que te enseñaré después, cuando hayas leído esto y lo hayamos aclarado, si te parece. —Está bien.

Ari se marchó al baño y al volver, quince minutos después, duchado y afeitado con una maquinilla que Amelia le había dejado preparada, la encontró en el mismo sitio, junto al mirador, con la cabeza apoyada en una mano y las lágrimas corriéndole por las mejillas. Él se acuclilló a su lado y se las secó con la manga del albornoz.

—¿Por qué lloras? ¿Por el relato o por la carta?

—Por las dos cosas —contestó al cabo de un momento—. Lloro porque me quería, ¿comprendes? Me acabo de dar cuenta de que, a pesar de todo, me quiso hasta el final.

—¿Cómo que te quiso? Si yo he entendido bien esa carta, Raúl hizo todo lo que estuvo en su mano para que te acusaran de haberlo asesinado.

Ella movió la cabeza afirmativamente, sin dejar de llorar.

—¿Lo sabías ya?

—Claro que lo sabía. Lo que pasa es que todo salió de otra manera que la que él había ideado.

—¿Sabías que Raúl decidió echarte la culpa de su muerte, que podía haberte costado la cárcel para toda tu vida? Amelia volvió a asentir.

—¿Y lo seguís queriendo, sabiendo eso? —Ari estaba escandalizado.

—No puedo evitarlo. Lo odié entonces con todas mis fuerzas. Lo he odiado muchas veces desde entonces, pero de algún modo que ni yo misma puedo comprender, lo sigo queriendo.

—¿Por qué?

—No sé, Por el pasado, supongo. Por lo que fuimos.

—Sí. Eso escribió él en la dedicatoria al relato —Ari se puso en pie y empezó a moverse sin rumbo por el salón, sintiéndose espantosamente ridículo con el albornoz que había sido de Raúl, pero sin decidirse a dejarla sola el tiempo necesario para ir a cambiarse.

—Su último relato me lo dedicó a mí —dijo ella con un hilo de voz.

—¿A quién se lo iba a dedicar, si no? —Ari estaba empezando a ponerse furioso viéndola tan feliz y tan humilde de pronto por unas líneas escritas once años atrás—. Ya no le quedaba nadie más.

Amelia contestó como si no hubiera oído la rabia en la voz de Ari:

—En sus últimos años lo invitaron muchas veces a dar conferencias y lecturas en Austria. Un profesor de allí se enamoró de sus textos y empezó a conseguirle invitaciones de universidades y círculos culturales. Pero yo no sabía que hubiera escrito nada ambientado en Innsbruck. ¡Qué bonito título, ¿no cree?! Un grito en voz baja.

Sin darse cuenta, Amelia había vuelto a caer en el usted y Ari sintió que se le cortaba la respiración. Ella tenía la vista perdida en el aire, como si estuviera viendo cosas que él no podía ni imaginar.

—¡Qué hermoso regalo! —dijo a media voz.

—¿Encontrás hermoso que Raúl estuviera a punto de mandarte a la cárcel de por vida?

Amelia lo miró, como sorprendida:

—No, claro que no. Pero eso ya pasó. Por fortuna lo supe a tiempo y conseguí arreglarlo para que no sucediera. No hubo la mínima sospecha hacia mí.

—Pero, si lo que dice esa carta es cierto, él ya había dejado otro escrito en el que te acusaba.

—De eso hace más de once años. Ya no tiene importancia —la expresión de Amelia se había hecho dura, casi hierática. Estaba claro que no quería hablar más del asunto.

—Yo necesito entenderlo.

—No veo la necesidad. Eso no es asunto suyo —Amelia se había puesto de pie y lo miraba desafiante, con toda la autoridad de la guardiana de un tesoro real, a pesar del sencillo albornoz blanco que llevaba puesto.

—¿Ahora hemos vuelto al usted? ¿Qué querés, aumentar de nuevo la distancia para que tenga que arrastrarme ante vos cuando necesite algo?

—No te consiento ese tono. Y menos en mi casa. No tienes ningún derecho.

—Claro. Yo sólo tengo el derecho que vos me das cuando querés y luego me

retirás cuando te parece, ¿verdad? ¿Qué te crees? ¿Que sos mi madre?

—Sal de esta casa ahora mismo.

Se miraron en silencio, como dos luchadores midiendo al contrario, tratando de decidir quién dará el primer golpe y por qué lado vendrá.

—Si me echas de tu casa, no volveré más.

—He pasado sesenta años sin conocerte. No creo que tu ausencia me mate.

—Está bien —se dio la vuelta y se perdió por el pasillo hacia el dormitorio. Estaba deseando salir de allí y, en ese momento, no le habría importado no volver a verla en toda su vida.

Cuando salió del cuarto, ya vestido, Amelia no estaba en el salón. La llamó para despedirse pero no obtuvo respuesta, de modo que se limitó a decir adiós al vacío y cerró la puerta tras de sí.

Llegó a su habitación de la residencia con una furia sorda consumiéndolo por dentro. Raúl había vuelto a ganar. Como el Cid, incluso después de muerto, Raúl seguía ganando batallas. Y Amelia, como una idiota, como la idiota que había sido toda su vida, seguía protegiéndolo, seguía creyendo en sus palabras dulces, desestimando todo lo demás, perdonándose todo, como una madre abnegada con un hijo díscolo o incluso criminal. Él nunca podría medirse con Raúl, eso había quedado claro. A pesar de lo que Amelia pudiera haber sentido por él, cuando se trataba de Raúl, la elección estaba clara. Ella se había dejado llevar por la magia de la situación, por el momento adecuado, pero en la base no sentía nada por él. No lo había llamado desde Suiza, no lo había citado en el tiempo que llevaba en París, ni siquiera lo había llamado por teléfono. Había sido él el que se había puesto en contacto, el que le había llevado las flores que ella no se había molestado en recoger, el que había sido lo bastante imbécil como para creer en sus palabras de amor, en su simulacro de entrega. Era Raúl lo que ella buscaba, lo que quería ahora y siempre. Era con Raúl con quien ella había hecho el amor, a través de su cuerpo, de su sonrisa que le recordaba a la de él en otros tiempos. Sabía que Raúl era un hijo de puta y lo había perdonado, mientras que él no era más que un pobre chico, un chico bueno que le aliviaba la ausencia del hombre a quien de verdad amaba. Se sentía usado, engañado, sucio.

Al sacar el móvil del bolsillo, vio que había un mensaje en el buzón de voz y lo conectó, odiándose a sí mismo porque lo primero que había pensado era que podía ser Amelia con una disculpa, pero el mensaje era de André y su voz sonaba seria, preocupada y un punto agresiva, como si estuviera tratando de controlar un ataque de ira: «Ari, soy André. Yves me ha contado lo de la maleta y quería pedirte que me entregues cuanto antes cualquier documento o papel que hayas podido encontrar en ella. Yo no sabía nada de esa maldita maleta y me parece que Yves se precipitó al dártela sin contar conmigo. De todas formas, supongo que tú no leerías algo que no te está destinado, pero me gustaría tener lo que sea en casa y ser yo quien decida si lo puedes usar o no, ¿de acuerdo? Llámame en cuanto puedas».

Se quedó tan perplejo que por un momento se olvidó incluso de la rabia que

sentía contra Amelia. Pero ¿qué narices se habían creído todos? Al principio, todo habían sido ayudas y estímulos para que escribiera la maldita biografía de Raúl, y ahora, de repente, cuando empezaba a hallar piezas que daban coherencia a toda la historia, se encontraba de pronto con recelos y prohibiciones. ¿De qué tenían miedo, de repente? ¿Qué era lo que ellos sabían y nunca le habían contado? ¿Qué era lo que él no debía descubrir? ¿Sabría también André lo que sabía Amelia, que Raúl había intentado acusarla de su muerte?

Fue a su escritorio, cogió la carta sellada dirigida a André y sin pensarlo un segundo más rompió el lacre y abrió la solapa.

*Querido André:*

*Cuando en las ausencias nos carteábamos, siempre me decías que era para vos un honor y un placer que yo te escribiera. Pues bien, ésta es la última carta mía que recibirás en tu vida; léela con atención porque —al menos ése es mi propósito ahora que comienzo— pienso decirte muchas cosas que nunca antes te había dicho. Considérala una carta de corazón a corazón o bien de ese oscuro agujero que se encuentra a su izquierda, pero un poco más abajo, y que es el sumidero del alma.*

*El propósito más inmediato de estas líneas es, como ya habrás adivinado si habés leído primero el escrito que acompaña esta carta, explicarte mi actuación con respecto a Amelia. Es posible que aún estés perplejo, e incluso escandalizado, por lo que me he atrevido a hacer con la que fue —y tal vez sigue siendo— la mujer más importante de mi vida, la única a la que he amado. Sin embargo, era necesario, al menos para mi tranquilidad de espíritu o mi sentido de la justicia poética, llámalo como prefieras.*

*Recordarás que, hace muchos años, aquel ominoso verano de Mallorca, yo estaba todo lo desesperado que puede estar un ser humano por culpa de la arpía que había entrado en mi vida y la estaba deshaciendo hilo por hilo. Te llamé entonces en mi ayuda y no acudiste; estoy seguro de que no lo has olvidado. Por mi parte, aunque con los años llegué a comprender muchas cosas y a conseguir que no dolieran tanto como entonces, nunca fui capaz de perdonarte tu deslealtad, tu cobardía, o al menos lo que entonces consideré deslealtad y cobardía en alguien que se proclamaba mi mejor amigo y que incluso hubiera querido convertirse en algo más, no creas que me pasó desapercibido.*

*El caso es que, en aquella desdichada conversación telefónica que aún recuerdo con todo detalle a pesar de los años transcurridos, vos me dejaste bien claro que no pensabas acudir en mi ayuda. Entonces, lógicamente y a pesar de tu prohibición expresa, llamé a Amelia. Entre otras cosas porque no tenía a nadie más y, lo creas o no, necesitaba desesperadamente una ayuda,*

cualquier ayuda, quizá simplemente que alguien viniera a hablar conmigo, a tomarme la mano, a convencerme de que había alguna posibilidad de escapar de la trampa mortal en que me tenía Amanda.

Amelia, Dios bendiga su alma, vino a Mallorca al día siguiente de mi llamado porque a ella siempre le importé lo suficiente como para hacer cualquier cosa por mí y, sobre todo —no creo equivocarme a este respecto—, porque siempre odió a Amanda y tenía ahora la ocasión de vengarse de ella. Lo que sucedió es que yo la vi, a Amelia, desde mi cuarto del hotel, pero ella no me vio a mí.

Me asomé, sabiendo que tendría que estar al llegar, felicitándome porque el momento no podía ser más adecuado, ya que Amanda había salido a jugar un partido de tenis, y entonces la vi en el aparcamiento del hotel, parada junto al descapotable que Amanda había alquilado y que, extrañamente, seguía ahí aparcado a pesar de que se suponía que tenía que haberse ido ya a su cita del tenis.

Me retiré unos instantes de la ventana, no recuerdo ya por qué motivo y, al volver, me encuentro con que Amelia está debajo del coche hurgando con unas herramientas que desde mi ventana no puedo reconocer con claridad. Vos sabes lo hábil que siempre fue Amelia en cuestiones de mecánica. Yo me pregunto entonces, pero ¿qué rayos hace ésa piba debajo del coche?, y me preparo para bajar a encontrarla en el vestíbulo, pero cuando llego abajo Amelia y su Seiscientos desaparecieron, Amanda y su descapotable desaparecieron y no sé qué diablos hacer, así que me voy a dar una vuelta por el jardín con el terrible presentimiento de que algo va a salir rematadamente mal.

Un par de horas después, la policía de carretera me comunica el accidente mortal de mi esposa debido a una extraña historia sobre el fallo del sistema de frenos y, unas horas más tarde me llama Amelia diciendo que acaba de llegar a Mallorca y que si quiero que venga a verme al hotel.

Todo esto es nuevo para ti, ¿verdad, André? Tú nunca supiste que Amelia estuvo en Mallorca cuando supuestamente estaba pasando unos días de excursión por la zona de Amalfi porque se aburría en Ischia. Por eso nunca pudiste comprender mis insinuaciones contra ella y no te explicabas que yo estuviera tan seguro de que Amelia asesinó a Amanda.

Sí, de acuerdo, ella pudo pensar que era eso lo que yo deseaba. Y no tengo valor para decirte que no me alegré de la muerte de Amanda. Me alegré y mucho. Fue como si todas mis plegarias hubiesen sido atendidas, pero la idea de que Amelia, mi Amelia, hubiera sido capaz de matar por mí, aunque a veces me exaltaba, normalmente me dolía en lo más profundo. Yo necesitaba ayuda, y no me hubiera importado que le hubiese caído un rayo fulminante encima, pero no estaba preparado para aceptar el papel de

Savigny que Amelia me hizo adoptar convirtiéndose de repente en Hauteclair de Stassin.

Ella debió de pensar que, después de eso, volveríamos a estar juntos y todo sería como antes, pero yo ya nunca pude. Cada vez que la miraba a los ojos, veía a una asesina. Y si entonces la defendí frente a la policía y no dije una palabra de su presencia en Mallorca, lentamente, al correr de los años, empezó a molestarme que su crimen hubiera quedado sin castigo. Sobre todo por su altivez, supongo; por esa manera limpia y directa de mirarme cuando salía el tema; porque nunca tuvo la decencia o la humildad o qué sé yo qué de confesarme su crimen y pedirme perdón por él. Nunca, André. Ni siquiera en estos últimos días en los que le he pedido que me diga la verdad de lo ocurrido. Se ha limitado a callar y, como dice el proverbio, quien calla, otorga, ¿no es cierto?

Mi deseo es que pase, por una vez siquiera, el miedo que se ahorró entonces. Que tema por su vida, por su libertad, que pague aunque sólo sea un poco el haber causado el fin de una vida humana. Pero no quiero que sea condenada por algo de lo que no es culpable —mi muerte en este caso—. Yo soy quien ha decidido morir y pienso hacerlo, por una vez, sin ayuda de nadie, pero mi carta —la que la policía encontrará con mi cadáver— la acusará y tendrá que pasar por una investigación como la que tuve que soportar yo en Mallorca, cuando pensaban que era yo el posible asesino de Amanda. Pero luego aparecerás tú con la carta adjunta a ésta y aclararás las cosas, como el héroe del caballo blanco que rescata a la princesa de un destino peor que la muerte.

Con estas líneas, querido André, quería que comprendieras mi actuación y mis motivos y también —¿por qué no decirlo, si cuando las leas yo ya estaré muerto?— que supieras que, si entonces hubieses venido a Mallorca, quizás tus sueños, aquellos sueños de hace tantos años, se hubieran hecho realidad. Ahora que sé lo que es el amor de un hombre, puedo imaginar que entonces hubiéramos podido ser felices vos y yo, al menos durante un tiempo. Si después hubiéramos seguido siendo amigos, es algo que no sé decir, pero vos habrías cumplido un sueño que no pudo ser porque no te atreviste a acudir a mi llamado o porque querías castigarme por mi indiferencia o por qué se yo cuáles extraños motivos. Ahora ya es tarde para todo, André. Sólo queda morir. Te abraza tu amigo, que, a pesar de todo, siempre lo fue,

Raúl

PS: Es posible que aún te queden muchas preguntas, pero qué le vachaché, viejo. Así es la vida.

Cuando terminó de leer la carta, el corazón se le había acelerado hasta un punto que le asustaba. Fue al baño y se lavó la cara y la nuca con agua fría tratando de recuperar la calma. Claro que André tenía miedo de lo que pudiera haber encontrado en la maleta. Había demasiadas cosas enterradas que nadie tenía interés en sacar a la luz, demasiadas preguntas que, quizá, entre todos, podrían responder; porque lo que empezaba a perfilarse con claridad era que cada uno de los participantes en aquella historia tenía un fragmento básico para completar el rompecabezas que, sin embargo, nunca había querido compartir con los demás. Quizá incluso Yves tuviera algo que añadir a la solución del acertijo; al fin y al cabo llevaba más de quince años con André y también había conocido a Raúl.

Tenía que exigir una reunión de urgencia en la que cada uno aportara su pieza para que todos los fragmentos del mosaico encontraran su lugar y dibujaran una imagen reconocible, pero era el peor momento imaginable. Amelia no quería volverlo a ver y él, si era sincero, tampoco tenía mucho interés en verla por el momento. André parecía seriamente enojado por el asunto de la maleta y lo estaría mucho más en cuanto se diera cuenta de que él había leído una carta íntima en la cual, para poner peor las cosas, se decía con toda claridad que siempre había estado enamorado de Raúl. Yves no querría ponerse en contra de André, ahora que al parecer se habían peleado por el regalo de la maleta. Lo único sensato era esperar a que la situación se tranquilizara antes de proponer una reunión definitiva, pero esa reunión debía tener lugar. Después recogería sus cosas, se marcharía de París y escribiría el resto de su libro en Heidelberg. Y en cuanto estuviera listo, no volvería a pensar en Raúl en todos los años de su vida.

Se miró en el espejo del baño y, a pesar de que había pasado una noche sin dormir y se había peleado tal vez definitivamente con Amelia, se vio atractivo, joven, fresco, como si todo aquello le estuviera dando una vitalidad de la que antes carecía.

Oyó el pitido del móvil indicando que había recibido un SMS y volvió al cuarto con un nudo en la garganta. Podía ser Amelia. Y si era..., ¿qué pensaba hacer?

No sabía dónde había dejado el aparato al llegar, así que buscó primero en los bolsillos de la americana y luego empezó a apartar papeles de su mesa de trabajo que, contrariamente a sus hábitos, llevaba varios días en completo desorden.

Lo encontró por fin encima de un sobre cerrado que no reconoció. Era de una compañía de aviación, de Swissair, iba dirigido a él y en la solapa no había más que un nombre: Amelia. ¿Cuándo había recibido él una carta de Amelia y no la había abierto? Era absolutamente imposible, a menos que hubiera llegado el día anterior cuando él no estaba en casa y alguien se la hubiera dejado allí. Pero nadie tenía llave de su cuarto, y era un sobre de avión. Buscó con la vista el abrecartas y terminó desgarrando el sobre con una precipitación que le pareció ridícula, como si fuera otro Ari el que, relajado, estuviera viendo el ansia del primer Ari por conocer el mensaje de Amelia.

«Querido Ari —leyó—, si no tiene nada mejor que hacer, le espero mañana,



viernes, sobre las siete de la tarde en mi casa. Hay muchas cosas que aún debo contarle y, después de tanto tiempo en Suiza, estoy deseando reanudar nuestras conversaciones. Afectuosamente, Amelia». Estaba fechada el 11 de febrero. Cerró los ojos, sintiendo un principio de náusea. ¿Cómo era posible que no hubiera leído esa carta en el mismo momento de recibirla? Estaba claro que le había escrito todavía en el avión que la traía de vuelta a París, que él había sido la primera persona en la que había pensado, antes incluso de llegar a casa. Y él no se había presentado a la cita porque no tenía ni idea de que ella lo hubiera citado. Si no se engañaba, esa noche era precisamente la que había pasado con Solange por pura necesidad de compartir con alguien el hallazgo de los papeles de la maleta. Amelia habría estado esperándolo en su casa, preguntándose por qué no acudía, creyendo que él no tenía interés. Por eso había estado tan fría al día siguiente en la cena de André.

Apoyó la cabeza en el puño y, si no hubiera sido porque el otro Ari, el que lo miraba todo desde fuera, lo encontraba absurdo, se hubiera dado de bofetadas allí mismo. La vida era un puro malentendido. Los hechos comunicaban un mensaje, las palabras otro diferente, las miradas otro más, y los cuerpos..., quizá los cuerpos fueran los únicos en decir con claridad todo lo que los demás medios embrollaban sin esperanza. Tenía que decirle a Amelia cómo habían sucedido las cosas, aunque ya no pudiera arreglarse, aunque ya ni siquiera tuviera importancia, había que aclararlo para que no se convirtiera en una herida más pudriéndose en el corazón, llenándolo de un líquido hediondo y repugnante.

Cogió el teléfono, dispuesto a llamarla, a pesar de la reciente discusión, y se encontró con un SMS que le hizo sonreír primero y luego reírse abiertamente, a carcajadas:

*No, ari, IRA NO, RÍA. Llámame enseguida, si aún te importo. Por favor.*

Era increíble esa mujer. A pesar de todo, seguía siendo la bruja hermosa de la que estaba enamorado. Había escrito un mensaje combinando las letras de su nombre, para hacerlo reír y quitarle el enfado antes de pedirle que la llamara.

Marcó su número riéndose aún de la ocurrencia y habló en el mismo momento en que ella contestó, sin esperar a que hablara:

—Amelia, tenes que perdonarme. Quiero explicarte algo.

—Yo también, Ari.

—Perfecto. ¿Nos vemos en el Luxemburgo?

—Media hora. En el banco donde estuvimos la última vez.

Colgó, recogió un poco las cosas de encima de la mesa y se metió en el bolsillo una fotocopia de la carta inconclusa de Raúl, la que el librero le había metido en su novela. Acababa de decidir que le daría a Amelia toda la información que tenía, aunque era consciente de que esa carta, con su confesión de amor eterno y la explicación de su abandono, que se deducía lógicamente de ella, podía ser la gota que

faltaba para que ella se decidiera para siempre por el recuerdo de Raúl, separándose de él. Pero era mejor saberlo que pasarse años dudando si ella se hubiera quedado con él de no haber visto nunca aquella carta. Lo único que no le mostraría jamás serían las fotografías del saxo de Armand. Por lo demás, echaría todo el resto sobre la mesa, como un jugador de ruleta que está pasando una mala racha y decide apostar de golpe todo lo que le queda a un solo número. Al menos, si ganaba, ganaría limpiamente. Si perdía, lo perdería todo y tendría que volver a empezar.

André estaba en su despacho tratando de concentrarse, sin conseguirlo, en la lectura de un manuscrito que su mejor lector le había alabado mucho, pero el estilo le sabía a polvo y hacía más de una hora que pasaba las páginas sin enterarse apenas de lo que decían.

El asunto de la maleta de Raúl no lo había dejado dormir en toda la noche y no podía comprender que Ari aún no lo hubiera llamado. Era fundamental que le entregara cualquier cosa que pudiera haber encontrado en la maldita maleta. Estaba seguro de que había algo. Raúl era un viejo zorro y ése fue el último viaje que hizo a su casa; Amelia le había asegurado que Raúl había dicho poco antes de morir que lo consideraba su amigo más leal. Tenía que haber dejado algo para él, suponiendo que en cuanto se enterara de su muerte buscaría su legado. Sin embargo no lo había hecho. Los días inmediatamente anteriores y posteriores al funeral habían transcurrido en una especie de niebla espesa y después se había marchado una semana a Chipre, con Yves, para intentar recuperar el pulso de la vida, ya para siempre sin Raúl. Al volver se había metido en un ritmo de trabajo enloquecedor para no tener que pensar en el asunto y caer rendido por las noches, y nunca se le había ocurrido pensar que en el sótano de su casa pudiera haber una última carta de Raúl esperándolo, la carta de despedida del mejor amigo que había tenido nunca, del hombre de quien había estado enamorado durante toda una vida.

Y ahora Yves, sin contar con él, le había regalado la maleta a Ari, dándole así ocasión de enterarse de cosas tan íntimas que temblaba por dentro al pensar en compartirlas con alguien. Ni siquiera con Yves había compartido nunca verdades como la que siempre le había quemado por dentro, ese amor incondicional por Raúl que ni la muerte había conseguido borrar. Él quería a Yves, llevaban una eternidad juntos, pero hay cosas que no se pueden compartir. No es posible llevar una vida de pareja satisfactoria cuando el otro sabe que un amor de esa intensidad se interpone entre los dos. Yves sospechaba que en algún tiempo él estuvo interesado en Raúl, antes de que descubriera su homosexualidad, lo que hizo imposible todo intento de relación, pero no le constaba que hubiera sido así y, aunque a veces hacía preguntas difíciles de contestar, siempre había aceptado que su relación había sido una simple amistad sin implicaciones sexuales y sin que pudiera llegar a considerarse amor. Nadie sabía nada de su obsesión, aunque quizás Amelia pudiera imaginarlo. Pero ella

no importaba; ella podía comprenderlo porque se encontraba en la misma situación. Raúl los había marcado a ambos, a fuego, como se marca a un caballo para que todo el mundo sepa que tiene dueño.

Ari la vio ya de lejos, sentada en el banco donde habían estado la última vez, modosa como una niña vieja con su vestido de primavera y la chaqueta de punto por los hombros, entreteniéndose las manos con la correa del bolso, mirándose la puntera de los zapatos que arañaban el polvo, y sintió una ternura infinita llenándolo como de un agua tibia y suave. Ya no podía imaginar que hubiera sido posible gritarle, amenazarla con no volver jamás a su casa, marcharse sin darle un último abrazo; ahora lo único que quería era llegar cuanto antes a su lado y apretarla hasta sentir que eran uno de nuevo.

Ella alzó los ojos y le dedicó una sonrisa triste, como insegura:

—Soy un desastre —dijo.

—Sos una bruja y las brujas, ya se sabe, nunca son de fiar. Ari se sentó a su lado y, tras una pequeña vacilación, le pasó el brazo por los hombros. Ella se arrebujó contra él, con los ojos cerrados.

—¿Te gustó el anagrama?

—Consiguió su propósito. Me hizo reír.

—¿Ya no estás enfadado?

—Sí. Pero con Raúl.

—¿Con Raúl? —la sorpresa en su voz parecía genuina.

—Te puso en un serio peligro, sí, ya sé, aunque haga muchos años de eso. Y además, no sé si lo habrás notado, Raúl siempre gana. Incluso después de muerto, sigue alejándome de vos.

—No, ya no.

—¿Por qué no?

—Porque yo no quiero.

Hubo un silencio mientras Ari decidía si era el momento adecuado de darle la carta de Raúl y terminar de una vez con la incertidumbre.

—¿Qué es lo que querías explicarme? —preguntó ella. Por un momento, no supo de qué estaba hablando. Entonces se acordó del asunto de la cita frustrada y se lo explicó con la mayor ingenuidad que pudo.

—Lo siento muchísimo, Amelia —terminó—. Vos sabes, tenes que saberlo ya, que no habría habido ninguna otra cosa más importante ni que yo deseara más que ir a verte aquella tarde, pero no recibí la carta. Perdóname, Ella dio un suspiro:

—¿Contigo es todo tan diferente, Ari! Tú admites que te has equivocado, explicas las cosas y pides perdón. No estoy acostumbrada a eso.

—¿Raúl no era partidario de hablar? Ella se echó a reír:

—Raúl hablaba todo el tiempo, incluso dormido. Lo que pasa es que él mentía, o

mejor, no distinguía exactamente entre la mentira y la verdad. Era imposible fiarse de él.

—¿Y de mí sí?

—Tú eres real, Ari.

—No lo capto.

—Sí, escucha. Cuando te conocí, como siempre, una de las primeras cosas que hice fue buscar los posibles anagramas de tu nombre. Parece una tontería, pero a mí me sirve para orientarme con las personas. Raúl no tiene anagrama, ¿lo sabías? No hay ninguna palabra en español que pueda formarse usando esas cuatro letras, por eso, hasta cierto punto, no es un ser real; es un fantasma, una brillante imagen, una quimera, ¿entiendes? Bueno, de hecho sí hay una palabra: Ural, que también define bastante su personalidad. Él se llamaba De la Torre, pero era mucho más que eso, era una montaña de orgullo y egolatría, pero no se puede formar un sustantivo, un verbo, un adjetivo que lo defina en su ser o en su actuación.

De hecho, y aunque te parezca muy raro, lo que mejor lo define es precisamente la torre de su apellido. ¿Sabes algo de tarot?

Ari negó con la cabeza, perplejo.

—La Torre es el arcano número dieciséis y está representado por la destrucción de una torre, abatida por un rayo, de donde salen despedidas dos figuras que se estrellarán contra el suelo. En relación con un viaje significa accidente; con un amor, engaño, con cualquier otra circunstancia, catástrofe —Amelia sonrió apenas.

—No puedes decir en serio todas esas cosas.

—Yo todo lo digo sólo medio en serio. Deberías saberlo. Pero no me negarás que resulta curioso.

Ari guardó silencio durante unos segundos, repasando en su interior todo lo que sabía de la vida de Raúl, pero en aquel momento, a pesar de lo que pudiera tener que contar Amelia, Raúl había pasado a un segundo plano. Lo que de verdad le importaba era lo que dijera de él mismo.

—Decías que yo soy real, pero aún no me lo has explicado.

—En tu caso, lo primero que me vino a la mente, claro, fue Ariel, el personaje de La tempestad de Shakespeare, el espíritu aéreo, y pensé, malo, malo, otro fantasma. Luego me di cuenta de que hay un anagrama casi perfecto: irreal, que viene a decir lo mismo, y uno perfecto que es erial. Eso me hizo andarme con cuidado. Y de repente descubrí que hay otro, perfecto también, que es sencillamente maravilloso: real y. Maravilloso porque te define como eres de verdad y además abre camino a algo más, no termina; es como el mío, ¿recuerdas?, malea y. Tú eres real, querido mío.

—¿Me servirá eso para desligarte del fantasma de Raúl? Ella volvió a suspirar: —Al menos será un arma.

Se miraron a los ojos y se besaron, en el parque, delante de todos los niños que jugaban vigilados por sus madres y niñeras, bajo el sol de primavera.

—Ahora tengo que enseñarte algo —dijo Ari cuando deshicieron el abrazo.

—¿Algo malo?

—Algo que puede ser importante para vos y que no te esperas.

—No me pongas nerviosa.

—Primero tengo que hacerte una pregunta. Y no me digas que no es asunto mío

—ella sacudió la cabeza en una negativa—. Todo lo que te afecta es asunto mío. ¿Qué te dijo Raúl cuando te abandonó por Amanda?

Amelia cerró los ojos, echó la cabeza atrás y soltó el aire despacio, con deliberación.

—Me dijo —empezó lentamente, como si estuviera pesando y midiendo las palabras que usaba— que íbamos a tener que separarnos.

—¿Con esas palabras?

—Sí. No he conseguido olvidarlas.

—¿Te dijo por qué?

—Insistía en que teníamos que hacerlo, que no había más remedio. Luego yo empecé a preguntar, qué sé yo, lo obvio, si había otra mujer, si la conocía yo, cómo se llamaba... Al final no tuvo más salida que confesarme que sí se trataba de otra mujer.

—Pero ¿te dijo que se había enamorado de ella?

—No. Ni entonces ni nunca. Es más, en una conversación telefónica, cuando me llamó a..., bueno, eso no importa, me dijo que no la había querido nunca, que cómo podía yo pensar que él la hubiera querido alguna vez. Eso me dio fuerzas durante muchos años y me llevó a pensar que quizá después de la muerte de Amanda podríamos volver a estar juntos. Pero no funcionó.

—Porque él creía que vos la habías matado.

—¿Cómo iba a creer una cosa tan absurda?

—Vos sabes que él lo creía.

—Yo creí siempre que la había matado él y había decidido echarme a mí la culpa cuando estábamos en público, o en semipúblico, con André.

—Pero ahora sabes que no lo hizo. Ni él, ni vos.

—Sí. Es una gran ironía. Toda la vida nos separó un estúpido malentendido que ni siquiera he llegado a saber nunca cómo se produjo.

—Si él, por ejemplo, te hubiera visto cerca del coche de Amanda, habría podido pensar...

—Eso es imposible.

—¿Seguro?

—Seguro. No pudo verme cerca del coche de Amanda porque yo estaba en Ischia.

—¿Todo el tiempo?

—Menos los dos días de la excursión a la Costiera amalfitana. Pareces un policía.

—Lo siento.

—¿Me vas a enseñar eso que decías?

Ari sacó las copias de la carta y se las tendió. Ella reconoció de inmediato la letra de Raúl y las cogió con las manos temblorosas.

—¿Dónde las has encontrado?

—¿Recordás a ese amigo de Raúl y de Amanda, antes de su matrimonio, de quien te hablé hace meses? ¿Un tal Armand, saxofonista, que vivía en el barrio de Saint-Sulpice?

—Más o menos.

—Estas hojas estaban en un libro encontrado en su casa. De hecho, en una librería de viejo, donde los dejó la sobrina de Armand para quitárselos de encima. Es una carta para vos y no está acabada.

Ari se puso en pie, se acercó a la fuente y se sentó en el borde mientras ella, en el banco, leía la carta escrita veinticinco años atrás. Cuando, por su postura corporal, vio que había terminado, se acercó de nuevo lentamente para darle ocasión de rechazarlo si no lo quería tener cerca de momento. Ella no hizo nada por impedir su cercanía.

—La vida es extraña —dijo en voz neutra.

—Sí. Para vos debe de ser curioso recibir una carta del pasado.

—¿Para ti no?

—Yo llevo meses en ello, Y no conocí a Raúl.

—Entonces, ¿me dejó por Armand?

—No. Ahí lo dice bien claro: él estaba encaprichado con Armand y alucinado por la revelación que acababa de tener, pero nunca te hubiera dejado por él.

—¿Entonces? ¿Qué tiene que ver Amanda en todo esto?

—Le hizo chantaje. Si se pasaba a su editorial y se casaba con ella, nadie sabría nunca nada. De lo contrario, lo haría público.

—Podría haberlo negado.

—Siempre queda algo de lo que se dice sobre uno. Además, cabe en lo posible que hubiera tenido fotos comprometedoras.

—¿Hay fotos? —Amelia lo miraba con los ojos dilatados y la mano en el cuello, como protegiéndoselo.

—No. Que yo sepa, al menos. Pero, para mí, la maniobra está clara.

—Me dejó para que no supiera que era homosexual y luego, diez años después, lo publica a los cuatro vientos y se va a vivir con Hervé.

—Por entonces vos ya no eras su Hauteclaire, ¿recordás? Ya eras Stassin.

—La asesina —dijo con un hilo de voz.

—La asesina feliz.

—¿Quién más sabe esto?

—Nadie.

—¿Ni siquiera André?

—Nadie. Pero yo quisiera que nos reuniéramos los cuatro, Yves y André, vos y yo, para aclarar muchas cosas necesarias. Todos tenemos ciertos datos que nadie más tiene y, si los compartiéramos, se haría la luz, yo acabaría mi libro y podríamos empezar a olvidar.

—Lo único que te importa es acabar el maldito libro, ¿verdad?

—No, Amelia. Lo que de verdad me importa es entender qué pasó. Luego, en el libro, diré lo que ustedes quieran que diga. Ya no me importa. Pero yo necesito saber.

Amelia, sin una palabra más, sacó su móvil, marcó el número de André y prácticamente le ordenó que acudieran los dos a su casa esa noche. Cuando colgó le dijo a Ari:

—Tráete la maleta y todo el material que tengas. Esta noche lo aclararemos todo y podremos vivir en paz.

## CAPÍTULO II

Cuando Yves y André llegaron a casa de Amelia a las siete en punto de la tarde, fue Ari el que los recibió porque ella estaba en la cocina dando los últimos toques personales a la cena que había encargado en su restaurante favorito. Si alguno de los dos encontró curioso que Ari, después del aparente distanciamiento de Amelia, se comportara ahora como un anfitrión, no lo dejó traslucir. Lo que sí se notaba en el ambiente era una tensión casi insostenible que ninguna conversación intrascendente era capaz de disipar. André estaba más nervioso de lo que Ari lo había visto nunca y daba la impresión de que hubiera deseado que Yves no se encontrara presente en la reunión que iban a celebrar. Yves se notaba preocupado por André, todos sus gestos iban encaminados a hacerle la situación más llevadera y, probablemente, también habría deseado no encontrarse allí, aunque, por otra parte, una curiosidad natural lo llevaba a querer rellenar todos los agujeros oscuros que existían en el pasado del hombre con quien compartía su vida.

—¿Te importa ir un momento a la cocina, Yves? —preguntó André, después de unas cuantas trivialidades—. Tengo que hablar un instante con Ari.

Yves se levantó sin una palabra y se perdió tras las puertas de la cocina, donde lo oyeron empezar a bromear con Amelia, que aún no había salido a saludarlos.

—¿Has encontrado algo para mí? —preguntó André a bocajarro, antes de que Ari pudiera decir nada.

Él asintió y le tendió la carta de Raúl encontrada en la maleta.

—¿La has leído?

Él volvió a asentir.

André desplegó las dos hojas, alzó de nuevo la vista y le dijo con toda seriedad:

—Eres un cerdo. Esta carta va dirigida a mí. No es posible que no te hayas dado cuenta.

—Encontré también otra carta junto con ésta. Iban en un sobre dirigido «A quien pueda interesar». Toma, léete las dos. Estoy en la cocina si me necesitas.

Unos minutos después oyó la voz de André llamándolo desde el salón, se disculpó con Yves y Amelia y volvió con él.

—Ari, ya que has cometido la imperdonable falta de tacto de leer una carta



privada, realmente privada, ya te habrás dado cuenta —Ari bajó la cabeza y desvió la vista—, lo menos que puedes hacer ahora es respetar mi deseo. No quiero que nadie se entere de lo que Raúl me dice ahí, ¿de acuerdo? Nadie. Últimamente, Yves y yo hemos tenido ciertas dificultades. Si ahora sale esa historia de hace más de treinta años..., no sé, no sé cómo reaccionaría. Y no quiero perderlo. Prométeme que no dirás nunca nada.

—¿Te refieres —a lo que insinúa Raúl sobre tus sentimientos hacia él?

André asintió sin palabras.

—Descuida. Ya me voy dando cuenta de que Raúl no siempre decía la verdad.

Una pequeña sonrisa se insinuó en el rostro de André:

—Gracias. Y en lo que se refiere a la otra carta..., ¿la ha leído Amelia?

—Sí. Hace unas horas, pero aún no hemos hablado de ella. Ahora creo que lo mejor es dársela a Yves, para que todos tengamos los mismos datos, o casi —terminó con un amago de sonrisa.

—De acuerdo. Voy a saludar a Amelia, a ver si cenamos ya y terminamos de una vez. Esta historia me está matando.

—Raúl era muy hábil haciendo daño a la gente de su alrededor, según parece. Incluso después de muerto.

—Daría cualquier cosa porque no te hubieras metido en esa condenada biografía. Había muchos puntos sin resolver, pero ya habíamos conseguido superarlo. Y ahora... otra vez.

—Con un poco de suerte, es la última vez que tenemos que hablar de ello. Luego todos podemos empezar a olvidar.

—¿También Amelia?

—También. Ella ya ha empezado.

—Ha encontrado su postre, por lo que parece.

—¿Su postre?

—No me digas que no recuerdas Amor a Roma.

Ari sonrió abiertamente:

—No se me había ocurrido. Pero es posible.

—Me alegro por los dos. Amelia ha estado muy sola. Anda, dale eso a Yves y acabemos.

Mientras Yves leía, los demás empezaron a sacar bandejas y bebidas, fingiendo una naturalidad que estaban muy lejos de sentir.

—Muchachos —dijo Amelia cuando se hubieron sentado ya a la mesa—, esto parece un funeral. ¿No sería mejor que empezáramos a hablar de lo que nos ha reunido hoy en lugar de hacer como si no pasara nada? Anda, Ari, toma la palabra.

—Esto no es una novela de Agatha Christie, Amelia, ni yo soy Hércules Poirot.

—Pues alguien tiene que hacerlo y tú eres, de todos nosotros, el que más cabos has conseguido atar en la prodigiosa historia del gran Raúl de la Torre.

—De acuerdo —concedió Ari, dejando la servilleta junto al plato—. Tenemos tres

momentos por aclarar en la vida de Raúl, y de todos vosotros, por extensión. Uno: el momento en que Raúl abandonó a Amelia para casarse con Amanda y pasarse a su editorial; dos: la muerte de Amanda en Mallorca en el verano del 79 y todas las implicaciones y malentendidos que surgieron después; tres: el suicidio de Raúl y los turbios planes que al parecer hizo, sin éxito, para conseguir que Amelia fuera acusada de asesinato. ¿Por dónde empezamos?

—Por el principio —dijo Yves—. Por el principio cronológico, quiero decir, aunque en esa época yo aún no conocía a Raúl ni a ninguno de vosotros.

Todos habían dejado de comer y miraban a Ari como si esperaran algún tipo de revelación.

—Bien. A primeros de 1976, Raúl entró en contacto, a través de Maurice Laqueur, con el ambiente del *jazz* y especialmente con un saxofonista llamado Armand Laroche, casi veinte años más joven que él. Este Armand era íntimo amigo de la que luego se convertiría en su editora y segunda esposa, Amanda Simansky, de la que todos sabemos ya mucho más de lo que ella hubiera querido. Pero el descubrimiento del *jazz* y la vida nocturna no fue lo único que sucedió en aquella época. Raúl descubrió algo mucho más importante para su vida futura.

André se inclinaba hacia delante, como bebiéndose las palabras de Ari, mientras que Amelia estaba casi recostada en su silla con los ojos entornados y los labios tensos. Yves miraba a cada uno de ellos, sin expresión, en un barrido automático de sus tres interlocutores.

—Raúl descubrió en algún momento de 1976, posiblemente en la primavera, que era homosexual, o más precisamente, bisexual.

André dejó escapar una especie de gemido, se cubrió la boca con la mano y agachó la cabeza. Yves se quedó mirándolo y, por un momento, pareció que le iba a pasar un brazo por los hombros, pero Ari siguió hablando y nada sucedió.

—Descubrió, sobre todo, una pasión desatada por Armand.

—¡No me digas que Armand era Aimée! —exclamó Yves.

—¿Quién es Aimée? —intervino Amelia, saliendo de su rigidez.

—Al principio de mi investigación —recapituló Ari— encontré una primera edición española de *De la torre al cuadrado* con una dedicatoria tórrida a una tal Aimée. Pasamos bastante tiempo discutiendo sobre quién podría haber sido esa mujer —hizo un gesto que abarcaba a los dos hombres— y no te dijimos nada sobre ello porque no sabíamos nada más y no queríamos hacerte daño y que tuvieras celos retrospectivos. Después, en una entrevista a un testigo de la época, me enteré de que ese libro había sido regalado por Raúl a Armand, y ahora, hace apenas unos días, he encontrado una carta inacabada de Raúl a Amelia en la que le dice que acaba de descubrir el amor en brazos de un hombre pero que tiene miedo de las repercusiones que pueda tener en la opinión de Amelia y, sobre todo, de las repercusiones públicas, si la cosa sale a la luz.

—¿Tú no te diste cuenta, Amelia? —preguntó André, perplejo—. ¿No notaste

nada, entonces?

Ella sacudió la cabeza lentamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tú tampoco, ¿no es cierto?

André la miró fijamente unos segundos y acabó por bajar la vista. Ari continuó en medio del silencio:

—Armand debió de contárselo a Amanda, que llevaba tiempo buscando una manera de presionar a Raúl, y ella lo chantajeó amenazando con hacer pública su homosexualidad. El precio era cambiar de editorial, divorciarse de Amelia y casarse con ella. Raúl se avino a todo.

—¡Miserable gallina! —murmuró Yves entre dientes.

—Eran otros tiempos —dijo André, con la vista perdida en la chimenea apagada. Sus ojos parecían de pronto enormes a través de las gafas.

—Una vez casados —continuó Ari—, Amanda empezó a comportarse como una reina tirana, lo introdujo en política, lo obligó a trabajar a un ritmo al que Raúl no estaba acostumbrado y, en general, convirtió su vida en un infierno.

—Pero no consiguió que escribiera otra novela —intervino André con voz amarga y, a la vez, casi orgullosa.

Amelia soltó una breve carcajada. Todos la miraron como esperando una explicación, pero ella se limitó a aventar el aire con una mano y dar un sorbo a su copa de vino.

—Así llegamos al verano del 79 en que los dos están pasando unas semanas de vacaciones en Mallorca. Todos sabemos lo que sucede entonces. Amanda tiene un accidente mortal, se abre una investigación porque el accidente ha sido provocado y, después de unos días en que Raúl aparece como primer sospechoso, es exonerado y vuelve a París. Pero, sin que sepamos por qué, parece convencido de que Amelia ha sido la asesina de Amanda y se dedica a lanzar indirectas contra ella.

—Y contra mí —añadió André—. Contra los amigos en general, como si todos nos hubiéramos mezclado en su vida sin que nadie nos hubiera llamado.

—Pero nos llamó —dijo Amelia—. Al menos a mí me llamó, en Ischia.

—A mí también.

—Y no acudimos.

—No.

—No hizo falta —siguió Ari—. Alguien se encargó de quitar de en medio a Amanda por razones que descubrimos hace poco, si recordáis.

—Amanda, la misteriosa agente soviética —dijo Yves metiéndose un canapé en la boca.

—El resto está claro, dentro de lo extraño que resulta. Raúl pasó una temporada deliberadamente apartado de sus mejores amigos y lanzando indirectas contra ellos cada vez que los veía. Al cabo de un tiempo, Amelia se casó de nuevo y perdió en gran parte la relación con Raúl. Luego él conoció a Hervé, confesó públicamente su homosexualidad y vivió con él una historia de amor de película. Cuatro años después

Hervé murió y dos años más tarde Raúl decidió poner fin a su vida. Y con eso llegamos al momento del suicidio de Raúl. ¿Todo claro hasta ahora?

Los tres asintieron con la cabeza distraídamente, como si cada uno estuviera ocupado en sus propios pensamientos y no prestara mucha atención al mundo de alrededor. Ari aprovechó para hacer una pausa, tomar un trago de vino y elegir un canapé.

—Me parece que ahora podrías seguir tú, Amelia —dijo Ari, apenas se hubo tragado el canapé—. En lo que viene a continuación hay demasiadas cosas que no entiendo.

Amelia carraspeó, tomó un trago de vino y dirigió la vista hacia arriba, como si lo que iba a decir estuviera escrito en el techo.

—Raúl venía a quedarse aquí de vez en cuando, ya lo sabéis. Otras veces iba a vuestra casa y pasaba un par de días allí antes de volver a su piso, pero desde la muerte de Hervé se había convertido casi en un nómada. A primeros de noviembre del 91 se instaló aquí y empezó a hacerme insinuaciones sobre el tema de la muerte en general y del suicidio, pero siempre diciendo al final: «No me hagas caso, linda, son bobadas mías» —dijo en castellano, imitando su acento argentino—. Empecé a preocuparme, paradójicamente, cuando él, que llevaba años de vida tranquila, sin salir por las noches más que a alguna cena o alguna presentación de libros, empezó a tener planes todos los días. Salía constantemente, tenía montones de citas, se reía sin motivo, bebía más de la cuenta..., en fin..., ¿cómo decirlo?, parecía eufórico, como si estuviera preparando una gran sorpresa. Yo en aquella época cada vez salía menos y estaba cada día más angustiada por la evolución de Raúl. Tú, André, ¿te acuerdas?, me decías que yo no era capaz de aceptar que Raúl hubiera vuelto a organizar su vida sin mí y que mi problema era que estaba celosa de su nueva vida.

—No lo comprendí, Amelia —dijo André, como pillado en falta.

—Sí, ya. Tú lo tratabas cuando estaba eufórico; yo tenía que soportar sus fases depresivas, sus indirectas, sus miradas oscuras. En fin, no tiene remedio. Un día volví de cabalgar, agotada. Él ya se había ido. Tuve que ir al armario de su cuarto a coger unas toallas para el baño y vi en su escritorio unas hojas en blanco donde, evidentemente, había estado escribiendo a mano. Eso era tan raro, tratándose de Raúl, que me picó la curiosidad y fui a ver si se distinguía algo de lo que había escrito. Ya sabéis que él, cuando escribía algo a mano, presionaba tanto el lápiz que se marcaba en las hojas de debajo.

Todos asintieron en silencio. Ella se pasó la mano por la frente y volvió a dar un sorbo.

—Era una carta al juez —hizo una pausa—. Pero no la carta esperable en la que decía que en pleno uso de sus facultades, patatín patatán, había decidido poner fin a su vida, sino una carta inmunda en la que comunicaba al juez que si lo encontraban con una pistola en la mano y una bala en la cabeza, no se trataba de un suicidio, sino de un asesinato. Que yo lo había matado para vengarme de muchas humillaciones y

lo había hecho aparecer como suicidio.

André se puso en pie violentamente.

—¡No me lo creo, Amelia! ¡No me lo puedo creer! Raúl podía ser insufrible, pero no era malo. No habría sido capaz de hacerte eso —exclamó André, como si no hubiera leído media hora antes las explicaciones de puño y letra de Raúl.

Ella sonrió. Una sonrisa helada, como de calavera. Se puso en pie y salió del cuarto. Volvió un par de minutos después con el papel rayado a lápiz donde se podía leer perfectamente lo que había escrito Raúl.

—Lee esto y convéncete tú mismo.

Volvió a sentarse a la mesa y cogió la mano de Ari mientras André leía. Cuando terminó estaba pálido y le temblaban los labios. Dejó la carta junto a Yves, que la cogió también para leerla.

—¡No es posible! —siguió diciendo André en voz baja, como para sí mismo.

—Pero, para no ser tan malvado, antes de matarse escribió la carta que Ari ha encontrado en la maleta, sabiendo que cuando me acusaran de asesinato tú harías todo lo posible para encontrar pruebas en mi descargo. Raúl supuso que tú o Yves recordaríais la maleta y buscaríais ahí por si había algo útil.

—¿Y por qué no sucedieron las cosas así? —preguntó Yves, inclinándose hacia ella con los ojos brillantes.

Amelia suspiró, con un cansancio infinito:

—Porque yo, al ver esa carta, y después de darle muchas vueltas, decidí escribir otra, a máquina, como siempre había escrito Raúl, imitar su firma, cosa que siempre se me dio muy bien, y cambiarla por la que él había dejado frente a él en la mesa.

—O sea, que cuando viniste a casa aquel día —continuó Yves— ya sabías que Raúl se había pegado un tiro y habías cambiado la carta.

—No. Cuando fui a tu casa yo suponía que Raúl estaba a punto de hacerlo porque había insistido mucho en quedarse solo y el miedo que tú notaste en mí era por si, de algún modo inimaginable, alguien descubría el cadáver antes que yo y no me daba tiempo a cambiar las cartas.

—Pero tú no tuviste nada que ver en su muerte.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué ganaba yo con su muerte? Yo lo único que hice fue asegurarme de que no me acusaran de algo que no había hecho.

—Y él ¿por qué se mató, Amelia? —preguntó André con desesperación—. ¿Por Hervé, como todos supusimos entonces?

—Lo supusisteis porque en la carta que yo falsifiqué era ése el motivo que daba. No se me ocurrió ningún otro y pensé que eso daría a su muerte un aura romántica que no le habría disgustado.

—Pero si ese motivo lo inventaste tú, ¿cuál fue el auténtico? —preguntó ahora Ari, apoyado por los gestos de André.

El silencio cayó sobre el salón mientras se miraban unos a otros buscando una respuesta. Por fin, Yves se aclaró la garganta:

—Creo que, por una vez, yo puedo aportar una información útil. Raúl tenía un motivo de peso para suicidarse. Lo descubrimos en la autopsia, lo confirmó su médico de cabecera y la policía lo consideró suficientemente grave como para no investigar más —hizo una pausa, sabiendo que todos estaban pendientes de sus palabras—. Raúl era seropositivo.

André y Amelia tuvieron una inspiración corta y ahogada.

—¿Lo sabía él? —preguntó Amelia al cabo de unos instantes con una intensidad tal que todos la miraron pensando que era inaudito que después de todo lo que sabían sobre Raúl, a Amelia aún le importara, sobre todo, si él lo había sabido, si había sufrido por ello.

Yves asintió:

—Nos lo confirmó el médico de cabecera. Lo sabía desde hacía unas semanas y estaba aterrorizado. No quería morir como había muerto Hervé.

El rostro de Amelia cambió de expresión, como si alguien acabara de forzarla a tragar un veneno enormemente amargo, su piel cobró una palidez verdosa y, por un momento, Ari temió que fuera a desmayarse. Luego, enterró la cara entre las manos y rompió a llorar. André le pasó un brazo por los hombros, mientras murmuraba:

—Dios mío, nunca supimos nada de él, nada de lo realmente importante. Compartimos toda nuestra vida con un desconocido.

—Parece que eso es lo normal —añadió Ari con un suspiro.

—No os dije nada entonces por pura ética profesional —volvió a comenzar Yves—. Bueno, y porque supuse que eso os haría más daño que a mí. Al fin y al cabo, tampoco hacía falta que lo supierais. Si Amelia hubiera sido acusada de asesinato, habría salido en el juicio, por supuesto, pero así..., ¿qué más daba el motivo de su suicidio si estaba claro que lo era?

Amelia se estaba secando las lágrimas e intentaba parecer de nuevo serena:

—Nunca encontraste los guantes que perdí, ¿verdad Yves?

Yves contestó de inmediato, sin preguntar qué guantes, ni a qué venía aquello.

—No, Amelia. Debiste de perderlos en otro sitio. Después de once años, no creo que aparezcan ya.

—¿De qué habláis? —preguntó André, sacudiendo la cabeza, como si se hubiera quedado sordo de un oído.

—De nada importante —contestó Yves—. Al hablar de aquel día, a los dos se nos ha ocurrido lo mismo, ¿verdad, Amelia?

Ella sonrió, tendió la mano por encima de la mesa y se la estrechó con fuerza.

—Me parece estúpido que nos dejemos todos estos manjares por culpa de una vieja historia que ya no nos afecta, queridos. ¡Ánimo! ¿Habéis probado los de salmón con espárragos verdes?

Yves levantó su copa:

—¡Por la amistad! ¡Por enterrar el pasado y que no tenga poder sobre nosotros!

Entrechocaron las copas, compartiendo vino y sonrisas. Había otras cosas que

nunca podrían compartir.

André no podía dormir. Hacía más de dos horas que, después de hacer el amor, Yves, con un beso de buenas noches, se había dado la vuelta y se había quedado dormido casi instantáneamente. André oía su respiración regular y, de vez en cuando, en la oscuridad del cuarto, rozaba su pierna o su brazo como para asegurarse de su presencia física, definitiva, tranquilizadora, tratando de sacar fuerzas de ello para relajarse y dormirse también, pero su mente estaba llena de imágenes, de voces de tiempos pasados que no le permitían el descanso.

Si por una parte se alegraba de haber conseguido respuestas a tantas incógnitas que había arrastrado durante una vida, por otra hubiera preferido no remover el cieno del estanque y no saber ciertas cosas que a partir de ahora lo acompañarían para siempre.

La última carta de Raúl daba vueltas y vueltas en su cabeza, con esa oferta tantálica que ya nunca se realizaría, con todas las implicaciones que ya sólo afectaban al pasado. ¿Habría cambiado los cuarenta años de amistad con Raúl por una corta temporada de pasión? Ésa era la pregunta que no conseguía sacudirse de encima porque la respuesta le avergonzaba hasta lo más hondo.

Sí. Habría cambiado cualquier cosa por unas noches con Raúl, por haber sido su amante, como lo fue Armand, como lo fue Hervé, como debían de haberlo sido muchos otros de los que él nunca tuvo conocimiento. Todos, menos él, su amigo incondicional, la única persona que estuvo dispuesta a darlo todo por Raúl.

Se levantó sigilosamente para no despertar a Yves, y, a oscuras, con la única luz de las farolas que se filtraba por entre las lamas de las persianas del salón, se sirvió un coñac y se acercó a la ventana. El reloj de la torre de la iglesia marcaba las dos y veinte y la noche estaba en calma, silenciosa, del color naranja del alumbrado público. Cerró los ojos y apoyó la frente en el cristal de la ventana para que su frialdad le calmara el calor que sentía, un calor angustioso, como de fiebre, que le recordaba el calor del verano del 79, en Ischia.

Aquella noche, después de la llamada de Raúl, tampoco había conseguido dormir: se había pasado horas dando vueltas en la cama, húmedo de sudor, convenciéndose a sí mismo de que había tomado la decisión correcta al decirle que no pensaba acudir a intentar sacarle las castañas del fuego, recordando las palabras de Raúl, su petición desesperada, su grito de ayuda.

A las cuatro de aquella madrugada de agosto, con la primera luz del alba entrando, amarilla, en su cuarto, había llenado una pequeña bolsa con lo más necesario y había escrito una nota a Amelia diciendo que se marchaba un par de días al hotel de Julien, al otro extremo de la isla. Luego había tomado el primer *ferry* y a las dos de la tarde estaba en el aeropuerto de Roma buscando la manera de llegar a Mallorca del modo más rápido posible.

Del viaje no recordaba casi nada, salvo el calor, los nervios, la terrible angustia de que quizá fuera demasiado tarde para ayudar a Raúl, que no lo esperaba, y los cientos de planes que hizo pensando qué podría decirle a Amanda cuando se la encontrara delante, cómo convencerla de que tratara a Raúl como a un ser humano, qué argumentos usar para que se diera cuenta de qué clase de hombre era el que ahora se llamaba su marido. No serviría de nada. No habría manera de convencerla de nada porque Amanda no era el tipo de mujer sensible a la que le importan las necesidades de los demás. Sólo si encontraba una manera de presionarla podría conseguir algo, pero no había absolutamente nada que pudiera servir como instrumento de presión. Para lo único que podía servir su viaje era para que Raúl se diera cuenta de que era un amigo de verdad, de que había acudido a su llamada a pesar de saber que no tenía ningún sentido. Su viaje no podía ser más que una prueba de amistad, de solidaridad, pero quizá con ello ayudara a Raúl, aunque sólo fuera un poco.

Llegó a Mallorca a las once de la noche, agotado por dentro y por fuera, y decidió dejar la visita para la mañana siguiente; alquiló un coche, un descapotable amarillo, consiguió una habitación de hotel en Palma y se despertó al día siguiente a media mañana con un hambre de lobo, de modo que se regaló un desayuno gigante seguido de una larga ducha fría y un paseo por la ciudad que le sirvió para comprar un mapa de carreteras y un par de novelas españolas recién aparecidas. Por fin, se puso en camino a la peor hora del sol pensando en llegar después del almuerzo, para el café.

No tuvo ninguna dificultad en encontrar el hotel, a pesar de que estaba semioculto en un jardín mediterráneo, lleno de buganvillas de colores explosivos y palmeras que reflejaban el sol como si estuvieran hechas de metal. Dejó el coche en el aparcamiento del hotel, junto a uno igual que el suyo, otro descapotable amarillo, y, limpiándose en las perneras el sudor de las manos, se dirigió a recepción, dispuesto a preguntar por los señores De la Torre, cuando vio salir del ascensor a Amanda, vestida para jugar al tenis.

Todo el calor que había sentido unos segundos antes desapareció de golpe para ser sustituido por un escalofrío que le puso la piel de gallina en todo el cuerpo. Amanda lo había visto y se dirigía en línea recta hacia él, balanceando una bolsa de deporte, con una insultante sonrisa en los labios intensamente rojos, como una herida en mitad de la cara.

—Vaya, vaya, vaya, el pequeño Dedé ha decidido hacernos una visita —dijo en cuanto estuvo a unos metros de él—. ¿Me aceptas un café o tienes prisa por acudir ante Raúl, como buen perrillo faldero?

Amanda era la única persona en el mundo que lo llamaba Dedé y sólo eso era suficiente para despertar en él instintos asesinos. Siempre lamentó no haberle dado una bofetada en ese mismo instante, pero en lugar de ello se limitó a asentir y, juntos, se dirigieron al bar que daba al jardín por el lado del mar y que en ese momento estaba desierto, salvo por el camarero que les sirvió un café con hielo antes de desaparecer.



—Has sido increíblemente rápido —dijo ella, antes incluso de empezar a remover su café para enfriarlo.

Había algo que no tenía lógica. Raúl le había dicho que estaba desesperado, que necesitaba ayuda, que Amanda no estaba al tanto de su llamada. ¿Por qué ella hablaba ahora como si supiera que iba a venir?

—¿Me esperabas? —preguntó, perplejo.

—Pues claro, Dedé, los dos te esperábamos. Se trataba simplemente de ver si vendrías y cuándo.

No podía ser. Amanda estaba marcándose un farol. Tenía que estar mintiendo descaradamente.

—Verás. Esto no es tan divertido como pensábamos, a pesar de que hemos tenido ya un par de entrevistas de trabajo con editores anglosajones. Esta misma noche espero hacer un buen negocio y colocarle a un pez gordo todo lo que ha escrito Raúl en su vida y la opción por su próxima novela. Pero el caso es que, de vez en cuando, nos aburrimos un poco. Entonces, la otra noche, hablando por hablar, hicimos una apuesta.

—¿Una apuesta? —André se sentía estúpido repitiendo como un eco las palabras de Amanda, pero no se sentía capaz de otra cosa.

—Nos apostamos una cena. Raúl decía que, si te llamaba pidiéndote ayuda, haciendo como que te necesitaba para algo, perderías el culo por venir hasta aquí. Yo decía que no, que no podías ser imbécil hasta ese punto. Parece que me equivoqué y tendré que pagarle la cena a mi marido.

—Estás mintiendo.

—¿Tú crees? Podemos llamar a Raúl, que está arriba haciendo la siesta, y que baje a confirmarlo, aunque tú sabes cómo es; se pondrá nervioso, te dedicará su mejor sonrisa de buen chico y tratará de convencerte de que todo ha sido una broma y una buena excusa para que vinieras a visitarnos. Pero, si quieres... —Amanda se puso en pie—. Yo, de todas formas, estoy citada para jugar al tenis.

—No, espera. Explícame eso.

—Dedé, Dedé —Amanda sonaba condescendiente y un poco aburrida, como una maestra que sabe que está tratando con un niño menos inteligente de lo normal—, ¿cómo es posible que no lo entiendas? Tú siempre has estado convencido de ser algo especial en la vida de Raúl, ¿no es así? Pues ya va siendo hora de que comprendas que no eres nada. Para Raúl, y perdona la franqueza, no eres más que un pequeño marica que ha tratado varias veces de llevárselo al huerto, siempre sin éxito. Como editor no vales un pimiento, como amante..., ¿qué quieres que te diga?, no tienes más que mirarte al espejo, y como amigo, quizá para la pobre Amelia seas insustituible, pero lo que es para Raúl...

Toda la sangre se le había subido a la cabeza. La cafetería, el jardín, las palmeras, la fuente de la terraza, todo estaba cubierto de un velo rojo, y el sudor se acumulaba en su frente resbalándole por las mejillas como lágrimas calientes.

—Para una cosa sí que eres útil, mira —continuó ella, entre tragos de café—. Tú no sabes lo que nos hemos reído gracias a ti. Ayer noche sin ir más lejos, en la cama —echó la cabeza atrás y se rió a carcajadas estridentes, dolorosas.

Si estaba mintiendo, lo hacía condenadamente bien. Pero ¿estaba mintiendo? ¿No sabía él en el fondo de su alma que Raúl podía ser cruel, tanto como para reírse de él con su nueva esposa, sabiendo que nadie los oía? Nunca tendría el valor de decirle eso a la cara, pero así, en la cama, después de unas copas..., ¿no se imaginaba la voz grave y poderosa de Raúl, tan masculina, diciendo de él: «Pobre perrillo faldero, pobre pequeño marica, está loco por mí y no se atreve a confesarlo porque sabe que saldría volando de una patada»? Era posible, claro que era posible.

Amanda se puso en pie, alisándose la falda blanca que dejaba al descubierto sus larguísimas piernas morenas.

—Pues ha sido un placer hablar contigo, pero yo me tengo que marchar. Si quieres, antes de irme, subo un momento a decirle a Raúl que estás aquí esperándolo. Supongo que bajará enseguida porque tiene que escribir algo para una revista y no le apetece en absoluto; cualquier cosa le parecerá una buena excusa para alejarse del trabajo.

André se levantó también. Estaba mareado, le dolían todos los músculos de la tensión y sentía la camisa pegada al cuerpo. Casi no podía respirar. Cada palabra le costaba un esfuerzo. Amanda se daba cuenta y disfrutaba de ello, mirándolo con su perpetua sonrisa despreciativa, los ojos entornados y la ceja izquierda enarcada. Era unos centímetros más alta que él, incluso con las zapatillas planas de tenis, y lo miraba desde arriba.

—No, déjalo. Volveré más tarde, para la cena.

—Para la cena estamos citados con el editor del que te hablaba, en Deiá. Como no vuelvas mañana...

Tenía que salir de aquella cafetería donde no había aire, donde se ahogaba. Tenía que salir al aire libre sin perder un minuto.

—No le digas que he venido —se oyó decir, sorprendiéndose a sí mismo.

—Como quieras. Así me tiene que pagar él una cena. ¿Te pido un taxi?

Él sacudió la cabeza:

—He alquilado un coche.

—Déjame adivinar: un deportivo rojo. ¿No has oído hablar del asunto de la compensación? —volvió a sonar su risa estridente, mientras caminaban por el jardín hacia el aparcamiento—. Nosotros tenemos un descapotable amarillo, también muy discreto, como ves. ¡Vaya! —dijo, con una mueca de fastidio—, me he dejado la bolsa en la cafetería. Supongo que sabrás salir solo.

André la detuvo cogiéndola del brazo moreno y nervudo:

—¿No podríais posponer la cena de hoy? A pesar de todo, me gustaría verlo, más tarde, cuando haga menos calor.

—No entiendes nada, Dedé. Raúl no quiere verte, yo no quiero verte, y esa cena

es el comienzo de la gran carrera de Raúl que tú nunca supiste dirigir. ¡Olvídanos! ¡Vete a consolar a la pobre estúpida que aún no se ha dado cuenta de que no es lo bastante buena para Raúl! Hacéis buena pareja: un medio hombre desgraciado, inepto para los negocios, y una chiquita de familia bien con aspiraciones intelectuales.

André la soltó como si le hubiera mordido y Amanda se marchó atravesando el jardín sin dirigirle de nuevo la mirada. Se lo había quitado todo: la amistad de Raúl, su aprecio, su obra, que él había descubierto y editado. Lo había insultado, lo había humillado y, lo peor de todo, le había hecho ver que Raúl lo despreciaba y se burlaba de él. No había servido de nada venir hasta Mallorca. Habría sido mejor, más digno, mantener ése no que tanto le había costado pronunciar y haberse quedado en Ischia con Amelia.

Bajó hasta el aparcamiento con un peso desconocido apretándole el pecho, como si alguien hubiera puesto una piedra sobre su corazón. Los dos descapotables amarillos, uno al lado del otro, volvieron a traerle la imagen de Amanda altiva, cruel como una madrastra de cuento. Tenía que alejarse de allí, de su humillación, de su fracaso. Trató de meter la llave en el contacto y sólo entonces se dio cuenta de que se había subido al otro, al de ellos. Entonces se le ocurrió la idea.

No le costó nada preparar el coche. Dos minutos apenas. Los dos vehículos eran del mismo modelo y color: cualquiera que lo viera casualmente pensaría que estaba ajustando algo en el motor de su coche. Abrir el capó y cortar los cables no fue problema. Esa misma noche, en la carretera de Deiá habría un accidente y unas horas después los periódicos traerían la noticia de la muerte de Raúl de la Torre y su esposa durante sus vacaciones en Mallorca. Pero él estaría de vuelta en Ischia, con Amelia, y nunca le contaría lo sucedido. Amelia no sabría jamás que él había acudido a la llamada de Raúl.

Ahora habían pasado veintidós años y había cumplido aquella promesa. Si a lo largo de esos años había existido un momento propicio para contar lo que realmente sucedió en Mallorca, en el verano del 79, la cena de los cuatro esa misma noche habría sido el momento y la compañía ideal. Pero había callado y ahora tendría que callar el resto de su vida. Ni siquiera a Yves podría contárselo jamás. Tendría que ocultar siempre, como había hecho hasta ahora, que fue a Mallorca a ayudar a un amigo y salió de allí convertido en asesino. Raúl no lo había sabido nunca. Si él se lo hubiera contado, tal vez, como insinuaba en su carta, las cosas habrían sido diferentes. Ahora le parecía evidente que Amanda le mintió, que lo había manipulado para quitárselo de encima, que no era verdad el asunto de la apuesta, que Raúl nunca había dicho aquellas cosas sobre él, dado que, en aquella época, como sabía ahora, Raúl ya había descubierto su propia homosexualidad.

Y él había estado a punto de matar a Raúl junto con Amanda. Eso era lo único que aún le causaba remordimientos, el haber estado a punto de matar también a Raúl. De la muerte de Amanda no se había arrepentido jamás y sólo sentía no haber podido compartirlo con nadie, pero ciertas cosas no pueden compartirse, deben pudrirse en el

corazón hasta que se convierten en polvo que el viento esparce.

Ahora, por la última carta de Raúl, sabía que también Amelia había acudido a Mallorca en su ayuda y, por esas curiosas ironías del destino, la suerte había querido que Raúl la hubiera visto desde la ventana de su cuarto, mientras que nunca llegó a saber que también él había estado ahí, en el mismo aparcamiento, apenas unos minutos antes. Por eso siempre la acusó a ella y jamás se le pasó por la cabeza que él hubiese tenido algo que ver en el asunto. Nadie lo había sabido nunca y ya era tarde para confesarlo. ¿Por qué tendría que hacerlo ahora, cuando ni siquiera Amelia había hablado claro, y eso que ella no había hecho nada criminal? Quizá algún día hablaría con ella, a solas los dos: los únicos que realmente habían querido a Raúl, los únicos que habían estado dispuestos a todo por él. Pronto también Amelia desaparecería y sólo quedaría él para guardar los secretos, los recuerdos, los oscuros recuerdos del enmarañado jardín de la memoria.

Se terminó el coñac, que se le había puesto tibio del calor de la mano, le echó una última mirada a la calle oscura y solitaria, y volvió a la cama, con Yves.

Ari y Amelia habían ido al Péré-Lachaise a visitar la tumba de Raúl, cosa que Ari llevaba meses deseando hacer y siempre había pospuesto por unas razones u otras. La primavera había convertido el cementerio en un jardín florido, aunque la mayor parte de las tumbas no tuvieran flores frescas, y el día era tan radiante que los dos llevaban gafas de sol.

El monumento funerario de Raúl era de granito y carecía de símbolos cristianos: la única escultura laica entre tantos ángeles, santos y Cristos era un pájaro de buen tamaño que abría las alas y el pico con gesto amenazador.

—¡Qué águila más rara! —comentó Ari.

—No es un águila. Es un Fénix. O la idea que el escultor tenía de un Fénix. Raúl la encargó para la tumba de Hervé, que también debía ser la suya, pero la familia del muchacho se opuso y está enterrado en otra parte. Raúl quiso que el Fénix presidiera su estela funeraria, como la llamaba él. A mí, personalmente, me parece de muy mal gusto; es decir, muy propia de él.

—¿Vos no querrías un Fénix? —preguntó Ari, sonriendo—. ¿Mejor una sirena?

—¿Por qué una sirena?

—Porque es un ser peligroso, que atrae a los incautos y los lleva a su perdición.

Por un momento pareció que Amelia se iba a tomar en serio el comentario y Ari se encogió por dentro, pero ella enseguida volvió a sonreír.

—No. En mi caso ya está todo claro. Tengo la escultura en casa; ya te la enseñaré. Es una pequeña bruja bailando con su escoba sobre la luna creciente. Una preciosidad.

—Entonces, ¿ésta será también tu tumba?

Ella se encogió de hombros, suspiró, y se sentó en el banco de piedra que

flanqueaba el monumento de Raúl.

—¡Qué remedio! Yo quiero ser incinerada y, pedir por pedir, me gustaría que mis cenizas fueran esparcidas en el mar, pero como eso va contra la ley no tendré más solución que aceptar que mi urna sea depositada aquí, con la brujita encima, para quitarle un poco de solemnidad al asunto.

—Raúl y Amelia juntos por toda la eternidad —murmuró Ari.

—¿Te molesta?

—¿La verdad? Sí. Mucho. Sé que es posible que no tenga derecho, pero me molesta.

Amelia se puso en pie, le cogió la mano y lo miró a los ojos:

—Ari, querido Ari, cuando esté muerta, todo dará igual, ¿sabes? Lo que importa es lo que pase ahora.

—No hablemos de eso, Amelia. Nunca he sido supersticioso, pero me hace muy mal efecto, como si trajera mala suerte hablar de esas cosas al lado de una tumba. Tenemos mucho tiempo.

Ella se dio la vuelta bruscamente y se quedó mirando las letras doradas que informaban al paseante de las dos fechas que son, por convención general, las más importantes en la vida de un humano sobre la tierra: su nacimiento y su muerte. Raúl no había tenido una vida muy larga y, aun así, era más de lo que ella podía esperar, cinco años más. ¡Si ella tuviera aún cinco años...! Firmaría cualquier cosa que le asegurara cinco años más sobre la tierra.

—¡Dale, vámonos! Ya he visto bastante —la voz de Ari la arrancó de sus pensamientos.

Se cogieron de la mano y echaron a andar lentamente hacia la salida, lanzando miradas ocasionales a los ángeles que flanqueaban el paseo.

—¿Me contarás alguna vez todo lo que aún no me has dicho, Amelia? —preguntó Ari suavemente, tratando de que no sonara demasiado exigente.

Ella se encogió de hombros:

—No hay mucho más que contar.

—Sí lo hay. Vos lo sabes.

—No quiero hablar más del pasado, Ari. Sólo quiero pensar en el futuro.

Él le pasó el brazo por los hombros, en un gesto que empezaba a resultarle cada vez más natural.

—Quizá empiece a escribirte algunos recuerdos para que los leas cuando yo ya no esté —dijo ella al cabo de un momento.

—¡Tonterías! Vos estarás siempre.

—De acuerdo. Pondré de mi parte.

Ambos se rieron y, al alcanzar la calle, viendo un puesto de flores, Ari propuso:

—¿Te apetece un ramo?

—¿Flores de cementerio? ¡Menudo romanticismo!

—¿Es que no va a haber manera de conseguir regalarte unas flores?

Ella miró hacia donde habían aparcado el coche:

—¡Anda, echa a correr, a ver si evitamos que aquel guardia nos ponga una multa!

Amelia lo vio cruzar la calle a toda velocidad, joven y elástico, abrir el coche y sacarlo en una maniobra, bajo la mirada de fastidio del guardia, que no había tenido tiempo de dejarle el papelito en el parabrisas.

Había encontrado su postre y, aunque no le quedaban más que unos meses para disfrutarlo, esta vez estaba dispuesta a sacarle todo el zumo a la fruta de la vida.

*París, primeros de abril*

*Querido, queridísimo Ari:*

*Ahora que soy feliz no tengo casi tiempo para escribirte estos mensajes intermitentes que empecé hace meses, sin saber si por fin te los entregaría. Sé que en algún momento tendré que decidir cuáles son los que vas a leer y cuáles no porque, como bien decía Jorge Manrique, la vida de la fama también es importante y yo quiero que, cuando ya no esté a tu lado, sigas pensando bien de mí. Es posible que durante toda tu vida te acucien ciertas preguntas que ya no podré contestar, pero así son las cosas y, como muy bien sabes, biógrafo querido, siempre quedan puntos oscuros.*

*Llegará un momento, pronto, me temo, en el que ya no podré consentir tenerte a mi lado. Te convenceré como sea de que vuelvas a Heidelberg a terminar tu libro y, cuando esté acabado y regreses a París a compartirlo conmigo, no me encontrarás. Quiero que estas líneas te sirvan de explicación a posteriori para que sepas que sólo he querido evitarte lo peor, que no te he alejado de mí porque no quisiera estar contigo, sino porque no quiero que tengas que pasar por algo como lo que yo pasé con Hervé. Soy coqueta, sí, lo confieso, y quiero que me recuerdes como una mujer alegre y sana, bonita tal vez, a pesar de la edad, no como a una pobre anciana moribunda.*

*En algún momento de principios del verano te diré que me voy unas semanas a Suiza y que prefiero estar incomunicada; supongo también que ya no podré contestar tus cartas y, aunque sé que te echaré terriblemente de menos y que a veces tendré que luchar contra mí misma para no pedirte que vengas a verme, dejaré dicho a Yves y a André que no hagan caso de mis lamentaciones y no te llamen. No quiero que pases semanas en una clínica viendo cómo, lentamente, voy desligándome del mundo y de ti. Quizá pienses que tendría que haberte dejado opinar sobre el asunto, pero no es posible. Por una vez en mi vida voy a ser fuerte y he tomado esta decisión por los dos. A comienzos del otoño, si no me equivoco, todo habrá acabado. Entonces recibirás mi legado.*

*André será mi correo, como tantas veces. Él te dará los papeles que estoy guardando para ti, todos los que he escrito al correr de los meses y los que*

*quizá te escriba aún, junto con mi novela inédita, aquella que el bueno de André se negó a publicar pensando que había sido un regalo de Raúl a la vanidosa de su mujer. Haz con ella lo que quieras, pero léela, por favor. Será mi última forma de estar contigo.*

*Por lo demás, no quiero que te amargues la vida por mi ausencia. Hemos tenido un tiempo maravilloso, mucho más de lo que yo me hubiera atrevido a esperar, y te doy las gracias por ello. Te he querido mucho, Ari, pero se acerca la hora de la despedida.*

*Lee mis papeles, quédate mis fotos, recuérdame con cariño y no me juzgues con demasiada dureza. Cuando se acerque el fin de tu vida, comprenderás que a veces la mentira es necesaria y los secretos son una carga que hay que arrastrar para no entorpecer con su peso el camino de las personas que amamos.*

*Con todo mi amor,*

*Amelia*

## EPÍLOGO

Eran las ocho y cuarto de la noche cuando sonó el teléfono en casa de Yves y André. Yves fue a contestar mientras André daba los últimos toques a la cena.

—Si es para mí, no estoy —gritó desde la cocina.

—*Allô!*

—Estoy delante de vuestra casa, acabo de llegar a París y necesitaría dos almas caritativas que me dieran algo de comer y, a ser posible, un sofá donde pasar la noche.

—¡Ari, muchacho, qué sorpresa! ¿Qué haces tú en París?

—Si me abres, te lo cuento todo. Llueve a cántaros, ¿sabes?

—Espera que te dé los números nuevos. Hemos vuelto a cambiar la clave de la puerta.

—Sí, ya lo he notado. Espera, lo apunto.

Unos minutos después, Ari, con la gabardina empapada, se desembarazaba de la bolsa de viaje y sacudía el sombrero sobre el lavabo, mientras sus dos amigos lo observaban, risueños.

—¡Qué manera de llover!

—Es que es noviembre.

—¿Me vais a dar algo caliente?

—Primero un *whisky*, si quieres, y luego acabo de hacer una excelente sopa de calabaza y unos saltimbocca, ¿te va?

André desapareció en dirección a la cocina, mientras Yves acompañaba a Ari al salón y le servía una copa.

—¡Venga, cuenta! ¿A qué debemos el honor? No nos habías dicho que fueras a venir a París.

Ari se acomodó en el sofá con el *whisky* en la mano:

—Lo decidí ayer. Hay unas cuantas cosas que quiero compartir con vosotros.

—¿Buenas noticias? ¿Te han dado una cátedra?

Ari sacudió la cabeza:

—Ni siquiera me he presentado. No es eso. Vamos a esperar a que venga André.

—Ya no hace falta esperar más —dijo André saliendo de la cocina con una sopera



humeante—. Yves, haz el favor, trae el aceite de calabaza. Y tú, cuenta.

Ari se sentó a la mesa en su lugar habitual sintiendo el agujero quemante de la ausencia de Amelia a su izquierda. Tuvo que tragar saliva un par de veces y al final decidió tomarse el *whisky* de un sorbo.

—No me acostumbro a que no esté —dijo en voz estrangulada.

André lo miró unos segundos fijamente, como decidiendo si tocarlo o no, y acabó por desviar la vista hacia el Sisley que colgaba sobre la chimenea.

—A nosotros nos pasa lo mismo. Anda, déjame que te sirva un plato de sopa. No traerás malas noticias, ¿verdad?

Ari sacudió la cabeza:

—No, malas no. Sólo extrañas. Al menos para mí. Recordáis, supongo, que Amelia me dejó unos papeles... Los que me diste el mes pasado en la presentación del libro.

—Cuenta —le apremió Yves.

—André —comenzó Ari—, en el 72 Amelia te llevó una novela para publicar y tú la rechazaste.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Yves, que al parecer era la primera vez que oía hablar de ello—. ¿No era buena?

André soltó un bufido:

—Era excelente. Eso ya se lo dije a ella en su día. El problema era que no la había escrito ella; era evidente que la había escrito Raúl y Amelia trataba de hacerla pasar por suya. O bien, era suya, pero prácticamente calcando el estilo de Raúl, su pensamiento, sus juegos de palabras. Nos habrían crucificado a todos si la hubiera publicado.

—¿Nunca se te ocurrió que pudiera ser al revés? —preguntó Ari.

—¿Al revés? No te entiendo.

—Que las novelas de Raúl hubieran sido escritas por Amelia.

—¡Eso es ridículo! —metió la cuchara en el plato con deliberación—. Se os va a enfriar la sopa.

—André —volvió a comenzar Ari, pacientemente—, Amelia me ha dejado muchos textos, no sé si llamarlos cartas, que fue escribiendo para mí desde el momento en que nos conocimos. Ahí me cuenta cómo ella, en Roma, escribió su primera novela y luego Raúl se la apropió.

—¡Tonterías! ¡Ganas de liarnos, ahora que ya no podemos discutir con ella!

—¿No nos contaste tú mismo que aquella novela se la sacaste tú a Raúl; que parecía que, cuando te la contaba, no estaba inventando una novela que iba a escribir sino una novela que estuviera recordando? Es que era así. Te contó la novela de Amelia y luego no supo retroceder.

—Eso no lo creeré jamás. Amelia era buena; si no se hubiera decidido por los libros infantiles habría acabado escribiendo buenas novelas para adultos, pero no era

como Raúl, no era genial —André tenía el ceño fruncido y cada cucharada de sopa que se metía en la boca parecía una manera de cerrar la conversación.

—¿Y si yo te demuestro que lo era, que las tres novelas, Amor a Roma, De la torre al cuadrado y Laberinto con palíndromos, salieron de la misma pluma?

—Eso no es difícil de probar. Es evidente que las tres tienen una unidad de estilo y de pensamiento.

—¿Y si yo te demuestro que las tres fueron escritas por Amelia? —insistió Ari.

Yves los miraba a los dos, por turnos, como un espectador en un partido de ping pong.

—¿Cómo piensas demostrármelo? ¿Con tu ciencia literaria alemana?

—No. Mucho más fácil. Con la ayuda de Amelia. ¿Tienes por ahí un ejemplar de Amor a Roma?

—Claro.

—Sácalo. Y saca también papel y lápiz.

André se levantó a regañadientes a buscar el libro en la estantería, mientras Yves iba a buscar papel y sacaba su pluma del bolsillo de la camisa.

—¿Te acuerdas de que hay un capítulo que empieza diciendo: «Y lo hicieron así». Y otro que empieza diciendo: «Y ya»?

—¡Cómo no iba a acordarme! En aquella época fue de una modernidad insólita.

—Pues ahora ya sé por qué empieza de ese modo. Y tú lo vas a saber enseguida. Anda, Yves, ve anotando lo que te dicte André. Tú, André, coge la primera letra de la primera sección, la primera de la segunda y así sucesivamente.

André levantó los ojos hacia Ari, con suspicacia, y empezó a hacer lo que le había pedido. Los platos de sopa habían quedado olvidados en el centro de la mesa.

—«E», «s», «t», «a», «n», «o»... ¿Sigo?

—Hasta el final, por favor.

—¿Se puede saber qué tontería es ésta?

—Tú sabes mejor que nadie lo aficionados que siempre fueron los dos a jugar con las palabras. Continúa. Es un mensaje a la posteridad.

André hizo lo que se le pedía.

—Yves, ¿puedes leer ahora lo que tienes?

—Pues el español no es realmente lo mío, pero haré lo posible.

Con fuerte acento francés, Yves leyó:

—«Esta novela fue escrita por Amelia Gayarre y entregada a su esposo Raúl como prueba de amor».

André le arrebató el papel de las manos y lo leyó varias veces, hasta que el temblor le hizo imposible seguir leyendo.

—No es posible —dijo con voz ahogada.

—No irás a decirme que te parece fortuito.

André calló. Los otros dos también guardaron silencio mientras él digería la noticia. Al cabo de un minuto, dijo Ari:

—Ahora quiero publicar esa novela, André, la tercera. Se lo debemos a Amelia.

—¿Vas a montar un escándalo? —preguntó el editor, perplejo—. ¿Vas a decir que Raúl no es el autor de sus novelas?

—Eso aún no lo he decidido, pero quiero reivindicar a Amelia publicando al menos su tercera novela con su nombre. Y quiero que tú me ayudes.

—¡Olvídalo!

—No pienso parar hasta conseguirlo y, si tú no me ayudas, tendré que ir a otro editor y explicarle todo el asunto. Raúl era un gran cuentista y un poeta aceptable, pero jamás escribió una novela. Repasa sus entrevistas, anda; en todas, cuando le preguntan por sus novelas, dice que de hecho es Amelia quien más sabe de ellas. Y cuando se separaron, no volvió a escribir nada que tuviera más de diez o doce páginas.

—Vale, bien, lo has demostrado. Y ahora, ¿qué?

—Ahora terminamos de cenar y te lo piensas —intervino Yves.

André volvió a servir un poco de sopa en cada plato para que subiera un poco la temperatura y, durante unos minutos, nadie dijo nada.

—¡Qué callado se lo tenía la bruja! —dijo André al cabo de un rato—. Ahora sólo falta que tú digas que también estás escribiendo una novela.

Ari se sonrojó y empezó a hacer gestos de abanico para echarle la culpa al calor de la sopa.

—Pues, mira, sí, ahora que lo dices...

—¿Ah, sí? —Yves lo miraba, socarrón—. ¿Y qué haces? ¿Erótica?

Ari estuvo a punto de escupir la sopa que le llenaba la boca.

—Estoy siguiendo el consejo que me dio el librero de Saint-Sulpice —dijo por fin, cuando se sintió capaz de hablar—. Cuando una materia biográfica te obsesiona y sabes seguro que no has podido resolver todas las incógnitas que planteaba la vida de tu personaje, lo mejor es novelarlo para quitártelo de encima y poder fantasear sin mala conciencia.

—Asá que nos has convertido a todos en personajes de ficción —resumió André en voz neutra, mientras empezaba a recoger los platos—. ¿Es eso?

—Más o menos. Estoy tratando de ser fiel a la verdad.

—¿Qué verdad? —casi rugió André—. ¿La mía, la de Amelia, la de Raúl, la que tú te has inventado? ¿No puedes dejar las cosas tranquilas, ahora que ya ni Raúl ni Amelia están entre nosotros? ¿No te basta con haber terminado la biografía? ¿Qué más buscas? ¿Qué más quieres?

—No, André, no me basta con haber escrito la biografía de Raúl porque yo sé que es mentira, aunque nadie más lo sepa, o quiera saberlo. Me equivoqué. Me equivoqué en todo. Como tú. Y además Raúl ya no me interesa. Quiero explicar a Amelia, ya te lo he dicho: vindicarla en cierto modo; contar también su versión de su vida en común. Estoy harto de que Raúl sea el centro del universo.

—Yo también, para seros sincero —intervino Yves—. El hombre que yo conocí

no era para tanto. Perdona, André, pero ésa es mi verdad. Tú, en lo que se refiere a Raúl, estás ciego: lo has estado siempre y tienes derecho, no te lo discuto; pero el que yo conocí no se merecía tanta abnegación. Ni tuya ni de Amelia.

Después de haber recogido los platos, André había vuelto a sentarse y ahora había apoyado los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, como dando por terminada la cena.

—Quizá sea cierto que me equivoqué, que nos equivocamos todos, pero ahora ya da igual. ¿Cuánto llevas escrito? —preguntó, cansado.

—No sé bien. Unas treinta páginas. Tengo parte de lo que sucedió aquel verano en Mallorca, y algunas escenas anteriores, de Roma; la de cuando Amelia te ofreció su novela..., cosas sueltas.

—No puedo prohibirte que la escribas, evidentemente, pero al menos supongo que tendrás la decencia de cambiarle los nombres a los personajes.

—No se me había ocurrido.

—Si no lo haces, te demandaré. Tengo que proteger la reputación de mis amigos. Por no hablar de la mía, ya que supongo que yo también me habré convertido en personaje.

—André, por Dios, nadie va a hacerle daño a la reputación de Raúl ni de Amelia. Parece que te has olvidado de mi admiración por él y mi amor por ella. Y tú eres un amigo.

—Espero que tú no lo olvides nunca.

—Además, de momento sólo quiero escribirlo. Aún no se me ha pasado por la mente publicarlo. Primero lo leeréis vosotros, si llego a acabarlo, y luego ya se verá.

André se levantó de la mesa, aún con el ceño fruncido y los labios tensos:

—Si alguien quiere postre, en la cocina hay fruta.

—¿Y los saltimbocca? —preguntó Yves, tratando de aliviar la tensión.

—Por mí os los podéis comer todos. Yo no tengo hambre.

—André, por Dios —dijo Ari poniéndose en pie—. Es sólo una ficción, un pasatiempo que me ayuda a sentirme más cerca de Amelia. ¿No puedes entenderlo? Yo la quería. La quiero aún. Ella me robó los últimos dos meses de su vida y no consigo sacármela de la cabeza. Miro y remiro las fotos que me dejó, leo sus cartas, me sé su novela casi de memoria, su recuerdo me obsesiona, ¿no lo entiendes? Mientras la invento, a través de lo que sé, la tengo aún un poco.

André asintió con la cabeza, sin hablar.

—Por favor, André, ayúdame.

—Déjame leer lo que has escrito. Ya te diré mañana. Y cambia los nombres hoy mismo.

Yves se levantó en silencio, se llevó los platos soperos y volvió con la bandeja de la carne.

—Vamos a cenar civilizadamente, como le gustaba a Amelia —dijo.

Se retiraron temprano, casi sin sobremesa, después de que Ari le hubiera dado a

André las páginas impresas que tenía.

Su habitación era la de invitados, la que durante cortas temporadas había sido de Raúl, un cuarto arreglado con sencillez y buen gusto en tonos amarillos ocres y verdes botella, con una cama grande y un escritorio mediano. Colgó la americana en el armario, sacó el portátil y lo enchufó casi de modo automático. No tenía sueño, así que podía tratar de escribir un poco, buscar una escena que quisiera revivir a través de las palabras y recuperar la añorada presencia de Amelia, su sentido del humor, su dulzura encubierta, su pasión de vivir.

En aquella misma habitación, también Raúl habría pensado en ella, en los años que vivieron juntos, en los malentendidos que los distanciaron, en las palabras y los gestos que compartieron. Abrió el documento de su novela, que llevaba como título de trabajo Stassin, y, antes de pensarlo más, eligió la opción «Buscar y sustituir» y, a pesar de que lo sentía hasta cierto punto como una traición a la mujer que había conocido y amado, empezó a cambiar los nombres: Amelia en Clara, por Hauteclair; Raúl en Serlon, por el conde de Savigny que, junto con su amada Hauteclair, había envenenado a su esposa; Amanda en Aimée, por pura ironía; André en Mathieu, Yves en Guy y Hervé en Jean Claude porque fueron los primeros nombres que se le ocurrieron. Quizá debería haber conservado la curiosa casualidad de que los nombres de los personajes principales empezaran por «A», pero eso, que en la vida real podía suceder como la vida misma se había encargado de demostrar, era poco verosímil en una ficción.

Sólo le tembló la mano un instante cuando apretó la tecla que cambiaría el nombre de Amelia porque, por un momento, fue como si haciéndolo borrara de un golpe su existencia. Pero André tenía razón. Si tenía esperanzas de publicar algún día su novela, caso de que llegara a terminarla, no había más remedio que enmascarar los nombres de sus protagonistas. Ya habría algún estudioso que desenterrara lo oculto y lo sacara a la luz. Y si no, ¿qué importaba?

Se le ocurrió que si su libro tomaba el derrotero que ya se insinuaba en su mente, acabaría siendo una novela negra, un polar, como lo llamaban en francés, pero eso tampoco tenía mayor importancia. Al fin y al cabo, entre otras cosas, aquélla era también la historia de un crimen que nunca se acabó de resolver y de otra muerte sucedida en circunstancias confusas. Y del robo de la autoría de dos novelas de éxito mundial. Y de un chantaje. ¿Qué responsabilidad le cabía a él si las vidas de Amelia y de Raúl habían discurrido por esos cauces? Pero ahora ya no eran las vidas de Amelia y de Raúl; ahora no era más que una historia de ficción que él se contaba con los materiales a su alcance.

Abrió otro documento, lo llamó Portada, y escribió lo que tantas veces había leído en tantas y tantas novelas:

*Todos los personajes y las circunstancias de esta historia son producto de mi imaginación. El parecido con cualquier persona real viva o muerta, es*

El cementerio parecía un negativo de la imagen que Ari guardaba de su última visita, en compañía de Amelia. Bajo la fina llovizna, todo era blanco, negro y gris, una infinita variedad de tonos de gris, desde el oscuro antracita hasta el plata de las superficies de pizarra mojada. La mayor parte de las tumbas conservaban aún los despojos de las flores que los familiares habían traído para el día de Todos los Santos, cumpliendo un tradicional deber, pero su presencia hacía aún más desolado un paisaje que se hubiera avenido mejor con la dignidad mineral de las lápidas y los monumentos funerarios.

Los paseos y las avenidas estaban desiertos, en parte porque era lunes por la mañana, en parte porque todos los visitantes habían tenido que venir apenas tres semanas atrás y no repetirían su visita hasta la primavera.

La ausencia de Amelia le dolía de un modo caliente y pulsante, más intenso de lo acostumbrado, porque él sólo había estado en aquel cementerio una vez y esa única vez había sido ella la que lo había guiado por el laberinto de alamedas mortuorias; por eso se perdió en un par de ocasiones y sólo logró orientarse al ver la inmensa figura de un arcángel de piedra de alas extendidas. Desde la tumba de Raúl, y ahora también de Amelia, se veían las alas de ese arcángel por detrás, como si les hubiera vuelto voluntariamente la espalda.

Llegó por fin frente a la tumba donde, al pie de un bello trozo de mármol pulido, intensamente negro, todavía brillaban, húmedas, unas violetas que seguramente habrían traído Yves y André. Encima del mármol, la pequeña bruja, también negra, bailaba una danza eterna sobre la luna; cincelado en la piedra, sólo su nombre —«Amelia»— sin fechas, como ella había querido.

Se quedó un rato mirando la tumba como hipnotizado, sin poder creer realmente que la mujer que había conocido estuviera ahora allí, hecha cenizas, debajo de aquel menhir negro con su bruja danzarina y sus violetas brillando enjoyadas por la lluvia. Se subió el cuello de la gabardina y el agua se deslizó por su nuca, espalda abajo, recordándole con un escalofrío que él seguía con vida, vacío por dentro, pero vivo.

Ya no podía bromear con ella, ya nunca podría hacerle preguntas que ella no se molestaría en responder, ya nunca bailarían el tango con los ojos cerrados. Habían desaparecido para siempre sus bellos ojos grises, su sonrisa picara, sus fluidos movimientos de esgrimista y amazona. Todo lo que era Amelia estaba ahora en sus libros. Y dentro de él. Dentro de él estaría siempre, mientras le quedara vida.

«Déjese de boberías, Ari —tuvo la impresión de oírla decir, juguetona, ligera, hablándole de usted como en los primeros tiempos—. Estás empezando a ponerte cursi, querido. Y mira que siento tenértelo que decir. ¿Son para mí otra vez? ¡Qué detalle más original!».

Sonrió con los ojos llenos de lágrimas. Liberó las flores de su envoltorio y, con una inclinación frente a la tumba, como si estuviera haciendo una reverencia a una princesa, las colocó sobre la tierra mojada al pie de la losa. Dos docenas de rosas rojas y una cinta con las palabras «Amada dama», su humilde contribución al juego de la mujer que aún quería, su modesto palíndromo, su verdad.

—Esta vez no me las vas a rechazar, Amelia.

Miró por última vez el rojo sobre el negro, un borrón entre sus lágrimas y, sin perder la sonrisa, echó a andar bajo la llovizna hacia la calle.



ELIA BARCELÓ ESTEVE. Nace en Alicante el 29 de enero de 1957. Es licenciada en Filología Anglogermánica e Hispánica y Doctora en Literatura Hispánica. Ha trabajado como traductora e intérprete e impartiendo clases de inglés. Durante 10 años fue directora y actriz de teatro universitario en español y alemán.

Desde 1981 vive en Innsbruck (Austria), donde trabaja en el Departamento de Romanística de la Universidad. Imparte clases de literatura hispánica, cultura y civilización españolas, composición y estilística, y escritura creativa. Ha dirigido varios talleres de escritura en solitario y junto a otros autores como Luis Sepúlveda, Laura Grimaldi, etc.

Ha publicado novelas, ensayos y más de cuarenta relatos en antologías y revistas españolas y extranjeras. El género que mejor la define es el fantástico, seguido de cerca por el histórico y el criminal, sin olvidar el terror. Parte de su obra ha sido traducida a más de diez idiomas: francés, italiano, alemán, catalán, inglés, griego, húngaro, holandés, danés, noruego, sueco, chino y esperanto. Y varios de los cuentos de su libro *Futuros peligrosos*, han sido adaptados al cómic. Durante dos años colaboró en el *País de las Tentaciones* con artículos de opinión.

A la pregunta de por qué escribe, la autora responde:

*«Escribo porque me gusta, porque me divierto enormemente y porque, hasta cierto punto, quiero dar a otras personas la satisfacción que yo recibo leyendo las novelas y relatos de otros escritores. Los ratos que pasé leyendo en mi adolescencia fueron de los más felices y plenos de mi vida y me gustaría devolver algo de lo que recibí, dar a*



*los jóvenes de ahora algo de lo que me dieron a mí en esa época y que formó las bases de mi pensamiento y mi comportamiento actual».*

## **Premios**

- Premio Ignotus 1991, por *La estrella* (cuento).
- Premio Internacional de Novela Corta de Ciencia Ficción de la Universidad Politécnica de Catalunya 1993.
- Premio de Literatura juvenil de Edebé 1997 por *El caso del artista cruel*.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2001.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2002.
- Segundo Premio Libros Mejor Editados (Modalidad infantil y juvenil) 2004, por *Trafalgar*.
- XV Premio Edebé 2007, en la modalidad juvenil, por *Cordeluna*.
- Premio Internacional UPC, por *El Mundo de Yarek*.
- Premio Los Mejores Libros y para Niños y Jóvenes del Banco del Libro de Venezuela 2008, en la categoría Juveniles Originales, por *Caballeros de Malta*.